

Esta relación
necesita una
reforma
completa



EL AMOR DERRIBA MUROS

Autora best seller del New York Times

TESSA BAILEY

EL AMOR DERRIBA MUROS

EL AMOR DERRIBA MUROS

TESSA BAILEY

TITANIA

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *Love Her or Lose Her*

Editor original: Avon, an Imprint of HarperCollinsPublishers

Traducción: Ana Isabel Domínguez Palomo y María del Mar Rodríguez Barrena

1ª edición Agosto 2023

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2019 by Tessa Bailey

Translation rights arranged by Taryn Fagerness Agency and Sandra Bruna Agencia Literaria, SL

All Rights Reserved

© 2023 de la traducción by Ana Isabel Domínguez Palomo y María del Mar Rodríguez Barrena

© 2023 by Urano World Spain, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

www.titania.org

atencion@titania.org

ISBN: 978-84-19699-25-1

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Para Esther.

Agradecimientos

Cuando vayas a escribir una comedia romántica, elige sin dudar un matrimonio en crisis como tema. Es graciosísimo, vamos. ¡Es broma! No sé muy bien en qué estaba pensando cuando me embarqué en esta historia, pero me alegro mucho de haberme lanzado a la aventura. Dado que llevo casada doce años, me dio la sensación de que estaba lidiando con mis propias inseguridades en el papel, junto con las de Rosie y Dominic, y eso hizo que todo el proceso fuera muy catártico. Siempre llevaré esta historia y estos protagonistas en el corazón.

Este libro se inspiró en tres cosas. La primera, en el podcast *Where Should We Begin?*, con Esther Perel. La segunda, en la canción «Apple Juice» de Jessie Reyez. No me habría inspirado para escribir la historia de Rosie y de Dominic sin las voces de estas mujeres fuertes y sus diferentes formas de explorar las vulnerabilidades y las dificultades de toda relación. Por no mencionar lo maravillosas que pueden ser las relaciones cuando las mimas como se merecen. Y la tercera fuente de inspiración fue el libro *Los 5 lenguajes del amor*, de Gary Chapman. Es increíble lo distinta que puedes ver a la persona que mejor conoces cuando la observas con más atención.

Gracias a mi familia; a mis lectores; a mi editora, Nicole Fischer; a mi agente, Laura Bradford; y al equipo de publicidad de Avon por ayudarme a que este libro viera la luz.

1

Rosie Vega: la peor pesadilla del cliente de unos grandes almacenes.

Eso es lo que debería poner en su chapa de identificación en vez de ASESORA DE COSMÉTICA. Para merecer dicho título, alguien debería pedirle que lo asesorara antes, ¿no? El problema era que nadie pedía nunca que lo rociaran con perfume. Y, la verdad, en eso consistía todo. En una pequeña pulverización. ¿Por qué los clientes no le permitían perfumarlos para que oliesen? ¿Era demasiado pedir?

Atenta a la posible aparición de Martha, su supervisora, se acercó tambaleándose sobre los zapatos de tacón al mostrador de Clinique para apoyarse con pose relajada sobre el cristal y gimió aliviada en cuanto se redujo la presión sobre los dedos y los tobillos. Cualquiera diría que estaba en el ejército en vez de en la sección de perfumería de unos grandes almacenes. Si la encontraban tomándose un descanso no programado, no se lo descontarían del sueldo ni nada tan grave. Eso sí, al día siguiente le darían el perfume más horroroso. Los caminos de Martha hacia el mal eran misteriosos.

Se inclinó sobre el mostrador y miró la hora en el reloj de la caja registradora: 21.29. Le quedaba poco más de media hora para acabar el turno y ya no aguantaba más de pie, porque no se había sentado desde las 15.00. Los únicos clientes que quedaban en Haskell's estaban comprando regalos de cumpleaños de última hora o ropa para una entrevista de trabajo inesperada. No había nadie curioseando a esa hora, pero le exigían que se quedara hasta el cierre. Por la hipotética probabilidad de que alguien quisiera oler a begonias y sándalo antes de acostarse.

Un chillido rompió el silencio, y dos niños con unos *pretzels* enormes aparecieron corriendo por el pasillo, seguidos de cerca por su madre, que llevaba no menos de tres bolsas en cada brazo. Aunque logró apartarse de su camino, los niños se tropezaron el uno con el otro y acabaron por el suelo, de tal modo que los *pretzels* fueron dando tumbos como plantas rodadoras hasta chocar con un exhibidor de Dior, que se ladeó, se tambaleó y acabó cayendo de costado. Los frasquitos de perfume se estrellaron contra el suelo con un estruendo, y sus aromas se esparcieron por el aire, conformando una mezcla que podría calificarse como excesiva.

—Señor, acaba con mi suplicio —suplicó la madre con la mirada en el techo al tiempo que clavaba los ojos enrojecidos en Rosie—. Ayúdanos. Por favor.

La respuesta resonó a través de la megafonía de los grandes almacenes.

—Servicio de limpieza acuda a la sección de perfumería y cosmética.

Los dos niños estallaron en lágrimas, y ninguno hizo ademán de levantarse del suelo.

Los altavoces emitieron un sonido agudo, como de acople, obligándolos a todos a taparse los oídos, algo que Rosie solo consiguió hacer con un dedo, ya que seguía con el frasquito de perfume en la mano.

—Llebad una fregona —añadió con voz soñolienta el hombre que hablaba por la megafonía.

Rosie se mordió el labio inferior un segundo y soltó el frasquito de perfume, cometiendo así un pecado capital a ojos de su supervisora. «No pierdas el tiempo, ten siempre en la mano un frasquito». Esas palabras estaban escritas en una placa en la sala de descanso del personal, a tamaño 72. Claro que los momentos desesperados requerían medidas desesperadas, y con las manos libres podía agacharse para ayudar a los niños a ponerse en pie mientras su madre se lamentaba por haber dejado de fumar.

Un adolescente apareció en escena arrastrando una fregona, con la música a todo trapo en los auriculares, y Rosie animó a los niños a acercarse a su madre cuyas muestras de agradecimiento no aceptó porque sabía que debía recuperar el frasquito antes de...

—Sin perfume, por lo que veo —dijo Martha con retintín al tiempo que se incorporaba desde detrás de un mostrador de cristal cual vampiro al anochecer—. ¿Cómo vamos a animar a los clientes? —Fingió buscar en los alrededores—. Tal vez nos caiga una comisión del cielo sin más.

Rosie levantó el frasquito con una sonrisa y lo agitó.

—Armada y preparada, Martha.

—¡Ah! Ahí está. —Martha se alejó con paso lento para aterrorizar a otra persona, pero no antes de decirle por encima del hombro—: Mañana tendrás la muestra de Le Squirt Bon Bon.

Rosie apretó los dientes y levantó el pulgar.

—¡Me muero de ganas! —Nadie había vendido jamás un frasco de Le Squirt. Olía como si alguien se hubiera levantado con resaca, hubiera entrado en la cocina sin lavarse los dientes para comerse una magdalena... y después hubiera echado el aliento en una botella para ponerlo a la venta.

Estaba sopesando la idea de pagarle al de mantenimiento para que escondiera todas las botellas de Le Squirt —¡un golpe desde dentro!— cuando el sonido de unos pasos que se acercaban a ella obligó a su columna a enderezarse, como si hubiera recibido una orden. Se apartó del cristal y sostuvo en alto el frasquito, preparada, con una sonrisa en los labios que le tensaba las doloridas mejillas. Un hombre dobló la esquina, y su sonrisa se relajó un poco al tiempo que bajaba las manos. Aunque hubiera ido para comprarle un regalo a su mujer, ese hombre no quería volver a casa apestando a perfume femenino.

Supuso que el hombre pasaría de largo, pero se detuvo en el mostrador situado al otro lado del pasillo y miró el expositor de cristal un momento. Después se enderezó y la miró con una sonrisa afable.

—Hola. —El hombre se metió las manos en los bolsillos, y ella lo sometió a su comprobación habitual. Un reloj bonito. Traje a medida. Posible buena venta si podía convencer a ese evidente empresario de que la caja de regalo de tres perfumes era un imprescindible para su señora—. ¿No deberían haberte dejado salir a estas horas?

¿Le hablaba a ella? Qué raro. Cuando estaba en la sección de perfumería y cosmética, la mayoría de las personas pasaba junto a ella como si fuera un objeto inanimado. Una molestia que habían conseguido evitar con éxito durante 3,7 segundos, a menos que necesitaran indicaciones para llegar a algún sitio o ayuda para controlar a sus hijos. Sintió el impulso de mirar por encima del hombro para confirmar que no le estaba hablando a alguien que tuviera a la espalda. A lo mejor Martha había vuelto para asegurarse de que tenía el frasco preparado.

—Mmm. —Intentó no cambiar el peso del cuerpo de forma muy evidente, transfiriendo el dolor de un pie al otro—. Supongo que no hay descanso para los cansados. Los grandes almacenes cierran a las diez, así que...

Se le hacía raro hablar con un hombre. Rarísimo. Llevaba años sin hablar siquiera con su marido, Dominic, de algo importante. Y, que Dios la ayudara, que alguien se fijara en ella lo suficiente como para preguntar por qué estaba aterrorizando a las personas con un frasco de perfume a las nueve y media de la noche le parecía importante. Que alguien se interesara en ella, se fijara en ella, le parecía importante.

Durante un breve segundo, se permitió mirarlo con admiración. De forma totalmente objetiva. Parecía agradable. Estaba un poquito regordete, pero no iba a juzgarlo. Como tenía las dos manos en los bolsillos, no podía ver si llevaba alianza. Pero algo le decía que estaba divorciado. Tal vez hacía poco. Había algo en su forma de abordarla, como si pensara ir directo a la salida, que le había indicado que su interés por la vitrina de las joyas era fingido. La tensión de sus hombros y la conversación tan poco fluida sugería que se había parado porque quería hablar con ella aunque no se sentía muy cómodo haciéndolo.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando aquí?

Ese hombre estaba interesado en ella. Y, de repente, cayó en la cuenta de que durante todo ese tiempo su propia alianza había estado oculta por el frasquito de perfume. Se llevó el frasquito al pecho con disimulo para que el hombre captara el brillo del oro desde el otro lado del pasillo. El interés desapareció casi al instante de sus ojos.

Le era fiel a Dominic desde el instituto, y eso no iba a cambiar de momento, pero se permitió experimentar cierta satisfacción femenina al saber que le resultaba atractiva a un hombre. ¿Se había permitido experimentar ese sencillo placer para alguien que no fuera Dominic? No. No, no lo recordaba. Y desde que Dominic regresó del ejército hacía ya unos cuantos años, tampoco había experimentado ese subidón tan maravilloso con él.

Entre ellos todo era complicado, pasional, desconcertante y... tan extraño que no estaba segura de que su matrimonio volviera a encontrar el norte.

A lo mejor era una tontería permitir que el coqueteo de un desconocido lo pusiera todo en perspectiva de golpe, pero eso fue lo que pasó. Una aburrida noche de martes que debería haber sido como cualquier otra. De repente, no solo estaba de pie en su puesto habitual bajo la falsa araña de cristal mientras una aburrida música de piano sonaba por los altavoces. Estaba en el purgatorio. ¿De quién era esa vida?

La suya no.

En otra época, fue una estudiante de sobresalientes. Miembro del equipo de voleibol del Instituto de Port Jefferson..., categoría B, pero daba igual. Había sido una aspirante a chef.

Un momento. No. Seguía siendo una aspirante a chef. Debía dejar de pensar en ese sueño en pasado. En algo que se había perdido como un lejano deseo a una estrella fugaz.

Soltó el frasco de perfume en el mostrador de Clinique y miró al hombre con una trémula sonrisa.

—¿Que cuánto llevo trabajando aquí? —Se rio entre dientes—. Demasiado.

El hombre se echó a reír y pareció agradecer que le hubiera puesto fin a la tensión provocada por la alianza.

—Sí, te entiendo. —Se frotó la nuca—. En fin, supongo que debería irme...

Aunque dejó la frase en el aire, no hizo ademán de marcharse. Rosie tardó un segundo en darse cuenta de que estaba calibrando su interés, aunque estaba casada. Tomó una rápida bocanada de aire y asintió con la cabeza.

—Buenas noches.

Siguió inmóvil hasta mucho después de que el hombre se fuera, todavía atrapada en esa experiencia extracorpórea. ¿De quién era esa vida? Al cabo de unos minutos, ficharía para salir de un trabajo que detestaba y regresar a una casa demasiado silenciosa. Una casa con un silencio doloroso y desagradable en la que ella orbitaba alrededor de Dominic sin mirarse a los ojos por temor a acabar devorados por las llamas. ¿Cuándo se había torcido todo?

No lo sabía. Pero con veintisiete años era demasiado joven para conformarse con la infelicidad. Con el descontento.

Cualquier edad era demasiado joven para eso.

Sin embargo, eso era lo que había hecho. En lo profesional y en lo personal.

—Creo que se acabó —susurró, aunque sus palabras quedaron ahogadas por la música del ascensor, el ruido de los cajones de las cajas registradoras al sacarlos y las persianas que bajaban en las entradas a Haskel's. Tuvo la impresión de que ella también había bajado las persianas alrededor de un corazón que se rompía un poco más cada vez que cruzaba el salón de su casa sin recibir ni un «Hola, ¿cómo estás?».

«Te quiero».

¿Cuándo fue la última vez que oyó esas palabras de labios de su marido?

Ni siquiera se acordaba.

¡Ni siquiera se acordaba!

A lo mejor Dominic era el motivo de que no pudiese dar el salto al tercer paso de sus aspiraciones. Su falta de confianza y de apoyo —su absoluta falta de reconocimiento— la estaba lastrando. Se había contentado con consumirse en ese purgatorio de perfumes. Si fuera más valiente, le diría a Martha dónde meterse el frasco de Le Squirt Bon Bon. Aunque le faltaba el valor. Le faltaba desde hacía mucho.

«¿Qué nos ha pasado? Nos queríamos con locura. Éramos un equipo».

Con el pecho lleno de cristales rotos, se inclinó sobre el mostrador y miró de nuevo el reloj. Las diez. Había sobrevivido otro día. Su matrimonio no lo haría.

2

Estar casada con Dominic era complicado, pensó Rosie.

Por decirlo muy suavemente.

Metió el coche en el garaje y apagó el motor, pero dejó las manos en el volante mientras respiraba hondo una vez. Y dos. La camioneta de Dominic estaba aparcada junto a la acera, delante de la casa, así que sabía que estaba dentro, seguramente con una cerveza en la mano mientras veía las noticias de la noche.

Esa noche no solo iba a decirle a su marido que su matrimonio había acabado.

Además, era la noche en la que tenían programado tener sexo como si no hubiera un mañana.

Extendió un brazo hacia el bolso, que tenía en el asiento del acompañante, y se lo colocó en el regazo mientras miraba la puerta que estaba a unos pasos por delante del capó y que conducía a la cocina. Entraría en la casa como todas las noches, se quitaría los zapatos de tacón con los pies y prepararía la cena. La suya. Dominic ya habría cenado solo. Comidas independientes. Otra parte de su matrimonio que debería haber indicado el final muchísimo antes de esa noche.

Se bajó del coche con el corazón atronándole los oídos y subió los escalones hasta la puerta de la cocina. Se detuvo con la mano en el pomo mientras la piel le ardía por la expectación pese al sentido común. Porque el sentido común no tenía cabida en lo que sucedía entre ellos una vez a la semana, cuando la tensión sexual alcanzaba su punto álgido y acababan cediendo. A lo grande.

Tal vez su matrimonio fuera frío, pero la cama la mantenían calentita.

Desde que lo hizo por primera vez con Dominic la noche que cumplió los diecisiete, el sexo entre ellos había evolucionado hasta convertirse en explosivo. Algo que no había cambiado cuando él volvió del ejército, aunque faltaba un detalle importante. Un detalle que ella necesitaba para verlo bien y no tener la sensación de que solo lo hacían cuando les picaba. El afecto. Había desaparecido junto con la calidez, el cariño y el apoyo de su marido, dejando tan solo un hombre que conocía todos y cada uno de los secretos más escandalosos de su cuerpo y que era tan guapo que quitaba el sentido.

Se mordió el labio inferior y abrió la puerta para entrar en la casa, mientras los familiares sonidos de las noticias le asaltaban los oídos. Ya había un botellín de cerveza vacío junto a la tostadora. Una acusación. «Llegas tarde. Estoy esperando». Era irónico que un hombre que le prestaba tan poca atención como mujer estuviera tan pendiente de su horario. Lo bastante como para saber que solía entrar en la casa a las 22.15 y que ya eran las 22.22.

Se quitó los zapatos de tacón con los pies y soltó un gemido ronco por el alivio con la mirada clavada en el techo.

Antes de poder contenerse, metió los pies en las zapatillas de deporte, con medias y todo, mientras el corazón le atronaba de nuevo los oídos. «Ha llegado el momento. Voy a hacerlo. Ya no aguanto más la falta de amor cuando antes era una fuente inagotable». La cuerda entre ellos estaba tan laxa que ya no había forma de tensarla.

Aunque le rugía el estómago de hambre, dejó atrás el frigorífico y se adentró unos pasos en el salón. Lo suficiente para ver el perfil de su marido recortado contra la luz que emitía el televisor. Esa era la noche en la que recibía alivio, y su libido lo sabía muy bien. Sintió un deseo pegajoso y dulce que fue descendiendo por su cuerpo hasta aflojarle las piernas. Sí, Dominic era un hombre guapísimo. Y aunque le había roto el corazón poco a poco, lentamente, hasta dejárselo jadeante y mustio en el pecho, era imposible negar que su cuerpo respondía al verlo. Su marido estaba sentado sin camiseta en el sofá, inclinado hacia delante con las manos entrelazadas entre las rodillas. Esos fuertes hombros estaban cubiertos de tatuajes, tinta negra sobre piel oscura, incluida la bandera de Puerto Rico con la solitaria estrella que ella había lamido tantas veces que ya había perdido la cuenta.

Llevaba la cabeza rapada y la cruz que tenía al cuello era un regalo que su padre le hizo cuando se graduó en el instituto. Un católico del Bronx, eso era. Tradición, honor, respeto. Le habían inculcado esas cualidades mientras crecía, pero ya solo quedaba lo más básico. Al menos en lo referente a ella. Le proporcionaba sustento. Se mataba trabajando un día tras otro en la obra, nunca se había retrasado en el pago de una factura ni remoloneaba a la hora de reparar algo en la casa. Sabía en lo más hondo que Dominic era fiel. No tenía la menor duda. Podría ser el marido perfecto.

Si al menos la mirase.

Era evidente que estaba dispuesto a dedicarle tiempo por la noche. Quedaba claro por la ausencia de la camiseta y de los calcetines..., y porque cuando se echó hacia atrás, vio que se había desabrochado el botón superior de los vaqueros.

Tenía un botellín de cerveza entero en la mesita del sofá que había delante de él.

Habían pasado varios minutos, y Dominic no había hecho ademán de tocar la cerveza. Sabía que ella estaba allí, pero no se había levantado para saludarla. Ni siquiera le había dicho «hola». Allí estaba sentado como un rey, a la espera de que su reina se le subiera encima y lo montara para poner a cero el contador una vez más. Otra semana de silencio. Otra noche de sexo salvaje. Un ciclo interminable.

A menos que ella lo rompiera.

En vez de hacer lo que normalmente haría, desnudarse de camino al dormitorio, se dio media vuelta y regresó a la cocina. Abrió el armario situado sobre el fregadero y sacó su agenda. La dejó en la encimera y la miró antes de levantar el brazo de nuevo y rebuscar entre los

documentos. Facturas, registros bancarios, cosas que no sabía muy bien para qué servían, pero que iba a necesitar. Había una carpeta con su certificado de matrimonio y una copia de las escrituras de la casa. Se lo llevaría todo. Por mucho que Dominic la tratase como si formara parte de un decorado, nunca pediría el divorcio.

Tendría que hacerlo ella.

—¿Qué haces?

Su voz le subió por la columna como una enredadera. Las endorfinas le corrieron bajo la piel, y el cuerpo le suplicó el alivio que su marido ofrecía como un castigo. Pero mientras se volvía para mirarlo, se recordó lo perdida y sola que se había sentido en Haskell's esa noche. El hecho de que se hubiera convertido en una desconocida en su propia vida. Ya se había hartado de esperar a que el viejo Dominic volviera para revivirla. El hombre que antes compartía sus sueños y los convertía en propios había desaparecido.

—Un hombre se ha fijado en mí esta noche —dijo.

No sabía de dónde habían salido esas palabras. No las había planeado. Pero nada más pronunciarlas, su decisión de marcharse se multiplicó. «Eso es, maridito. Soy lo más. Y hace mucho que no me haces ni caso».

Dominic se quedó inmóvil al oírla. Enmarcado por el vano de la puerta que separaba la cocina y el salón, pareció aumentar de tamaño mientras su musculoso pecho subía y bajaba como si le faltara el aire.

—¿Qué has dicho, Rosie?

—Lo que me has oído. Que un hombre se ha fijado en mí —repitió con retintín y ladeó el cuerpo para sacar cadera, sintiéndose como la Rosie de siempre, algo que no sucedía desde no sabía cuándo—. Esta noche.

Se produjo un silencio atronador.

—Como alguien te haya tocado —replicó él despacio mientras se adentraba en la cocina y la llenaba como si hubieran aparecido cien globos de repente—, lo lleva crudo.

—Nadie ha tocado a nadie. Solo ha sido interés —recalcó—. Y ¿sabes qué? Me ha encantado. Que alguien me mire y... me vea. Que se esfuerce por llamar mi atención.

En el mentón de Dominic apareció un tic nervioso.

—He estado aquí esperando a que volvieras a casa.

—Lo que hacemos no requiere esfuerzo. Ya no. —Dominic la miró con una ceja levantada, como si le estuviera diciendo: «¿En serio?». Y lo vio todo rojo—. Es estupendo. Los dos sabemos que lo es. Pero... —Estuvo a punto de quebrársele la voz, de modo que hizo una pausa para carraspear—. Solo es sexo. Ya no hay nada más.

Dominic torció el gesto.

—¿Y crees que será algo más que sexo con cualquier imbécil al que acabas de conocer y que se ha fijado en ti?

—Lo que digo es que será lo mismo —susurró ella antes de poder morderse la lengua. Porque, la verdad, se negaba a seguir encerrada. A medida que iba diciendo verdades, la sinceridad le parecía más fácil. Y eso dificultaba la tarea de seguir guardando silencio, sobre todo las cosas que le hacían daño. Que llevaban años haciéndoselo—. Es posible que no sea tan satisfactorio. Quizá nunca lo sea con otro, y por eso a lo mejor... siempre he pensado que había esperanza. No lo sé, Dominic. Pero estar con un desconocido será lo mismo en lo esencial, porque después me quedará con la misma sensación de que no importo nada.

Eso pareció dejarlo sin respiración, y su piel adquirió un tono ceniciento.

—Rosie.

—¿Qué?

Antes de terminar la pregunta siquiera, se dio media vuelta y empezó a guardar la agenda y los documentos en el bolso. Se le erizó el vello de la nuca, y supo que Dominic se acercaba. «No dejes que te toque, porque perderás el fuelle». Su instinto de supervivencia se activó y se dio media vuelta, esquivándolo de camino al salón para enfilarse al pasillo hacia el dormitorio. Un error garrafal acercarse a una cama cuando tenía el cuerpo dispuesto para entablar contacto... muy a su pesar. Los martes por la noche cedían a la tentación. Como un reloj. Se armó de valor para resistir la debilidad de su carne y sacó de un tirón una maleta del armario, tras lo cual la colocó en la cama para abrirla.

«¡Joder! Lo estoy haciendo».

—¿Qué demonios haces? —Su marido estaba recortado contra la puerta del dormitorio, y la luz de la luna que entraba por la ventana resaltaba ese pecho jadeante—. No... ¿Te vas?

La pregunta hizo que se le escapara una trémula carcajada.

—¿De verdad te sorprende?

—¡Pues claro! —gritó él—. Guarda la puta maleta.

—No.

En ese momento, él se dio cuenta de que lo decía en serio. Aquello no era una discusión. Era la discusión definitiva. En realidad, ni siquiera habían discutido mucho, ¿verdad? Entre ellos apenas había pasión. A menos que se la metiera.

Echó a andar hacia la cómoda, preparada para vaciar el cajón de la ropa interior de un plumazo, pero algo le llamó la atención. Un periódico que asomaba por debajo del colchón. Durante el último mes, había estado marcando anuncios en el periódico local en busca de locales para un restaurante. Sabía por Georgie que Dominic había encontrado su alijo. Él se lo había contado a sus compañeros de trabajo, pero no se había molestado en decírselo a ella.

—Dominic, ¿sabes lo mucho que me ha costado marcar esos anuncios? —Agarró una esquina del periódico y lo liberó de su prisión para levantarlo y que él lo viera—. ¿Sabes lo mucho que me ha costado permitirme creer, aunque fuera por un segundo, que sería capaz de perseguir este sueño que tengo desde que éramos niños? Me costó mucho, muchísimo. Porque ya no creo en

mí. Se me ha olvidado lo que es soñar. Querer algo para mí. Y tú viviste esto. Sabías que estaban ahí, que había empezado a soñar de nuevo... —Bajó la voz hasta susurrar—. ¿Y ni siquiera me lo has dicho?

Dominic tuvo la decencia de parecer arrepentido mientras el rubor teñía esos pómulos cincelados.

Irritada a más no poder por su falta de respuesta, dejó que el periódico cayera al suelo.

—Ya no te quiero.

El aire abandonó los pulmones de Dominic, y salió acompañado de un gemido de dolor espantoso.

La compasión la embargó, pero se desentendió de ella al instante. Quería decir muchísimas más cosas. Quería repasar los últimos años y echarle en cara hasta el último resquicio de dolor. Decirle lo mucho que le dolió que la apartara de su lado, que dejara de comunicarse con ella. Hasta qué punto se sintió una fracasada al verse incapaz de conectar con él aunque compartían cama, casa y vida. Sin embargo, había una parte en su interior que seguía queriendo lo que habían tenido, porque era físicamente incapaz de hacerlo sufrir más. «Termina de una vez».

—Me voy a casa de Bethany.

Él rodeó la cama para acercarse.

—No.

Rosie se apartó, y no tardó en acabar con la espalda pegada a la pared de su pequeño dormitorio.

—Ni se te ocurra impedírmelo.

Dominic la pegó con el cuerpo a la pared, y sus gemidos se mezclaron, uno femenino con otro más tosco. Por Dios, su olor. Había cambiado con el tiempo. Había madurado. Había pasado de suave y especiado a masculino y almizcleño. Detestó que los muslos se le aflojaran, que las bragas se le mojaran y que su cuerpo se tensara y se preparara, ansioso por sentirlo dentro.

—Dominic —susurró, aunque sus palabras apenas se oyeron cuando él se inclinó para unir sus bocas.

Aunque no la besó. Ya nunca lo hacía. No a menos que antes se la hubiera metido.

—Tranquila, cariño. Te conozco. Sé lo que necesitas. —Le recorrió la parte externa de los muslos con los dedos hasta metérselos por debajo de la falda de trabajo y engancharlos en el elástico de las bragas. La miró con los párpados entornados mientras empezaba a bajárselas—. ¿Mi mujer quiere que le dé más duro esta noche? —Le dio un mordisco en la barbilla—. Porque eso es lo que haré. No hacía falta que montaras un numerito.

Su cuerpo era un traidor que no había dejado de ansiar a Dominic ni por un segundo. Y su marido sabía cómo actuar, sabía si quería que fuera rápido o lento, cuándo cambiar de postura. Sabía que si le decía guarradas, la ponía más cachonda. Sabía cuándo necesitaba un buen azote en el culo o una sesión lenta y sensual que lo dejaba sudoroso y cubierto de arañazos. Era capaz

de susurrarle a su libido, de hablar su idioma, de hacerla borbotear como un arroyo. De hacerla gritar, de que se estremeciera, de que suplicara.

Dominic le acarició los labios de su sexo con el dedo corazón y gruñó de forma feroz cuando la descubrió empapada.

—Llevo todo el día empalmado esperando esto.

«Esperando esto. No esperándote a ti», pensó ella.

Aun así, en vez de echárselo en cara, dijo con voz suplicante:

—Dominic...

Su nombre acabó en un gemido cuando le metió ese dedo y lo giró, rozándole el clítoris con el pulgar mientras le buscaba el punto G..., que encontró sin dilación y se lo acarició, haciendo que arqueara la espalda y se apartara de la pared sin poder evitarlo.

—Eso es. Allá vamos, bombón. Vas a correrte ahora mismo, ¿verdad? —le preguntó mientras bajaba la mirada y se apartaba un poco para observar cómo le metía y le sacaba el dedo..., aunque algo hizo que se detuviera un segundo. Después, le subió una pierna sin muchos miramientos con la mano libre y se colocó la rodilla en la cadera. La calidez de sus caricias le llegó al tobillo, más abajo—. Quítate esas zapatillas ahora mismo.

—Oblígame.

Dominic colocó las caderas entre sus muslos separados y la levantó contra la pared. Sintió la presión de su gruesa erección al instante, y eso le arrancó su nombre entre dientes.

—Quítate las —ordenó él con voz ronca, frotándose contra ella sin parar y mirándola a los ojos—. Te quedas.

—Me voy —susurró ella al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás—. Acéptalo.

—Y una mierda. —Le recorrió el escote con la boca abierta, y su rápida y ardiente respiración le endureció los pezones bajo la blusa de seda—. Te necesito.

Acto seguido, introdujo una mano entre sus cuerpos y se bajó la cremallera de los vaqueros. El sonido metálico en la penumbra fue como una catarata de agua helada sobre ella. No tenía derecho a decir que la necesitaba. No tenía derecho a disfrutar del placer de su cuerpo cuando solo le ofrecía ese contacto físico programado. Ella era más que la gratificación semanal de otra persona. Hizo acopio de toda la fuerza de voluntad que llevaba en su interior para colocarle las manos en los hombros y apartarlo de un empujón; sus pies tocaron el suelo al cabo de un momento.

Dominic estaba a un par de pasos —demasiado cerca—, y varios centímetros de su erección asomaban por la cinturilla desabrochada de los vaqueros. No le quedó más remedio que admitir por última vez que su marido quitaba el hipo. Era un musculoso guerrero con un mentón de granito... y aunque se bebía un par de cervezas todas las noches, eso no hacía efecto en absoluto a su cuerpo. Si no lo conociera, creería que mantenía una forma física impecable por ella.

«Claro, claro».

Ni siquiera le daba los buenos días.

—No vuelvas a tocarme. —Se colocó las bragas a toda prisa mientras hacía caso omiso de las mariposas que le aletearon en el estómago cuando él siguió sus movimientos con mirada ardiente—. ¿Cómo te atreves a decir que esto es un numerito? —Le dio una patada al periódico que había caído al suelo y regresó junto a la maleta con las piernas hechas un flan—. Volveré a por el resto de mis cosas en otro momento.

Dominic se acercó a ella. El pánico empezaba a asomar en su expresión estoica habitual. Por un brevísimo momento, se miraron a los ojos, y entonces lo vio. Vio al Dominic que había jurado amarla hasta la muerte. Lo juró hasta que se quedó ronco. Vio al hombre que la complació con una sonrisa cuando ella insistió en ir con ropa a juego al baile de graduación. Al hombre que le pidió matrimonio el mismo día de la graduación, arrodillado en el campo de fútbol del instituto con un modesto anillo entre los dedos y su brillante futuro en los ojos.

Y después desapareció en un abrir y cerrar de ojos, tras una persiana bien cerrada que ocultaba todas sus emociones. Conocía bien a ese hombre. Demasiado bien.

—Pues vete. Nadie te lo impide.

Debía de quedar una hebra que mantenía su corazón pegado e impedía que se le partiera por completo. Pero se deshilachó y se rompió al oír esas palabras, dejándola descolocada mientras unas ardientes lágrimas le quemaban los párpados. A ciegas, metió toda la ropa de un cajón en la maleta, desenchufó el cargador de su móvil y buscó su tarro de acondicionador nutritivo Curl Conditioning Oil-In-Cream de Curlsmith y el pañuelo para el pelo con el que dormía. Todo fue a parar a la maleta, y el sonido de la cremallera le resultó tan irrevocable que le provocó náuseas.

El aire frío le rozó las mejillas húmedas cuando volvió al garaje, y se dio cuenta de que ni siquiera había cerrado la puerta cuando llegó a casa. Para facilitar las cosas, ¿no? Arrojó la maleta al coche y se sentó al volante mientras se le escapaban unos sonoros jadeos. «Por Dios, estoy dejando a Dominic. Por Dios, acabo de ponerle fin a mi matrimonio».

Casi había recorrido marcha atrás el camino de entrada cuando Dominic apareció en el garaje, descamisado y más guapo de lo que debería ser ningún hombre. Las luces de los faros le arrancaron destellos a la cruz que llevaba al cuello..., y se dio cuenta de que llevaba en la mano aferrado con fuerza el periódico que ella había escondido debajo del colchón. ¿Qué? ¿Ya quería hablar?

«Es demasiado tarde».

—Rosie.

Se le encogió el corazón al oírlo gritar su nombre por segunda vez mientras echaba a andar hacia el coche. No. Se acabó. Ya no aguantaba más. Antes de poder cambiar de idea, hizo un cambio de sentido con el coche y pisó el acelerador a fondo para alejarse por la calle de la urbanización mientras la voz de Dominic resonaba entre la polvareda que ella había dejado atrás.

3

Dominic se vio reflejado en el cristal de la puerta de su camioneta cuando la cerró de golpe. Iba sin afeitarse, y tenía los ojos hundidos y las mejillas demacradas. Alrededor de la boca habían aparecido unas arrugas que antes no tenía, aunque estuvieran medio cubiertas por la barba. En realidad, tampoco tenía tan mal aspecto, teniendo en cuenta que su vida se había ido a la mierda.

Cerró los ojos y se inclinó hacia delante, apoyando la frente en el frío metal de la camioneta mientras tomaba aire y lo expulsaba por la nariz en un intento por contener las incesantes náuseas. Había empezado a beber el martes por la noche después de que Rosie se fuera y ya estaban a viernes. Recordaba haberle mandado un mensaje de texto a Stephen Castle, su jefe y amigo, antes de ponerse a empinar el codo de tal manera que hasta una estrella del rock se enorgullecería de él.

«Estoy enfermo».

Eso fue lo único que atinó a escribirle a Stephen..., y no era mentira. Estaba enfermo. Pero lo suyo no tenía cura.

Oyó que la gravilla crujía a su espalda y se preparó para los gritos que sin duda le partirían la cabeza en dos.

—La madre que te parió —dijo Stephen con una voz alegre muy irritante porque solo eran las ocho de la mañana. Bueno, lo irritaría a cualquier hora, la verdad. Su dedicación lo convertía en un capataz de obra estupendo, pero esa cara sonriente era lo último que le apetecía ver en ese momento. Por desgracia, él también se tomaba muy en serio el trabajo y el sentimiento de culpa por haberse ausentado dos días hacía que se sintiera todavía peor—. ¿Sigues enfermo, colega? —le preguntó su jefe mientras le daba unas palmaditas en un hombro—. Vete a casa. No quiero que toda la cuadrilla acabe contagiándose. —En ese momento, lo agarró del hombro e hizo que se volviera, pero retrocedió de un salto al verle la cara—. Pero ¿qué tienes? ¿Malaria?

—No estoy para tonterías —repuso él al tiempo que se llevaba los dedos a la frente y presionaba—. Y déjate de fingir que no sabes que Rosie se está quedando en casa de Bethany.

—Yo... Ah, mierda. —Stephen apartó la mano—. No, no lo sabía, colega.

¿Por qué lo cabreaba eso todavía más? ¿Abandonar a un marido no era un suceso lo bastante relevante como para que corriera como la pólvora por ese pueblucho donde todo el mundo le daba a la lengua con alegría? Tragó el ácido que se le subió a la boca y se dirigió a la parte trasera de la camioneta para sacar su caja de herramientas, justo a tiempo para ver que Travis

Ford se acercaba con una sonrisa bobalicona de oreja a oreja. Su actitud era la de un hombre que no necesitaba trabajar y solo quería un pasatiempo entre los partidos para los que ejercía de comentarista en el estadio de los Bombers y las sesiones de magreo con su novia, que daba la casualidad de que era la otra hermana de Stephen, Georgie.

Acabaron como pareja sin pretenderlo durante el verano, después de fingir que salían para limpiar la imagen que Travis tenía de «chico malo del béisbol». Habían tenido un éxito que ni se imaginaron en un primer momento, y Travis se pasaba el día flotando. Estaba loco por su chica.

«Yo era así con Rosie».

Antes de alistarse en los marines y marcharse en la primera misión que lo desplegaron, Rosie era lo único que veía cuando estaban cerca. No había nada ni nadie salvo la chica que le había robado el corazón en el instituto.

Y todavía era así. Nada había cambiado al respecto. Nada cambiaría.

Sin embargo, llevaban sin estar cerca desde el martes, y eso lo alegraba. Menos mal que no lo había visto borracho, enfurecido y llamando a su móvil apagado entre trago y trago de Jack Daniel's. No habría soportado que lo viera tan débil.

El exjugador de béisbol apoyó un codo en el portón trasero levantado de su camioneta y bebió un buen sorbo del café que llevaba en la mano. Después bajó el vaso de papel y titubeó antes de decir:

—Me he enterado de que tu mujer te ha dejado.

Si le quedara un ápice de energía en el cuerpo, le habría dado un puñetazo a ese cabrón engreído. Pero estaba demasiado entumecido para moverse. Ni siquiera notaba la caja de herramientas en la manos.

—¿Y qué tienes que decirme al respecto?

—Un momento, un momento. A ver. —Stephen se interpuso entre ellos con expresión escandalizada—. ¿Por qué Travis lo sabe y yo no?

Travis ocultó una sonrisa bebiendo otro sorbo de café.

—Seguro que no te apetece que te recuerde tan temprano que me voy a vivir con tu hermana, ¿verdad, Stephen?

—No. —Levantó una mano para que se callara—. Por Dios te lo pido, ni menciones el tema.

—La semana pasada compramos un centro de mesa otoñal para el salón —siguió Travis sin inmutarse y disfrutando de lo lindo—. Tiene calabacitas y piñas. Es un chisme precioso.

—¿Has terminado? —protestó Stephen—. El matrimonio de este hombre se ha acabado.

El agujero que Dominic tenía en el pecho se agrandó, pero apretó los dientes, porque se negaba a que el torbellino interior asomase a su cara.

—Si no os importa, imbéciles, me gustaría echar abajo unas cuantas paredes.

Travis inclinó el vaso de café hacia él.

—Deberías haber echado abajo tus propias paredes y dejarla entrar, eso deberías haber

hecho...

—Por el amor de Dios —dijo Stephen con voz cargada de desdén—. Tienes una relación estable desde hace un minuto ¿y ya te crees un experto?

—Sí.

Dominic se dio media vuelta y echó a andar hacia la casa, dejando a sus dos amigos discutiendo a su espalda. Ese día era la demolición de la casa que iban a reformar, y había descubierto que echar abajo a mazazos una pared vieja casi siempre era catártico. Esa mañana, dicho alivio era una necesidad física. La frustración ya lo estaba haciendo apretar los puños.

Se suponía que su mujer estaría a su lado.

Estaba trabajando, pero el dinero que ganaba ya no la sustentaría. Saberlo era un constante martilleo en el estómago.

«Yo llevo dinero a casa. Es lo único que sigo haciendo bien».

Su padre fue un hombre callado, pero decidido. Después de que su madre soltera muriera cuando él tenía veinte años, abandonó Puerto Rico para empezar de cero en Nueva York, donde poco después conoció a la que sería la madre de Dominic. Dado que tenía una familia a la que mantener, al principio trabajó muchísimo para llegar a fin de mes. Ni siquiera pedía la baja cuando estaba enfermo y logró inculcarle a su hijo la importancia de ser responsable. Levantarse, trabajar, conseguir que sus seres queridos tuvieran una vida segura. Mientras hiciera esas cosas, su familia estaría contenta. Sustentar a una familia para que no le faltara de nada era una forma infalible de expresar amor, ¿no? Así que ¿dónde había metido la pata exactamente?

Varios miembros de la cuadrilla desperdigados por el porche lo saludaron cuando subió los escalones, pero él siguió andando y dejó que el rugido que le atronaba los oídos aumentara de volumen y silenciara todo lo demás. Les echó un vistazo a las marcas hechas con rotulador negro en las paredes, indicando dónde estaban las vigas o las tuberías por dentro y después levantó la maza que tenía más cerca y la hundió en la pared.

Sin embargo, la presión que sentía en el pecho no disminuyó. Era posible que hasta hubiese aumentado.

Sus jadeos alterados lo acompañaron mientras levantaba de nuevo la maza por encima de la cabeza y destrozaba otra parte de pared. En su mente, veía a Rosie haciendo la maleta sobre la cama. Sus palabras lo habían abierto en canal, de la misma manera que él estaba abriendo la pared.

«Ya no te quiero».

El siguiente asalto camufló el humillante sonido que abandonó sus labios. Los hombres no perdían la cabeza de esa manera. Ni se derrumbaban delante de los demás. Se suponía que eran rocas. Constantes en las vidas de quienes lo rodeaban, sin flaquear en ningún momento. Fue incapaz de no levantar la maza y golpear la pared con todas sus fuerzas.

Al final, tuvo que parar por las molestias musculares y los dos pares de manos que le

arrancaron la maza. Aunque intentó recuperarla, el whisky que bebió la noche anterior eligió ese momento para subir y quemarle la garganta. Consiguió salir por los pelos para vomitar el desayuno en el jardín posterior de la casa.

Sentía las piernas a punto de flaquearle. Necesitaba sentarse, pero ya había demostrado con creces su estado de ánimo a cualquiera que lo estuviera mirando. Así que se mantendría en pie, punto. Ya había cedido al dolor lo suficiente por un día. Joder, por un año entero.

A medida que el zumbido que le atronaba los oídos empezaba a remitir, oyó su respiración jadeante. Y también el tráfico a lo lejos y el crujido de la hierba amarillenta a su alrededor. No estaba solo.

—De nada —dijo, dándoles la espalda en todo momento a Stephen y a Travis—. Os he ahorrado trabajo.

—Pues contento un poquito para la próxima, que a nosotros también nos gusta romper cosas —replicó Travis. Pasaron unos segundos—. Oye, antes solo estaba..., en fin..., que solo intentaba quitarle hierro a la situación. Conociéndote, creí que preferirías que no te diera un abrazo con palmaditas en la espalda y me pusiera a cantar el *Cumbayá*.

Dominic carraspeó.

—Sí, antes me tiro por un puente.

—Pero nos hemos dado cuenta hace nada de que... —dijo Stephen con sorna—, de que tal vez necesites hablar con alguien.

—Nop.

—¿Seguro? —le preguntó Travis y cuando lo miró, lo vio meneando las cejas—. Estoy dispuesto a romper la confidencialidad entre novios por esta única vez. —Su expresión se ensombreció—. Cuando Georgie cortó conmigo, me habría cortado una puta pierna solo por saber lo que cenaba. O lo que se ponía para dormir...

—Ya nos hacemos una idea —lo interrumpió Stephen, exasperado.

Travis levantó las manos.

—Solo digo que... tengo info de la buena.

Dominic apretó los dientes para no ceder a la tentación y preguntarle. ¿Rosie lo estaba pasando mal? ¿O pasaba de él por completo? ¿Seguía poniéndose esos dichosos zapatos de tacón que le hacían ampollas y que la obligaban a andar como un pato mareado en casa por las noches? ¿Cuántas veces se los había escondido en el armario con la esperanza de que se pusiera unas bailarinas?

¿Estaba cenando a una hora normal?

Su jefa en los grandes almacenes la alentaba a trabajar durante el tiempo de descanso que le correspondía legalmente hasta que él le mandó un mensaje de correo electrónico al dueño de aquel lugar y le sugirió con bastante poco tacto que le echaran un vistazo al derecho de los trabajadores al descanso para comer.

El impulso de exprimir a Travis en busca del detalle más pequeño fue tan intenso que tuvo que morderse la lengua. Estaba acostumbrado a enterrar sus impulsos con hormigón, pero esa prueba no la iba a superar. La mujer a la que se suponía que iba a cuidar para siempre se había ido, ya no lo quería y había sentido algo cuando otro hombre se fijó en ella. Tal vez solo se tratara de disfrute puramente femenino, pero lo odiaba con todas sus fuerzas. ¿Y si la próxima vez el hombre la invitaba a salir? ¿Aceptaría ella aunque siguieran casados?

No.

No, Rosie nunca lo haría.

Sin embargo, el hecho de que tal vez quisiera aceptar bastaba para ahogarlo.

—¿Está...? Esto... —Cruzó los brazos por delante del pecho con un gesto brusco—. Nunca calienta el coche en invierno. Se sube directamente y arranca para irse. Alguien tiene que levantarse antes y hacerlo, porque de lo contrario se cargará la transmisión y... —Se encogió de hombros—. Le encanta ese dichoso coche, así que...

Stephen se acarició la barba con una mano, aunque ni siquiera tenía barba.

—Mi mujer también me pide que lo haga. Que encienda la calefacción.

—Rosie no sabe que lo hago —masculló él.

—¿Cómo? —Stephen resopló—. ¿Por qué no aprovecharte de los puntos que te da eso?

Dominic no contestó, pero se dio cuenta de que Travis lo miraba fijamente.

—¿Eso es lo único que quieres saber? ¿Quién va a calentarle el puto Honda? —Esperó un segundo—. Sabía que lo tuyo era grave, pero ahora bateas para echar la pelota fuera del campo. —Se dio un tironcito de los puños de la camiseta de manga larga—. Y ese es mi trabajo.

Stephen se aseguró de que lo vieran poner los ojos en blanco.

—Voy a decírtelo claro. —Travis separó un poco las piernas y se acomodó, como el entrenador de un equipo preparado para poner en su sitio al lanzador—. Puede que antes haya insinuado que ahora soy un experto en relaciones, pero eso era más por cabrear a Stephen.

—Y funciona —le soltó el aludido a su mejor amigo de la infancia—. Imbécil.

Travis sonrió, aunque el gesto fue fugaz.

—Dominic, colega, acabo de ver cómo te cargabas una pared tú solito, así que sé que corro un gran riesgo al decir esto —dijo mientras levantaba las cejas—: Céntrate, joder. Tu mujer acaba de dejarte. No sé nada de tu matrimonio, algo rarísimo, porque te pasas el día dándole a la lengua de otras cosas. —Hizo una pausa para mirarlo con sorna—. Pero apostararía a que quieres recuperarla.

Stephen se colocó delante de Dominic.

—Asiente con la cabeza o algo. Parpadea una vez si es sí y dos si es no.

—Pues claro que quiero recuperarla —aseguró él con voz ronca, sorprendiéndose al pronunciar las palabras en voz alta en vez de dejar que retumbaran en el interior de su cabeza—. Es mi mujer. Se supone que tiene que quedarse conmigo. Hicimos unos votos. —Travis y

Stephen resoplaron como si no estuvieran de acuerdo—. ¿Qué?

—Sí, los matrimonios tienen altibajos —reconoció Stephen con cautela—. Pero si una mujer es infeliz durante mucho tiempo... —Dejó la frase en el aire y miró a Travis con los ojos muy abiertos.

—A mí no me mires. Georgie y yo no nos vamos a casar hasta dentro de unos cuantos meses.

—Vaya, vaya, vaya —repuso Stephen con retintín—. Solo es experto cuando le conviene.

Dominic se pellizcó el puente de la nariz y tomó aire. Ya desaparecido el subidón de adrenalina provocado por la demolición, había regresado el martilleo de la cabeza.

—¿Vais a decirme algo útil o qué? —Bajó la mano—. Porque si no, vuelvo al trabajo.

—Sí —contestó Travis al tiempo que asentía con la cabeza—. Tengo algo útil que decirte: ve a buscarla. Hay una reunión de la Liga de las Mujeres Extraordinarias mañana por la noche en casa de Bethany. —Les dirigió a los dos una mirada elocuente—. Te dije que tenía info de la buena. De nada.

Dominic sentía atascadas en la garganta las palabras «Ya no me quiere». Pero era incapaz de pronunciarlas en voz alta. Oírlas ya había sido bastante malo. Y, joder, además del horror que era perder a Rosie, estaba avergonzado. ¿Qué clase de hombre conseguía a una mujer tan increíble como ella y no hacía lo suficiente para retenerla a su lado?

Apretó los dientes. No. Se suponía que ella tenía que quedarse de todas formas. Sus padres nunca habían sido una pareja muy unida, pero se respetaban. Su madre no trabajaba y dependía del sueldo que su padre llevaba a casa, pero siempre había estado segura de su capacidad para proporcionarle una vida acomodada. Mostraban un frente unido en las bodas, los funerales y las barbacoas de su familia materna a las que Rosie y él asistían. En resumen, seguían juntos, a las duras y a las maduras. En ese momento, habían regresado al antiguo barrio del Bronx para que su madre estuviera cerca de su familia. Habían jurado seguir juntos hasta que la muerte los separara y eso iban a hacer, joder. Ni siquiera compartían dormitorio, pero se admiraban el uno al otro.

Rosie y él tenían mucho más que admiración mutua. ¿Verdad?

Parte de su frustración desapareció para dejar paso a la duda. Las noches que había pasado sudando como un loco entre sus muslos eran las mejores de su vida. Le enterraba la cara en el cuello, le lamía el pulso acelerado y absorbía su energía. Sus gritos en el oído, los arañazos que le dejaba en la espalda..., los había aceptado como prueba de que estaba satisfecha. Satisfecha y con las necesidades cubiertas. ¿Cómo había podido equivocarse tanto, joder?

En ese preciso momento, no parecía haber una forma de regresar a su vida. Ella llevaba demasiado tiempo siendo infeliz..., y él había estado ciego. Ni siquiera estaba seguro de poder guardar la compostura delante de ella. ¿Mirarla a la cara sabiendo que ya no lo quería? Bien podría irse a vivir al desierto de nuevo, pero esa vez sin una gota de agua a la vista.

Sin embargo, mientras miraba a Travis y a Stephen, recordó las veces que ellos habían estado a punto de perder a sus mujeres. Las habían reconquistado, ¿no? Si había algo por lo que mereciera

la pena luchar en ese mundo, era su mujer.

Joder. Solo necesitaba mirarla, nada más. Estar a su lado. Su mundo estaba patas arriba, no le quedaba equilibrio mental. Así que eso haría. Le recordaría que el matrimonio era para siempre y le pediría que volviera a casa. Si había la más mínima posibilidad de que funcionara, lo intentaría.

Tragó saliva con fuerza.

—¿A qué hora es la reunión?

4

Rosie sacó un cortador de *pizza* del cajón de los cubiertos de Bethany y lo dejó junto al cuenco de masa refrigerada antes de cuadrarse de hombros y prepararse para crear. Habría quien considerase su proceso una locura, pero como no se tomara un momento para concentrarse en la comida, luego no distinguiría sus preocupaciones en la mezcla de sabores. Y eso era malgastar buenos ingredientes, un pecado imperdonable.

Cuando llegó a casa de Bethany la noche anterior, su amiga abrió la puerta con un antifaz para dormir en la frente y el pelo rubio de punta. Solo tuvo que mirarla un momento a la cara para conducirla al interior de la casa sin abrir la boca y llevarla al dormitorio de invitados de la planta alta. Ni siquiera hablaron, solo se dieron un abrazo enorme..., y eso bastó para que Rosie supiera que sus amigas se esperaban la implosión de su matrimonio en cualquier momento.

No sabía si sentirse agradecida u ofendida.

Menos mal que no le quedaban fuerzas para ninguna de las dos cosas.

¿Para preparar comida? Siempre tenía fuerzas para eso.

Cuando se despertó esa mañana, Bethany ya se había ido al trabajo, pero por suerte le había dejado una llave de la casa en la encimera de la cocina. Dado que ese día trabajaba durante el primer turno de Haskel's, regresó pronto a casa, y estar sola en ese espacioso lugar le dejó demasiado tiempo para recordar a Dominic gritando su nombre desde el garaje. Con la intención de olvidar esa voz, que seguía resonando en su cabeza, fue al mercado y después dejó fluir parte de la rabia mientras preparaba la masa para las medialunas¹ argentinas que siempre hacía su madre.

«Concéntrate en la comida».

Cortó la masa en dos con la ayuda del cortador de *pizza* y preparó dos rectángulos alargados. Acto seguido, colocó una masa encima de otra y alineó los bordes antes de cortarla en triángulos, canturreando mientras hacía cortes estratégicos y les daba forma de media luna, tras lo cual las colocó en la bandeja que había forrado previamente con papel de hornear. Después llevó la bandeja al alféizar de la ventana para que la masa subiera al sol, de la misma manera que hacía su madre.

«Ya está —diría su madre—. Ahora nos sentamos, nos tomamos un café y saboreamos nuestro duro trabajo».

Por Dios, cómo la echaba de menos. Tenía un método infalible para todo. «Los domingos, nos

lavamos y nos arreglamos el pelo. Los lunes son para limpiar y para repasar el correo. Los jueves por la noche, hacemos *asado*, lo justo para el fin de semana y para compartir con los vecinos si aparecen por aquí». Mientras tanto, su padre esbozaba una sonrisa indulgente, hojeando una revista de coches o ajustando con una llave la pieza de un coche. No parecía justo que las personas que estaban tan enraizadas en la tierra con sus rutinas desaparecieran de repente. Un ictus en el caso de su madre y, semanas después, su apesadumbrado padre simplemente no se despertó una mañana. Fue muy repentino y desolador, pero se consoló con la certeza de que volvían a estar juntos.

La puerta principal se abrió y entró Bethany, que llevaba con elegancia una cartera de piel color camel debajo de un brazo.

—Vaya, cariño. Has cocinado.

—En realidad, estoy preparando el desayuno —repuso ella al tiempo que le clavaba un dedo a una de las medialunas en un lateral para comprobar la consistencia—. Estarán buenísimas por la mañana con el café.

—Me muero por probarlas —susurró Bethany al tiempo que se sentaba en uno de los taburetes que rodeaban la isla de mármol—. ¿Cómo te ha ido hoy?

Rosie encogió un hombro y se acercó al horno para precalentarlo a 200°C, un paso esencial para la receta de su madre. «No le metas prisa a la masa para que suba, Rosie».

—Bien. Incluso he conseguido vender un frasco de Le Squirt Bon Bon. Era para gastar una broma, claro, pero a los ojos de los dioses de las comisiones cuenta igual. ¿Y a ti?

—Bien. —Bethany se pellizcó la manga de la blusa con el ceño fruncido—. Haciendo que las cosas queden bonitas como de costumbre. Ya sabes cómo funciona esto.

—¿Todavía quieres cambiar los muestrarios por la maza?

—A rabiar. —Bethany la miró con una sonrisa tensa—. Pero mejor hablemos de ti. ¿Cómo te encuentras?

Volvió a pensar en Dominic y en la expresión aterrada que tenía cuando ella empezó a hacer el equipaje.

—No muy bien. Seguramente tarde en recuperarme, pero... marcharme fue lo correcto, Bethany. Estamos casados, pero ni siquiera hablamos.

Su amiga meneó la cabeza despacio.

—Pero antes sí lo hacíais, ¿no? En el instituto os pasabais el día con las cabezas muy juntas, siempre cuchicheando.

—Hablábamos sin parar, sí. Adónde iríamos de viaje cuando ahorráramos un poco. Hablábamos de la casa de nuestros sueños en el agua. De todas las fiestas que celebraríamos en nuestro enorme patio trasero. —Tragó saliva con fuerza y sacó un cuenco de un armarito donde cascó un huevo y empezó a batirlo con un chorrito de leche, preparando así lo necesario para pintar las medialunas—. Creo que cuando volvió del ejército, no me di cuenta de inmediato de lo

callado que se había vuelto. En aquel entonces, tenía a mi madre. Siempre estábamos en la cocina juntas y... él llevaba fuera tanto tiempo, que ni me fijé en su silencio. Estaba loca de contenta por tenerlo en casa sano y salvo. Y luego ella murió y el silencio me resultó atronador. A todas horas.

—Lo siento muchísimo. —Bethany se bajó del taburete y fue a la vinoteca situada debajo de la encimera para sacar una botella de blanco y abrirla—. Por Dios, Ro, han pasado casi cuatro años desde que murieron tus padres. Es muchísimo tiempo para ahogarse en el silencio.

—Bueno, ya no es el caso —se apresuró a decir con la esperanza de aliviar la presión que sentía en el pecho. Y era la verdad. Desde que Bethany, Georgie y ella fundaron la Liga de las Mujeres Extraordinarias, no solo estaba rodeada de mujeres que la apoyaban y de un sinfín de chismes del pueblo, sino que además había resucitado su sueño de abrir un restaurante. Había transformado en realidad ese sueño vano que siempre había aparcado. Le habían abierto una cuenta en uno de esos sitios web de micromecenazgo y las personas habían donado dinero. Habían invertido en su sueño. O al menos le habían dado un empujoncito para ponerse en marcha.

No estaba segura de lo que pensaría su madre sobre la idea de beneficiarse de la generosidad de unos desconocidos. O si lo consideraría así siquiera y no directamente un acto de caridad. Crecer en el pueblo mayoritariamente blanco de Port Jefferson siendo mulata había hecho que nunca tuviera amigos que fueran como ella. Su padre, Maurice, era negro; y su madre, Cecilia, era una inmigrante argentina, así que ellos tampoco se parecían a sus amigos. Aunque implícita, siempre había existido una línea que los separaba de los demás. La gente era amable con ellos, pero no tanto como para fomentar una verdadera amistad. Y ella había presenciado el desengaño que ese comportamiento había provocado en sus padres, lo expresaran o no en voz alta.

En su caso, conocía a las hermanas Castle y a muchas de las integrantes de la Liga de las Mujeres Extraordinarias desde hacía bastante, pero lo justo para saludarlas en Main Street o si se dejaban ver por la perfumería de los grandes almacenes. Esa línea divisoria entre ella y todas las demás personas había permanecido en su sitio un tiempo después de que sus padres murieran, y cruzarla había requerido mucho valor. Aceptar la generosidad de sus amigas solo le parecía bien en ese momento porque sabía —ya que lo había vivido en primera persona— que las hermanas Castle y las demás se esforzaban por ayudar a cualquiera. Ella misma se había esforzado, junto a las demás, y así había anulado la posibilidad de reducirlo a caridad. Así que estaba dispuesta a hacer lo mismo por cualquiera. Sobre todo si alguien necesitaba un sitio donde quedarse.

—Gracias de nuevo por dejar que me quede contigo hasta que decida qué hacer.

—Quédate todo el tiempo que quieras —replicó Bethany mientras servía dos copas de vino y le ofrecía una a ella—. Pero que sepas que tengo a mi abogado redactando un contrato de confidencialidad sobre mis ronquidos. No te importa firmarlo, ¿verdad?

Eso le arrancó una carcajada.

—Guardaré tu secreto si no le cuentas a nadie que protesto de que me duelen los pies como una nonagenaria.

—Trato hecho. —Los sonrientes labios de Bethany rozaron el borde de la copa de vino para beber un sorbo—. Hablando de tus futuros planes, ¿cómo vamos con lo de abrir tu restaurante? Ese en el que pienso cenar cinco noches a la semana. Puede que seis. ¿Le has estado dando más vueltas al tema?

¿Más vueltas al tema? Llevaba casi una década dándole vueltas sin parar a la idea de abrir su propio restaurante. Además de los planes de tener una enorme y preciosa casa y, con el tiempo, niños, Dominic y ella habían hablado de su sueño de cocinar para los demás. Algo que su madre siempre había querido hacer, pero que se quedó en un deseo incumplido, ya que tuvieron que apretarse el cinturón mientras ella crecía.

Por Dios, Dominic y ella habían soñado a lo grande.

Una casa en la que envejecer, una familia, trabajos lucrativos.

Claro que su mayor sueño siempre había sido Dominic. Era cierto que se habían contentado con una casa más pequeña que necesitaba muchos arreglos y que no tenían una habitación extra para aumentar la familia. Era cierto que estaba tardando más de la cuenta en ahorrar para su restaurante. Tanto que habían dejado de hablar del tema, de la misma manera que habían dejado de hablar de absolutamente cualquier cosa. Pero si hubiera contado con su amor, estaba segura de que eso le habría bastado.

Sintió un dolor punzante en el pecho y bebió un sorbo de vino.

—Ya casi estoy. —Inspiró hondo—. Solo estoy esperando que se asiente el polvo antes de... saltar.

Bethany le puso una mano en un hombro.

—No vas a saltar sola. —Apretó los labios, como si estuviera guardando un secreto—. Que sepas... que Georgie me ha llamado hoy. No uno ni dos, sino tres clientes de sus fiestas de cumpleaños le han preguntado si estarías dispuesta a encargarte del *catering*. Se está corriendo la voz, guapa. —Bebió un buen sorbo de vino y suspiró—. Básicamente estoy dándole cobijo a una futura chef famosa.

Rosie soltó un largo suspiro y se permitió sentir una punzadita de satisfacción. Si combinaba las donaciones de la Liga de las Mujeres Extraordinarias y el dinero que sus padres le habían dejado, su sueño de tener un restaurante empezaba a cobrar forma. Por desgracia, dicho sueño parecía difícil de imaginar sin su marido en la imagen.

«Dale tiempo».

Aunque no demasiado. Ya había esperado bastante.

Brindó con Bethany y enderezó la espalda.

—Voy a empezar a pensar en la carta.

[1.](#) Los nombres de los platos de origen argentino están en español en el original. (*N. de las T.*)

5

Dominic observaba a través de la ventanilla del conductor al montón de mujeres que entraba en casa de Bethany Castle. Las había de todas las edades, y algunas llevaban botellas de prosecco y de otros tipos de vino. Una de ellas incluso llevaba una botella de tequila debajo del brazo. ¿Qué hacían en esas reuniones de la Liga de las Mujeres Extraordinarias? Desde que Rosie y las hermanas Castle habían creado ese dichoso club, los hombres del pueblo estaban con la mosca detrás de la oreja... y él no era una excepción. No podía ser coincidencia que a los pocos meses de crearlo, su esposa decidiera abandonarlo. La agenda del club para ese día: lanzar dardos a una foto suya.

Se pasó una mano por la cabeza rapada y soltó un juramento.

¿Qué demonios hacía allí? Ni siquiera estaba seguro de poder conseguir otra oportunidad aunque hablara con Rosie a solas. Desde luego que estaba arriesgándose muchísimo al acercarse a ella en una habitación llena de mujeres que podrían animarla a darle la patada a su matrimonio.

Supuso que podía esperar. Volver por la noche, después de que terminase la reunión.

Acarició con los dedos las llaves, que colgaban del contacto. Sin embargo, antes de arrancar siquiera el motor, le dirigió una última mirada a la casa. Y allí estaba ella.

Rosie. En la ventana de la cocina, sonriéndole a quienquiera que estuviese a su lado, fuera de la vista.

Le resultó imposible deshacer el nudo que se le formó en la garganta.

Joder. Agarró las llaves con fuerza y apretó hasta que le ardió la palma. Era guapísima. Lo bastante para que los latidos del corazón le atronaran los oídos. Por eso estaba allí sentado, delante de una casa donde se celebraba una reunión en la que podrían cortarle los huevos a un hombre si se entrometía... según se rumoreaba. Había ido porque era sábado y no había visto a su mujer desde la noche del martes. No había pasado tanto tiempo lejos de ella desde que volvió del ejército.

El recuerdo de verla esperándolo en el aeropuerto lo tomó desprevenido. En su interior se libraba una guerra aquella tarde, una guerra entre la expectación, el amor y el anhelo de abrazar de nuevo a Rosie. Había estado luchando contra el peso mental que llevaba consigo a casa, de la misma manera que llevaba su macuto reglamentario. Muchísimos hombres habían perdido la vida, hombres con quienes había hecho amistad. Todavía estaba pensando en los planes de futuro de dichos hombres cuando vio a Rosie, esperando al final de la escalera mecánica.

Él había crecido con una sola imagen de su futuro. Casarse con Rosie. Trabajar con ahínco. Hacer realidad todos sus sueños.

Cuando la vio esperándolo, tan guapa con aquel vestido de verano suelto y el pelo rizado recogido en dos trenzas que se había enroscado en la coronilla, pensó: «Dios, se merece mucho más de lo que yo puedo darle. ¿Cómo voy a hacer feliz a esta mujer? Solo soy un soldado. Solo he trabajado en la construcción. ¿Cómo lo hago?».

Al llegar al pie de la escalera mecánica, se acercó a ella, la tomó de la mano, cubrió con la palma el sencillo anillo de compromiso que llevaba... y la besó como si fuera la última vez, como un moribundo, porque no sabía cómo expresar en voz alta las palabras que le llenaban la cabeza.

Haber pasado tanto tiempo fuera de Port Jefferson había conseguido que viera las cosas en perspectiva. Había escuchado los lujosos futuros con los que soñaban sus compañeros y eso había hecho que se diera cuenta no solo de su falta de grandeza, sino también de la de su padre. Ese hombre se había dejado las manos trabajando y se había ganado el respeto que le ofrecían para mantener a su familia. ¿Había bastado para él? Quizás en su caso también tuviera que conformarse con eso. Con trabajar, sustentar a Rosie y asegurarse de que no le faltara nada, ya que no podía ofrecerle el mundo entero. Que era lo que ella merecía.

Lo que le había dado no era suficiente. Al menos ya tenía la respuesta.

Meneó la cabeza para librarse de esos oscuros pensamientos y se echó hacia atrás al tiempo que buscaba en el asiento trasero el abrigo rojo de otoño de Rosie. Se lo metió debajo del brazo, echó a andar hacia la puerta y oyó que las risas aumentaban de volumen conforme se acercaba a la entrada. Pensó en llamar, pero descartó el plan casi de inmediato. Nadie lo oiría a menos que golpearla la puerta con todas sus fuerzas, y no quería dar la imagen de marido cabreadísimo. Claro que se sentía muy cabreado y resentido, a un paso de echarse a Rosie al hombro y sacarla de la reunión.

«En lo bueno y en lo malo, esposa. Tú pronunciaste esas palabras».

Ese pensamiento le dio el impulso necesario para abrir la puerta y entrar en la casa. Casi esperaba que lo vieran de inmediato y hasta que lo rociaran con agua bendita, pero entró en el vestíbulo sin que nadie se diera cuenta. Aprovechó la oportunidad para colgar el abrigo rojo en un gancho junto a la puerta, ocultándolo un poco detrás de un par de abrigos. Un poco más adelante, había un grupo de mujeres en el salón, reunidas alrededor de un bar improvisado con bandejas de aperitivos. Reconoció de inmediato la comida de Rosie, y la inquietud de su interior aumentó. ¿Dónde estaba?

Oyó que se cerraba la puerta de un horno en la cocina, y allí estaba. Sola, pero más feliz de lo que la había visto en mucho tiempo. Usó la cara posterior de la muñeca para apartarse un rizo rebelde de la cara y empezó a colocar empanadas en una bandeja, añadiendo un cuenco con cebollas encurtidas como acompañamiento y aderezándolo todo con perejil. La receta era una

herencia de la rama argentina de su familia, y ella la había perfeccionado en el instituto. Dominic aprendió pronto que el acto de preparar deliciosas y crujientes empanadas de carne era una muestra de la felicidad de Rosie.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que se las preparó a él.

Supo el momento exacto en el que Rosie se percató de su presencia porque empezó a moverse más despacio y dejó las manos suspendidas en el aire. Se obligó a permanecer impasible mientras ella alzaba la mirada y lo veía en la puerta. En ese momento, perdió la sonrisa y le temblaron un poco los labios, algo que fue como una patada en el estómago. Por Dios, era verdad que ya no lo quería. Era imposible que lo hiciera. No cuando su primera reacción al verlo era la tristeza.

Dio unos pasos hacia la cocina, muy consciente de que la conversación en el salón se había detenido por completo.

—¿Puedo hablar contigo fuera un momento?

Rosie cambió de postura detrás de la isla de la cocina, y el lustroso tono dorado de sus mejillas adquirió un tinte rojizo. Apretó los labios y miró de reojo al salón.

Bethany se acercó y se detuvo entre ellos, sin saber qué hacer.

—Ah..., hola, Dominic. —Se colocó un mechón de pelo rubio detrás de la oreja y miró a Rosie con los ojos como platos—. ¿Qué te trae a nuestra humilde reunión de la Liga de las Mujeres Extraordinarias?

Tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no perder la paciencia. ¿No era evidente por qué estaba allí? Rosie estaba en la cocina, tan guapísima que le ardían las manos por el deseo de acariciarle la piel de la cabeza a los pies.

—Quiero hablar con mi mujer.

Bethany soltó una especie de carraspeo.

—Bien...

—No pasa nada. —Rosie asintió con un gesto seco de la cabeza y se quitó el delantal, que dejó en la isla de mármol—. Aquí tienes una hornada de empanadas de cerdo picante por si quieren empezar a comer. —Mientras miraba hacia el salón con una sonrisa tranquilizadora, pasó junto a él y salió por la puerta.

Antes de seguirla, Dominic miró los rostros críticos con una ceja levantada y después salió y cerró la puerta a su espalda. Se fijó en primera lugar en que Rosie no llevaba ninguna prenda de abrigo. Su abrigo estaba dentro, colgado de un gancho, pero no podía decírselo. Sabría que se lo había llevado él.

Al ver que empezaba a frotarse las manos para calentárselas porque hacía frío, Dominic apretó los dientes y se quitó la *bomber* de cuero que llevaba.

—Póntela.

Su mujer meneó la cabeza.

—¿Por qué has venido?

Dominic miró con el ceño fruncido la piel de gallina que tenía en los brazos.

—Un montón de desconocidas no se interpondrá entre mi mujer y yo.

Ella soltó una carcajada.

—Ah, ya lo entiendo. Te has presentado en la reunión para hacer una declaración de intenciones.

Hasta que ella lo dijo en voz alta, ni siquiera había sido consciente de sus intenciones. Pero no podía negarlo, ¿verdad? Quería que todo el mundo supiera lo que estaba escrito en piedra en lo que a él se refería: el matrimonio era para siempre, y nada era más importante que su compromiso.

—Estabas haciendo empanadas.

Rosie abrió y cerró la boca antes de decir:

—Sí.

Dominic se metió las manos en los bolsillos.

—Llevas un tiempo sin hacerlas.

—La verdad es que no —replicó ella al tiempo que ladeaba la cabeza—. Llevo meses haciéndolas para estas reuniones. Hay gente que incluso me ha pedido que sirva comida en fiestas de cumpleaños. —Se humedeció los labios y desvió la mirada—. A lo mejor algún día hasta digo que sí.

Cayó en la cuenta de que llevaban demasiado tiempo sin hablar de esa manera. ¿Le habían pedido a su mujer que sirviera comida en varias fiestas de cumpleaños? ¿De verdad él no se había enterado de nada de eso? Le pasó por la cabeza un montaje de las noches silenciosas que habían pasado cada uno en una zona de la casa, y sintió la amenaza del pánico bajo la piel. Por Dios, no sabía lo que pasaba en la vida de Rosie. En absoluto.

—¿Por qué no has dicho ya que sí?

—Yo... —Se encogió de hombros con gesto incómodo—. No importa.

—Claro que importa.

—¿En serio, Dominic? —La vio menear la cabeza al tiempo que cerraba los ojos con fuerza—. No tienes derecho a venir y comportarte como si de repente te importara.

La frustración se apoderó de él, azuzando sus ya de por sí destrozados nervios.

—¿No crees que a tu marido le importa más que a estas mujeres? Solo llevas quedando con ellas unas cuantas semanas.

—No lo sé. —Rosie levantó las manos y las dejó caer—. Lo que sí sé es que a las mujeres de este club les gusta tanto mi comida que han..., que han...

—¿Qué?

El silencio se alargó unos segundos mientras ella lo miraba con detenimiento.

—Han donado dinero a través de una web de micromecenazgo. Para ayudarme a abrir el

restaurante —dijo en voz baja—. Lo de la cuenta de Kickstarter fue idea de Georgie, y... En fin, ha sido increíble la respuesta.

Saber eso le provocó una sensación ardiente en el esófago. Se suponía que él tenía que sustentar a su mujer. Eso era lo que había estado haciendo desde que se casaron, y había intentado ir más allá de lo más básico ahorrando una parte de su sueldo durante los últimos cinco años. ¿Contárselo en ese momento cambiaría las cosas?

—¿Vas a abrir el restaurante con el dinero de otras personas?

—La verdad es que todavía no lo he decidido. Tal vez. Si no lo hago, por supuesto que devolveré el dinero —le aseguró ella—. No es suficiente para comprar el local que me gusta, pero a lo mejor el dueño me permite hacer pagos fraccionados. Merece la pena averiguarlo.

—Vuelve a casa —consiguió decir Dominic entre dientes—. No tienes que aceptar donaciones. Ya buscaremos el dinero para abrir tu restaurante.

—Hemos tenido años para buscarlo. No lo hemos hecho. —Se frotó los brazos con las manos varias veces—. Ahora voy a hacerlo a mi manera, Dominic. Siento mucho que no te guste.

Se alejó de ella hasta el extremo más alejado del porche y volvió hacia atrás. ¿Qué se suponía que debía decir? Rosie tenía... razón. Hacía años que dejaron de hablar de la posibilidad de que tuviera su restaurante. Había empezado a creer que ya no quería intentarlo, de modo que se había preparado para proporcionarle otro sueño. Uno del que habían hablado cientos de veces. Y cuando descubrió los anuncios clasificados de locales comerciales debajo el colchón, el dinero que podría haberle ofrecido para abrir su restaurante... había volado.

Por Dios, no daba una. Su mujer se había ido y ya tenía planes para labrarse un futuro a solas. Había perdido su oportunidad de ayudarla.

—Vuelve conmigo. —Dio varios pasos hacia ella, complacido cuando vio que la conocida pasión le nublaba los ojos—. No te ha resultado agradable estar en casa últimamente. Lo entiendo, ¿de acuerdo?

El desconcierto le transformó la cara.

—¿De verdad a ti te ha parecido agradable?

Le avergonzaba decir que sí. El privilegio de cuidar a esa mujer era el motivo de que se levantara por las mañanas. Si de vez en cuando se daba cuenta de que ella quería más, se esforzaba más. Buscaba cosas que la estuvieran haciendo infeliz y las arreglaba, porque ese era su trabajo. La alternativa era reconocer la infelicidad de Rosie y sus propios defectos como marido. Que él era humano. Inadecuado. Admitir que no estaba haciendo lo suficiente..., que tal vez otra persona lo habría hecho mejor con ella. No quería saber si su matrimonio la dejaba insatisfecha; solo quería lanzar otro dardo y rezar para que diera en la diana.

—¿Qué tengo que hacer?

Rosie dio un respingo por la vehemencia de su voz.

—No sé si hay algo que puedas hacer. No ahora mismo.

El vacío que tenía en el estómago se llenó de ácido.

—Pues piénsalo —replicó con firmeza al tiempo que se acercaba lo bastante a ella como para que tuviera que echar la cabeza hacia atrás. Joder, mataría por besarla en ese momento, con el sol resaltando las motitas doradas de sus ojos y los labios entreabiertos por tenerlo tan cerca—. Y mientras decides si me das una segunda oportunidad, necesito saber que no estás disfrutando del interés de otros hombres. —Se humedeció el labio superior y vio que ella entornaba los párpados—. Dentro de nada, todo el dichoso pueblo sabrá que no estás durmiendo en mi cama, y a muchos hombres les gustaría ocupar mi lugar, te lo aseguro.

—Muy bien —susurró ella, que bajó la mirada hasta su boca—. Lo mismo digo. Hasta que no averigüemos si de verdad este matrimonio está...

—No lo digas. No digas «acabado» —gruñó al tiempo que le tomaba la cara con una mano, pero al ver que ella daba un respingo, apartó la mano y apretó el puño—. Nunca he estado con otra mujer y nunca querré a otra. Puedes apostar lo que quieras.

El pecho de Rosie subió y bajó con un trémulo suspiro.

—Deberías irte.

—¿Por qué, cariño? —Le deslizó la punta de los dedos por una cadera muy despacio y sintió que empezaba a ponérsele dura al reaccionar a su cuerpo, a su contacto—. ¿Empiezas a desear haberlo hecho una vez más el martes por la noche?

—No —susurró ella, que se mecía un poco sobre los pies.

Dominic soltó un gemido ronco, segurísimo de que tenían espectadores observándolos por la ventana de la fachada, pero le daba igual.

—Piénsate muy bien lo de dejarme intentarlo de nuevo. Lo de darle otra oportunidad a lo nuestro. Mientras tanto, si llamas a mi puerta en mitad de la noche, de cualquier noche, te rascaré donde te pica, Rosie. Puede ser nuestro secretillo.

Ella lo miró echando chispas por los ojos.

—Espera sentado.

—Ya veremos. Dejaré encendida la luz del porche.

Tuvo que hacer un esfuerzo físico para no llevarse a cuestas a su mujer a la camioneta. Para no llevarla a casa y hacerla gemir tan fuerte que la oirían hasta en la ridícula reunión del club. En cambio, memorizó sus facciones de nuevo y se fue. Su nerviosismo fue creciendo con cada paso que se alejaba de Rosie.

6

Rosie le pasó un plato enjuagado a Bethany y observó aturdida a su amiga mientras esta lo colocaba pulcramente en el lavavajillas de acero inoxidable. La reunión del club había terminado hacía veinte minutos, y Georgie se había quedado para ayudar, de manera que las tres fundadoras de la Liga de las Mujeres Extraordinarias eran las responsables de limpiarlo todo. Ojalá ella pudiera limpiar también sus pensamientos; eso sí que sería fantástico. Llevaba sumida en un trance desde que Dominic se marchó.

No, qué va. El trance empezó cuando él llegó.

Su marido era un cabrón testarudo, y a ella ni siquiera se le había pasado por la cabeza que pudiera presentarse sin avisar para pedirle otra oportunidad. Dominic no era así, ¿verdad?

En otra época, habría esperado completamente convencida que Dominic luchara por su relación. Cuando eran más jóvenes, él reclamó el papel de protector, el de amante... En fin, reclamó todos los papeles. Vivían el uno para el otro. Sin embargo, a esas alturas ya no era así. La atracción sexual entre ellos seguía existiendo —era salvaje, febril y desbocada—, pero no podía sostener su matrimonio por sí sola. El hecho de que su vida sexual fuera alucinante seguramente había contribuido a que su relación continuara a pesar de sentirse insatisfecha en el plano emocional. Pero eso ya no le parecía bien.

«Vuelve conmigo».

Todavía resonaba en sus oídos la voz desgarrada de Dominic mientras pronunciaba esas palabras. Todavía veía la mirada suplicante de sus penetrantes ojos verdes. Por Dios, ni siquiera recordaba la última vez que la había mirado así. Como si el destino del universo dependiese de lo que ella dijera a continuación.

—¿Te parece bien, Rosie? —preguntó Georgie, irrumpiendo sus pensamientos.

—¡Ah! Esto..., sí. Me parece perfecto.

—¿En serio? —El payaso de las fiestas de cumpleaños convertida en empresaria de animación infantil arqueó las cejas y la miró—. Porque acabo de preguntarte si estás dispuesta a hacer un trío conmigo y con Travis.

El plato que tenía en las manos estuvo a punto de acabar en el suelo.

—¿¡Cómo!?

Georgie se echó a reír.

—Ya está bien, mujer —dijo Bethany al tiempo que golpeaba a su hermana con una cadera e

intentaba contener la sonrisa—. Deja de reírte de Rosie o no nos dirá nada de lo que pasó en el porche.

—¡Si solo era una broma! Travis es todo mío —les aseguró Georgie al tiempo que se besaba las puntas de los dedos—. Claro que no me importaría probar lo que te he dicho y tal...

—¡Por Dios! —exclamó Bethany entre carcajadas—. Estás muy liberada sexualmente, Georgie. Nos ha quedado claro.

—Prefiero el término «obsesionada».

Rosie se llevó el dorso de una muñeca a los labios para resoplar, agradecida por haber ido a casa de Bethany a pedirle refugio en vez de alquilar una habitación en el motel del pueblo. Las bromas entre las hermanas Castle eran una distracción agradable de la repentina agitación de su vida, y cuando Georgie se fuera a casa con su novio, el silencio que compartiría con Bethany también le resultaría agradable, aunque esa noche no quería silencio. Quería distraerse.

—¿Alguna vez...? —Dejó la pregunta en el aire e hizo un mohín mientras miraba a Bethany—. ¿Has hecho un trío alguna vez?

—¡Rosie Vega, por favor! No me puedo creer que me estés preguntando eso. —Usó las manos para limpiar unas migajas de galleta que después tiró al cubo de la basura—. Pues claro que sí. Hay que besar a unas cuantas ranas para encontrar al príncipe azul. Así que mejor probar de dos en dos.

—¡Ay, madre! Me sangran los oídos. —Georgie se hizo con las llaves del coche que estaban en la isla de la cocina—. Esa es mi señal para volver a casa.

Bethany apoyó una cadera en el fregadero y agitó un trozo de papel de cocina en el aire mientras su hermana se alejaba.

—¡Mírala! La que estaba tan dispuesta y eso...

—¡La gente que va por ahí presumiendo es insoportable! —gritó Georgie al salir por la puerta.

Después de quedarse solas en la cocina, siguieron limpiando en silencio unos minutos. Lavaron las fuentes grandes de servir y las dejaron para que se secaran, y barrieron los trozos de patatas fritas y las servilletas que se habían caído al suelo. Rosie era consciente de las miradas que Bethany le dirigía de vez en cuando, y sabía que su amiga seguramente le permitiría irse a la cama sin pedirle detalles de lo ocurrido con Dominic. Sin embargo, llevaba tanto tiempo reprimiendo sus problemas matrimoniales que no podía seguir haciéndolo. Y, ¡joder!, su matrimonio estaba en la cuerda floja y no sabía qué hacer al respecto.

—Quiere que le dé otra oportunidad —dijo mientras soltaba el cepillo.

Bethany se inclinó sobre la isla de la cocina y apoyó la barbilla en las manos.

—¡Ay, Dios! Cuéntamelo todo.

—Me alegro de que disfrutes con esto.

—No es que disfrute, es que me fascinan las relaciones y su funcionamiento. Por eso de que todas me salen mal y tal.

—Ya encontrarás al hombre con el que funcione —replicó Rosie, mirándola hasta que se puso seria—. Me pidió que volviera a casa. Le dije que no. Creo. —Torció el gesto—. Le he dicho que no, ¿verdad?

—Te entiendo. Los rayos sexuales que transmiten esos ojos te han borrado la memoria.

Rosie soltó una carcajada amarga.

—Te has fijado, ¿verdad?

Bethany se enderezó y cruzó los brazos por delante del pecho.

—A ver, todas nos hemos fijado. —Se apoyó de nuevo en la isla—. Está claro que la atracción sexual sigue viva y coleando.

—Sí. Pero, como te he dicho, todo lo demás es... —Imitó el sonido que haría un piano cayendo por una ventana y estrellándose contra la acera—. Se supone que lo nuestro se ha acabado. He hablado incluso con mis compañeras de trabajo sobre los pisos disponibles para alquilar en el pueblo. Y ahora me viene con estas...

—¿Con estas?

—Pidiéndome otra oportunidad. Tengo que pensar detenidamente lo que debe hacer para ganársela.

Bethany se mordió los labios.

—¿Quieres darle otra oportunidad?

Rosie frunció el ceño mientras pensaba en los últimos cinco años, desde que Dominic dejó el ejército. Se recordó moviéndose por su propia casa como un fantasma, intentando involucrarlo en la conversación y fracasando. Ansiando más en su vida laboral —y también personal—, aunque sin atreverse a sacar el tema con él porque le parecía un desconocido. Sí, podría haberse esforzado más. Porque cuanto más tiempo pasaba, más fácil le parecía dejar esas aspiraciones congeladas. Concentrarse en la rutina diaria y dejar que sus sueños se desvanecieran hasta parecerle inalcanzables. En ese momento, la situación se había invertido y el éxito de su matrimonio era lo que le parecía inalcanzable.

—No —respondió con el peso de la culpa sobre los hombros—. No me veo capaz de volver a intentarlo.

Su amiga la miró con tristeza.

—Lo siento.

—Pero...

Bethany se animó.

—¿Qué?

—Estoy un poco sorprendida, pero... No creo que Dominic se rinda tan fácilmente. Quiere otra oportunidad.

Durante unos minutos, el único sonido que se oyó en la cocina fue el tictac del reloj de pared. Hasta que Bethany infló un moflete y soltó el aire con un:

—¡Pfff!

—¿Qué? —Rosie la miró con los ojos entrecerrados—. ¿Qué pasa?

Bethany agarró un trapo y empezó a limpiar la encimera.

—Nada. No pasa nada.

—No me vengas con esas. —Recorrió la cocina con una mirada decidida y se lanzó a por una de las velas con aroma a algodón recién lavado, una de las preferidas de su amiga—. Suéltalo o te quedas sin vela.

—¡Ni se te ocurra! —exclamó Bethany—. Me la han mandado desde Bali. Han captado el olor de un pareo secándose con la brisa tropical.

—Sabes que eso es mentira, ¿verdad?

Su amiga soltó un resoplido neutro.

—Muy bien —claudicó mientras sacaba un taburete de debajo de la isla y se sentaba, tras lo cual le hizo un gesto a Rosie para que hiciese lo mismo—. Una vez salí con un divorciado. Hace muchísimo tiempo..., desde entonces han pasado como dos tríos —añadió guiñando un ojo para hacerle saber que estaba bromeando—. Después de varios margaritas, me contó que cuando las cosas empezaron a ponerse mal con su mujer, fueron a... —Bajó la voz y susurró—: A terapia de pareja para casos extremos. Y me refiero a muy extremos. Creo que él mismo dijo que era el último recurso.

Rosie esperó a que Bethany confesara que estaba bromeando. No lo hizo.

—¿Hablas en serio? ¿Te imaginas a Dominic hablando con un desconocido sobre sus sentimientos? ¡Si le incomoda ver a la gente llorando en televisión!

—No pierdes nada. —Bethany se encogió de hombros—. Supongamos que dice que no. Por lo menos lo habrás intentado. Le has dado una oportunidad.

Por increíble que le pareciera, la idea pasó de ridícula a genial en un suspiro.

—Pero si dice que sí... —replicó ella, aunque se interrumpió con un gesto de la mano—. Da igual. La posibilidad de que Dominic vaya a terapia es nula.

Le resultó curioso descubrir que esas palabras no la consolaban en absoluto. Cuando le pidiera a Dominic que probaran con un psicólogo y él se negara..., ese sería el fin. Su matrimonio se habría acabado. Y debía de haber una diminuta parte de sí misma que todavía esperaba una improbable reconciliación, porque casi tenía miedo de enfrentarse a esa última decepción.

Intentó tragar saliva, pero tenía la boca más seca que el esparto.

—Lo pensaré.

Esa noche apenas durmió. Así estaría, porque la cama era de lujo como todo lo que había en casa de Bethany. Sábanas de algodón de muchísimos hilos, almohada mullida y un colchón que se la tragaba como una nube. El tipo de lujo que cabría esperar de la mejor interiorista de Port Jefferson. Sin embargo, nada de eso la ayudó a conciliar el sueño y cuando salió el sol, tenía los ojos irritados y los nervios de punta.

Se puso unos pantalones ajustados de deporte y bajó la escalera de puntillas, con la intención de ir al gimnasio para ventilar la frustración. Tenía los músculos tan tensos que ningún estiramiento lograría relajarlos. Era inútil fingir que no estaba cachonda. El que pronto sería su exmarido había aparecido con su arrogancia de macho alfa y esos ojos capaces de desnudarla sin quitarse ni una sola prenda, y a esas alturas su cuerpo la odiaba por rechazar el placer que él podía proporcionarle.

Estaba a punto de salir por la puerta cuando un destello rojo la hizo detenerse en seco. Apartó el abrigo blanco de Bethany y descubrió el suyo rojo allí colgado. ¿Cómo había llegado a casa de su amiga? Justo el día anterior, había estado dándose de tortas mentales por no habérselo llevado la noche que dejó a Dominic. Se acercaba octubre y, en una ciudad rodeada de agua, la temperatura ya había bajado muchísimo. Había pensado en comprarse uno barato en vez de volver a casa y arriesgarse a tener un encontronazo con su marido..., pero al parecer no sería necesario. ¿Habría ido Bethany a recogerlo?

Parecía poco probable. ¿Dominic lo habría...?

«Ni hablar».

Meneó la cabeza mientras se ponía el abrigo sobre la ropa de deporte, cerraba la puerta y cruzaba el porche a grandes zancadas, consciente de que sus pasos sonaban muchísimo en el silencio matutino. Respiró hondo el aire fresco de la mañana mientras caminaba hacia el coche, haciendo girar las llaves en torno a un dedo. Después de abrir la puerta del conductor y sentarse, frunció el ceño mientras se removía en el asiento.

Debían de estar a cuatro o cinco grados fuera. Era imposible que el asiento estuviera tan caliente. Como si alguien hubiera estado sentado en él antes que ella. Entre la aparición de su abrigo rojo en el gancho y eso, empezaba a sentirse como la protagonista de una película de suspense psicológico.

La física nunca había sido su fuerte en el instituto, sobre todo porque Dominic se sentó detrás de ella todo el semestre y no paraba de susurrarle al oído cuando el profesor estaba de espaldas, pero ¿quizá la luz del sol que empezaba a colarse por el parabrisas había calentado el asiento? Parecía imposible, pero la alternativa era que alguien hubiese entrado en su coche.

Se giró hacia el asiento trasero mientras el pánico le provocaba un escalofrío en la espalda, dispuesta a comprobar que allí no había ningún asesino calienta-asientos. Al encontrarlo vacío, volvió a mirar hacia delante poniendo los ojos en blanco y arrancó el motor. Acto seguido, se pellizcó el antebrazo, aliviada al sentir el dolor. Era evidente que la falta de sueño le estaba pasando factura.

Se encontró con muy poco tráfico mientras conducía hasta el gimnasio y dejaba el coche en el aparcamiento trasero. Dado que estaba deseando desahogarse, le enseñó el carnet de socia a la somnolienta adolescente que atendía el mostrador de recepción y se dirigió a la zona de cardio. Normalmente lo guardaba todo en una taquilla, pero como el gimnasio estaba vacío, dejó el

abrigo delante de la cinta, se puso los auriculares y empezó a correr.

Ese día debía tomar una decisión. ¿Iba a darle a Dominic una segunda oportunidad o no? Y si la respuesta era afirmativa, ¿tendría fuerzas o voluntad para esforzarse?

Vio algo de reojo y al girar la cabeza se encontró a Dominic, como si sus pensamientos lo hubieran conjurado, al otro lado de la pared que separaba la zona de cardio de la de musculación. Estuvo a punto de tropezarse con sus propios pies, de manera que golpeó el botón de parada de emergencia de la cinta, tras lo cual se bajó con las piernas temblorosas.

Dominic aún no la había visto, pero el sudor que empapaba la espalda de su camiseta dejaba claro que llevaba allí un buen rato. Terminó una serie de flexiones de bíceps y se puso a hacer press de banca sin tomarse un respiro, alzando las caderas sobre el cuero por el esfuerzo cada vez que levantaba la barra. Había tanto peso en sus extremos que la barra hasta parecía curvarse. El gruñido que soltó justo antes de dejar la barra en el soporte le resultó tan familiar que se le endurecieron los pezones por debajo del sujetador deportivo. Sí, señor, conocía ese gruñido muy bien. Normalmente lo oía en la oscuridad, entre el crujido de la cama y sus propios gritos.

Esos eran los pensamientos que tenía en la cabeza cuando Dominic se incorporó y se miraron. La sorpresa en esos ojos verdes se transformó en deseo casi de inmediato. Tan potente y visceral que estuvo a punto de retroceder un paso.

Sintió el calor húmedo que le empapó los pantalones deportivos y fue consciente de que se le alteraba la respiración. De esa forma comprobó que los cinco kilómetros que había corrido no habían servido para aliviar la frustración sexual. Y para colmo, el torturador de su cuerpo estaba a escasos metros, con un aspecto muy parecido al que tenía después de uno de sus maratones de los martes por la noche. Sudoroso, con los músculos tensos y concentrado en ella.

¿Por qué no había nadie más en el gimnasio? ¿Un musculitos, por ejemplo? Ese dichoso centro de CrossFit que había abierto el pueblo de al lado había dejado el gimnasio vacío por las mañanas, cuando antes estaba bastante concurrido. Acercarse a su marido cuando estaba tan necesitada no figuraba en los primeros puestos de las listas de buenas decisiones.

Al ver que Dominic esbozaba una sonrisa torcida, comprendió que le estaba devolviendo la atención que él le prestaba y un poco más. Sin dejar de mirarla, se levantó el bajo de la camiseta empapada y se la quitó pasándosela por la cabeza, lo que dejó al descubierto una reluciente pared de músculos cubiertos de tatuajes. Sin apartar la mirada de ella, se pasó la palma de una mano sobre la cadena montañosa de su abdomen y fue descendiendo hasta colarse por debajo de la cintura de los pantalones de deporte, que arrastró un poco... arrancándole a ella un gemido ronco.

A juzgar por la reacción de Dominic, bien podría haber sido un disparo. Lo vio bajarse del banco mientras su gemido todavía flotaba en el aire para acortar la distancia entre ellos. El escaso instinto de supervivencia que todavía le quedaba hizo acto de presencia, pero dado el estado de debilidad que sufría, solo acertó a retroceder un paso. Al verla moverse, Dominic se detuvo en

seco, pero su olor almizcleño sumado al de la loción para después del afeitado flotó hacia ella, torturando sus sentidos.

—¿Ves algo que te guste, bombón? —Se humedeció una de las comisuras de los labios con la lengua—. Mándame a la mierda y me iré. Por ahora. —Esos ojos verdes la miraron de arriba abajo—. Veo que te encuentro en un momento de debilidad.

Rosie sintió que se le secaba la boca. «Di algo», pensó.

Los segundos seguían pasando. Lo miró con gesto suplicante, sin saber qué le estaba suplicando. Que la dejara en paz o... algo totalmente distinto. ¡Algo que necesitaba!

—De acuerdo, entonces —susurró Dominic al tiempo que se plantaba delante de ella de una zancada. Esas enormes manos la aferraron por las caderas con fuerza antes de invitarla a darse media vuelta. De repente, se encontró pegada al cuerpo de su marido, sintiendo su erección contra el trasero a través de la fina tela de la ropa deportiva. Dominic le acercó la boca a una oreja y empezó a respirar..., hasta que ella no pudo evitar moverse contra esa dureza que sentía detrás, momento en el que él soltó un largo gemido—. El cuarto de baño está vacío, Rosie. Déjame ayudarte.

—No necesito ayuda —mintió mientras intentaba separar los muslos sin que se notara mucho a fin de que Dominic tuviera más espacio para pegarse a ella.

—Mentira —replicó él, que separó los labios y sacó la lengua para lamerle el lóbulo de la oreja. Y, además, ¡sí!, aceptó la invitación implícita que ella le había ofrecido y se pegó más a su trasero, obligándola a ponerse de puntillas, lo que le arrancó un gemido desesperado. Siguieron así unos minutos, él moviendo las caderas como si estuviera metiéndosela y ella empujando hacia atrás. La fricción era enloquecedora, y ambos acabaron jadeando. En un momento dado, Dominic le introdujo una mano por debajo del elástico del sujetador deportivo y le acarició el pecho desnudo con destreza—. Se te han puesto los pezones duros nada más ver a tu marido, ¿verdad? Siempre suplicando que los chupe.

La recorrió un escalofrío, y se esforzó por encontrar la fuerza mental para responder, pero el torbellino de lujuria dificultaba que pudiera articular palabra.

—Hace..., hace..., mmm..., hace frío. —Hasta que no abrió los ojos, no se dio cuenta de que los había cerrado, pero lo primero que vio fue su abrigo rojo, todavía delante de la cinta de correr—. Hace frío, pero tenía el abrigo... —«Haz el favor de decir algo con sentido», se dijo—. ¿Llevaste mi abrigo a casa de Bethany?

Dominic detuvo las caricias de la mano, que se quedó inmóvil sobre su pecho, pero siguió jadeando contra su oreja.

—¿Cómo dices?

Rosie no necesitó que añadiera nada más. Conocía a ese hombre desde el principio de los tiempos y nunca mentía. Lo suyo eran las evasivas.

—Sí, lo llevaste tú —le dijo mientras se volvía entre sus brazos. Contuvo un suspiro al ver el

descarnado anhelo en su rostro. Esos ojos verdes se clavaron en sus labios un instante antes de bajar hasta el pecho derecho, que seguía expuesto por culpa de esa mano traviesa que le había levantado la camiseta. Lo vio respirar con fuerza por la nariz mientras le colocaba el sujetador en su sitio, pero no hizo ademán alguno de apartarse más.

—¿Y qué?

—¿Cómo que «y qué»?

Dominic le acarició los costados con las yemas de los dedos y movió las caderas, atrapando su jadeo con la boca, pero sin besarla. Nunca la besaba a menos que se dejaran llevar por el frenesí.

—Necesito metértela. Necesito sexo con mi mujer.

Sus palabras la dejaron casi sin fuerza en el cuello.

—Deja de cambiar de tema.

—Estás encima de mí, bombón —replicó él mientras se frotaba contra su sexo y apoyaba una mano en la pared, por encima de su cabeza—. Ese es el dichoso tema.

En fin..., no podía negarlo. Sin darse cuenta, le había rodeado las caderas con las piernas como si quisiera trepar por su cuerpo. Le costó un gran esfuerzo, pero logró devolver los pies al suelo, tras lo cual colocó las manos en ese torso desnudo. Acto seguido, tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para apartarlo y separarse de esa parte tan dura de su anatomía que le garantizaría un orgasmo si cedía. ¡Por Dios, quería ceder! Pero sabía por experiencia que después se sentiría vacía. Triste. Porque la compenetración que existía entre ellos mientras lo hacían desaparecía nada más acabar. Y era algo tan abrupto que la hacía sentirse muy insegura. Sobre todo, consigo misma.

—Podrías haberme dicho: «Oye, Rosie, te he traído el abrigo».

Dominic suspiró y retrocedió un paso, cruzando los brazos por delante de ese musculoso pecho, un gesto que hizo que los tatuajes que le cubrían los músculos se movieran.

—¿Has pensado en lo que estuvimos hablando? —apretó los dientes—. En lo que debo hacer para que vuelvas a casa.

—Sí, lo he pensado.

Vio que su nuez subía y bajaba al tragar saliva.

—¿Y?

En ese momento, fue ella quien cruzó los brazos por delante del pecho.

—Responde primero a la pregunta. ¿Por qué llevaste mi abrigo a hurtadillas a casa de Bethany?

La exasperación de Dominic por la pregunta era evidente.

—Porque no necesito ganar puntos por preocuparme de mi mujer. Ese es mi trabajo.

Rosie levantó una ceja.

—No te ofendas, pero ahora mismo te vendría muy bien ganar unos cuantos puntos. —Cambió de postura, nerviosa—. A ver, ya no hablamos y... eso no está bien. Necesito saber lo que

piensas. A menos que puedas cambiar, no tiene sentido que te dé otra oportunidad.

Dominic la observó en silencio un buen rato, con una expresión pensativa en esos ojos verdes. Después, inclinó la cabeza y la levantó, y Rosie se dio cuenta de que nunca lo había visto tan incómodo.

—No quiero hacer méritos. No sé..., creo que no lo merezco. Si me dieras las gracias por haberte llevado el abrigo, me cabrearía. Porque ese puto abrigo tiene tres años y ni siquiera se me ha ocurrido llevarte nueve para que elijas uno.

Atisbar lo que pasaba por la mente de Dominic fue como si le pusieran una máscara de oxígeno en la cara. Rosie absorbió la imagen con avidez, dejando que su frescor y dulzura le llenaran los pulmones. Que los expandieran. ¿Era posible que se hubiera equivocado en algunas cosas? El hombre que tenía delante no parecía indiferente en absoluto. Ni mucho menos.

Quería oír más. ¿Era eso suficiente para volver a intentarlo cuando había pasado tanto tiempo sintiéndose inútil e infeliz?

—Terapia de último recurso —murmuró antes de poder contenerse.

Dominic inclinó la cabeza.

—¿Cómo dices?

Carraspeó para aclararse la garganta y repitió:

—Terapia de último recurso. Es para matrimonios que están al borde del...

—No digas «divorcio» —gritó él.

Rosie hizo una breve pausa para respirar.

—¿Qué te parece?

—¿Terapia, Rosie? Por Dios. —Se pasó una mano por la cara—. Sabía que ese club de mujeres acabaría comiéndote la cabeza. Primero me dejás...

No le concedió ni un segundo más. Lo esquivó, se hizo con el abrigo y salió corriendo de la zona de cardio. Dominic la alcanzó en el pasillo que conducía al vestíbulo. La aferró por un codo y le dio un tirón para que se detuviera.

—Espera.

—Fui yo quien te dejó. Sin que nadie me lo dijera.

Vio que aparecía un tic nervioso en su mentón.

—Muy bien, lo acepto.

Estaban en terreno conocido. Esa dinámica obstinada de «vamos a discutir y luego acabamos acostándonos» la cabreaba después de haber vislumbrado lo que pensaba. Después de haber sido testigo de su potencial para comunicarse.

—Más te vale que te niegues a la terapia, porque voy a buscar al maestro zen más sensiblero de todos. Y me refiero a incienso en la sala de espera, chakras y todo lo demás.

Dominic torció el gesto.

—Muy bien. Hagámoslo.

—Curación con cristales y... —Rosie dejó la frase en el aire—. ¿Qué?

—Ya me has oído. Concierta una cita con el dichoso terapeuta. —Se inclinó hacia ella y sus rostros estuvieron a punto de tocarse. Lo que fuera que viese en el suyo lo hizo retroceder un poco—. ¿De verdad pensabas que no aprovecharía la oportunidad de recuperarte, sin importar lo que tenga que hacer? —Su voz adquirió un tono áspero—. Joder, Rosie. Me dejas helado. —La miró por última vez y luego se dio media vuelta, dejándola allí plantada, de pie en el pasillo vacío. Claro que no antes de que ella viera su determinación.

Aquello era real. Estaba ocurriendo.

Segundo asalto para el matrimonio Vega.

7

Dominic se apoyó en el lateral de su camioneta, mientras se fumaba un cigarrillo Newport y buscaba el Honda de Rosie en el aparcamiento. Al no ver el conocido coche, clavó la mirada de nuevo y a regañadientes en el edificio, que daba la casualidad de estar pintado de un alegre tono azul turquesa y que tenía un cartel pintado a mano en el tejado que rezaba: «ARMIE TAGART, GURÚ SANADOR DE RELACIONES».

—No me jodas —murmuró—. Ha encontrado lo que dijo.

¿Le fastidiaba tener que exhibir sus defectos delante de un *hippie* imbécil? Por supuesto que sí. ¿Le excitaba muchísimo que su mujer cumpliera su palabra? También. Tanto como para atenuar el fastidio.

Tamborileó con los dedos sobre el techo de la camioneta, y la muestra de rebeldía de Rosie hizo que retrocediera a sus años de instituto. Por Dios, en aquel entonces era una chica feroz. Valiente. Recordaba la primera vez que la invitó a salir, cuando estaban en primero de secundaria. Era la hora del almuerzo y los chicos ocupaban una mesa y las chicas, otra. Hacía mucho tiempo que esa separación le parecía ridícula, teniendo en cuenta que ellos no dejaban de hablar de las chicas y viceversa. Durante la mayor parte de aquel año, se sentó al final de la mesa de los chicos y esperó su momento, observando a Rosie desde lejos. De vez en cuando, ella lo sorprendía mirándolo, se echaba el pelo hacia atrás y le regalaba una expresión que decía: «¿Se puede saber qué miras?».

En aquella época, siempre estaba rodeada de amigas. Chicas a las que él conocía porque iba a clase con ellas, pero que no eran sus amigas porque se había mudado a Port Jefferson desde el Bronx justo el verano anterior. Su madre llevaba años quejándose del ajetreo de Nueva York, de la delincuencia, del ruido del tráfico. Un día, su padre llegó a casa con las llaves de una casa nueva. Ella se lo había pedido y él se lo había dado. Eso era lo que hacía un hombre. Eso era lo que mantenía unida a una familia. Quizá su padre nunca había sido un hombre afectuoso. Joder, podía contar con los dedos de una mano las charlas padre-hijo que habían compartido. Su padre no había podido darles lujos, así que les había dado lo más importante: seguridad y un hogar.

Su mente divagó hasta un tipo de hogar muy distinto al de su infancia. Una casa a orillas del agua, con un jardín trasero en suave pendiente y un embarcadero. Desterró la imagen con una sensación incómoda en los hombros y volvió a pensar en aquel día que tiró la corteza del pan del sándwich de jamón cocido a la papelera de la cafetería y tendió un puente entre los chicos y las

chicas del instituto de Port Jefferson. Recordó el silencio que se apoderó de la estancia, los susurros detrás de las manos.

Rosie lo había calado desde el principio, y eso le había gustado. Le gustó saber que ella había sido consciente todo el tiempo de que le gustaba, aunque no hubieran intercambiado palabras. En aquel momento, se giró en el banco para verlo acercarse y le dio un mordisco deliberado a su manzana, que masticó con delicadeza mientras lo miraba de arriba abajo. Todas sus amigas se inclinaron hacia ella, con las barbillas en las manos y los ojos muy abiertos.

—El baile del próximo viernes —le dijo él intentando parecer indiferente, aunque era mucho más guapa de cerca—. ¿Vienes conmigo?

Exclamaciones y risitas por todos lados.

Ella intentó parecer aburrida, pero vio que se le ponían las mejillas coloradas y empezó a contar los días que faltaban para poder besar los lugares por donde se extendía ese color.

—¿Todos los chicos de ciudad son así de valientes? —replicó Rosie con la mirada clavada en su manzana.

—Este sí.

—Me has mirado mucho.

—Sí.

Como no añadió nada más, ella se rio.

—Me lo pensaré.

Dominic se encogió de hombros.

—Mejor que un sí de otra. —Hizo ademán de darse media vuelta y alejarse.

Rosie se puso en pie de un salto.

—Sí.

El viernes siguiente fueron juntos al baile. Él llevaba vaqueros y una camisa negra. Ella, un vestido amarillo de tirantes y unas sandalias blancas, y cuando bajó la escalera de la casa de sus padres, rozando el pasamanos con la yema de los dedos, Dominic sintió que empezaban a sudarle las palmas de las manos y se le aceleraba el pulso, y supo sin lugar a dudas que nunca habría otra mujer. Jamás.

El sonido de un coche que entraba en el aparcamiento interrumpió sus recuerdos. Sintió la misma emoción que lo invadió el día del baile, hacía tantos años. El pulso se le aceleró y le atronó los oídos, aunque la anticipación tenía un elemento mucho más maduro a esas alturas que se la puso dura debajo de los vaqueros nada más verla salir del coche con las tetas asomando y moviéndose por debajo del escote de la camiseta. Joder, su mujer estaba buenísima.

El domingo por la mañana, en el gimnasio, pensó: «Eso es, está cediendo». No le había quedado ninguna duda de que iban a hacerlo contra la pared de azulejos del cuarto de baño, tapándole la boca con una mano para silenciar sus gritos. En su opinión, habían llegado al punto desde el que no había marcha atrás, también conocido como que le había colocado el culo en el

regazo y había empezado a frotarse contra la dura erección que le había provocado.

Sin embargo, Rosie fue capaz de pisar el freno. Como la vez anterior.

Aunque a veces habían llegado a un punto preocupante como pareja casada, su vida sexual le había asegurado que Rosie seguía sintiendo algo por él. Sin ese consuelo... tenía miedo. Hasta el punto de estar dispuesto a hablar de sus emociones delante de un desconocido, y eso ya era decir bastante, porque a esas alturas ni siquiera las reconocía. Siempre había admirado que su padre mantuviera la compostura. Tanto si tenía un mal día en el trabajo como si el dinero escaseaba, su padre agachaba la cabeza y trabajaba con ahínco. No se quejaba, no mostraba signos de preocupación ni de estrés. Se limitaba a hacer su trabajo, y a su familia nunca le faltaba nada. En caso de que su fachada tuviera grietas, no se veían en absoluto. Porque eso habría supuesto que las personas que lo rodeaban confiaran menos en su capacidad como sustentador de la familia, ¿no?

—Hola —lo saludó Rosie cuando llegó a su lado—. Has visto el cartel y has sido incapaz de moverte, ¿verdad?

—Exacto.

Ella se subió la correa del bolso por el hombro mientras echaba a andar hacia el edificio, esperando que la siguiera.

—¿Qué tal hoy en el trabajo?

—Bien. ¿Y tú?

—Bien.

¿Cuántas veces se habían preguntado lo mismo y se habían dado la misma respuesta? ¿Miles? En ese entorno ajeno a su cocina o a su salón, era consciente de lo vacías que sonaban sus palabras. Simple rutina. Rara vez añadían algo más. A medida que se acercaban a la entrada de la consulta del terapeuta, los nervios fueron en aumento. No quería descubrir que ese era de verdad el último recurso y no solo la tortura que había ideado Rosie con la idea de hacerlo sufrir para recuperarla.

Extendió una mano a su costado para abrir la puerta y tomó una bocanada de aire con disimulo para aspirar su perfume. Coco. El frasco dorado con la piña de cristal en la parte superior seguía en el tocador de su dormitorio, así que debía de haberse perfumado en el trabajo. Mientras ella entraba, le miró el cuello en busca del pulso y se alegró al descubrir que latía con rapidez. *Pum, pum, pum*. La prueba de su nerviosismo le dio la esperanza necesaria para seguirla y entrar... en los años sesenta.

Se detuvo justo en el umbral y soltó una palabrota en voz baja. No. Aquello no podía ser real. En cada pared había un mural distinto y, si no se equivocaba, era un intento de celebración de los cuatro elementos. Tierra, viento, agua y fuego. Una mezcla de azules confluía hasta integrarse en una escena natural y acababa estallando en llamas antes de que la arrastrara una nube. Con una cara. Del techo colgaba una araña con plumas moradas en vez de cristales, tan largas que casi

llegaban al suelo. Un sinfín de burbujas flotaban por la estancia procedentes de una máquina de burbujas, acompañadas por una música suave, una especie de mezcla de xilófonos y arpas.

—No tenía ni idea de que me odiaras tanto, Rosie.

¿Era cosa suya o su mujer había estado a punto de sonreír? El calor se expandió por el centro de su pecho, tomándolo desprevenido, y descubrió que necesitaba ver de nuevo esa sonrisa.

—No sabía que iba a ser tan... colorido —murmuró ella—. Las críticas en internet eran casi todas positivas.

Dominic se dio media vuelta de repente y se encontró a escasos centímetros de una planta de boca de dragón gigante, de manera que se apartó por temor a que le diera un mordisco en el culo.

—Es muy probable que sus pacientes estuvieran drogados cuando escribieron las críticas —replicó él también en voz baja—. Y el decorador debe de ser uno de ellos.

Sus palabras le arrancaron una carcajada, aunque Rosie la cortó de inmediato, como si se hubiera sorprendido al descubrir que todavía era capaz de provocarle esa reacción. ¿Cuánto tiempo llevaba sin hacerla reír? Se le formó un nudo en la garganta cuando descubrió que no recordaba un momento concreto.

—No lo sé —la oyó murmurar al cabo de unos segundos—. A lo mejor toda esta locura tiene un propósito. ¿Crees que en un sitio como este podemos avergonzarnos de algo de lo que digamos?

La pregunta lo hizo fruncir el ceño y abrió la boca para preguntarle de qué podía avergonzarse ella, pero en ese momento se abrió de golpe la puerta situada en el otro extremo de la estancia. Recortado contra una olorosa nube de humo de marihuana, apareció un hombre calvo que llevaba sandalias y una camiseta del Partido Verde.

Nada más verlo, agarró a su mujer de la mano y tiró de ella hacia la salida, pero ella clavó los pies en el suelo.

—Si tú quieres irte, hazlo —le dijo Rosie.

—No sin ti —masculló, demasiado consciente de que el *hippie* caminaba hacia ellos como si tuviera las caderas dislocadas—. Ya encontraremos a otra persona.

—Me gusta este sitio.

—Por Dios, se me había olvidado lo cabezota que eres.

—Eso es porque hace mucho tiempo que dejé de serlo.

Su réplica hizo que cerrara la boca de golpe. Le habría encantado tomarle la cara entre las manos e invitarla a que le explicara lo que quería decir antes de que acabara volviéndolo loco del todo, pero una mano se posó en su hombro.

—Equipo Vega, lo creáis o no, vuestra reacción no es algo infrecuente en esta sala de espera.

—¿Equipo Vega? —repitió Rosie mientras agitaba una mano para apartar el humo.

—Pues sí. —El recién llegado entrelazó los dedos—. Tenemos cuatro sesiones programadas. Durante ese tiempo, somos el Equipo Vega. Reparar lo que se ha roto será un esfuerzo colectivo.

A veces, resultará desalentador. Pero tengo buenas noticias.

—Ilumínanos —replicó Dominic con sequedad.

El terapeuta asintió con la cabeza.

—Después de esas cuatro sesiones, deberíamos tener una idea de si merece la pena salvar este matrimonio o no. —Sus ojos iban de Rosie a él y viceversa—. Ya veo que tenemos opiniones encontradas al respecto. —Antes de que Dominic pudiera cuestionar semejante observación, el hombre dio un paso atrás e hizo una breve reverencia—. Soy Armie Tagart. Podéis llamarme «papá».

Esas palabras lo llevaron a renovar los esfuerzos por llevarse a Rosie de allí.

—Solo es una broma —le aseguró Armie mientras echaba a andar hacia la consulta—. Seguidme al epicentro de la sanación, si sois tan amables. —Se detuvo en la puerta—. No es una broma. Lo llamo así de verdad.

Había ocasiones en las que una mujer admitía que se había equivocado. Esa no era una de ellas, pensó Rosie. Iba a apechugar con esa decisión precipitada aunque la matara. El domingo por la mañana regresó a casa del gimnasio con los músculos contraídos por el calentón y le envió un mensaje de correo electrónico al terapeuta de pareja más excéntrico que encontró en Long Island. Solo para fastidiar al hombre que la había convertido en una adicta a su cuerpo mientras le negaba todo lo demás.

Levantó la barbilla y entró en la consulta propiamente dicha, negándose a demostrar reacción alguna al persistente olor a marihuana. No le hizo falta mirar a Dominic a los ojos para saber que era la personificación del escepticismo. Captó su lenguaje corporal con el rabillo del ojo mientras miraba a derecha e izquierda en busca de un sitio donde sentarse.

—En los cojines —dijo Armie, que señaló lo que parecía una especie de refugio hecho con mantas en un rincón de la estancia—. ¿Por qué no llevar a cabo la sesión con comodidad?

Dado que no le quedaba más remedio que aceptar, soltó el bolso en la esquina de la mesa de Armie y cruzó la consulta para dejarse caer con las piernas cruzadas sobre un cojín de ganchillo con forma de corazón. Al ver que Dominic no hacía ademán de seguirla, lo miró con una ceja levantada y él acabó suspirando, tras lo cual apartó un cocodrilo de peluche y se sentó a su lado.

Armie se tendió sobre los cojines que quedaban, como si fuera Cleopatra dispuesta a atiborrarse de uvas.

—Antes de empezar, os hablaré un poco sobre mí. Como ya os he dicho, soy Armie Tagart. Llevo treinta años asesorando a parejas con problemas en Long Island. No sé cuál es mi índice de éxito, porque no soy partidario de poner en la balanza las victorias y las derrotas. Lo importante son los sentimientos. Los corazones, las mentes y las expectativas. Todos son elementos difíciles y complicados. —Se rascó la coronilla—. Mis métodos son poco ortodoxos. Es posible que de vez en cuando os incomoden, y ese es el objetivo. Superar los límites de lo que sois capaces de hacer como compañeros y seres humanos. —Hizo una pausa breve—. Este es un

lugar seguro del que no saldrá nada. No me escandalizaré por nada de lo que digáis ni pensaré mal de vosotros. Estamos aquí por un objetivo común: salvar este matrimonio. Y disfrutar de un buen colocón. —Señaló a Dominic, que estaba a punto de protestar—. Es una broma. Relájate, colega.

Rosie se tapó la boca para contener una carcajada. Dominic la miró, casi fascinado por su risa, y la expresión ceñuda desapareció de su rostro.

—Interesante —murmuró Armie—. Sentaos el uno frente al otro, por favor. Vamos a empezar haciendo que vuestras energías se reencuentren.

Dominic y ella se mantuvieron impasibles.

Armie se rio entre dientes.

—A veces, estamos tan inmersos en la rutina que se nos olvida mirarnos a los ojos. ¿Cuándo fue la última vez que mantuviste al menos diez segundos de contacto visual?

—¿En la cama o fuera? —preguntó ella, y sintió que le ardían las mejillas.

—Interesante, repito, mmm... —dijo Armie—. Fuera de la cama.

—¿Diez segundos de contacto visual? —susurró ella—. No me acuerdo.

Dominic suspiró.

—Nadie hace eso —dijo.

—Antes sí lo hacíamos —le aseguró ella, recordando una tarde brumosa en concreto. Era verano, así que estaban de vacaciones y se habían subido a la azotea del instituto. Ella le había rodeado la cintura con los muslos y había apoyado los brazos en sus anchos hombros. Mientras el sol les calentaba la piel y sentían el fresco roce de la brisa, se miraron a los ojos durante tanto rato que perdieron la noción del tiempo.

Vio que Dominic fruncía de nuevo el ceño, tras lo cual la sorprendió al decir:

—Tienes razón. Antes lo hacíamos.

—Muy bien, Dominic. Le has prestado atención.

El pecho de su marido se expandió mientras tomaba una lenta bocanada de aire que procedió a soltar antes de mover el cuerpo para quedar sentado de frente a ella.

—¿Diez segundos?

—Diez es un punto de partida arbitrario —respondió Armie—. Aquí dentro no hay límites de tiempo ni reglas. Si algo nos parece bien, lo prolongamos.

Rosie sintió que el corazón se le desbocaba en el pecho mientras miraba a Dominic y sentía el roce de esas rodillas en las suyas, ya que ambos estaban sentados con las piernas cruzadas.

—Mmm... —Por Dios, iba a darle un infarto solo por mirar a su marido a la cara. En serio. Alzó la mirada para encontrarse con la de Dominic—. ¿Así?

Armie respondió con un murmullo, pero ella apenas lo oyó. El pulso le latía demasiado fuerte en las sienes. Tuvo que concentrarse para mantener la respiración uniforme bajo la mirada de esos ojos verdes. Una mirada firme y perdida al mismo tiempo —algo que no esperaba— y

descubrió que le costaba enfrentarla. Mucho.

Solo aguantó cinco segundos, tras lo que acabó clavando los ojos en el regazo.

Después de echarle una breve miradita a Dominic, vio que él había fruncido el ceño y que su pecho subía y bajaba más deprisa que antes.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó él con brusquedad.

—No lo sé.

El silencio se prolongó unos minutos antes de que Armie interviniera.

—¿Por qué no nos relajamos un poco? —Se sentó más erguido—. Rosie, ¿te sientes cómoda con las caricias de Dominic?

—Sí —respondió Dominic por ella, y alcanzó a ver una clara súplica en su expresión pétrea, algo que la sorprendió—. Por favor, solo... déjame.

Sintiéndose como si estuviera guardando el equilibrio en el borde de un trampolín, Rosie asintió.

—De acuerdo.

—Muy bien —dijo Armie—. Rosie, cierra los ojos. Recuerda que estás en un lugar seguro. Dominic, quiero que le toques la cara. Será un poco menos intenso que el contacto visual, pero lo que nos interesa es restablecer la conexión.

Dominic todavía no la había tocado, y ella ya tenía la carne de gallina. Bajó los párpados y respiró hondo cuando Dominic extendió un brazo y le acarició una mejilla con la palma de la mano. En cuanto sintió el roce de su piel, se le escapó un gemido. ¡Qué humillante! O, al menos, debería serlo porque solo sintió una décima parte de la vergüenza que consideraría normal. Quizá porque tenía los ojos cerrados. Quizá porque estaban en un refugio hecho con mantas con un *hippie* drogado. Sin importar el motivo, se concentró por completo en la mano que tenía en la cara. Todas sus terminaciones nerviosas se pusieron en estado de alerta, deseosas de atención.

—Memorízala, Dominic.

—Conozco esta cara mejor que cualquier otra cosa.

Los latidos de su corazón ahogaron el principio de la réplica de Armie, de manera que Rosie solo oyó parte de la misma.

—... sigue la forma de sus cejas, de sus labios. Que ella sienta que la miras y la reconoces.

Sintió que su marido le recorría el pómulos con el pulgar y que se detenía en su hoyuelo para acariciárselo con la yema del dedo. De un lado a otro. Le acarició el labio superior, el hoyuelo de la barbilla. Desde allí fue subiendo hasta llegar a la frente, donde trazó varios círculos justo en el centro, y sintió que eso la calmaba, como si las partes de sí misma que se habían distanciado volvieran a unirse. Volvía a estar allí mismo, en su interior, plenamente consciente del momento. Estaba tan concentrada que podría haberse quedado dormida. ¿Solo porque Dominic la estaba mirando de verdad, intentando verla de nuevo? ¿Lo estaba haciendo de verdad? ¿O solo era un ejercicio?

—Gracias, Dominic —dijo Armie en voz baja.

Los dedos de su marido se demoraron unos segundos más antes de que su calor desapareciera. Cuando abrió los ojos, vio que Dominic parecía un tanto conmocionado, pero no tardó en disimular.

Ya eran dos.

¿Cuándo había sido la última vez que se tocaron... solo por tocarse? ¿Por afecto y sin que el sexo los acicateara como una bestia insaciable? Hasta ese momento, no había sido consciente de lo mucho que lo deseaba.

—Dominic, ¿de qué manera le haces saber a Rosie que la aprecias?

Su marido tardó unos segundos en concentrarse y cuando por fin respondió, su voz apenas fue un susurro áspero.

—Sustentándola.

—Justo lo que pensaba —replicó Armie, que se volvió hacia ella—. ¿Te sientes apreciada porque Dominic lleva dinero a casa?

—Yo... —Frunció el ceño—. Supongo que sí. Más o menos.

—¿Te sentirías más apreciada si hiciera algo distinto? ¿Si te llevara un regalo? ¿Tal vez tu incienso favorito? —le preguntó Armie, pero ella cambió mentalmente el incienso por una botella de margarita o una batidora de pie. Aunque ambos objetos le resultaban muy atractivos, no despertaban en ella seguridad ni calidez—. ¿O si simplemente te dijera que te aprecia?

—Sí —susurró, con el pulso acelerado.

El terapeuta expresó su acuerdo con un murmullo y añadió:

—Necesitas palabras.

Rosie pensó en Dominic diciéndole que la apreciaba. En voz alta. Y la presión que le atenazaba el pecho, y de la que no había sido consciente hasta ese momento, disminuyó.

—Sí, creo que sí.

Armie asintió enfáticamente con la cabeza.

—Voy a arriesgarme a decir que no estáis familiarizados con el lenguaje del amor. —Se hizo el silencio—. Lo sospechaba, sí. —Los miró con expresión afable—. Todos tenemos una forma preferida de expresar el amor. Y de que nos lo demuestren. Dominic expresa el amor con hechos. Pero tú necesitas recibir amor a través de las palabras.

—¿Y ya está? —preguntó Dominic—. ¿Diez minutos y ya tenemos la solución?

—Eso te encantaría, ¿verdad? —Armie soltó una carcajada con un brillo alegre en los ojos—. No. Ya tienes una respuesta. La solución requiere mucho más trabajo. Y práctica. —Se puso en pie de un salto con sorprendente agilidad y Dominic y ella lo siguieron hasta su mesa—. Durante otra de nuestras sesiones, hablaremos de lo que Dominic necesita para sentirse querido y apreciado.

—Por Dios.

—Sin embargo, por ahora vamos a centrarnos en Rosie, ya que ella es la que tenía tantos problemas como para abandonar el matrimonio. —Hizo una pausa—. Voy a ponerlos deberes. Unos cuantos, en realidad. Como ya os habéis separado, vamos a abordar una vía de sanación acelerada.

—Se acaba de inventar ese término —le susurró Dominic.

—Te he oído —replicó Armie entre carcajadas mientras se apoyaba en su mesa, aunque acabó adoptando una expresión pensativa—. En los treinta años que llevo como consejero matrimonial, no recuerdo haberme encontrado nunca con una tensión sexual tan intensa entre marido y mujer. Espero que no os importe que os lo diga. —Silbó por lo bajo—. Es impresionante.

De repente, Rosie fue mucho más consciente de la cercanía de su marido. Del olor a serrín, a hombre y a mentol. De lo corpulento que era en comparación con ella y de que si retrocedía un paso, acabaría pegada a él.

—Por desgracia, creo que el sexo os está impidiendo que os veáis de verdad. —Los miró fijamente con la cabeza gacha—. Y que seáis compañeros fuera de la cama.

—Ya no... —Rosie se humedeció los labios resecos—. No lo hacemos.

A su espalda, Dominic refunfuñó algo sobre hablar de sus intimidades.

—Genial —dijo Armie.

—Lo será para ti... —le soltó Dominic.

—Pues sí. Uno de vuestros deberes es seguir sin mantener relaciones sexuales. —Los miró con expresión pensativa—. Los besos están permitidos.

La anticipación estuvo a punto de devorar a Rosie. Besos. Por Dios, ¡hacía siglos que Dominic no la besaba a menos que estuvieran echando un polvo! De vez en cuando se rozaban los labios o se daban algún beso fugaz y superficial, aunque en el pasado, uno de sus pasatiempos favoritos con él había sido besarse. Ponerse cachondos al máximo solo porque sí. Se convirtieron en profesionales de los besos. Y lo consiguieron mientras esperaban a que ella cumpliera los diecisiete años para perder la virginidad. Durante sus tres primeros años de instituto no hubo penetración, pero tuvieron tantos orgasmos con la ropa puesta que perdió la cuenta. Y nunca se había sentido tan unida a Dominic como cuando sus bocas se comunicaban así. El contacto visual no la incomodaba en aquel entonces, era algo que esperaba. Algo que ansiaba, junto con las palabras que él le susurraba al oído.

«Te quiero».

«Te necesito, bombón».

«Esto es para siempre».

—Besarse suele ser más íntimo que el sexo en sí y genera más intimidad, como mantener conversaciones o mirarse a los ojos. Es una forma de que vuestras energías conecten —dijo Armie—. Y la siguiente tarea consiste en que Dominic le escriba una carta a Rosie.

—¿Cómo dices?

—Llámame loco, pero creo que te resulta difícil hablar. Al igual que Rosie con el contacto visual, vamos a ir poco a poco. Vamos a probar primero con plasmar las palabras en papel.

Dominic se movió detrás de ella.

—¿Qué se supone que debo decirle?

Armie sonrió de oreja a oreja.

—Eso es cosa tuya.

8

Dominic no había escrito una carta en su vida. Sobre todo por culpa de la tecnología. Los mensajes de texto existían desde que tenía edad suficiente para deletrear, así que nunca había tenido mucha necesidad de escribir, salvo alguna que otra nota. Cuando Rosie y él eran jóvenes, se pasaban notas entre clase y clase, pero eran breves y tiernas. «Estás muy guapa con esa falda». «Te he echado de menos este fin de semana». «Ven al cine conmigo el sábado». Cosas así.

No pudo evitar recordar que Rosie había parecido un poco... emocionada por la idea de recibir una carta suya y, ¡por Dios!, echaba mucho de menos esa expresión en su rostro. Le trajo recuerdos de la mañana que corrieron tomados de la mano bajo la lluvia hasta el juzgado, decididos a casarse antes de que lo enviaran al extranjero con su unidad. Rosie todavía tenía gotitas de lluvia en las pestañas cuando entregaron el expediente matrimonial cumplimentado y se abrazaron mientras esperaban para darse el «sí, quiero».

En fin, en caso de que la idea de recibir una carta suya la entusiasmara, se iba a llevar una desilusión con el resultado.

Arrojó el bolígrafo hacia el portón trasero bajado de su camioneta y se pasó una mano por la cabeza rapada. Stephen los había mandado a descansar y a comerse el almuerzo un cuarto de hora antes, de manera que todos se habían repartido por la casa y se habían sentado en grupos con los bocadillos envueltos en papel de aluminio, mientras él se refugiaba en su camioneta para empezar a escribir la carta. Después de la terapia del día anterior, se fue a casa e intentó plasmar sus pensamientos en papel, pero le resultó imposible y necesitaba hacerlo ya. La urgencia que le corroía las entrañas no permitía más demoras.

Rosie ni siquiera podía mirarlo a los ojos.

Cada vez que recordaba el momento en el que ella había apartado la mirada como si le doliera, se sentía mal. Ni siquiera se había preparado el almuerzo esa mañana porque su apetito había desaparecido. El sexo estaba descartado. No podía usar su cuerpo para que Rosie se sintiera mejor. Necesitaba esa carta. Necesitaba palabras. Y no sabía cómo ni dónde encontrarlas.

Una piedra chocó contra su zapato y al girarse vio que Stephen y Travis se acercaban con un tercer hombre al que no conocía. Era un chico joven —seguramente más que todos ellos—, pero compensaba los años que le faltaban con su altura y con una seguridad al caminar que solo podía exhibir alguien que llevara un sombrero de vaquero.

—Dominic —dijo Stephen—, te presento a Wes Daniels. Va a trabajar con nosotros durante

una temporada. Acaba de llegar al pueblo.

Dominic se acercó y le estrechó la mano.

—¿De dónde eres?

—De San Antonio —respondió Wes, que le dio un fuerte apretón y dejó a la vista unos dientes muy blancos al sonreír—. Encantado de conocerte.

—Lo mismo digo. —Dominic frunció el ceño mientras miraba el folio en blanco que había sujetado con una piedra—. No es habitual oír tu acento por Long Island.

—No sabéis lo que os perdéis. Lo que sale de mi boca es poesía.

Travis se llevó un puño a la boca y tosió.

—Wes es un poco engreído.

Dominic levantó una ceja.

—Le dijo la sartén al cazo...

—Tiene familia en el pueblo, pero no sabe cuánto tiempo va a quedarse en Port Jefferson —añadió Stephen, haciéndole al recién llegado un gesto con la cabeza como si hubiera algo que solo sabían ellos dos—. A ver si conseguimos que se sienta como en casa.

Wes señaló su no-carta con un gesto de la barbilla.

—¿Estás trabajando en algo?

—No.

—Pues lo parece —comentó Travis, acariciándose la barbilla—. Te has saltado el almuerzo para hacerlo. Debe de ser algo importante.

Dominic lo miró fijamente y sin inmutarse.

—Si sabes algo, colega, suéltalo ya. No estoy de humor.

Wes soltó un silbido por lo bajo.

—Lo sé todo. De cabo a rabo —le aseguró Travis, llevándose una mano al centro del pecho—. Es increíble.

—Se me está ocurriendo una cosa que podría ser muy divertida —terció Stephen, que miró a Travis con gesto ufano—. Voy a decirle a Georgie que vas soltando por ahí todo lo que ella te cuenta.

—Estás enfadado porque tu mujer no te cuenta cotilleos.

—Me recordáis a mis tías. Brenda y Julie —dijo Wes mientras se ajustaba el sombrero—. Se pasarían el camino al infierno discutiendo para ver quién entra primero.

—Acaban de compararos con dos mujeres que se pasan el día discutiendo —señaló Dominic—. ¿Podéis callaros ya? —Recuperó el bolígrafo desechado y empezó a golpear el portón trasero con él. Tal vez la terapia no fuera una ridiculez, porque sentía ciertas ganas de hablar. Con otras personas. Sobre cosas que normalmente mantendría en secreto a menos que estuviera amenazado de muerte—. Rosie y yo... estamos yendo a terapia de pareja —murmuró—. Mis deberes son escribirle una carta.

Wes se santiguó.

—Por eso mismo no me casaré en la vida.

El crujido de la gravilla hizo que todos volvieran la cabeza. Un Mercedes plateado aparcó en medio de una polvareda, y Bethany salió tras abrir la puerta del conductor. Dominic estaba acostumbrado a ver a la hermana de Stephen en las obras. Normalmente se presentaba a mitad de la reforma para hacerse una idea de la distribución y poder empezar a decidir cómo amueblar y decorar. Le caía bien. Era una mujer dura y buena en su trabajo, pero en ese momento lo único que le apetecía era preguntarle por Rosie. De hecho, le ardía la garganta solo por contenerse para no hacerlo. En un intento por evitar las preguntas que tenía en la punta de la lengua, dejó de mirar a la interiorista y descubrió que Wes se había quedado boquiabierto.

—¿¡Quién es!?

—Ah, no. No. —Stephen meneó la cabeza—. A partir de ahora, que nadie me diga que está interesado en mis hermanas. Sobre todo si lo tengo en nómina. Dejadme conservar una pizca de orgullo por lo menos.

Dominic sorprendió a Travis haciendo el gesto de que se rebanaba el cuello con el pulgar mientras miraba a Wes.

—Ni se te ocurra, colega —le advirtió.

—Siento discrepar —replicó Wes, que se colocó la lengua en el interior de un carrillo—. Se me ocurren muchas cosas.

Stephen enterró la cara entre las manos y gimió.

Bethany se acercó a ellos y Wes sonrió.

—Hola, soy Wes. Encantado de conocer...

—Vuelve a meterte la lengua en la boca antes de que alguien te la pise, bizcochito —lo interrumpió Bethany mientras los miraba con incredulidad—. ¿Quién es este?

—Iba a decírtelo cuando me has interrumpido —contestó Wes, que la miró de arriba abajo—. Bizcochito.

Travis, Stephen y Dominic retrocedieron a la vez.

—Olvida lo que te he dicho —terció Stephen mientras le hacía a Wes un gesto con la mano—. Quiero ver cómo se desarrolla esto.

Bethany y Wes seguían intentando ganar la guerra de miradas.

—Creía que solo contratábamos universitarios en verano —dijo Bethany con voz alegre, alisándose la manga de su abrigo negro.

Wes cruzó los brazos por delante del pecho, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Debe de ser difícil, teniendo en cuenta que allí donde vayas el termómetro caerá bajo cero.

Bethany jadeó.

—¿Estás insinuando que soy una princesa de hielo?

—Si la tiara encaja...

—Prefiero una tiara a esa pinta de Clint Eastwood que llevas.

Wesladeó la cabeza.

—¿Me explicas quién es? A lo mejor es más conocido entre los de tu generación.

—Entre los de mi... —Bethany dejó la frase en el aire, cerró los ojos y recuperó la compostura—. No estoy aquí para tener un enfrentamiento verbal. He venido a trabajar. Stephen, ¿te sobra algún casco?

Dominic se hizo con el que tenía en la parte trasera de la camioneta y se lo entregó.

—No entres en el dormitorio de atrás. Algunos tablones del suelo están sueltos.

—Veo que la caballerosidad no ha muerto después de todo —replicó ella, que se puso el casco amarillo y lo golpeó en la parte superior para asegurárselo bien. Todo ello sin dejar de sonreírle a Wes con dulzura—. No lo tenía muy claro.

Wes le devolvió la sonrisa, pero el gesto se esfumó en cuanto Bethany se volvió hacia Dominic.

—¿Qué es eso? ¿Una carta o algo?

La pregunta hizo que torciera el gesto.

—Parece que sabes algo de esto.

—Es posible —replicó ella con despreocupación, al tiempo que le daba una palmadita en el brazo—. ¿Necesitas ayuda?

—Depende. —Dominic tragó saliva con los ojos clavados en la hoja en blanco, deseando que aparecieran las palabras—. ¿Estás a favor de lo nuestro?

—Estoy a favor de la felicidad de mi amiga —respondió ella y, cuando la miró, vio que tenía una expresión seria—. Y sé que tú quieres hacerla feliz. Lo sé.

Dominic solo acertó a asentir con la cabeza.

—Aceptaré tu ayuda.

Travis apoyó una cadera contra la luz trasera.

—Las rosas son rojas. Las violetas, azules...

—Cállate —lo interrumpió Dominic mientras le clavaba el bolígrafo en el costado.

—Chicos, por favor. —Bethany levantó una mano y esperó a que se hiciera el silencio—. ¿Sabes lo que me pone a mí? Que un hombre me demuestre que está atento. —Miró hacia atrás por encima del hombro—. ¿Estás tomando notas, bizcochito? Supongo que tu conocimiento de las mujeres es cero. Es posible que lo subamos a uno.

—Sé muy bien lo que quiere una mujer como tú. Una buena escoba para volar.

—Lo odio, Stephen —susurró Bethany con fuerza.

—Ya está bien —resopló el aludido, mientras señalaba la hoja en blanco—. Seguid con esto. Me interesa oírlo.

—Muy bien. —Bethany le dio unas palmadas a Dominic en el antebrazo—. Un hombre que esté atento, y no me refiero solo a que sepa cuál es su película preferida o cómo le gusta el café.

Me refiero a los detalles. A esas cosillas que solo puede saber... quien la quiera. Porque solo puede verlas alguien que la quiera de verdad. —Sonrió—. Sí, los detalles son cruciales. ¿Te ha servido de algo?

—No me ha servido de nada —respondió él.

—¡Bueno, por lo menos lo he intentado! —exclamó Bethany mientras se quitaba el abrigo y echaba a andar hacia la casa—. Texas acaba de llamar, Wes. Quiere que el payaso del rodeo vuelva.

—Ha llamado Oz. Les falta una bruja.

Travis se rio.

—Te lo dije.

—¿Estás loco? —protestó Wes, que se quitó el sombrero y empezó a abanicarse con él—. Ahora me gusta más.

Las voces que rodeaban a Dominic se fueron silenciando hasta que solo pudo oír la de Rosie, procedente del pasado. En la penumbra del hotel Montauk donde se alojaron en su luna de miel. Por teléfono, cuando la llamaba desde Afganistán, con el corazón destrozado mientras oía sus esfuerzos por no echarse a llorar y le suplicaba que volviera sano y salvo. Entre el vapor de agua de la ducha mientras echaban un polvo de pie contra la pared. Detalles. Pequeños detalles. Sí, ya lo tenía.

Tragó con dificultad, aferró el bolígrafo y empezó a escribir.

9

Los zapatos de tacón de Rosie repiqueteaban en el silencio del aparcamiento de los grandes almacenes. La brisa nocturna le acariciaba las pantorrillas y se le enroscaba en torno al cuello. Respiró hondo, agradecida por el aire fresco y limpio tras ocho horas respirando perfumes. No había manera de librarse del empalagoso olor, salvo en la sala de descanso, y allí olía a pollo recalentado y donuts rancios. Ese día la había demorado un autobús escolar parado en la calzada y había llegado tres minutos tarde, así que se había visto obligada a promocionar un perfume llamado «Monstruo Verde».

Había vendido dos frascos.

A un par de clientas que querían gastarles una broma a sus respectivos novios.

No esperó a llegar al coche para quitarse los zapatos. Tras aferrarlos por los tacones, se refrescó los pies caminando sobre el frío asfalto. Tendría que acordarse de lavárselos antes de meterse en la lujosa cama de Bethany.

Por raro que pareciera, esa noche no le hacía tanta ilusión hundirse en el exquisito colchón. Sí, era perfecto y tenía diseño ergonómico, pero... le faltaban muchas cosas. Cosas a las que se había acostumbrado y que, a lo mejor, había dado por sentadas. Como el aliento de Dominic en el pelo, constante, profundo y fiable. O su forma de acariciarla con los nudillos cuando la noche era demasiado oscura para verse las caras. Esa simple caricia la adormilaba. Incluso la inclinación del colchón cuando él se daba la vuelta, que a menudo la despertaba y molestaba. Se había descubierto despierta en la cama de Bethany, preocupada por su ausencia.

Algo normal. Cualquier cambio era difícil. No se trataba de que lo echara de menos. Debía tener eso muy presente. ¿Qué iba a echar de menos? ¿Su silencio malhumorado? ¿Su absoluta falta de vida social? En serio, hacía años que no salían a ningún sitio. Tenían amigos, pero no cultivaban dichas relaciones porque siempre se quedaban en casa. Dominic no le pedía expresamente que no salieran, pero en su juventud lo habían hecho todo juntos. A esas alturas, eran adultos y salir por separado no les parecía una buena opción. Como si existiera una regla tácita entre ellos y estuviera cimentada por la posesividad de Dominic.

Si no hubiera ido a clase de zumba aquella noche en verano, no habría asistido a la conformación de la Liga de las Mujeres Extraordinarias. Quizá nunca se hubiera creado.

Pisó un guijarro e hizo una mueca de dolor.

—¿Estás bien, Rosie? —le preguntó el vigilante de seguridad desde la puerta de los grandes

almacenes. Desde que consiguió el trabajo, hacía varios años, el hombre vigilaba el aparcamiento hasta que ella se subía al coche. Era un encanto. Resultaba un poco extraño que estuviera tan atento, ya que no lo hacía con nadie más, pero su avanzada edad y su actitud bonachona le conferían una aire tan inofensivo que a ella nunca le había molestado.

Siguió avanzando dando saltitos sobre un pie mientras contestaba:

—¡Sí, Joe!

Distraída con sus pensamientos —y con el dolor del talón—, tardó un momento en ver el sobre en la luna delantera del Honda, sujeto bajo uno de los limpiaparabrisas.

Su nombre estaba escrito en la parte delantera con una letra conocida.

La de Dominic.

Mientras sacaba el sobre sintió que el corazón se le subía a la garganta, como un pajarillo asustado. Echó un vistazo por el aparcamiento vacío con el sobre en la mano, como si su marido pudiera estar apoyado en una farola; pero allí no había nadie, salvo los envoltorios del McDonald's y las bolsas de la compra arrastradas por el viento.

Sacó las llaves del coche, abrió la puerta y tras despedirse de Joe agitando la mano, se sentó en el asiento del conductor y cerró la puerta. Tras un momento de deliberación, dejó la carta en el asiento del acompañante y arrancó. La leería cuando llegara a casa y se pusiera el pijama. Sin embargo, solo avanzó medio metro antes de pisar el freno y detenerse de nuevo. Respiró hondo, recuperó la carta, encendió la luz del techo y sacó el papel doblado del sobre.

Rosie:

Tienes un lunar detrás de una oreja, donde es imposible que tú lo veas. No sé si alguien te lo habrá dicho alguna vez, pero a veces finjo que es mi secreto. La primera vez que lo besé fue durante el baile de bienvenida, al principio del último curso del instituto. Tiré de ti para abrazarte por la espalda y en ese momento se encendieron las luces. El baile había terminado, pero parecía que acabábamos de llegar. Miramos a nuestro alrededor, y todo el mundo se había ido. Cuando volviste la cabeza, fue cuando vi el lunar, allí justo en el pliegue donde la oreja se une a la cabeza. Me incliné para besarlo y esa fue la primera vez que me dijiste que me querías. Lo susurraste mientras apilaban las sillas a nuestro alrededor. ¿Lo recuerdas? Siempre he estado convencido de que ese lunar es mágico. El secreto que hizo que te enamoraras de mí. Cuando me dejaste, lo primero que pensé fue: «Debería haber besado más a menudo el lunar». Estoy seguro de que no sabías que te casaste con un hombre tan ridículo. Por favor, ¿puedes plantearte al menos la posibilidad de que te quiero más de lo que crees o de lo que soy capaz de expresar con palabras?

Si te parece demasiado, me conformaré con decirte que estoy orgulloso de

tenerte como esposa.

Estoy orgulloso de la persona que eras aquella noche del baile de bienvenida, de la persona en la que te convertiste mientras yo estaba lejos y, sobre todo, de la persona que eres ahora. Eres increíble. Siento no habértelo dicho lo suficiente.

Atentamente,
Dominic

La carta cayó en su regazo. El hormigueo que sentía en los dedos le impedía seguir sosteniendo más tiempo el papel. «Eres increíble».

En ese momento, se sintió justo así. Ligera y pesada a la vez. Sustancial.

Era una mujer fuerte y le gustaba pensar que no necesitaba palmaditas en la espalda. Pero la carta de Dom no decía más que la verdad. Era reveladora y no podía negar esa nueva energía que burbujeaba en su interior al saber que había logrado que alguien se sintiera orgulloso.

«Debería haber besado más a menudo el lunar».

Casi podía sentir los labios de Dominic detrás de la oreja, susurrándole esas palabras que la hacían sentirse tan deseable. No como un objeto sexual, sino como una mujer concreta. Como Rosie. Y, en ese momento, fue como si en su interior se produjera una avalancha de lodo caliente que le llegó hasta el estómago. Sintió una repentina plenitud. Fue muy consciente de cada centímetro de su piel y de cada aliento que entraba y salía de sus pulmones. Sentía los muslos en el asiento, con la carne de gallina, y los movió de un lado a otro, solo para sentir la suave y desgastada tapicería del asiento del conductor contra su piel desnuda. Echó la cabeza hacia atrás y recordó aquella noche del baile de bienvenida. En sus labios apareció una sonrisa. Así se había sentido entonces. Como una mujer. Como el objeto de la atención de alguien.

Importante.

Real.

Era capaz de cualquier cosa cuando se sentía así.

Volvió a leer la carta con el corazón atascado en la garganta. Y después la leyó de nuevo. Se disponía a leerla por cuarta vez cuando un golpe en la ventanilla le quitó unos nueve años de vida.

Joe, el vigilante de seguridad, la saludó desde el otro lado del cristal. Menos mal que no iluminó el interior del coche con la linterna, porque no le apetecía que el amable caballero fuera testigo de los efectos de la carta de Dominic en su cuerpo. Tenía los pezones duros, los muslos apretados y los músculos internos tensos y a la espera de sentir la gruesa invasión de su marido.

—¿Estás bien, Rosie? —oyó que le preguntaba a través del cristal.

—Sí —masculló ella, mientras guardaba la carta en el sobre—. Ya me voy. Gracias por preocuparte por mí.

Joe asintió con la cabeza.

—No quiero que Dominic me eche la bronca —replicó como si tal cosa, guiñándole un ojo—. Ni quedarme sin los cincuenta dólares extra a la semana que me da por asegurarme de que llegas bien al coche.

—Los... ¿Cómo dices?

—Lo estoy invirtiendo en un fondo universitario para mi nieta. —Se rio entre dientes—. Quiere hacer algo relacionado con los ordenadores. Pero no me preguntes, porque yo de eso, ni idea. Cuídate, Rosie.

Clavó la mirada en la espalda de Joe mientras se alejaba, incapaz de reaccionar. Hasta que él se volvió y le hizo un gesto para que espabilara. Arrancó el coche, aunque todavía sentía una especie de hormigueo en los dedos y salió del aparcamiento, agradecida de que el camino de vuelta a Port Jefferson estuviera casi vacío a esas horas de la noche, porque en semejante estado no debería ir al volante de ningún vehículo. En vez de tomar la ruta habitual, se desvió por una calle lateral, paralela a Main Street, y se detuvo frente al local comercial vacío con el que había estado soñando desde que apareció a la venta en los anuncios clasificados.

Era la primera vez que lo veía en persona, y no la decepcionó. Estaba por encima de sus posibilidades, aun con lo recaudado gracias a las donaciones de Kickstarter, pero llevaba un tiempo vacío. Como mínimo, podía permitirse hacer una oferta, aunque fuera muy inferior al precio de venta. Quizá necesitara un ventanal más grande en la fachada, pero con el tiempo, cuando dispusiera de capital, podía arreglarlo y convertirlo en un restaurante que atrajera a los clientes. Ventanas abiertas, música a raudales, el aroma de las especias argentinas saliendo a la calle... Y luces. Habría muchas luces, de todos los colores, colgadas del techo y de las vigas del patio trasero. Plantas. Pondría plantas verdes y frondosas por todas partes, para que los comensales tuvieran la impresión de haberse subido a un avión y haber viajado muy lejos de Port Jefferson.

Si su madre viviera, habría querido que los camareros fueran de punta en blanco. Esa era una de las manías de su madre, no soportaba salir a comer y que la atendiera un camarero despeinado o con la camisa por fuera del pantalón. Cuando eso sucedía, los miraba de reojo a su padre y a ella con un resoplido. Por Dios, echaba de menos ese gesto. Echaba muchísimo de menos tenerlos a los dos cerca. Quizá cuando... No, se corrigió. Quizá si abría el restaurante, homenajearía a su madre vistiendo con uniforme negro al personal. Aunque añadiría un toque de rojo. Un detalle que fuera solo suyo.

¿Qué hacía allí, parada junto a la acera a esas horas de la noche, soñando a través de la ventanilla del coche? No podía explicarlo del todo, pero sentía una confianza sobre los hombros, una seguridad en sí misma que no la acompañaba por la mañana. Ni tampoco cuando terminó el turno. Había aparecido después de leer la carta. Palabras. Era cierto que las necesitaba. Sus amigas la habían animado verbalmente desde que formaron la Liga de las Mujeres Extraordinarias, y eso la había ayudado en gran medida a darse cuenta de que merecía más. Más

de su vida, de su relación, de su trabajo. Pero la voz de Dominic, aunque estuviera plasmada en papel, tenía algo que la había hecho sentirse como era antes más que ninguna otra cosa. Y cuanto más se acercaba a su esencia, más aumentaba su autoestima.

Miró hacia el local comercial por última vez y regresó a la calzada, tras lo cual tuvo un momento de duda cuando llegó al final de la manzana y tuvo que decidir si seguía en dirección a casa de Bethany. Se vio obligada a resistir la tentación de conducir en dirección contraria. Hacia su casa. Hacia Dominic. Porque lo tendría dentro antes de que el *clic* de la cerradura desapareciera del aire. Echarían un polvo en vez de hablar, algo que no le parecía nada mal en ese momento. Pero ¿qué pasaría después? ¿Podrían sacar a la luz esas palabras que no se habían dicho —y que eran tan necesarias— si se entregaban de nuevo a ese otro alivio tan satisfactorio?

Antes de bajar del coche, clavó la mirada en el techo y gimió, muy consciente de que había mojado hasta los pantis. Solo era jueves por la noche y no tenían otra cita con el terapeuta hasta el lunes. ¿Obtendrían el visto bueno para reanudar la actividad sexual? ¿Lo aceptaría ella? Bien sabía Dios que su cuerpo estaba preparado, pero su mente... no estaba segura.

Eso sí, había algo que tenía muy claro.

Había ciertas cosas que no podían esperar hasta el lunes para aclararse.

Cuando entró en casa de Bethany, encontró a su amiga tumbada en el sofá con un antifaz frío sobre los ojos. Levantó una mano y movió los dedos a modo de saludo.

—Hola, preciosa.

—Hola —replicó Rosie mientras se quitaba el abrigo rojo y lo dejaba en el gancho, aunque lo miró durante unos segundos—. Voy a acostarme temprano, ¿te importa?

—¿Un día largo?

—Más o menos —murmuró al tiempo que echaba a andar hacia la escalera—. Hasta mañana.

Bethany murmuró una réplica. Menos mal que había captado su necesidad de estar a solas. En cuanto entró en la habitación de invitados, se quitó los zapatos y empezó a pasear de un lado para otro. Había dejado el bolso sobre la cama, con el teléfono móvil bien visible en el bolsillo interior. Con solo pulsar la pantalla una vez estaría conectada con Dominic. La idea de oír esa voz tan densa como el humo de un puro le provocó una oleada de calor en las entrañas y, aunque se dijo que no debía hacer caso al burbujeante deseo, se bajó la cremallera de la falda y la dejó caer al suelo, tras lo cual se quitó los pantis. La blusa de seda fue lo siguiente, y los botones le parecieron muy suaves en las yemas de los dedos. Una vez que se reunió con la falda en el suelo, se quedó en bragas y sujetador sin tirantes.

Se mordió el labio inferior mientras despotricaba para sus adentros por estar tan cachonda. Por Dios, esa noche estaba a cien. Sentía cada centímetro del cuerpo excitado e inquieto. Expectante. Antes de poder contenerse, se puso de nuevo los zapatos de tacón, incapaz de reprimir el travieso cosquilleo de placer que le producía ir vestida de forma tan provocativa. Haciendo caso omiso de su sentido común, buscó el teléfono móvil y llamó a su marido.

—Rosie.

Tapó la mitad inferior del teléfono y soltó una exhalación temblorosa. Ay, por Dios. Una sola palabra suya había logrado empaparle las bragas y crear el caos en sus terminaciones nerviosas.

—Hola, Dominic. —Oyó de fondo, el familiar sonido de la cortina del salón al descorrerla sobre la barra—. No estoy en la puerta.

Su falta de respuesta evidenció la frustración que lo embargaba.

Si la hubiera descubierto andando por el sendero enlosado, ya estaría bajándose la cremallera de los pantalones, se habría quitado la camisa para dejar a la vista todos esos músculos tan duros y definidos, y...

—En fin... —dijo ella y se lamió los labios mientras flexionaba los dedos de los pies dentro de los zapatos—. A ver si lo entiendo. —Soltó el aire—. Primero, dejás mi abrigo a hurtadillas en casa de Bethany, y ahora descubro que has estado pagándole al vigilante de seguridad para que me eche un ojo en el aparcamiento.

Se hizo el silencio.

—Joe debía mantenerlo en secreto.

—Dominic... —replicó, meneando la cabeza—. ¿No crees que me habría gustado saberlo?

Lo oyó murmurar algo, pero no lo entendió.

—Deberías tener claro que hago todo lo que puedo para mantenerte a salvo.

Eso le arrancó una carcajada incrédula.

—Pero saberlo habría hecho que me sintiera especial. Porque demuestra que soy especial para ti. —Se pegó el teléfono a la oreja, se tumbó en la cama y se pasó ligeramente las yemas de los dedos por el ombligo—. Como tu carta. —Su cuerpo podía estar protestando por el hecho de no haberle hecho una visita a su marido esa noche, pero su cerebro reconocía lo importante que era que hablasen. Que hablaran tal como lo estaban haciendo. Y aunque le doliera arrancarse el apósito del tirón, se obligó a hacerlo. Se obligó a ser sincera—. Tu carta ha hecho que me sienta... como era antes. La he leído tres veces.

La respiración de Dominic se oyó más lejos, como si se hubiera apartado del teléfono, pero volvió a acercárselo igual de rápido.

—No estaba seguro de haberlo hecho bien.

—¿Qué esperabas conseguir? Con la carta.

—¿De verdad? Quería que volvieras a casa.

La crudeza de su voz le provocó un nudo en la garganta.

—¿No crees que hay cosas que debemos arreglar antes de que eso suceda?

Dominic carraspeó y luego se sumió en un breve silencio.

—Ni siquiera has sido capaz de mirarme a los ojos durante diez segundos, Rosie. Ya sé que ahora tenemos un problemón.

Aunque el silencio se hubiera apoderado de su matrimonio, conocía a ese hombre mejor que

nadie. Lo bastante como para saber que se había aferrado a ese detalle y que seguramente estaría obsesionado a esas alturas. ¿Debería haber sido más sensible?

—Lo siento. Aún no estoy segura de lo que ha pasado.

—Odio todo esto. —Lo oyó tragar saliva—. Quiero a mi mujer en casa. Podemos solucionar lo que está mal aquí mismo. No necesitamos separarnos.

—¿Quieres que vuelva porque soy tu mujer y se supone que debo estar ahí o echas de menos a Rosie? —Se le había agitado la respiración, y el pecho le subía y le bajaba—. ¿Sabes lo difícil que es creer que me quieres en casa cuando... antes ni siquiera parecías reparar en mi presencia?

Dominic soltó una carcajada irónica.

—Por Dios. Si tú supieras...

—Pues dímelo. ¿Cómo quieres que lo sepa si no me hablas? —Cerró los ojos y trató de normalizar la respiración—. Podemos empezar despacio. Que me cuentes qué tal te ha ido el día significaría mucho para mí. Detalles reales. No solo que ha estado bien.

Oyó el crujido de una tabla del suelo al otro lado de la línea y supo exactamente en qué parte de la casa se encontraba su marido. En el pasillo. Justo delante de las fotos en las que estaban juntos. El día de la graduación del instituto; el día que se fue por primera vez con su unidad militar; el día de su boda, en la escalinata del juzgado, abrazándola muy serio por la cintura. Ella misma se había parado allí delante miles de veces, oyendo los ecos del pasado, deseando que se trasladaran al futuro.

—Stephen ha contratado a un chico nuevo. Se llama Wes y es de Texas. Lleva sombrero de vaquero.

—¡Venga ya!

—Es verdad. ¿Bethany no ha dicho nada?

—No, pero se ha puesto el antifaz de último recurso. Solo sale del congelador cuando está superestresada.

—Hazme caso, él es el culpable. —Oyó el ruido de un marco de fotos al moverse contra la pared como si lo hubiera enderezado—. Ten por seguro que será el tema de conversación de la próxima reunión de la Liga de las Mujeres Extraordinarias.

La sensación que había experimentado en el aparcamiento de los grandes almacenes regresó. La sensación de plenitud, de seguridad. Hablar con Dominic y oír sus palabras le recordaba quién había sido cuando hablar con él no era un acontecimiento tan raro, sino una constante. Le devolvía ese optimismo con el que todo era posible. Hacía que se sintiera libre, ligera y despertaba todo su cuerpo, desde los pezones hasta la sensible carne entre sus muslos. Sin ser consciente de lo que hacía, deslizó los dedos por debajo del elástico de las bragas y se acarició con el dedo corazón esa zona, tan húmeda por culpa de la voz de Dominic. De sus palabras.

—Mmm... —Se estremeció al rozarse el clítoris con la yema del dedo—. ¿Y qué más?

Dominic contuvo la respiración.

—¿Qué haces?

—Nada —contestó ella demasiado deprisa.

—¿Dónde estás?

—En casa de Bethany.

—¿En qué parte de la casa?

—Tumbada en la cama —respondió con voz ronca.

—Joder, Rosie. Lo sabía.

Oír que Dominic golpeaba la pared del pasillo con un puño al otro lado de la línea la dejó sin aliento.

—Lo sabía. ¿Crees que no me doy cuenta cuando estás empapada?

Había sido un error. Todavía no estaban en un terreno lo bastante firme. A saber si el terapeuta consideraba el sexo telefónico como una violación de sus normas, y... no quería estropearlo. Entró en la consulta de Armie, dispuesta a ir a las cuatro sesiones solo para decir que lo había intentado. Pero a esas alturas... Intentarlo le parecía una opción real. Dominic estaba dispuesto a hacerlo. Y cada día que pasaban separados tenía la impresión de descubrir cosas nuevas sobre él. Cosas que la llevaban a preguntarse si el antiguo Dominic estaba ahí, justo bajo la superficie. Así que sí. No quería hacer nada que pusiera en peligro los escasos progresos que habían conseguido.

—Me voy a...

—Como cortes la llamada, echaré la puerta de Bethany abajo para llegar tu lado, bombón —masculló Dominic, con esa faceta dominante que tan bien conocía asomando la cabecita—. Cuando te pones así de cachonda, siempre encuentro la manera de hacer que te corras. ¿Verdad?

—Sí —susurró ella con voz estrangulada, añadiendo la punta de un segundo dedo y frotándose el clítoris despacio con círculos delicados—. Sí.

—¿Quieres hablar, Rosie? Hablemos de los martes por la noche.

Oyó el golpe del cinturón al caer al suelo, el tintineo de la hebilla sobre la madera, y se mojó todavía más.

—A excepción de la semana pasada, esas noches llegas a casa y te vas directamente al dormitorio. Te desnudas hasta quedarte en tanga y finges que te has dejado la puerta abierta por error. Pero no es así. Sabes que te estoy mirando y que me empalmo. Dios.

Lo oyó soltar un juramento y supo que se estaba acariciando. Se imaginó esos nudillos tatuados subiendo y bajando por su duro miembro.

—Debería haber imaginado que algo iba mal cuando te quitaste los zapatos de tacón en la puerta. Siempre te los dejas puestos los martes por la noche, ¿no? Es lo último que desaparece antes de que te la meta, ¿a que sí?

Rosie se echó un vistazo y contempló su cuerpo en tensión, los pechos que se le salían del sujetador, las bragas que ocultaban sus dedos en movimiento, los zapatos negros de piel que cubrían sus pies.

—Los llevo puestos ahora mismo.

—¡Rosie! —exclamó Dominic, tras lo cual soltó un gemido ahogado, y ella oyó perfectamente que aumentaba el ritmo de sus caricias—. Si estuvieras aquí, ya te los habría quitado. No puedes dejártelos puestos cuando te lo meto, ¿verdad? Eres incapaz de dejar las piernas quietas cuando te estoy penetrando, y esos zapatos acaban en el suelo más rápido que el tanga.

Si había algo característico de su marido, era que no tenía ningún problema en soltar burradas en esos momentos. Cuando estaban así, perdía toda la sutileza, y de su boca solo salían barbaridades sexuales. Pero ella ansiaba ese lenguaje. Porque era una constante entre ellos. La obsesión de Dominic por su cuerpo era lo único con lo que podía contar al cien por cien. Pero esa noche... Esa noche, después de haber leído su carta y de haber hablado con él, ese lenguaje resultaba todavía más efectivo. La prueba estaba entre sus muslos. Deseó poder oler el leve aroma a tabaco que siempre lo acompañaba. Él parecía creer que la molestaba, pero en realidad le encantaba. Los latidos del corazón le atronaron los oídos, y levantó las caderas, arqueándolas y rotándolas mientras usaba toda esa humedad para acariciarse con los dedos el clítoris hinchado.

—Dominic —susurró, sintiendo que se tensaba y que el palpitante deseo que se extendía por sus entrañas aumentaba de repente—, quiero que te corras.

—¿Ah, sí? No lo tenía muy claro. —Lo oyó gemir y se mordió el labio, atenta al ruido que hacía su mano al acariciarse en la otra punta del pueblo y, al mismo tiempo, justo en su oído. También oyó el crujido de su cama, un sonido dolorosamente familiar—. Estoy en nuestra habitación, bombón. Arrodillado en tu lado de la cama. Te estoy imaginando delante de mí, bien abierta de piernas.

Rosie se puso boca abajo y gimió contra el colchón. Con aquella imagen erótica en la cabeza —Dominic acariciándose en la cama con ella tumbada delante—, apretó los dedos y empezó a mover las caderas y a frotarse hacia arriba y hacia atrás al mismo tiempo.

—Dominic, Dominic, por favor...

—Por favor, ¿qué?

—Córrete encima de mí —gimió—. Lléname entera.

Su gruñido casi le hizo daño en el tímpano.

—Ven a casa y lo haré. Te cubriré con todo lo que tengo, todo ese cuerpo increíble. Y en cuanto vuelva a estar empalmado, te daré media vuelta y los vecinos recordarán lo fuerte que puedes gritar.

Aunque sus palabras le advirtieron de que pusiera freno, Rosie no pudo contenerse. Hundió dos dedos en la empapada entrada de su cuerpo y gritó, moviéndose con frenesí contra su propia mano.

—Por favor, estoy a punto. Te quiero conmigo.

—No. Yo sí que te quiero conmigo —masculló él—. Te quiero en casa.

—¡Dominic!

Lo oyó soltar un gemido ronco.

—¿Me la chuparías con esos labios tan bonitos si estuvieras aquí, bombón?

Rosie sintió un estremecimiento de placer y aumentó el ritmo de sus caricias.

—Sí. Dios, sí.

—Sí, sé que lo harías, Rosie —dijo Dominic, con la respiración cada vez más jadeante—. Me la chuparías como si supieras que lo siguiente es que yo te coma. Siempre lo haces.

—Me corro —gimió contra el edredón—. No puedo parar.

La voz de Dominic destilaba frustración sexual cuando lo oyó decir:

—Yo no me correré hasta estar dentro de mi mujer.

El placer se abalanzó sobre ella antes de que pudiese siquiera asimilar esas palabras, y su sexo se contrajo en torno a sus dedos al tiempo que un orgasmo desgarrador la recorría de los pies a la cabeza. Por Dios. *Por Dios*. No podía respirar lo bastante rápido, pero al mismo tiempo sentía los pulmones a reventar. La respiración alterada de Dominic al otro lado de la línea hacía que siguiera frotándose contra los dedos para exprimir el clímax al máximo.

—Di mi nombre —le ordenó él.

—Dominic —consiguió decir, al tiempo que movía la cabeza a derecha e izquierda sobre el colchón—. Por favor. Por favor, no te contengas.

—¿Por qué no?

La idea de que se fuera a la cama insatisfecho le resultaba insoportable. De que se levantara por la mañana y fuera a trabajar sin haber encontrado el alivio.

—Es cruel para los dos.

—Adiós, Rosie. Nos vemos el lunes. —Inspiró bruscamente, y ella oyó cómo volvía a subirse la cremallera de los vaqueros—. Si quieres verme antes, ya sabes dónde vivimos. No te pondré un dedo encima hasta que estés preparada. Pero no voy a dejar que te acostumbres a esto. A vivir separados. Al sexo telefónico. Quiero que te quede claro que voy muy en serio cuando digo que quiero recuperarte. Ten por seguro que jugaré sucio para conseguir que vuelvas a cruzar esta puerta.

La llamada se cortó.

Rosie miró el móvil con la boca abierta durante un buen rato antes de desplomarse boca abajo sobre la cama, gritando sin abrir la boca. Su marido iba a por todas. Pero ella debía luchar para asegurarse de que cuando volvieran a conectar —si acaso lo hacían—, tuvieran las herramientas necesarias para triunfar. Aunque estaba muy enfadada con Dominic mientras se metía entre las sábanas, se descubrió deseando que llegara su próxima sesión de terapia. Deseaba verlo. Muchísimo.

10

Dominic estaba sentado al final del embarcadero, con la vista clavada en el agua. Salvo por el leve rumor de los motores de los barcos y la ligera brisa que agitaba los árboles a su alrededor, todo estaba en silencio. Muy en silencio. La falta de ruido fue lo que más lo atrajo la primera vez que visitó ese sitio. En la zona donde vivía con Rosie, había ruido procedente de la calle comercial más ajetreada de Port Jefferson, que estaba a media manzana de distancia. No era raro que oyese los cláxones de los coches mientras se duchaba.

Aunque allí no. ¿Cuántas veces se había imaginado a Rosie al final de ese embarcadero? Sentada descalza y rozando el agua con la punta de los pies, con una taza de café en la mano, sonriéndole por encima del hombro mientras se acercaba a ella. Cuando cerraba los ojos por la noche, pensaba en su silueta recortada contra el reflejo del atardecer en el agua mientras las luciérnagas revoloteaban alrededor de sus pantorrillas desnudas en verano.

Se volvió y miró la casa que se alzaba a su espalda en la ligera pendiente. Para alguien que se ganaba la vida remodelando casas, su quietud era casi una acusación. «¿Cuándo vas a ponerme guapa?», parecía preguntarle.

En verano. Tal vez entonces le contaría a Rosie lo de la casa.

Apretó tanto la mano alrededor de las llaves que se le clavaron en la piel. Como de costumbre —de un tiempo a esa parte—, cada vez que pensaba en enseñarle a Rosie la casa que había comprado hacía poco más de un año, el miedo de siempre lo asaltaba y le quemaba la garganta. ¿Había tomado la decisión correcta? Cuando volvió del ejército y empezó a ahorrar para comprar ese sitio, la clase de hogar del que siempre habían hablado mientras crecían, estaba segurísimo de que comprarlo haría feliz a Rosie.

Su confianza al respecto hacía mucho que había desaparecido. Cuando Stephen le dio las llaves un año antes, salió de una especie de neblina y pensó: «Dios, ya no sé si sigue queriendo esto».

«Ya no sé lo que quiere en realidad».

Había seguido los pasos de su padre y había comprado algo que le daría a Rosie seguridad, felicidad. Tal como su padre hizo por su propia familia. Pero en su caso, cuando por fin ahorró lo suficiente como para comprar la casa con vistas al agua, las dudas empezaron a desanimarlo. Rosie siempre había soñado con tener su propio restaurante. Él lo sabía, pero creyó que la casa era más importante. Sería el pilar sobre el que se asentarían. Un lugar para agrandar la familia.

Un lugar donde envejecer juntos. En el fondo, se preguntaba si le había dado más importancia a la casa para satisfacer sus propias necesidades.

Tendría que haberle dado lo que realmente anhelaba hacía un año, pero no lo había hecho.

Y ya no podía.

Se obligó a respirar con tranquilidad y empezó a andar de un lado para otro del embarcadero, con la vista clavada en la casa de una planta situada sobre la pequeña colina y flanqueada por pinos. El atardecer era su momento preferido del día para ir y empezar a hacer planes de reforma. Se le ocurrían ideas que después descartaba por no ser lo bastante buenas. Rosie querría un patio trasero con una pérgola. Un brasero de exterior. Cierta toque latino, claro, dado que era muy sentimental con lo relacionado con su madre. Y ya que tenía un álbum guardado en el armario con fotos de la casa en la que se crio su madre en Argentina, a lo mejor podía sacar alguna idea de allí...

Dejó la idea sin desarrollar y cedió al impulso de encenderse un cigarrillo, dándole una larga calada antes de sujetarlo entre los labios.

—Tienes que decírselo. —Era la voz de Stephen a su espalda, y cuando se dio media vuelta, vio a su jefe y amigo en el embarcadero—. «Oye, cariño, te he comprado una casa de ensueño». Problema resuelto. Adiós a la separación.

Dado que no era la primera vez que oía esas mismas palabras de boca de Stephen, meneó la cabeza.

—No solucionaría el problema. —Suspiró—. A estas alturas, puede que incluso lo empeorase. He esperado demasiado.

Su amigo era la única persona que conocía la existencia de la nueva casa, pero por necesidad. Cinco años antes, su idea era sorprender a Rosie con una casa. A tal efecto, comenzó a darle a Stephen un pequeño porcentaje de su sueldo cada semana, para que se lo guardase, hasta alcanzar su objetivo. No quería que ella echara en falta el dinero ni que se preocupase por todas las horas extra que estaba echando para compensar la cantidad que faltaba. Su intención era darle algo tangible. Algo que demostrara que nunca la decepcionaría.

Y que nunca olvidaría los objetivos que tenían juntos.

Sin embargo, su afán de convertirse en un héroe en la sombra tal vez hubiera estropeado la oportunidad de Rosie de conseguir su propio objetivo.

—¿Por qué esperas para contárselo? —Stephen se apoyó en el poste que había frente a él—. A ver, sé que quieres que esté perfecta para traerla. Pero no acabas de decidirme y sigues sin hacer nada. Ya he hecho nueve planos distintos.

Dominic sintió el peso de una sensación incomodísima en el estómago. Uno con el que había aprendido a vivir. Apareció mientras estaba desplegado en el extranjero con el ejército y desde entonces no lo abandonaba. Había conocido a muchísimos soldados durante sus años de servicio con planes de futuro mucho más ambiciosos que los suyos. Y con dinero para convertirlos en

realidad. Habían dejado a sus novias con enormes pedruscos en los dedos —no un diamante pequeño y sencillo— antes de marcharse. Habían pasado fines de semana con sus suegros y ya tenían planes para emprender en el campo de la tecnología o para dirigir la empresa familiar. Mientras que él... no tenía nada que ofrecer. Solo a sí mismo.

La dedicación al trabajo de su padre había bastado en otra época, pero cuanto más trabajaba él, más le parecía que los resultados no estaban a la altura de su mujer. Incluida la casa.

Sobre todo en ese momento, cuando empezaba a ser evidente que el restaurante la habría hecho más feliz.

Le dio otra larga calada al cigarro y soltó el humo hacia el cielo, como si fuera una chimenea. Cuando pusieron en venta la casa, con un precio muy bajo para quitársela rápido de encima, se lanzó de cabeza y le pidió a Stephen el dinero que había estado guardando. Aún recordaba el momento de rellenar el cheque y entregárselo a la agente inmobiliaria mientras pensaba: «No voy a dejar que nuestro motor se pare».

Aunque lo había hecho. Lo había hecho, joder.

Muy consciente del escrutinio de Stephen, clavó de nuevo la mirada en el agua... y dejó que la decepción lo inundara. Esos hombres con los que había servido en los marines que no volvieron a casa... ¿qué habrían hecho con ese tiempo? ¿Con los últimos cinco años? Seguramente no habrían comprado una casa y se lo habrían ocultado a su mujer por miedo a que no fuera la adecuada. La casa que la hiciera feliz.

El recuerdo de Rosie al final de la escalera mecánica en el aeropuerto lo asaltó e hizo que tragara saliva con fuerza. Cuanto más se acercaba a ella, más sentía el peso de esos futuros extinguidos sobre los hombros, más sentía lo poco preparado que estaba para ponerlos en valor. Nada había cambiado desde entonces, ¿verdad? En ese momento, era muy posible que hubiera esperado demasiado para hacer que todos los días de esa vida con Rosie fueran valiosos.

—¿Estás preparado para elegir planos? Ahora que llega el invierno y el trabajo disminuye, podríamos hacer muchas cosas en el interior... —le preguntó Stephen.

Dominic tenía en la punta de la lengua decirle: «Sí, el cuarto plano que dibujaste, con el suelo de baldosas de estilo español y las puertas anchas y arqueadas. Es lo que le va a mi mujer. A ella le encantaría».

En cambio, aplastó la colilla con la puntera de la bota, le echó una última mirada a la casa y regresó a la camioneta.

—Todavía no.

Rosie presionó con un dedo el centro de sus galletas y decidió que ya se habían enfriado lo suficiente. Le quitó el film de cocina a los dos cuencos que tenían mermelada casera de arándanos y a otro que tenía dulce de leche recién hecho. Les había añadido un poquito de ralladura de limón a sus alfajores argentinos en un intento por darle un toque personal a la receta

de su madre. A juzgar por los suspiros de placer que le llegaban desde el salón, habían salido a pedir de boca. Le faltaban manos para sacarlos del horno, enfriarlos y decorarlos con cobertura casera.

—¡Empecemos, señoras! —exclamó Bethany al tiempo que daba una palmada en el centro del grupo de mujeres.

Las reuniones de la Liga de las Mujeres Extraordinarias seguían creciendo en tamaño cada vez que se convocaban. Algunas de las nuevas integrantes no vivían en Port Jefferson, sino que llegaban en coche desde pueblos cercanos. Dado que Rosie se encargaba de la mayor parte de la comida con sumo gusto —y también de la repostería a esas alturas— para las reuniones, Georgie había tenido la amabilidad de empezar a recaudar fondos semanales para comprar los ingredientes que necesitaba.

Rosie estaba disfrutando de cada segundo. Elegir con cuidado las carnes más frescas para sus empanadas, añadir su toque personal al clásico chimichurri, probar nuevas recetas en la cocina de Bethany. Era un grupo de prueba semanal para sus habilidades, y esa noche... Sí, esa noche se sentía un pelín más cerca de poner un pie en el restaurante vacío al lado de Main Street. Al principio, había pensado en algo modesto. Un puesto de empanadas argentinas en un local. Un mostrador donde la gente pudiera llevarse las empanadas de carne ya listas para comer; pero cuantos más platos argentinos hacía y perfeccionaba, más se expandía y se reconvertía su sueño.

—¿A quién le ha pasado algo bueno esta semana? —le preguntó Bethany a su encandilada audiencia, que no dejaba de beber vino, con una sonrisa en su bonita cara. Tenía un rotulador delante de la pizarra blanca que había colocado... o la «Pizarra del Optimismo», como habían empezado a llamarla todas—. ¿A alguna?

—Conseguí un buen precio para que me cambiaran los frenos de mi Chevy —contestó una de las mujeres—. El mecánico intentó estafarme. Una vez que le puse las cosas claras, se dejó de tonterías.

Bethany escribió «frenos» con letra de caligrafía en la Pizarra del Optimismo.

—Esto... Mmm... Un nuevo puesto en mi trabajo —contestó otra mujer que casi nunca hablaba. Cuando vio que todas se volvían para mirarla, intentó encogerse en el mullido sofá blanco de Bethany—. Me han ascendido. Estáis viendo a la nueva directora de préstamos del Town and Center Bank.

—¡Joder! Es alucinante. —Bethany bailoteó mientras las demás aplaudían—. Enhorabuena. ¿Pediste el ascenso o ha sido una sorpresa?

—Lo pedí. —La agente de préstamos se irguió un poco más, animada por el hecho de que todas le dieran palmaditas en los hombros—. No quiero ponerme sensiblera, pero no creo que lo hubiera hecho de no ser por este club.

Rosie sonrió mientras pasaba los alfajores a una bandeja y los llevaba al salón. Dejó la bandeja en la mesa del sofá y se echó a reír cuando Georgie tiró de ella para sentarla en un hueco. Su

payaso particular estaba un pelín achispada esa noche, pero era un encanto. Un poco antes había recibido a las nuevas haciendo malabares en el porche hasta que Bethany la metió para que no se resfriara.

—Hueles bien —le dijo con un suspiro al tiempo que le apoyaba la cabeza en el hombro—. Te quiero.

—Eso se lo dices a todas.

—Pero solo te lo digo en serio a ti, nena —replicó Georgie.

Rosie apretó los labios para no sonreír.

—¿Estás celebrando algo con tus seis margaritas?

—No. Sí. —Georgie hipó—. Esto..., solo necesitaba beber un poco para armarme de valor.

—¿Qué tal si compartís la conversación con las demás, guapas? —preguntó Bethany fingiendo que estaba molesta y haciendo que todas se echaran a reír por la falsa reprimenda.

—Supongo que es ahora o nunca. Tengo algo que compartir. —Georgie levantó la mano, pero luego pareció darse cuenta de que era con la que sostenía la copa de margarita con hielo y la bajó—. Travis y yo hemos elegido dónde celebrar la boda.

—¿Qué? —A Bethany se le cayó el rotulador y no se molestó en agacharse a por él—. Perdona, Georgette Castle, pero ¿por qué no me has llevado contigo como asesora?

—No me apetecía tener que hacer de árbitro. Le habrías llevado la contraria a Travis en todo solo para irritarlo.

Bethany le quitó importancia a esas palabras.

—Por favor... Ya he dejado de meterme tanto con él. —Dejó caer los hombros—. Cuesta odiar al hombre que te pidió matrimonio en vivo y en directo.

—Con un grupo de adolescentes embobados detrás —añadió Rosie al tiempo que le daba unas palmaditas a Georgie en el hombro—. Sabe cómo hacer las cosas.

—Y tanto que sí, Ro. Y siento haberte estropeado la diversión, Bethany —añadió Georgie, tras lo cual bebió un buen sorbo—. Pero nos hemos decidido por el Oheka Castle...

Se oyó un coro de jadeos.

—... y por una temática bastante inusual. Se llama «famoso jugador de béisbol convertido en famoso comentarista se casa con el payaso local y todo el mundo cree que está loco». ¿O está ya muy trillado?

Al percatarse de que la salida de tono de Georgie tenía un significado más profundo, Rosie miró a Bethany y se dio cuenta de que ella también estaba preocupada. De hecho, el silencio reinante indicaba que todas estaban preocupadas. Habían sido testigos del enamoramiento de Georgie y Travis, y también lo habían visto declararse durante una de las reuniones de la Liga de las Mujeres Extraordinarias. Todas estaban involucradas.

—Es que me estoy poniendo de los nervios —explicó Georgie mientras miraba a las presentes con los ojos como platos—. Mientras mirábamos iglesias, no dejaba de pensar en que todo el

mundo va a estar mirando y... comparándome con sus ex. Y en que yo nunca he salido con nadie más porque era, a ver, un adefesio.

Rosie le rodeó los hombros con un brazo.

—Es normal estar nerviosa. Todo el mundo se pone nervioso cuando va a dar un paso importante —le aseguró al tiempo que le daba un apretón—. Menos Travis. Travis se habría casado contigo seis veces a estas alturas, porque está enamorado de ti hasta las trancas.

Georgie hizo ademán de replicar, pero la puerta principal se abrió de par en par y el sujeto de la conversación apareció en el vano, con todo su esplendoroso metro ochenta de atlético exjugador de béisbol.

—¡Intruso! —gritó alguien.

Travis no hizo el menor caso.

—¿Dónde está mi chica?

Todas señalaron a Georgie, que se había dado media vuelta en el sofá para mirar a su novio.

—Ah, hola, Travis. ¿Qué haces aquí?

El aludido entrecerró los ojos y se sacó el móvil del bolsillo trasero de los pantalones para sostenerlo en alto.

—Estás muy rara en los mensajes.

—¡Qué va! —protestó Georgie—. Rara ¿en qué sentido?

—Te he preguntado qué helado quieres que compre en la tienda y me has contestado... —Miró el móvil y leyó de la pantalla—. «¿Y si elegimos ahora un sabor y queremos algo totalmente distinto más adelante? Es demasiado arriesgado elegir uno solo. La vainilla está genial a veces, pero ¿y si la gente espera verte con chocolate con tropezones? Se preguntarán si te arrepientes y ya será demasiado tarde para dejar plantada a la vainilla. Las coberturas no cuentan». —Bajó el móvil y miró a Georgie con una ceja levantada—. Y luego me has mandado un GIF de un gato lamiendo helado y dándole dolor de cabeza.

Georgie apretó los labios.

—Sigo esperando la parte que te parece rara.

—Muy bien, escúchame. —Travis echó a andar hacia el sofá, y las mujeres se apartaron de su camino. Rosie se movió un poco para hacerle sitio pensando que querría sentarse junto a su novia, pero él se arrodilló a los pies de Georgie y la tomó de las manos—. Hoy ha sido el mejor día de mi vida. Ver el lugar donde voy a casarme contigo. Hablar del tema hizo que fuera real, ¿sabes? —Se llevó las manos de Georgie a la boca—. No te echas atrás ahora, chiquitina. Por favor. Ya me acojonaba que estuvieras cometiendo un error al elegirme, pero conseguiste hacerme creer que te merezco. Ahora te exijo que no reniegues de esa decisión. —Soltó el aire de golpe—. Es que necesito de verdad que sigas creyendo que no soy un error.

—¿Có-cómo has podido creer que voy a echarme atrás por eso? —Georgie meneó la cabeza despacio—. Es que... el sitio que hemos elegido... es enorme. Demasiado —añadió—. Eres

famoso y todos te conocen, y el sitio donde nos casemos debería reflejarlo, ¿no? Pero parece demasiado espectacular y elegante comparado conmigo, y me preguntaba si a lo mejor es lo que quieres...

—Por Dios. A ver... —Le soltó las manos y dejó caer la cabeza en su regazo sin más—. En primer lugar, Georgie, me casaría contigo en un puto cobertizo. Puedo ofrecerte una boda espectacular y elegante, así que creí que debería hacerlo. Pero si no quieres eso, nos casaremos en el patio trasero de la casa de tus padres o...

—¿De verdad?

—Sí. —Travis levantó la cabeza y la miró fijamente a la cara—. ¿Lo he arreglado? Por favor, dime que ha sido así de fácil. Solo quiero casarme contigo sea como sea.

—Por Dios. —Bethany gimió con gesto dramático al otro lado del salón—. Has pasado de tolerable a adorable. Ahora tengo que repensar todas mis creencias.

—Lo has arreglado —confirmó Georgie con una trémula carcajada—. Siento mucho lo del gato. Me había tomado ya como cinco margaritas. Te quiero con locura.

Travis le rodeó el cuello con una mano y tiró de ella para besarla. Empezó como un besito inocente. De verdad. Pero Rosie tosió contra un puño y tuvo que apartar la mirada cuando vio que Travis le metía la lengua en la boca y que Georgie lo aferraba del cuello y tiraba de él. Eso hizo que recordara a Dominic y las veces que usaba las caricias y las palabras para tranquilizarla cuando se agobiaba. O viceversa. El recuerdo le provocó un agujero en el estómago por el anhelo. Tal vez la culpa la tuviera el tequila que le corría por las venas, pero deseó sentir la boca de su marido contra la suya, apoderándose de ella, entregándose.

—Tarda lo que quieras. Te espero en el coche —le susurró Travis a Georgie, aunque lo bastante alto como para que se oyera en el salón, que estaba más en silencio que una tumba, antes de rozarle la nariz con la suya—. Ay, chiquitina, espera a que te tenga en casa esta noche y verás.

Nadie habló durante un minuto después de que Travis se fuera, pero varias mujeres se abanicaron y al menos la mitad se rellenaron la copa de vino..., hasta el borde.

—En fin —dijo Rosie, que carraspeó para quitarse el nudo de la garganta—, ahora tenemos que hablar de sexo sí o sí.

—Secundo la moción. —Bethany suspiró y por fin se agachó a por el rotulador que había dejado caer, tras lo cual lo colocó en la bandeja plateada de la Pizarra del Optimismo—. Todas estamos pensando en eso.

—Pero no todas podemos hacerlo, claro. —Las palabras abandonaron la boca de Rosie antes de haberlas pensado siquiera. Notó que se le acaloraba el cuello y las mejillas mientras todas las cabezas se volvían hacia ella... y no le quedaba más remedio que explicarse—. Dominic y yo vamos a terapia de pareja y nos han puesto deberes. Y reglas. Una de ellas es que nada de sexo.

—Esta es la mejor reunión de todas —susurró alguien en la parte externa del grupo.

—A ver si me aclaro —dijo una de las mujeres de más edad al tiempo que se adelantaba—. Sois tan activos en la cama que necesitáis una regla prohibiendo el sexo... ¿y aun así necesitáis ir a terapia?

Rosie se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Es complicado.

—Me lo supongo.

Georgie le ofreció su margarita, y Rosie se bebió la mitad antes de devolvérselo.

—Me escribió una carta —siguió y sonrió cuando Bethany escribió «carta de amor» en la pizarra con una floritura del rotulador—. Me contó un viejo recuerdo. Nuestro. Y yo..., no sé, en cierto modo eso hizo que me reencontrara conmigo misma. Hoy me siento como la Rosie de siempre, aunque las cosas no sean perfectas.

—¿Y qué quiere Rosie? —Bethany abarcó la estancia con un brazo—. Porque por eso se fundó el club, ¿verdad? Para perseguir lo que queremos.

—Quiero concertar una cita con la agencia inmobiliaria —susurró—. Para ver el restaurante de Cove Street.

—¿La antigua cafetería?

Rosie asintió con la cabeza.

Pasó un segundo.

—Pues vamos a llamar —dijo Georgie al tiempo que se inclinaba hacia delante, aún colorada por el beso de Travis—. No hay mejor momento para dar el salto que cuando estás rodeada de tantos apoyos. Que alguien traiga el móvil de Rosie. Lo tiene cargando al lado de la cafetera. —Dio un brinco en el sofá y golpeó a Rosie con la cadera—. ¡Restaurante! ¡Restaurante!

Todas empezaron a corear la palabra, pero se callaron mientras ella marcaba el número que había guardado en el teléfono hacía un mes. Con el corazón a mil por hora... y cuando iba por el tercer tono, tuvo la acuciante sensación de que le faltaba algo. No, algo no. Alguien. Estaba en una habitación llena de personas a las que apreciaba en gran medida, pero necesitaba a alguien en concreto que la tomara de la mano. Así que, aunque quería estar emocionada mientras concertaba la cita para la visita y todas vitoreaban, siguió experimentando la sensación de que le faltaba algo.

Alguien se acercó y le colocó una mano en el hombro, sacándola de golpe de sus pensamientos.

—¡Estas galletas son alucinantes, Rosie!

—Son alfajores argentinos... y gracias. —Desesperada por cualquier cosa que la distrajera del mal presentimiento que tenía en las entrañas, se puso en pie de un salto y escapó del salón—. Voy a... Esto... A preparar otra hornada.

11

Cuando Dominic llegó a su segunda sesión de terapia, Rosie ya estaba dentro de la consulta, con la piel iluminada por el brillo de una lámpara de lava morada. Ese día había sido especialmente sucio en el trabajo, de modo que se había arriesgado a pasarse por casa para darse una ducha rápida y cambiarse de ropa, pero por desgracia esa decisión había hecho que llegara tres minutos tarde. La miró detenidamente a la cara nada más entrar en la consulta de Armie, sorprendido al ver que parecía aliviada de que se hubiera presentado. ¿De verdad creía que iba a echarse atrás?

Cada día que pasaba estaba más decidido a arreglar lo que estaba roto, fuera como fuese. La otra noche, cuando su nombre apareció en la pantalla del móvil, el mundo se puso en movimiento de nuevo a su alrededor. Lo mismo que en ese momento. Estar cerca de su mujer calmaba el caos que le corría por las venas y lo volvía loco de lujuria, todo a la vez. Sabía muy bien que estaban en terapia para hablar, pero que se lo dijeran a su exceso de testosterona. Llevaba al borde de la locura desde que consiguió que Rosie se corriera por teléfono, y cerraba los ojos mientras intentaba recordar su sabor en los momentos más extraños. Como esa tarde, durante una inspección de cimientos.

«Céntrate».

—Estaba hasta arriba de lechada —masculló al tiempo que se sentaba a su lado en el suelo, entre los cojines del refugio hecho con mantas, incapaz de apartar los ojos de ella. Dios, siempre estaba para comérsela, pero después de llevar unos días separados... Las voluptuosas y sinuosas curvas de su cuerpo lo enloquecían. Cachondo del todo, la miró entre los muslos, siguió subiendo por su abdomen y llegó hasta las tetas, donde se detuvo embobado—. No quería aparecer sucio.

—Pues quién lo diría —susurró ella, que lo miró con los ojos como platos—. Dominic.

Con un gemido ronco, se volvió para mirar a Armie, que los observaba sonriente sin cortarse un pelo.

—Ya veo que os habéis tomado las reglas en serio.

Dominic apretó los dientes mientras cruzaba los brazos por delante del pecho y se reclinaba junto a Rosie. Tal vez hubiera empezado a ver con buenos ojos esas sesiones, sobre todo después de enterarse de lo mucho que le gustó su carta a Rosie, pero eso no quería decir que hubiera dejado de desear estar a solas con ellas. Su mujer necesitaba palabras. Eso lo entendía por fin e iba a esforzarse. ¿Qué más tenían que solucionar?

Armie dio una palmada.

—Risas. Todos las necesitamos. —Los miró a ambos con expresión pensativa—. Dominic, durante nuestra primera sesión pareciste casi sorprendido cuando Rosie se rio, lo que me indica que ha pasado tiempo desde que compartiste tu sentido del humor con ella. —El terapeuta miró a Rosie con una ceja levantada—. ¿Estoy en lo cierto?

Ella agachó la cabeza, pero asintió y lo miró a él con una expresión casi de disculpa.

Dominic sintió un nudo en el estómago.

—¿Antes reíais juntos?

—A todas horas —susurró Rosie—. No paraba de hacerme pedorretas en el cuello, ya sabes, lo de soplar y hacer un ruido...

—¿De cuesco? —terminó Armie por ella.

A Rosie se le escapó un sonido a caballo entre una carcajada y un resoplido.

—Sí. O me contaba anécdotas de sus padres. O por teléfono, me hablaba de los hombres con los que servía y sus costumbres. —Se le suavizó la mirada—. Cuando estábamos en el instituto, hacía caricaturas de los profesores que menos nos gustaban hundiéndose en arenas movedizas o perseguidos por una cabra que luego me dejaba en la taquilla. Sí. Nos reíamos a todas horas.

—¿Qué me dices tú, Dominic? ¿Rosie te hacía reír?

—Pues claro —contestó, mirándola a los ojos durante un momento que le resultó demasiado breve—. Imita muy bien a los Minion. Ya sabes, ¿los monigotes amarillos de las pelis de *Gru: Mi villano favorito*? —Le temblaron los labios por la risa contenida—. Creo que eso era lo que más me gustaba. Ponía esa voz cuando estaba teniendo un día asqueroso.

Atisbó una sonrisilla melancólica en labios de Rosie, y el corazón le dio un vuelco. Le ardía la mano por el deseo de tocarla y recorrer con el pulgar la curva de su boca, pero Armie lo distrajo al sacar de detrás de la espalda una enorme bolsa de malvaviscos que agitó en el aire.

—¿A quién le apetece jugar a Chubby Bunny?

Rosie silbó con ganas.

—Esto sí que no me lo esperaba.

—Escuchadme primero. —Armie abrió la bolsa y se metió uno de los malvaviscos extragrandes en la boca antes de seguir hablando—. Acumulamos resentimiento hacia nuestros seres queridos. A veces, ni siquiera somos conscientes de que lo hacemos. Pero al final crece tanto que nos impide recordar lo que más nos gustaba de nuestra pareja. A lo mejor un miembro de la pareja, o los dos, ya no quiere darle la satisfacción de ofrecerle su risa y la otra persona deja de intentarlo. Y la risa muere. —Le ofreció la bolsa a Rosie, una decisión correcta, ya que él se la habría devuelto de inmediato—. Podemos arreglarlo riéndonos nosotros mismos. Si dejamos de tomarnos tan en serio un momento, nuestra pareja puede hacer lo mismo. La risa conlleva relajación y aceptación. Es el antídoto contra el resentimiento.

Dominic no pensaba mentir. Tenía muchísimas reservas con la terapia... y con ese terapeuta en particular. En otra época, se habría llenado los carrillos de malvaviscos para hacer reír a Rosie,

pero la idea de hacerlo en ese momento, delante de alguien que prácticamente era un desconocido, lo incomodaba tanto que no le hacía ni pizca de gracia. Además, ese ejercicio parecía... inadecuado. No quería dar pasitos pequeños, quería recuperarla. Quería arreglarlo todo ya.

—Rosie, me doy cuenta de que tu marido está un poco reticente, algo que me sorprende mucho. ¿Por qué no empiezas tú?

Ella soltó el aire despacio.

—Así que... ¿me los meto en los carrillos y ya?

—Y hablas como un Minion. Sí.

Rosie lo miró con los malvaviscos en la mano y los ojos como platos.

—Como se te ocurra decir «Te lo dije», te los meteré en otro sitio.

Dominic se llevó un puño a la boca para que no se le escapara una carcajada. Joder, le encantaba que demostrara su genio así. El brillo de sus ojos lo excitaba.

—No me atrevería.

Rosie soltó un gruñido escéptico y miró las bolitas blancas azucaradas. Se cuadró de hombros y se sentó más derecha, tras lo cual empezó a metérselos en la boca, uno a uno. Después lo miró con un gesto orgulloso de la barbilla y dijo:

—Banana.

La primera carcajada se le escapó como el helio de un globo pinchado. Acabó con los ojos llenos de lágrimas por la risa y dolor de garganta. Y mientras se reía, sucedió algo increíble: Rosie se unió a sus carcajadas, con los carrillos inflados, ridícula y maravillosa a la vez.

—Dominic —dijo Armie con un deje guasón en la voz—, ¿te gustaría intentarlo?

Sus carcajadas se transformaron en un gemido. Aunque no podía dejarla tirada. Miró a su mujer mientras meneaba la cabeza, aceptó la bolsa y se metió seis malvaviscos en total en los carrillos.

—Doctor Nefario —dijo con su mejor imitación de Gru, aunque su acento alemán le salió tan mal que bien podría estar hablando contra un cojín—, prepare el torpedo.

Las palabras con la letra «p» fueron una mala idea.

Apenas consiguió taparse la boca a tiempo para bloquear la saliva, y Rosie echó la cabeza hacia atrás mientras se echaba a reír con ganas. Era posible que Armie soltara una queda carcajada también, pero estaba demasiado absorto en la imagen de la risa de su mujer como para confirmarlo.

Por Dios, estaba preciosa cuando era feliz. Y él había conseguido que lo fuera jugando a Chubby Bunny. No dándole su sueldo. Ni trabajando horas extra. Solo siendo él mismo. O, mejor dicho, siendo quien era cuando se enamoraron. El chico que no tenía nada que ofrecer.

Seguía dándole vueltas a lo que eso significaba cuando Armie interrumpió sus pensamientos.

—Hablemos de los deberes de Dominic. —Asintió con la cabeza en su dirección al tiempo que

unía las yemas de los dedos de ambas manos—. ¿Le escribiste la carta, Dominic?

—Sí. —Puso los ojos en blanco al darse cuenta de que todavía tenía los malvaviscos en la boca, y tuvieron que esperar a que masticara y se los tragase, mientras Rosie hacía lo mismo con un brillo guasón en esos preciosos ojos—. Parece que le gustó.

—Me encantó.

Dominic mantuvo la expresión impasible, pero esas palabras lo dejaron sin aliento, como si acabara de terminar una carrera.

Armie los miró a ambos con una sonrisa.

—¿Qué te dijo?

—Escribió sobre el baile de bienvenida de nuestro último año en el instituto, pero... también de mucho más. Estaba llena de detalles y yo... —Se detuvo mientras retorció los dedos en el bajo de la falda de lana blanca y negra, una de las que a él más le gustaban, porque parecía mantenerla abrigada—. Capté en sus palabras lo que sentía por mí. Como si... No sé. Como si se desviviera por mí. Recuerdo que antes yo también me sentía así.

—¿Antes? —Dominic se volvió para mirarla con seriedad mientras esas palabras rebotaban en la cabeza como balas—. Rosie, ¿crees que ya no me desvivo por ti?

—Últimamente no lo dudo —susurró ella—. Todos esos detalles que he descubierto que tienes conmigo sin que yo me entere... —Se humedeció los labios—. La última vez que estuvimos aquí, descubrí que demuestras tu aprecio con hechos, y ahora que sé lo que hacías... Sí, empiezo a sentir que todavía te desvives por mí. Pero fueron las palabras más que otra cosa. Me gustó muchísimo leerlas.

—Te escribiré más si vuelves a casa.

Rosie suspiró.

—Y otra vez la burra al trigo —le dijo ella a Armie—. ¿Te importa decirle la razón por la cual no puedo volver todavía?

—Lo tienes ahí sentado —replicó Armie con paciencia—. Díselo tú.

—Ya lo he hecho.

Armie los miró fijamente.

—Volvamos al tema. Quiero explorar lo que has dicho sobre los detalles que Dominic tiene contigo a tus espaldas. ¿A qué te referías?

—Pues, por ejemplo, a que llevó a hurtadillas mi abrigo a la casa donde me estoy quedando. La noche que me dejó la carta en el parabrisas, descubrí que le ha estado pagando al vigilante de seguridad del aparcamiento a escondidas para que me proteja.

—Interesante. —Armie tamborileó los dedos contra sus labios—. Dominic, estás aquí para responsabilizarte de tu papel en esta relación. Para eso hace falta mucho valor. ¿Por qué no responsabilizarte tanto de lo bueno como de lo malo?

La pregunta hizo que se le abriera un boquete en el estómago.

—Empiezo a cansarme de que todo el mundo me diga lo mismo.

—No me pareces cansado. Espero que no te moleste que lo diga, pero pareces irritado.

—Porque no es nada. Llevarle un abrigo o pagarle a un vigilante de seguridad no es nada —replicó, alzando la voz más de lo que pretendía—. Siempre puedo hacerlo mejor. Alguien podría hacerlo mejor.

—Ah.

—¿Cómo que «Ah»? ¿Eso qué quiere decir? —preguntó y se dio cuenta de que Rosie lo miraba fijamente con el ceño fruncido, de modo que cerró la boca y repasó lo que acababa de decir en busca de una forma de quitarle hierro. Pero no se le ocurría nada con todo el ruido estático que tenía en la cabeza. Era como si dos cables pelados se hubieran tocado por accidente —. ¿Podemos cambiar de tema? —preguntó, incómodo por la repercusión que había tenido su admisión de inseguridad. ¿Por qué había abierto la boca? Rosie necesitaba a un hombre fuerte. Mental y físicamente. No a uno preocupado—. Quiero saber lo que pasa con mi mujer.

Armie cruzó las piernas.

—¿En qué sentido?

—En todos los sentidos. Antes dormía a mi lado. Sabía qué día había tenido por el pijama que se ponía. De seda en los días buenos; camisetas holgadas los días malos. Cuando estaba de descanso, ponía música y bailaba al son de la emisora de salsa mientras preparaba el desayuno. Eso ha desaparecido. Cuando entraba en el cuarto de baño por la mañana, olía a coco, y ya no huele a nada. Solo quiero saber cómo pasa los días y las noches. ¿A nadie le parece razonable? Es mi mujer. —Se produjo un breve silencio durante el cual solo fue consciente del pulso que le atronaba los oídos.

—Rosie, ¿te ves capaz de reconocer que la separación está siendo dura para Dominic?

—Sí —susurró ella, que parecía sorprendida—, lo reconozco.

Dominic era incapaz de mirarla después de haber demostrado estar tan hecho polvo.

—Dime qué has estado haciendo, Rosie.

La oyó tragar saliva.

—Básicamente he estado trabajando y luego de vuelta a casa de Bethany. El sábado por la noche tuvimos una reunión de la Liga de las Mujeres Extraordinarias y yo... Bueno..., concerté una cita para ver un local comercial. La antigua cafetería de Cove Street.

Eso hizo que Dominic la mirase de repente. Ella se movía a la velocidad de la luz, y él tenía los pies metidos en hormigón que se iba secando mientras la veía salir disparada hacia la atmósfera. Se había concentrado durante mucho tiempo en mantenerla feliz y contenta..., pero había acabado haciendo justo lo contrario. En ese momento, estaba intentando alcanzar sus objetivos por sí sola. ¿Era un egoísta por querer ayudarla a conseguirlos? ¿O solo conseguiría arruinarlo de nuevo? Eso sí que no lo soportaría.

—¿Un local comercial para el restaurante?

Ella encogió un hombro.

—Solo es una cita.

Armie carraspeó.

—Entiendo que quieres abrir tu propio restaurante, ¿no es así, Rosie? —Esperó a que ella asintiera con la cabeza para continuar—: ¿Y qué relevancia tiene que hayas concertado la cita para ver el local esta semana?

—Lo he estado retrasando —contestó ella con voz entrecortada.

—¿Por qué?

—No lo sé. Yo... —Miró a Dominic antes de agachar la cabeza—. Es que no estaba segura de poder dirigir mi propio restaurante.

—¿Qué ha hecho que eso cambie?

—Creía que era por el club. Por el apoyo de las mujeres..., y creo que tiene mucho que ver en mi subidón de confianza, pero no me sentí preparada para dar el salto hasta recibir la carta de Dominic.

—Antes has dicho que la carta de Dominic hizo que te sintieras más como tú misma. La Rosie que quieres ser, la que eras antes. —Se quedó callado un momento—. El éxito es tuyo, Rosie. Has hecho algo muy valiente. Pero un matrimonio consiste en apoyarse mutuamente. ¿Estás dispuesta a admitir que la carta de Dominic, y su apoyo, tal vez te haya dado un empujoncito hacia tu objetivo?

Dominic sintió la tensión en la nuca.

—No hace falta que lo haga.

—Quiero hacerlo. —Rosie le miró la mano un segundo antes de cubrírse la con la suya—. Tu carta me ayudó. Gracias.

La satisfacción le inundó los pulmones, y tardó un buen rato en poder respirar con normalidad.

—Muy bien —repuso con voz ronca.

—Y, Dominic —siguió Armie—, ¿estás dispuesto a reconocer que Rosie necesita palabras y que son de vital importancia para ella y, por tanto, fundamentales a la hora de que este matrimonio funcione?

—Sí —contestó con un hilo de voz.

—Bien hecho, Equipo Vega. —Armie asintió con la cabeza, y fue como si los tres dejaran escapar un largo suspiro.

Por descabellado que pareciera, Dominic sintió un cambio en el ambiente, como si algo se hubiera despejado.

—Es hora de vuestros siguientes deberes. —El terapeuta les guiñó un ojo—. Seguimos sin sexo. Lo siento, chicos. Pero os voy a dar algo que es casi igual de bueno. —Dio una palmada—. La madre naturaleza.

12

El sol descendía por el horizonte mientras Rosie y Dominic recorrían a pie el camino hacia el parque natural. Dominic creía que la terapia había alcanzado el máximo esplendor en cuanto a rareza con el juego de Chubby Bunny y las voces de los Minion, pero se había equivocado. Ese día la tarea impuesta consistía en montar un campamento —juntos— como forma de aprender a trabajar en equipo. Y aunque no le importaba en lo más mínimo pasar tiempo con Rosie, debía admitir que empezaba a impacientarse por solucionar sus problemas. Cada segundo que pasaba significaba echarla más de menos, y ese ejercicio le parecía una absoluta pérdida de tiempo cuando podrían estar trasladando sus cosas de nuevo a casa, donde estaba su sitio.

—Me parece que ahora es el mejor momento para recordarte que tú elegiste al terapeuta.

Rosie levantó la barbilla y lo miró echando chispas con los ojos entrecerrados, haciendo que se le tensara el estómago más que una losa de hormigón. En otra época, se refería a esa mirada como el «Láser de la Muerte». Significaba que ella no estaba de humor para aguantar sus tonterías y que le convenía andarse con más cuidado que un hombre con un cincuenta de pie atravesando un campo de minas.

Hacía mucho que no le daba motivos para mirarlo con el Láser de la Muerte, y eso no le gustaba ni un pelo. Debería haber pasión entre ellos. Deberían cabrearse con el otro de vez en cuando, ¿no? Porque después, a la hora de las paces, se sentía mucho más agradecido de tenerla. La discusión que mantuvieron la noche que lo dejó fue la primera en mucho tiempo.

El recordatorio hizo que apretara los dientes mientras se colgaba mejor las bolsas con las que cargaba y apretara el paso, alcanzando a Rosie cuando entraba en el parque natural. Tal vez ese fuera un buen momento para recordarle el fuego que ardía entre ellos..., y no se refería el infierno de tensión sexual que nunca desaparecía. ¿Quedaba algo por lo que luchar entre dos personas incapaces de desplegar la emoción suficiente como para tener una pelea? No se lo parecía.

Compartían muchas cosas, y eso no había cambiado. Pero las habían ocultado. Así que debía recordárselas.

—¿Esta técnica terapéutica estaba en las opiniones de Yelp?

Ella se dio una palmada en el brazo para matar un mosquito.

—¿A qué técnica te refieres?

—La de pagarle a un terapeuta para que nos mande deberes manuales. —La miró con una ceja

levantada—. A lo mejor no bajaste lo suficiente por la página de opiniones.

—Bajé hasta el fondo. —Llegaron a un claro, y ella se dio media vuelta—. ¿Estás buscando pelea?

Tal vez.

—No. —Dejó caer la bolsa de lona en la que llevaba las piquetas de la tienda—. Pero hemos tenido unas cuantas buenas, ¿verdad? ¿Recuerdas la fase romántica que pasaste cuando teníamos diecisiete años y no dejabas de leer aquellos libros de vampiros y hombres lobo?

—Pues claro que me acuerdo. —Rosie echó un vistazo por la zona—. Y la verdad es que he estado pensando en releer...

—Dios, no, por favor.

Sus palabras le arrancaron una carcajada, y la curiosidad asomó a su preciosa cara.

—¿Por qué?

—No te acuerdas, ¿verdad? Las semanas que pasaste leyendo esos libros fueron las peores de mi vida. Nada salvo volverme blanco como la tiza y otorgarte la inmortalidad te hacía feliz. Te encerrabas en un armario y me mandabas mensajes con monosílabos, tantos que estaba a punto de volverme loco.

Ella hizo una mueca.

—Ah, sí.

—¿Ah, sí? —repitió Dominic al tiempo que apartaba a patadas las hojas caídas, creando un espacio para poner la tienda. Después empezó a sacar la tienda y las varillas de la bolsa, dejándolas en el suelo por orden—. ¿Recuerdas cómo lo solucionamos?

—Sí —susurró ella con el ceño fruncido—. Dejaste de mandarme mensajes. Ni siquiera me contestabas.

—Y tú te plantaste en mi casa echando fuego por la boca.

Vio que se ruborizaba.

—Creo que estás exagerando un poquito.

Dominic acortó la distancia que los separaba y se acercó lo justo para que ella se quedara sin aliento, pero no lo suficiente como para poder tocarse.

—Creo que tus palabras exactas fueron: «Será mejor que tengas los pulgares rotos, imbécil».

Rosie jadeó.

—¡Yo no dije eso!

—Lo de «imbécil» lo he añadido yo. Pero el resto lo dijiste tú. —Se atrevió a dar otro paso hacia ella, y la tensión aumentó diez veces el tamaño del bosque—. Yo también me enfadé. ¿Te acuerdas?

—Pues claro que me acuerdo. —Ella clavó la mirada por encima de su hombro y acabó escondiendo la cara entre las manos—. Creo que te dije: «Si me quisieras, entenderías por lo que estoy pasando».

—Y yo te contesté: «Sí que te quiero, Rosie. Por eso quiero pasarlo contigo».

La intensidad entre ellos aumentaba tanto que casi no era consciente de su entorno. Solo existía Rosie. Gravitaron el uno hacia el otro, pero ella se detuvo en el último momento, justo antes de que sus cuerpos se tocaran, y se agachó para empezar a meter varillas en los huecos correspondientes de la tela de nylon.

—Lo que nos gustaba el dramatismo por aquel entonces, ¿no?

—Todavía nos va, bombón —repuso Dominic con voz ronca antes de agacharse junto a ella. Trabajaron en silencio unos minutos, y en otras circunstancias eso le habría ido estupendamente. El silencio era su lugar de residencia. Mientras la observaba a hurtadillas, se dio cuenta de que ella no se encontraba cómoda con la falta de conversación. «Palabras. Necesita palabras»—. Cuéntame algo de tu día.

—Esta noche me voy a perder la reunión de la Liga de las Mujeres Extraordinarias y no me hace ni pizca de gracia que vayan a comer tacos blandengues en vez de algo que yo haya preparado. —Levantó la cabeza de repente y volvió a agacharla de nuevo—. ¿O te referías a algo relacionado, no sé, con el trabajo?

—Lo que sea.

Ella soltó el aire con expresión dubitativa.

—Ya no sé cómo hablar contigo.

Sin pensarlo, Dominic extendió un brazo y la tomó de la mano, sujetándosela con fuerza. Dios. Dios, esa situación se le había ido por completo de las manos.

—Puedes decir cualquier cosa.

—Llevo un tiempo escondiéndole a Martha las Hot Pocket. —Parecía muy seria—. Esas dichosas empanadas industriales estallan en el microondas de la sala de descanso, y nunca lo limpia.

Dominic contuvo una carcajada.

—¿Dónde las has estado escondiendo?

Ella puso los ojos como platos.

—En la basura.

Casi se ahogó intentando contener la risa, pero no lo consiguió. Su carcajada resonó en el bosque, espantando a los pájaros de los árboles.

—Acabará descubriéndolo —siguió ella mientras contenía su propia sonrisa—. Y me pasaré el resto de la vida promocionando Le Squirt Bon Bon.

—¿Qué mierda es eso de Le Squirt Bon Bon?

—El perfume más espantoso del mundo que solo existe para que Martha ejerza su poder. —Le hizo un gesto para que levantase la tienda, y cuando Dominic bajó la mirada, se dio cuenta de que habían terminado de colocar las varillas de la tienda—. ¿Qué me dices de ti? —le preguntó Rosie, nerviosa y mordiéndose los labios—. Cuéntame algo de tu día.

Dominic le dio las piquetas para dos de las esquinas, y empezaron a asegurar la tienda al suelo. ¿Algo de su día? Seguramente no fuera la mejor idea contarle de la cantidad de tiempo que pasaba últimamente mirando su ropa en el armario y oliendo los jabones femeninos del cuarto de baño.

—He estado trabajando en el sótano por la noche. Cuando no puedo dormir. —Intercambiaron una miradita, y le dieron ganas de besarla hasta que la culpa desapareciera de sus ojos, pero las palabras eran más importantes en ese momento—. He encontrado mis condecoraciones enmarcadas de los marines. Las pocas fotos que hice cuando estuve en Afganistán.

Cuando levantó la cabeza, la descubrió mirándolo.

—Deberías colgarlas en la pared —dijo ella.

—No, yo... —Se alejó de la zona de la tienda hacia un círculo de piedras y se acuclilló para colocarlas más cerca—. Lo pensé en una época, pero decidí que la casa ya es bastante pequeña. A lo mejor si algún día tenemos más espacio o una casa más grande, las cuelgo. No son nada del otro mundo.

—Sí que lo son —susurró ella—. Un sitio más grande. Hace mucho que no hablamos de eso.

Joder. ¿Por qué había sacado el tema de la casa? Hasta el momento, había sido un secreto callado entre ellos, pero con ese inocente comentario se convertiría en una evasiva engañosa..., y eso no le gustaba. Mentirle a su mujer era, a sus ojos, un pecado. Pero cuando abrió la boca para sincerarse, la verdad acabó todavía más oculta, enterrada en su interior.

—Llevo un tiempo pensando en eso. ¿Y tú? ¿Has pensado en tener una casa más grande?

Rosie se reunió con él junto al círculo de piedras y lo ayudó a colocarlas para que quedase perfecto. A fin de encender la fogata que su terapeuta *hippie* había solicitado, porque eso era lo normal.

—He pensado en mudarnos a una casa nueva con más espacio. Claro —repuso con voz entrecortada.

—¿Te... gustaría?

Rosie lo miró un segundo antes de apartar los ojos.

—A lo mejor deberíamos centrarnos en el presente ahora mismo y no en el futuro, ¿sabes? —contestó, y después de que él le diera la razón con un gruñido a regañadientes, se sacudió las manos en los pantalones y se puso en pie antes de moverse, incómoda, sobre la hojarasca del bosque—. Esto... ¿qué era lo tercero? ¿Una hamaca?

Él carraspeó.

—Sí.

La tensión se mantuvo entre ellos mientras se alejaba para recoger leña y encender la fogata. Al regresar, ayudó a Rosie a colgar la hamaca entre dos árboles. Pese a la crepitante tensión en el ambiente, trabajar con ella le parecía natural... y algo que debería haber hecho hacía mucho. El hecho de que se habían estado evitando, salvo para los maratones de sexo de los martes por la

noche, nunca le había parecido tan evidente como en ese momento. Hasta la sencilla tarea de colgar una hamaca parecía íntima. En un sentido que no tenía nada que ver con lo físico. Como si estuvieran ahondando en el compañerismo. Absorbió la sensación como una esponja.

—Muy bien —dijo Rosie al tiempo que se limpiaba las manos en los muslos—. Y ahora ¿qué?

—Comentó algo de colgar un carillón de viento —contestó él con sorna—. Hay que conseguir esas vibraciones positivas, colega.

—Es un espíritu libre. —Rosie hizo un mohín con la nariz y lo miró—. Me parece hasta tierno.

—Bombón, venga ya. Antes habrías puesto los ojos en blanco con tanta fuerza que te habrías quedado bizca.

Ella sopesó esas palabras.

—Seguramente. Pero luego me habría sentido culpable.

Dominic sintió algo en las entrañas al oír esas certeras palabras.

—¿Y qué... ha cambiado? Para que ya no pongas los ojos en blanco por un *hippie* colocado que decora con peluches.

Rosie lo recorrió con la mirada, como si el hecho de que le hubiese preguntado algo tan profundo la sorprendiera.

—Pues, a ver, la terapia de último recurso fue idea mía, y mi orgullo me impide admitir que me pasé un pelín de la raya. —Se miraron con una sonrisa elocuente—. Pero ahora no quiero echarme atrás. De un tiempo a esta parte, he descubierto que permitir que suceda algo aunque parezca una locura, aceptar las situaciones desconocidas, puede conducir a cosas increíbles.

—¿Te refieres al club?

—En parte —contestó a modo de evasiva—. ¿Sabías que Bethany, Georgie y yo fundamos la Liga porque todas llegamos temprano a una clase de zumba? En realidad, es culpa de Kristin por llegar tarde. —Esbozó una sonrisa—. A ver... ¡Zumba! Eso sí que es para poner los ojos en blanco. ¿Quién quiere mirarse en un espejo mientras baila?

Dominic encogió un hombro.

—A mí no me importaría verte bailar. —Intercambiaron una mirada acalorada, pero estaba disfrutando mucho de la conversación como para ir más allá. No quería darle la razón a Armie en nada, pero estar fuera de su entorno habitual, en plena naturaleza, tenía algo que hacía que apreciase más estar con ella y oír su voz—. ¿Cómo vamos a montar el carillón ese?

—Ah. —Rosie salió de su ensimismamiento, porque era evidente que se había olvidado de su tarea—. He traído una cuerda. ¿Tienes tu navaja?

—Siempre. —Se sacó la navaja del bolsillo trasero y desplegó la hoja más pequeña con el pulgar—. ¿Qué has pensado? ¿Agujerear unos palitos y colgarlos?

—Sí. Tal vez enganchar unos centavos en el extremo para que suenen.

—No está mal.

Rosie se echó a reír.

—Tampoco es que esté muy bien, pero servirá. —Apretó los labios—. Creo que va contra el juramento *hippiocrático* poner malas notas.

Él la aplaudió despacio.

—Muy buena esa.

Se pasaron unos minutos buscando ramitas. Rosie las amontonaba y luego él les hacía agujeros en un extremo.

—Bueno..., lo de no rechazar algo que parezca una locura —dijo, haciendo alusión a lo que ella había dicho antes mientras clavaba las monedas en la madera—. ¿Te refieres al restaurante?

—Sí —susurró ella mientras fruncía el ceño—. En algún momento del pasado, empezó a parecerme una locura. Dar ese salto.

El arrepentimiento le provocó una punzada en el estómago, consciente de que él era uno de los motivos de que el restaurante se hubiera convertido en un objetivo inalcanzable. Pero podía lograr que eso cambiara en ese momento, ¿verdad? Estaban allí, hablando..., intentándolo, así que seguro que no era demasiado tarde.

—Cuando estaba en Afganistán, nuestra casa me parecía un sueño a veces —confesó—. Como si fuera algo irreal y nunca pudiera volver. —Le dio un toquecito con el codo—. Casi siempre te imaginaba con el ceño fruncido por una receta o bailando mientras ibas de la cocina al fregadero. Y sabía que debía ser real. Que te dediques a la cocina no es dar un salto de fe. Que hagas..., que hagas las cosas que te propongas no es dar un salto.

—Gracias —murmuró ella, casi sorprendida—. Ojalá lo hicieras más. No... animarme, aunque eso ha sido maravilloso, de verdad. Me refiero a hablar de tu época como militar. Nunca hablas conmigo de eso.

Tuvo la sensación de que le habían clavado un cuchillo en el cuello. Los años en el ejército habían sido duros. Era duro para todos los soldados, soportar la amenaza constante de un ataque, estar tan alejado de la realidad que se perdía la noción de cómo regresar. Sin embargo, expresar eso significaba exponer una debilidad, y él no hacía eso. Él apretaba los dientes. Era el más fuerte de los dos. Lo habían educado con esa mentalidad, y le preocupaba que romper el código lo hiciera parecer menos fiable. Que lo hiciera parecer menos, punto. Pero debía desterrar esos miedos, porque Rosie lo miraba con expresión expectante y...

En ese momento, se percató de algo que ella tenía en un hombro.

—Joder, cariño. No te muevas.

Ella se puso blanca.

—¿Qué pasa?

Consciente de que si pronunciaba la palabra «araña», se pondría histérica, extendió un brazo para quitarle de encima la criatura de ocho patas, pero el bicho se escabulló, así que acabó soltando una palabrota y Rosie se puso en pie de un brinco para empezar a darse palmadas por todo el cuerpo y a sacudirse el pelo.

—¡Ay, Dios!, ¡ay, Dios! ¿La tengo encima todavía? ¡Quítamela!

—Bombón —dijo mientras contenía una sonrisa—, tienes que quedarte quieta.

—¿Qué? ¡No!

La agarró por los hombros y la obligó a darse media vuelta.

—Seguramente te la hayas quitado de encima.

—Lo dices por decir —protestó ella, acongojada—. Ay, Dios. ¿Era muy grande? ¿Era peluda?

—Mejor no te digo nada —contestó él con sinceridad.

Rosie chilló sin abrir la boca.

La araña reapareció en su brazo. Dominic se la quitó con la mano antes de que ella pudiera darse cuenta y la vio caer al suelo del bosque, donde desapareció debajo de unas hojas.

—Listo, ya está. —Fue incapaz de seguir aguantando las carcajadas—. Ya no puede hacerte daño.

—¡Qué imbécil eres! —Rosie se arrojó a sus brazos y le pegó los labios al cuello mientras se sacudía por la risa—. Te lo has pasado en grande.

—No me gusta verte asustada. —La estrechó entre sus brazos y aspiró el olor a coco de su pelo—. Pero no voy a fingir que esto me molesta.

Se fundieron el uno contra el otro un poquito, y Rosie le enterró la mano en la camiseta antes de apartarse, mientras los dos jadeaban con fuerza. Después siguieron con el carillón de viento, y al ver que ella lo observaba, comprendió que percibía la atención que él le dedicaba. Cada trocito de piel del abdomen que quedaba a la vista cuando se estiraba para atar un palito a una rama baja quedó catalogado en su mente. Cada mordisco que se daba en el labio. Cada movimiento de cabeza que hacía.

A él le ardía la piel por sus miradas y, tal como hizo la otra mañana en el gimnasio, alardeó un poco. Joder. Emplearía cualquier recurso que tuviera a su disposición. Se subió las mangas y empezó a encender el fuego, haciendo que prendieran unas suaves llamas. Ya había anochecido cuando por fin terminaron el campamento, y echaron a andar el uno hacia el otro para reunirse en el centro, como si los guiara una fuerza invisible.

—Antes dijiste que querías hablar del presente —le recordó al tiempo que le alzaba la barbilla—. Pues hablemos.

Fue consciente de que a Rosie se le endurecían los pezones por debajo de la camiseta y de que soltaba un trémulo suspiro.

—A lo mejor solo lo dije porque me cabreaste al sacar la pelea por *Crepúsculo*. —Hizo una pausa—. Sucedió en el pasado, pero me frustra en el presente, así que tenemos vía libre para hablar del tema.

—Muy bien, pues hablemos. Frustrémonos.

—Lo has sacado para dejar clara tu postura. Para recordarme que supuestamente tenemos que querernos incluso discutiendo. Sin importar las circunstancias.

Dominic se inclinó hacia ella y exhaló junto a su boca.

—Da igual por qué saqué el tema. Ponme de vuelta y media. No te comportes como si no nos conociéramos del derecho y del revés. —Le colocó una mano en la nuca, y sus músculos se volvieron de gelatina, tal como él esperaba. Como siempre—. Sabes cómo hablar conmigo, Rosie. Me... —Le costaba admitir una debilidad, pero se obligó a hacerlo—. Me has dejado muy tocado cuando has dicho que ya no sabías hacerlo.

—Lo siento. Es mucho más fácil hablar cuando me contestas.

—Muy bien. Suéltalo todo. —Tensó los músculos y se preparó para lo que estaba por llegar—. Dime lo duro que ha sido. Lo difícil que te lo he puesto.

—Ahora mismo no quiero. —Con gesto titubeante, ella levantó los brazos y le tomó la cara entre las manos—. Hoy has sido muy tierno.

—Por favor, Rosie. Suéltalo todo para que podamos avanzar de verdad.

—Ha sido muy duro —confesó ella en voz baja. Casi un susurro—. Como si no hubieras regresado después de que te fueras por última vez. Ya no tengo a mi mejor amigo.

—Estoy aquí. —Retrocedió hasta un árbol, contra el que la dejó apoyada, a sabiendas de que Rosie percibiría los caóticos latidos de su corazón..., y se lo permitió. Por una vez no iba a ser una fortaleza impenetrable. Inhalaron y exhalaban contra la boca del otro mientras se iba empalmando con cada minúsculo jadeo que ella emitía contra sus labios. Por Dios, mataría por provocarle un puto orgasmo. Uno nada más—. Rosie... —Le rozó los labios con los suyos—. Bombón, estoy aquí mismo.

Ella lo acercó tirando de las mangas de la camiseta.

—Acércate más —murmuró.

—¡Ah, vaya obra de arte!

La voz de Armie resonó en el claro y fue el equivalente a que un ladrillo cayera entre ambos. Se separaron de un salto como dos adolescentes a los que su madre había sorprendido montándose en el sofá. Y sucedió algo increíble. Se echaron a reír. Rosie se dejó caer contra él y empezó a reírse... Y joder, se sintió como un gigante en ese momento. Hizo caso omiso del dolor palpitante que tenía entre las piernas y le echó el brazo por encima de los hombros para pegarla a su cuerpo.

—Nos han sorprendido —le dijo contra la sien.

Ella alzó la mirada y le sonrió.

—Como en los viejos tiempos.

—Sí —convino él con voz ronca—, totalmente.

Rosie hizo ademán de añadir algo, pero se quedó boquiabierta por lo que fuera que estaba sucediendo a su espalda. Cuando él se dio media vuelta, vio que Armie entraba en la tienda que ellos habían montado acompañado no de una, sino de dos mujeres.

—¡Viva el Equipo Vega! —gritó Armie mientras cerraba la cremallera, entre los chillidos de

sus acompañantes.

Regresaron al aparcamiento casi sin poder aguantar las carcajadas y cuando llegaron junto al coche, acabaron doblados de la risa y llorando.

—¿Acabamos de levantar un campamento para que nuestro terapeuta haga un trío? —preguntó Dominic.

—Agente, se lo juro, no sabíamos lo que estábamos haciendo.

Dejó de reírse mientras le colocaba un mechón de pelo a Rosie detrás de la oreja.

—No hay que rechazar lo que parezca una locura, ¿no?

Ella lo miró sumida en un silencio pensativo.

—Exacto.

Mandar a su mujer a casa de Bethany a sabiendas de que no la vería hasta la próxima sesión fue una tortura, pero le quedaba la esperanza de que habían hecho progresos. Joder, se conformaría con eso.

Y algún día no muy lejano, recuperaría a su mujer.

13

—Muchas personas son capaces de preparar una comida decente —dijo Rosie al tiempo que miraba con seriedad a sus amigas desde el otro lado de la mesa del salón—. Pero la comida debería ser una experiencia. ¡Un viaje!

Delante tenía tres fuentes cubiertas y era muy consciente de las miradas hambrientas de Bethany y Georgie, que no les quitaban el ojo de encima. Les había pedido que no comieran ese día para que participaran en su primera cata. Parecía que le habían hecho caso. Y, sí, era una crueldad hacerlas esperar para comer, pero quería saborear el momento. Después de levantar el campamento con Dominic el día anterior, se sentía... exultante. Emocionada. Renovada.

Desde que se abrió de nuevo a la posibilidad de tener su propio restaurante, había estado sufriendo el síndrome del impostor. ¿Quién se creía que era? Gordon Ramsay tenía su propio restaurante. ¿Se creía que era Gordon Ramsay? En fin, él era una estrella de la tele, pero ella iba a abrir un restaurante. ¿Cómo iba ponerse a su misma altura?

Sin embargo, mientras preparaba el asado en la barbacoa del patio trasero de Georgie, no se había sentido una impostora. De ahí quizá procedía la seguridad que le permitía regodearse en el suspense. Solo un poquito más.

Georgie apoyó la barbilla en la mesa y olisqueó una de las fuentes cubiertas.

—Mira que eres cruel. Nos estás haciendo sufrir a propósito.

—No sabíamos que eras una sádica —añadió Bethany mientras se examinaba las uñas.

Rosie contuvo una sonrisa.

—Solo quiero que os concentréis de verdad en cómo os hace sentir la comida, no en lo que os dice la boca. Todo va a estar bueno. Eso seguro. Pero quiero que me digáis adónde os transportan los sabores. Eso es lo que busco.

—Hecho.

—Entendido.

Rosie quitó el paño de la primera fuente con una floritura, echándose a reír sin vergüenza cuando sus amigas gimieron de placer y se inclinaron hacia delante para aspirar el aroma de la carne.

—No empecéis todavía. Voy a ayudaros a preparar el bocado perfecto.

Bethany hizo como que le clavaba el tenedor repetidamente en un ojo.

—Rosie, eres de lo peor.

—Ya lo retirarás dentro un minuto. —Quitó el paño de la segunda fuente—. Esto es ensalada criolla. Tomate, lechuga, cebolla. Con aliño de aceite y vinagre de vino blanco. Ayudará a equilibrar los fuertes sabores de la carne. Y... —Descubrió la última fuente—. El plato fuerte: el chimichurri de mi madre.

Georgie se acercó más a la mesa.

—Muy bien, así que ¿un poquito de cada cosa en cada bocado?

Rosie asintió con la cabeza.

—Exacto. Esta será la especialidad de la casa. En mi restaurante —añadió con cierta timidez en la voz—. Serviré las tres cosas juntas.

La expresión de Bethany se suavizó con una sonrisa.

—Esas palabras te sientan bien.

Se puso colorada al oírla.

—Gracias. —Agitó las manos—. Muy bien. Ha llegado la hora. Preparad vuestros bocados.

—Aaah. —Georgie se enderezó—. «Preparad vuestro bocado». ¿Has pensado en poner esa frase por alguna parte en el menú?

—Ahora sí —susurró Rosie, que repitió la frase entre dientes—: «Prepara tu bocado». Podríamos preparar platos combinados de aperitivos y... —Se interrumpió—. Ya lo hablaremos luego. ¡Comed!

Contuvo el aliento mientras miraba a Bethany y a Georgie cortar trocitos de asado que se llevaron a sus respectivos platos, donde añadieron el chimichurri y un poco de ensalada. Georgie se metió el primer bocado en la boca, cerró los ojos y soltó un dramático suspiro.

—Muy bien. Ay... Madre del amor hermoso. ¿Cómo se supone que tengo que pensar si las papilas gustativas están teniendo un orgasmo? —gimió—. Este viaje de sabores me está llevando por una calle muy concurrida. Es de noche. Suena música. La gente baila y se lo monta en los callejones. Hay luces colgadas...

Bethany se metió la comida en la boca y gimió también, cerrando los ojos.

—Eso mismo. Veo eso mismo. Pero a mí me transporta a una barbacoa en un patio trasero. Estoy morena y medio borracha, y las pulseras que llevo tintinean y estoy contentísima. Esta comida me pone contenta.

Rosie sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas, pero de felicidad.

—¡Uf! Esas escenas son perfectas, las dos —susurró—. No podía pedir nada mejor.

—Lo has clavado —dijo Georgie, que ya se estaba sirviendo otro trozo de asado—. Esta es tu especialidad. Creo que tu único problema será convencer a la gente de que pruebe otra cosa.

—¿Huelo comida?

Travis entró en la cocina, descamisado y con un bate de béisbol al hombro. Tenía un aspecto tan masculino e indecente que Rosie tuvo que mirar al techo.

—Mmm, claro..., vamos a por un tenedor. Así tendremos la perspectiva masculina.

—Ni hablar. No. —Georgie meneó la cabeza—. Como lo pruebe, siempre se quedará insatisfecho con mi comida. Largo, novio mío. Olvida lo que acabas de ver.

—Venga ya, chiquitina. —Le dio un sonoro beso en una mejilla—. Pase lo que pase, siempre serás mi comida preferida.

—Ay, por favor. —Bethany apartó a su futuro cuñado de un empujón—. Que me está costando no vomitar.

—Déjalo probar un bocado —le pidió Rosie a Georgie al tiempo que le guiñaba un ojo a Travis y le cortaba un trocito de carne, tras lo cual añadió lo demás al tenedor y se lo ofreció. Al verlo retroceder de forma tambaleante con los ojos como platos, supo que estaba exagerando, pero no le importó lo más mínimo—. ¿Qué te parece?

—Me parece que no me va a costar nada convencer a algunos de los jugadores de los Bombers para que se den una vuelta por Long Island la noche de la inauguración. —La miró con una inclinación de cabeza y soltó el tenedor—. En cuanto prueben tu comida, no vas a necesitar ayuda extra. Pero no te vendrá mal tener unas cuantas estrellas en la inauguración, sea cuando sea.

—¡Uf! —Rosie se devanó los sesos en busca de las palabras adecuadas, pero no consiguió pronunciarlas por el nudo que tenía en la garganta—. Gracias. No sé qué decir.

Georgie se llevó una mano al cuello y miró a Travis con seriedad por encima del hombro.

—Deberías asustarte del revolcón que te vas a llevar esta noche.

Las carcajadas de Travis siguieron resonando en la cocina cuando se fue.

Bethany se acercó al frigorífico y sacó tres botellines de cerveza que abrió y repartió antes de volver a su asiento.

—Aunque no tiene nada que ver que mi hermana pequeña esté disfrutando de más acción que una veinteañera de juerga en Cancún, he llegado al punto en el que el porno y mi vibrador empiezan a perder encanto, y empiezo a desear compañía masculina de nuevo. —Bebió un buen trago de cerveza—. Y, joder, qué irritante.

Rosie se bebió medio botellín.

—Amén, hermana.

Georgie hizo un esfuerzo por contener una expresión ufana.

—Parece que las cosas están... interesantes... en cuanto a la reconciliación.

—Es una forma de decirlo. —Rosie hizo girar la botella en la mesa—. Dominic lo está intentando. Está intentando de verdad comunicarse mejor, y eso me da esperanzas. Tengo esperanza. Es muchísimo más de lo que tenía hace dos semanas. Creo que una segunda oportunidad es posible.

Bethany extendió el brazo y le dio un apretón en la muñeca.

—Eso es genial.

—Sí que lo es. —Rosie se humedeció los labios—. Pero no me quito de encima la sensación

de que sigue ocultando gran parte de sí mismo. A veces, tengo un mal presentimiento, como si me faltara algo por ver. La situación no se puede arreglar de la noche a la mañana, por más que me gustaría, ¿verdad? Tengo que recordármelo a todas horas. —Miró las compasivas caras de sus amigas y decidió callarse de momento su paranoia. Los detalles eran algo entre Dominic y ella. Ya los desmenuzarían al día siguiente en terapia. De momento, acababa de dar en la diana con la especialidad de su restaurante y quería disfrutar de ese hecho un poco más, así que buscó la manera de aligerar el ambiente sin evitar por completo el tema de su marido—. Mientras tanto, cada vez que estamos juntos, no pasan ni diez segundos sin que me apetezca..., me apetezca...

Georgie meneó las cejas.

—¿El qué?

—Sí, necesito imágenes concretas. —Bethany dio una palmada—. Literalmente, me he acabado todo el porno de internet. Por si os interesa, el único premio que he recibido por semejante logro es la vergüenza.

—Muy bien. —Rosie se tapó la cara con las manos y susurró—: Quiero que me ate las manos a la espalda mientras yo... Esto... ¿Me siento a horcajadas sobre su cara y me mete la lengua? ¿Conocéis esa postura?

Bethany y Georgie la miraron en silencio, estupefactas, antes de que Bethany apurase la cerveza y se pusiera en pie.

—Creo que voy a empezar desde el principio del porno de nuevo. —Salió por la puerta de la cocina—. Intentaré recuperarme para cuando llegue la boda de Georgie.

Después de la marcha de su hermana, la susodicha cambió de postura en su asiento.

Rosie se llevó las manos a la mejillas, que le ardían.

—Vete a buscar a tu novio. Meteré esto en algún táper y me voy.

—Gracias —repuso ella con voz chillona—. ¿Nos vemos en la siguiente...?

A Rosie se le escapó una carcajada.

—Vete.

Rosie y Dominic estaban sentados el uno al lado del otro en el sofá de la consulta de Armie. Desde que llegó a la sesión, había algo en el ambiente, como si fueran gotas de rocío que lo empapaban todo, pero Rosie no terminaba de descubrir qué era. Solo sabía que la tensión se acumulaba entre sus omóplatos y que un mal presentimiento le retorció las tripas. Las dos primeras sesiones habían sido catárticas. Y habían hecho progresos, ¿verdad? Así que ¿por qué seguía con la sensación de que los problemas entre Dominic y ella estaban sin resolver?

—Nos hemos encontrado con el río de las necesidades de Rosie y hemos cruzado al otro lado, tanto como podemos hacer en el acelerado tiempo que pasamos juntos —anunció Armie al tiempo que se sentaba en el borde de su mesa—. Esta sesión la usaremos para hablar de las necesidades de Dominic.

Rosie sintió que su expresión serena se congelaba.

Armie había mencionado de pasada durante su primera sesión que Dominic y ella expresaban el aprecio y el amor de forma distinta. Que ella necesitaba palabras para sentirse apreciada, ya lo habían dejado claro. Debería haber previsto ese momento. Al fin y al cabo, no era la única integrante de ese matrimonio. Por supuesto que Dominic también tenía necesidades. ¿No trataban de eso las noches de los martes?

Empezó a experimentar una incómoda sensación ardiente en el esternón que descendió hasta el abdomen, desde donde se extendió. Los martes por la noche no habían sido solo para su marido. También habían sido para ella. De hecho, Dominic casi siempre se hiperconcentraba en satisfacerla cuando lo hacían. Aunque nada de eso importaba, porque ¿no era parte del motivo de que lo hubiera dejado que su vida sexual le resultara vacía?

—Rosie —dijo Armie—. Estás muy callada. ¿Va todo bien?

—Sí —contestó con voz ronca—. Eso creo.

—No tenemos que hacerlo —terció Dominic, y ella se dio cuenta de que la observaba con detenimiento—. Trabaja todo el día, de pie. Siempre se asegura de dejarme algo preparado para cenar cuando vuelvo.

Los nervios que se habían apoderado de su estómago empeoraron, y saboreó la acidez. Cuando entró en la consulta, llevaba ventaja, pero en ese momento se estaba disipando. Y que deseara llevar ventaja mientras intentaban encontrar un punto medio aumentó su incomodidad. Algo no iba bien, pero seguía sin descubrir lo que era.

—Creo que es importante, Dominic. Tu afán protector es algo positivo, pero en este caso, creo... —La sonrisa de Armie se tensó—. Creo que vas a tener que controlarlo para el propósito de esta discusión.

Dominic se quedó callado unos segundos.

—No sé si seré capaz.

—Inténtalo. —Armie se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas de sus vaqueros rotos—. Dominic, sabemos que expresas tu aprecio por Rosie con hechos. Con actos tangibles. Esta semana, hemos trabajado para crear palabras que acompañen dichos actos. —Hizo una pausa—. Es importante que no solo des, sino que también recibas. Dime algo que haga Rosie que te haga sentir apreciado.

—Ya lo he dicho, la comida en el frigorífico. —Se removió, inquieto, en el sofá. Rosie no lo hizo. Ella no se movió en absoluto—. Contribuye con un buen sueldo.

—Muy bien. Un sueldo es una contribución al hogar, que es muy importante, pero no está pensado para expresar amor ni aprecio por ti específicamente, Dominic —repuso Armie—, hablemos de la comida. ¿Qué sueles cocinar, Rosie?

—Pues... —titubeó y siguió con voz entrecortada—: A veces, preparo lasaña y la dejo ahí, para poder cortar trozos a lo largo de la semana.

—¿Eso quiere decir que la comida no es solo para Dominic, es para los dos?

—Sí —susurró al tiempo que el pulso se le disparaba en las muñecas.

Los cojines del sofá se hundieron cuando Dominic se acercó a ella.

—¿Qué sentido tiene esto? No es la responsable de prepararme la cena. Ya soy mayorcito.

—Cierto, en eso estoy de acuerdo. Pero si tú dices que así es como ella expresa...

—Si no hago eso, no hago nada. No he estado haciendo nada. —Se colocó las manos heladas en la cara. Durante la última semana, había tenido miedo, convencida de que las cosas avanzaban con demasiada facilidad entre Dominic y ella. A la espera de que sucediera algo. ¿Era por ese motivo?—. Por Dios.

—Ya basta —masculló Dominic al tiempo que le rodeaba los hombros con un brazo—. Deja de alterarla.

Armie suspiró.

—Dominic, no pasa nada si tú también te alteras. ¿Has pensado que tal vez haya motivos por los que este matrimonio tampoco iba bien para ti? ¿No solo para Rosie?

—Pues no, no lo he pensado —contestó él entre dientes.

Rosie lo miró a tiempo de ver que la irritación brillaba en esos ojos verdes. Aunque había algo más en esas profundidades. Indecisión. Fue breve, pero allí estaba, y eso derrumbó su castillo de naipes. Hacía falta mucho para que Dominic pareciera indeciso en cualquier situación. Su marido era convicción y deber.

—Pues deberías —susurró ella—. Deberías pensar que tampoco he sido buena contigo. Yo... No creo que lo haya sido...

Dominic frunció el ceño.

—Ya está bien, Rosie. Para ya.

—Mírame a los ojos diez segundos. Como fuimos incapaces de hacer el otro día por mi culpa. —No estaba segura de por qué le parecía esencial intentar prolongar el contacto en ese momento, pero así lo creía. Durante la primera sesión, lo vio todo allí, bien visible en las ventanas a su alma. Vio frustración, disculpa, pasión. Necesitaba que la tranquilizara de esa manera tanto como el respirar—. Mírame a los ojos y dime que nuestro matrimonio te hacía feliz.

Dominic le tomó la barbilla con las manos y se inclinó hacia delante, sin pestañear mientras sus ojos conectaban. Sin embargo, en esa ocasión había una barrera. Se estaba escondiendo.

—Me hacía..., me hacía... feliz.

Rosie soltó un gemido y se tapó la boca.

—Si no del todo, es porque sabía que tú no eras feliz.

Fue muy duro ver a su marido luchando por aceptar su propia infelicidad mientras se desesperaba por tranquilizarla. Desde la noche que lo abandonó, llevaba un trozo de hielo clavado en el centro del pecho y esa muestra de vulnerabilidad por parte de Dominic hizo que se resquebrajara y empezase a derretirse. Por Dios, hacía mucho que no lo veía de esa manera. Tal

vez nunca lo había visto así. Los pensamientos pasaban por sus ojos con más velocidad que el lanzamiento de una pelota rápida en un partido de béisbol profesional. ¿Qué tenía exactamente en la cabeza?

—Dominic. —La voz de Armie hizo que su marido volviera la cabeza de repente, con expresión aturdida—. Vamos a hablar de lo que Rosie podría hacer en vez de ahondar en lo que tal vez no haya hecho últimamente. Voy a darte unos ejemplos de expresiones de amor... y tú me dices cuál te atrae más.

Dominic encogió un hombro con un movimiento brusco.

—Que Rosie te agradezca lo mucho que trabajas. —Le dio un tiempo para asimilar sus palabras—. Que Rosie te sorprenda con unas gafas de sol nuevas. Que Rosie te acompañe al cine a ver una película. Que Rosie te llene el depósito de la camioneta sin pedírselo...

Fue un gesto muy sutil, pero captó el asentimiento de cabeza de su marido con el rabillo del ojo.

—Así que no solo prefieres expresar el amor con hechos, sino que también es así como prefieres que te lo demuestren.

—No lo sé —replicó Dominic con voz ronca.

Rosie deslizó una mano por debajo de la de su marido con la cara ardiendo y entrelazó sus dedos.

—Intenta expresarlo con palabras, ¿quieres?

Vio que aparecía un tic nervioso en su mentón mientras decía:

—Nada de llenar el depósito. No quiero que me eche gasolina, jamás, y me da igual si eso me convierte en un machista. Pero supongo... No sé. Sería agradable saber que piensa en mí.

Las lágrimas que Rosie había estado conteniendo acabaron ganando la partida y resbalaron por sus mejillas. Fue como si la abofetearan. Durante todo ese tiempo, había culpado a Dominic por el deterioro de su relación. Pero ella era igual de culpable. Tal vez había luchado al principio en un intento por recuperar la pasión que siempre había ardido entre ellos, física y emocionalmente, pero se había rendido en algún momento. Al menos, Dominic había intentado a su manera, en secreto, que se sintiera querida. Protegida. Ella no había hecho nada.

Cuando Dominic le vio la cara, se puso blanco.

—No, cariño. Por favor. —Extendió los brazos hacia ella, titubeó y después le rodeó la cintura. Mientras susurraba palabras tranquilizadoras, se la colocó sobre el regazo, de lado, y la abrazó como si así pudiera alejar la gélida certeza de que ella lo había estado culpando... sin reconocer la parte de culpa que ella tenía.

«Dios mío. Soy tan culpable como él».

Se había pasado los días siguiendo la misma rutina, cabreadísima con él. ¿Cómo era posible que no se hubiera dado cuenta de que ella hacía lo mismo? ¿Cómo había podido ser tan hipócrita?

Las lágrimas le quemaban la cara, y Dominic las miraba, espantado, como si no tuviera la menor idea de lo que hacer. Algo inusual en él. Al final, se inclinó y las besó para secárselas.

—Tranquila, Rosie. Vamos a solucionarlo. Eres mi mujer, y no cambiaría eso por nada de este mundo. Soy tu marido. —Soltó un sonoro suspiro—. Detalles, ¿verdad? ¿Palabras? ¿Necesitas saber que siempre he prestado atención? Muy bien. ¿Recuerdas aquella vez que fuimos en ferry a Connecticut, justo antes de que desplegaran mi unidad? Tus dedos y tu boca sabían al *muffin* de naranja y arándanos rojos que compramos en la pastelería para compartir, y todos los putos días que estuve lejos de ti buscaba naranjas en el comedor en un intento por recuperar ese sabor. —La obligó a volver la cara, agachó la cabeza y le besó el lunar que tenía detrás de la oreja. Una vez, dos—. Te echaba muchísimo de menos. Te echo de menos ahora.

El resto del hielo que tenía en el corazón se derritió y empezó a gotear, prácticamente evaporándose.

—Yo también te echo de menos.

—Vuelve a casa.

Por Dios, en ese momento de debilidad se moría por hacer justo eso. Por volver con su marido y esperar que todo se arreglara. Que esa nueva conciencia de la que disfrutaban supusiera un cambio. Pero no estaba dispuesta a arriesgarse. Acababa de descubrir que había tenido un papel decisivo a la hora de llegar a ese punto en su relación. Separados. Necesitaba tiempo para asimilarlo. Repasar los últimos cinco años a través de un enfoque totalmente distinto. Los dos necesitaban trabajar en sí mismos, y en su matrimonio, al mismo tiempo. Jamás lo harían si retomaban la rutina de siempre.

—Muy bien. Hablemos de los deberes. —Armie dio una palmada—. Rosie, Dominic también necesita hechos para sentirse apreciado. Dejaré que seas tú la que decidas cuáles deben ser, pero permitidme que insista en que, como terapeuta vuestro, estoy convencido de que el sexo debería seguir prohibido.

Rosie se mordió la lengua y se obligó a sonreír.

Dominic le enterró la cara en el cuello y gimió.

—Dominic, por favor, sigue ejercitando tus cuerdas vocales. Busca maneras de ofrecerle a Rosie las palabras que necesita. Hoy has hecho un trabajo maravilloso. —Armie se dejó caer, desmadejado, contra el respaldo de su asiento—. Puede que ahora mismo no lo creáis, pero ha sido una sesión muy provechosa, chicos.

Aunque le costó la misma vida, Rosie se bajó del regazo de Dominic, permitiéndole que la retuviera a su lado con un brazo por encima de los hombros a modo de gesto protector.

—Armie, nos dijiste que normalmente sabes a la cuarta sesión si una pareja va a lograrlo. —Tragó saliva con fuerza—. Sé que todavía nos queda una sesión, pero ¿cómo ves lo nuestro?

El aludido esbozó una sonrisa de disculpa.

—Todavía no lo veo claro.

14

El día posterior a la accidentada tercera sesión de terapia, Dominic estaba haciendo ejercicio en el dormitorio trasero —con la esperanza de quemar parte de la frustración mental y sexual— cuando oyó el sonido del agua corriendo por las cañerías de la casa y frunció el ceño. Solo estaba él —era tan consciente de ese hecho que hasta le dolía—, y ninguno de los electrodomésticos estaba encendido.

«¿Qué pasa?», se preguntó.

Terminó su serie de cuarenta dominadas y soltó la barra metálica que había colgado en la puerta de la habitación de invitados. Esperó a que su respiración se ralentizara para aguzar el oído de nuevo y comprobar que, efectivamente, corría agua. Frunció el ceño y echó a andar descalzo y sin camiseta por el pasillo en dirección a la cocina, para investigar. Se le aceleró el pulso por la posibilidad de que Rosie hubiera vuelto a casa, pero allí no había nadie.

Un ruido procedente del exterior de la casa lo llevó hasta la puerta principal. La abrió y se encontró a su mujer en el camino de entrada.

Lavando su camioneta.

La imagen lo aturdió de tal manera que solo acertó a mirar. Llevaba unos pantalones ajustados de deporte negros, una sudadera vieja y el pelo recogido en un moño. Preciosa, joder, estaba preciosa bajo el sol del atardecer. Los tonos rosados y anaranjados del cielo a su espalda resaltaban el color de su piel. El amor lo atravesó como un huracán, obligándolo a apoyarse en el marco de la puerta. Por mucho que odiara verla realizar cualquier tipo de trabajo manual, no pudo evitar sentirse agradecido por tenerla allí, ya fuera de forma temporal o permanente.

La esperanza se abrió paso en su interior y le provocó un nudo en la garganta mientras examinaba el camino de entrada en busca de sus cosas. Sin embargo, no había nada. Ninguna maleta. Esa era una visita temporal, tal como supo una parte de sí mismo nada más abrir la puerta. Rosie había decidido afrontar su segunda oportunidad de la forma correcta. Debía tratar de respetarlo. Y, a esas alturas, aceptaría cualquier cosa que ella quisiera darle, aunque ansiara devorarla entera.

La sesión de terapia lo había dejado con el culo al aire, aunque seguía sin creer que Rosie fuera responsable de su situación. En absoluto. Tras volver del ejército, no la había llevado a Argentina, aunque ella siempre había querido visitar ese país para honrar a su madre. Tampoco le había ofrecido la casa de sus sueños junto al agua, y había dejado que la propiedad languidciera

sin tocarla porque no estaba seguro de que fuera suficiente. Y lo peor de todo era que no la había animado a abrir el restaurante, aunque ella llevaba años hablando del tema. Era un imbécil callado que no le había ofrecido las palabras que necesitaba. Con razón se había marchado. Rosie no había hecho nada malo, y nadie podría convencerlo de lo contrario. Verla llorar el día anterior por esa tontería había sido una tortura insoportable.

Sin embargo, reconocía que ver a Rosie ofreciéndole pruebas reales y tangibles de que lo amaba... le aceleraba el corazón. Hasta un punto doloroso. Incluso podría reconocer que verla limpiar la camioneta lo dejaba sin aliento si eso no lo hiciera sentirse como un adolescente. Cuando estaban en el instituto, Rosie solía desenredarle los cables de los auriculares. Claro que entonces hacía muchas otras cosas por él, como hornearle *brownies* o ponerle más bolígrafos en la mochila antes de ir a clase... Pero su forma de desenredarle los auriculares y dejarlos perfectamente enrollados en el posavasos de la camioneta tenía algo que siempre lo emocionaba. Era un gesto sin importancia, pero le gustaba saber que ella había querido ahorrarle esa pequeña frustración. También le gustaba ver cómo movía los dedos. Un par de veces, se había descubierto enredando los auriculares a propósito solo para que ella los desenredara.

Mientras crecía, en su casa le habían demostrado al amor de forma tácita. Le preparaban la comida para que se la llevara al colegio; le compraban zapatos nuevos justo antes de que los viejos se cayeran a pedazos. Esos detalles lograban que se sintiera cuidado, y no tenía siquiera que pedirlos, de manera que no había cabida para experimentar la menor falta de atención. No había cabida para sufrir ni una pizca de negligencia. Los hombres cuidaban de sus seres queridos. No al revés. Eso era lo que le habían enseñado desde niño, y le costaba deshacerse de esa creencia, de manera que vivía para las pequeñas muestras de cariño de Rosie. Porque significaban que lo quería lo suficiente como para pensar en él.

Así que, sí, aunque quería estrangular a Armie por haber hecho llorar a su mujer, quizá podía admitir que necesitaba alguna prueba de que ella aún lo quería. Lo necesitaba con urgencia. Cuando volvió de Afganistán, ella le había ofrecido pruebas de su amor con regularidad. Abrazos espontáneos, elaboradas noches románticas en casa a la luz de las velas, simplemente diciéndole que lo quería. Cada vez le resultaba más evidente que Rosie había dejado de hacer esas cosas porque él le había estado demostrando su amor de forma totalmente invisible. ¿Cómo podía saber ella que había estado ahorrando para la casa desde el día de su regreso?

Durante los meses posteriores a su vuelta, se había sentido muy indigno en comparación con los hombres que había dejado atrás. Sus planes habían acabado pareciéndole demasiado triviales. Así que se había propuesto hacerlo mejor. Y, por el camino, se había olvidado de asegurarse de que Rosie supiese que era la parte más importante de su vida. Había dejado su relación a la deriva. Y, a esas alturas, que ella le demostrara que le importaba, que pensaba en él, lo llenaba de gratitud y de alivio.

Aunque no podía aceptar el gesto, ¿verdad? Así no. De ninguna de las maneras era capaz de

ver a Rosie lavándole la camioneta con una sudadera cada vez más mojada cuando estaban a 10 °C.

Lo estaba matando, en serio.

—Muy bien, bombón. Ya está —dijo mientras salía de la casa, dejando que la puerta mosquitera golpeará el marco al cerrarse—. Gracias por hacer esto, pero vas a enfermarte de una pulmonía aquí fuera. Entra a resguardarte del frío, Rosie.

Ella se subió la manga derecha de la sudadera hasta el codo y volvió a sumergir la esponja en el cubo que había llenado, lo que explicaba que hubiera oído el agua correr.

—Tardaré un cuarto de hora como mucho. ¿Puedes sacar las bolsas de la compra del asiento trasero de mi coche, por favor?

—Cuando entres.

Atisbó un destello de algo en sus ojos que ya había visto en la sesión de terapia. Arrepentimiento. Culpa. Un poco de pánico. No le gustó.

—Me niego —dijo ella.

—Últimamente lo haces mucho.

Se arrepintió de sus palabras al instante al ver que ella rompía el contacto visual.

—Llevo dos capas debajo de esta sudadera. Por favor, déjame hacerlo —le pidió con un deje decidido en la voz—. Necesito hacer algo por ti.

Pese a sus temores de que acabara poniéndose enferma, la calidez le invadió el pecho como si fuera una nube enorme e inmensa sobre el agua que bloqueaba todo lo demás.

—¿Te quedarás un rato después?

Rosie se detuvo un momento, esponja en mano, y lo miró por encima del hombro. Parpadeó un par de veces. Despacio.

—Sí.

El monosílabo hizo que la anticipación le corriera por la piel, pero su cuerpo necesitaba relajarse de una puta vez. Estaba tan cachondo que veía una insinuación sexual en un «hola» alegre. Si algo había aprendido a esas alturas, era que su mujer no pensaba incumplir la regla de no mantener relaciones sexuales. Y él tampoco pensaba romper su promesa. La próxima vez que se corriera, sería dentro de Rosie... si Dios lo ayudaba. Por desgracia, la tensión lo estaba matando.

Regresó a la casa para ponerse una chaqueta y volvió a salir para sacar las bolsas del asiento trasero del coche de su mujer. Mientras él entraba, Rosie había encendido la pequeña aspiradora que siempre usaban para limpiar los coches, y el fuerte zumbido ahogó sus pasos. Cuando se acercó de nuevo, ella se inclinó hacia delante en el asiento trasero de la camioneta, dejando bien a la vista ese culo prieto y redondo.

Pura tortura.

Tenía ganas de fumar, pero nunca lo hacía cuando ella estaba cerca. Solo en el trabajo,

mientras hacía recados o después de que ella se durmiera. Cuando volvió definitivamente a casa, llegó con ese hábito para reducir el estrés, y Rosie nunca le había pedido que lo dejara. Sin embargo, detestaba la idea de que ella detectara el olor a tabaco y no pensaba permitir que lo oliera en ese momento, porque eso podría mermar aún más sus posibilidades de reconquistarla.

Cuando regresó con las bolsas de la compra en los brazos, estaba tan empalmado que bien podría usar su miembro de martillo. Rosie seguía inclinada hacia delante sobre el asiento trasero, con las rodillas apoyadas en el cuero desgastado de la camioneta y las caderas lo bastante inclinadas como para ver cómo se le pegaba la licra entre los muslos. Por Dios. ¿Estaba lo bastante oscuro como para que nadie los viera si se subía a la camioneta y se la metía desde atrás?

Rosie apagó la aspiradora.

—¿Dominic? —Lo miró por encima del hombro y al instante, el interés sexual iluminó su mirada, aunque fue un brillo renuente—. ¿Has sacado las bolsas?

—Sí —contestó después de carraspear, mientras las levantaba un poco.

—Gracias —replicó un poco sin aliento, con ese culo tan increíble todavía a la vista.

—Joder, Rosie —masculló—. ¿Has venido para torturarme?

—No —contestó ella mientras se apresuraba a sentarse sobre los talones—. No, de verdad.

—Dime qué puedo esperar. Me duele todo. Porque te deseo.

—Lo sé. —Soltó la aspiradora y salió del coche mientras se retorció las manos sobre la cintura.

El corazón empezó a latirle más rápido por su cercanía, por verla en casa, y se mareó.

—Lo que pasó en la última sesión de terapia me tiene desconcertada, ¿sabes? Haberme dado cuenta de que ambos somos responsables de que nuestro matrimonio haya acabado así me ha dejado muy confundida. Como si me hubiera equivocado al interpretar las cosas y al final he acabado dándome un porrazo. No sé si conseguiremos que esta relación funcione ni tampoco sé cómo lograrlo, pero sí sé que cuando me desperté esta mañana, quería estar cerca de ti. —Tomó una rápida bocanada de aire—. ¿Podemos pasar un rato juntos esta noche?

—Sí —contestó él, que la entendía a la perfección. Su cuerpo la entendía—. Me gustaría.

—A mí también. —Se humedeció los labios—. Voy a acabar esto. ¿Puedes entrar y precalentar el horno? Ponlo a ciento ochenta.

Alejarse de ella cuando acababa de admitir que lo necesitaba, en pequeña medida, fue una puta agonía, pero lo hizo. Cualquier cosa con tal de no echar a perder la oportunidad de que ella cruzara el umbral de su casa, aunque solo fuera por unas horas. Antes de entrar, se detuvo para mirarla y descubrió que ella lo estaba observando con los ojos entrecerrados. Parecía... ¿necesitada de consuelo? Él sabía cómo consolarla. Adorándola, complaciéndola, ofreciéndole amor con su cuerpo.

Claro que eso no había funcionado, ¿verdad? No del todo. ¿No había dicho que después se sentía vacía? Tenía que encontrar la manera de ofrecerle más. De darle más.

En fin, que alguien se lo dijera a la testosterona le que corría por las venas. Nada más entrar, dejó las bolsas de la compra en la encimera. Todavía seguía empalmado, tal como delataban los pantalones de deporte que llevaba. Apoyó las manos en el borde de la encimera de la cocina, inspiró y espiró.

—Muy bien, no haberte masturbado durante una semana ha sido un error, amigo mío. Reconócelo. Pero puedes hacerlo. Puedes estar en la misma habitación que tu mujer sin tener sexo con ella hasta que todo el pueblo oiga sus gritos.

Visualizó lo mismo que había estado recordando toda la semana, mientras intentaba controlar la parte inferior de su cuerpo. A uno de sus compañeros le picó un escorpión durante un control del perímetro y la picadura acabó infectándose. Recordó la supurante herida y empezó a sacar el contenido de las bolsas de la compra, mientras se mordía el labio inferior. Caldo de pollo, huevos, pasta de tomate, un pimiento verde.

El ejercicio de visualización estaba funcionando. Su erección casi había desaparecido cuando Rosie entró y se quitó la sudadera en la puerta, arrastrando hacia arriba la camiseta que llevaba debajo, lo que hizo que quedara a la vista la parte inferior de sus pechos antes de que volviera a colocársela. Acto seguido, colgó la sudadera en un gancho y exhaló un suspiro mientras le echaba un vistazo a la casa como si hubiera olvidado su aspecto, o tal vez como si lo echara de menos..., y ver eso le provocó un nudo en la garganta.

—La camioneta estaba bastante limpia —dijo mientras se recogía los mechones que se le habían escapado del moño—. Me siento como si hubiera hecho trampas en los deberes. —Soltó una carcajada un poco nerviosa que le recordó a las primeras citas en la cafetería, cuando se estaban conociendo—. ¡Uf! ¿Por qué estoy tan nerviosa hoy?

—Esta es tu casa. Soy tu marido. No tienes por qué... —Al oír las trilladas frases que salían de su boca, se pasó una mano por la cara y soltó una carcajada carente de humor—. Yo también estoy nervioso, Rosie.

Ella jadeó.

—¿En serio?

—Sí. —De vuelta en el escenario del crimen, resultaba todavía más evidente lo mucho que había disminuido la comunicación entre ellos. Sus voces parecían casi extrañas al oírse a la vez en la cocina—. ¿Te parezco menos hombre por eso? Ahora que sabes que estoy nervioso.

—¿Cómo dices? —replicó ella, que se llevó una mano al centro del pecho—. Por Dios, no. Me ayuda a convencerme de que no estoy loca. Porque los dos estamos pasando por lo mismo.

Sus palabras lo sorprendieron, y sintió un escalofrío en la columna.

—Quiero ser fuerte para ti en todo momento —confesó con voz ronca—. ¿No es ese mi trabajo?

La expresión de Rosie se suavizó al mirarlo.

—El matrimonio no es un trabajo, Dom.

Hacía tanto tiempo que no lo llamaba con ese diminutivo que se estremeció por dentro al oírlo. En el trabajo, se lo gritaban todo el día por encima de los martillazos y de los golpes, pero sonaba distinto de labios de su mujer. Procedía del pasado. Del futuro. Tenía peso.

—El deber es algo que me resulta comprensible. Es algo que no puedo fastidiar.

—Te lo agradezco. Todo lo que haces por nosotros. Por mí. —Rosie se apartó la mano del pecho y echó a andar hacia la encimera, colocándose lo bastante cerca de Dominic como para que pudiera ver que le ponía la carne de gallina en el cuello—. Haces que me sienta más cerca de ti cuando bajas la guardia. Haces que sienta que yo puedo hacer lo mismo.

Dominic apenas fue consciente de que se movía, pero se acercó a ella. De repente, se descubrió detrás de su mujer, mirando el lunar que tenía detrás de la oreja mientras ella sacaba la compra de las bolsas. Joder, olía tan bien que ansiaba darle un mordisco.

—¿Quieres que ponga tu música?

Ella se estremeció y estuvo a punto de dejar caer una tarrina de crema agria, que soltó en la encimera.

—Eso estaría bien. Gracias. —Lo miró por encima del hombro y Dominic descubrió que tenía las pupilas totalmente dilatadas—. Voy a hacer empanadas.

—¿Eso significa que eres feliz?

—Esta vez..., significa que quiero que tú seas feliz.

Lo normal sería que, en ese momento, se pegara a su espalda, le besara ese cuello tan suave y le metiera las manos por debajo de la parte delantera de la camiseta..., pero, en cambio, retrocedió. Dios, era antinatural alejarse de ese campo de fuerza que lo atraía con tanta intensidad. Como si estuviera separando dos imanes pegados. Desde que ella se marchó, la cocina le había parecido enorme y vacía; en ese momento, era como si tuviese el tamaño de una ducha minúscula. El deseo de acariciarle la piel le provocaba un hormigueo en las manos y su boca tenía muy claro de qué manera iba a demostrarle que la quería. Sin embargo, que ella le permitiera entrar en sus pensamientos satisfacía otra parte de sí mismo. La simple afirmación de que quería hacerlo feliz le hinchó tanto el pecho que alcanzó el tamaño del bombo de una banda de música. Y la idea de que se lo demostrara le gustaba todavía más. Había ido a casa, le había limpiado la camioneta e iba a cocinar para él.

Era como el paraíso en la tierra, y nada lo arruinaría. Ni siquiera el deseo sexual insatisfecho.

Encendió la vieja radio que descansaba en el alféizar de la ventana de la cocina, y el son de la salsa se oyó al instante por los altavoces. El antiguo aparato era de su suegra y, aunque le había regalado una radio nueva a Rosie hacía ya varias Navidades, ella seguía usando esa, pese al ruido de la estática y todo. Era una tradición. A su mujer le encantaban las tradiciones, pero durante los últimos años cada vez había visto menos. O tal vez se las guardaba para sí misma.

Al recordar cómo bailaba en la cocina mientras cocinaba, tragó saliva y siguió observándola sin apartarse de la encimera en la que estaba apoyado. Se fijó en cada uno de los movimientos de

sus manos mientras mezclaba las verduras y la carne en un cuenco. La oyó tararear al ritmo de la música mientras introducía el relleno en la masa y cerraba las empanadas con un tenedor. Cuando se volvió para meterlas en el horno, se percató de que tenía la respiración alterada y supo que había sido consciente en todo momento de que él la estaba observando.

«Cuidado, amigo mío, estás dejando a la vista la obsesión que llevas toda la vida sintiendo por ella».

—Deberían estar listas dentro de media hora —susurró, nerviosa, mientras se volvía para mirarlo—. ¿Quieres ver la tele o...?

—No. —Sin ser consciente de lo que hacía, se acercó a ella y le tomó la mano izquierda con la derecha—. ¿Podemos bailar, Rosie?

—¿Bailar?

Se acercó otro centímetro, y ella echó la cabeza hacia atrás como si le hubieran cortado una cuerda, ofreciéndole la cara.

—No sé si es una buena idea —dijo.

—¿Ah, no? —El deseo estalló en su interior, pero mantuvo una expresión firme—. El terapeuta dijo que podíamos besarnos. Bailar debe de estar en la lista de cosas aprobadas por los *hippies*, ¿no?

—¡Uf! —exclamó ella con inseguridad, clavando la mirada en su boca—. Primero quieres bailar y ahora... besos. No puedes soltarme eso así como así.

Dominic sonrió y le frotó la palma de la mano con el pulgar derecho.

—No te he pedido que nos besemos. Solo he dicho que quiero bailar. —Le pasó la mano izquierda por la espalda y unió sus cuerpos—. Has llegado a esa conclusión tú sola, bombón.

Rosie balbuceó un momento, pero no pareció darse cuenta de que había empezado a balancearse con ella al lento ritmo de la música.

—Eso he hecho, sí.

—Te perdono por sexualizarme.

—Cállate —replicó con una risilla y luego dejó de hablar con un grito ahogado cuando se dio cuenta de que estaban bailando—. Te crees muy listo, ¿no?

—¿De verdad habías olvidado que me las sé todas, Rosie? —La acercó más a su cuerpo, gimiendo interiormente por el roce de esas tetas contra su torso, por la presión de sus muslos—. A lo mejor necesitas que te lo recuerde.

—Es posible —susurró ella, y su aliento le acarició la boca—. Pero que no se te olviden las normas, ¿de acuerdo?

Soltó un gruñido ronco, fruto de la desesperación y de la felicidad a la vez. Era increíble volver a abrazar a su mujer. Durante los últimos cinco años, cada vez que se tocaban, él pisaba el acelerador casi de inmediato para satisfacerla. Para complacerla. En ese momento, se preguntaba si en realidad había estado intentando compensar en exceso el hecho de no haberle dado lo que

realmente necesitaba. Palabras. Intimidad sin sexo. Se pasó la lengua por la comisura de los labios y la vio parpadear con rapidez. ¿Qué se suponía que estaba haciendo? Ah, sí. Recordarle que se las sabía todas.

—Mmm, nena. Qué meneo le has dado a la carne de las empanadas, tú sí que sabes.

Ella se echó a reír contra su pecho, estremeciéndose de arriba abajo por las carcajadas.

Dominic no tardó en sumarse a las risas, y la tensión desapareció de sus hombros. Joder, le encantaba hacerla reír, y esos momentos habían sido demasiado escasos y distantes entre sí. Durante demasiado tiempo.

—¿Qué? —preguntó mientras le daba un toquecito en la frente con la barbilla—. ¿Me estás diciendo que he perdido estilo?

—Lo has dicho tú, no yo.

—De acuerdo. Toma dos. —Se sonrieron un momento, pero después se puso serio—. Cuando estabas de pie al lado de la encimera, entraba el sol del atardecer por la ventana y convertía en oro esos ricillos que tienes cerca de las orejas. En ese momento, he pensado que me encantaría ser pintor o fotógrafo, porque guardarme para mí algo tan bonito me convierte en un cabrón egoísta. Aunque te quiero así. Toda para mí. —Cerró los ojos e inspiró bruscamente por la nariz—. Cada puto centímetro de perfección para mí solo.

Mientras hablaba, Rosie se aferró a su camiseta y dejó el cuerpo maleable contra el suyo. De algún modo, siguieron trazando un lento círculo en el centro de la cocina, aunque no tenía ni idea de cómo lo estaban haciendo, porque tenía el cuerpo rígido y dolorido por todas partes.

—Solo era una broma —murmuró ella, que se puso de puntillas, y contuvo la respiración cuando él la pegó más su cuerpo, arrastrándola hacia arriba—. Esa lengua sabe muy bien lo que tiene que decir, como siempre.

Esas palabras estuvieron a punto de acabar con su fuerza de voluntad. Se quedó a un paso de arrancarle los pantalones de deporte. De levantarla sobre la encimera para lamer ese dulce sexo que tanto echaba de menos. No. «Por el amor de Dios, no la fastidies», se dijo. Si la presionaba y ella retrocedía y se marchaba, se odiaría por haber estropeado el momento.

—Cuéntame algo, bombón —dijo con voz ronca—. Habías concertado una cita para ver el local de la antigua cafetería. Todavía no has ido, ¿verdad?

—No, todavía no —contestó ella demasiado deprisa, todavía de puntillas y aferrada a su cuello, dejando que la guiara en círculos por la cocina que se oscurecía por momentos—. Pero he probado con Georgie y Bethany el que va a ser el especial de la casa. Les ha encantado.

—Claro que sí. Es increíble. —Apretó los labios—. ¿El asado?

Ella soltó una carcajada que se deslizó por su clavícula.

—¿Qué si no? Pronto lo probarás, o eso espero. —Guardó silencio un momento—. ¿Qué has estado haciendo sin mí por aquí? ¿Cocinas?

—Por Dios, no. He estado comiendo en el Grumpy Tom's casi todos los días. Después del

trabajo. Cerveza y una hamburguesa o algo así rápido. —Extendió los dedos sobre la parte baja de su espalda en un intento por llegar lo más lejos posible—. He dormido con la tele encendida. Sé que lo odias, pero si no, hay demasiado silencio.

—Espero que no insinúes que suelo llenar el silencio con ronquidos.

—No me atrevería. —Se rio entre dientes—. No, no roncas, pero... sí murmuras.

Ella lo miró, con la boca cerca. Muy cerca.

—¿Ah, sí?

Asintió con la cabeza.

—Repites mucho que el aliño necesita más pimentón. —Unió sus frentes un instante, aunque le habría gustado prolongar el contacto—. A veces, me llamas.

La cocina pareció encogerse a su alrededor.

—¿Qué haces cuando te llamo?

Empezaba a tener dificultades para tragar.

—Besarte el hombro, tomarte de la mano.

—¿Ah, sí?

Se limitó a mirarla, con la sospecha de que sus ojos transmitían sus sentimientos... y la verdad.

—Mi cita para ver el local comercial es el viernes. ¿Quieres acompañarme?

—¿En serio? —El corazón se le disparó en el pecho—. Sí. Claro que quiero acompañarte.

La importancia del momento no se le escapó a ninguno de los dos. El fugaz contacto visual que mantuvieron era prueba de ello.

Ahí estaba. Seguía adelante con la idea del restaurante. Aunque tratara de acercarla, no podía desterrar la sensación de que su mujer se le escapaba... y le resultaba imposible saber por qué. Ese hecho despertó el deseo de reclamarla, de poseerla, como se había acostumbrado a hacer.

De manera que se humedeció los labios y se concentró en no mover las caderas. Algo difícil, teniendo en cuenta que estaba empalmadísimo y que ambos eran muy conscientes de ese detalle. Era imposible que Rosie no notara su erección con las caderas tan pegadas mientras bailaban. En cualquier momento, iba a meter la pata. Rompería las reglas. La presionaría demasiado. Aunque le costó la misma vida, la dejó de nuevo plantada en el suelo y retrocedió un paso mientras se pasaba el dorso de una muñeca por el sudoroso labio superior.

«Habla. Habla. Usa las palabras», se dijo.

Palabras. Ese pensamiento lo sacudió, y se aferró al salvavidas antes de extender de nuevo los brazos y agarrar a Rosie, que estaba temblando bajo la tenue luz.

—Antes estaba pensando en lo mucho que te gustan las tradiciones. Y... —Tragó saliva con fuerza, suplicando que la sangre regresara a su cerebro—. Esta semana he intentado distraerme, así que he hecho limpieza en el sótano y he encontrado una de las cajas de tu madre con recetas escritas en tarjetas. —Se apartó de su belleza por pura necesidad y abrió el cajón donde había guardado las recetas. Junto a ellas había un estuche, pero no quería que Rosie lo viera. De algún

modo, el anillo de compromiso de su suegra había acabado en el sótano y, al abrir el estuche, vio que le faltaban algunas piedras y que había que limpiarlo. Quería pulirlo y cambiarle las piedras preciosas para dárselo cuando volviera a casa. Que era tal cual la definición de la expresión «adelantarse a los acontecimientos». Sin embargo, no podía evitarlo. Soñar era gratis—. Estaban pegadas, pero conseguí separarlas casi todas sin que se dañaran y...

Se interrumpió cuando las manos de Rosie se deslizaron por su espalda. Se detuvieron en sus hombros y cayó hacia delante con un gemido, de manera que se vio obligado a aferrarse a la encimera.

—Date media vuelta y bésame.

—No puedo. No puedo hacerlo. Ahora mismo estoy fatal.

—Por favor, ¿sí? Echo muchísimo de menos besarte.

—¿Lo echas de menos? —Eso hizo que se volviera con el ceño fruncido y las cejas juntas—. Siempre te como la boca cuando estamos..., cuando... —«Cuando estamos haciéndolo».

Por Dios. ¿De verdad solo la besaba en esas ocasiones?

El arrepentimiento lo aferró por el cuello, de manera que se lanzó hacia delante a por su mujer y se apoderó de su boca con un gruñido. Ella gimió contra sus labios, y en su interior todo se aceleró, se ralentizó y volvió a acelerarse. No podía detenerse a respirar bien porque esa fracción de segundo le permitiría pensar y darse cuenta de que nunca había besado a su mujer solo porque sí. Solo para estar cerca de ella. ¿Se podía saber qué le pasaba?

Se había abalanzado sobre ella sin medida, y no podía hacer nada para frenarse. Mucho menos cuando ella gimió como si hubiera estado esperando justo eso: un beso en la cocina, durante años.

Por Dios, ¿de verdad lo había esperado?

La inclinó hacia atrás sobre su antebrazo y le metió la lengua en la boca, una, dos, tres veces. Abrió los ojos de golpe cuando sintió que ella le respondía y rozaba la suya tímidamente al principio y después con más confianza. Le tiró de los hombros de la camiseta hasta que él retrocedió lo suficiente como para dejar que se la quitara con brusquedad por encima de la cabeza, dejándolo desnudo de cintura para arriba.

—Las reglas..., las reglas —gimoteó ella contra su boca—. Solo quería tocarte.

—Si quieres quitarle la ropa a tu marido, quítasela, joder. —La enderezó de nuevo y la hizo retroceder hasta que chocó contra la encimera—. Cuando quieras. —Le recorrió la cara, el cuello y la garganta con los labios, besándola con la boca abierta—. Cuando quieras.

Rosie parecía aturdida mientras le acariciaba los pectorales con las manos.

—Por Dios, estás tremendo. No... —Se mordió el labio y rio de esa forma tan preciosa y alegre que hacía tanto que no le oía—. Hasta que te vi en el gimnasio el otro día, pensaba que te habías puesto así de fuerte en la obra.

Dominic le lamió la boca y sintió que se quedaba sin fuerzas, que le temblaban los muslos

contra los suyos.

—Tengo un puto diez en casa —masculló contra sus labios hinchados—. ¿Me crees tan tonto como para descuidarme?

Rosie echó la cabeza hacia atrás y él le pasó la lengua por el centro de la garganta, tras lo cual se la metió en la boca cuando se acercó a sus labios. Besarla y saber que no se le permitía estar dentro de ella aguzaba todos sus sentidos. El roce de su sexo cada vez que se movía contra él con los ajustados pantalones de deporte. Las húmedas caricias de sus lenguas. El olor a coco en su piel. Era una locura absorber todos esos detalles sin traspasar los límites impuestos, pero la privación amenazaba con robarle la cordura.

—Rosie —dijo con fuerza, dándole una serie de lentos mordiscos en los labios—, quiero pasarme diez horas seguidas besándote, pero no puedo. —Se rindió y pegó de nuevo sus caderas gimiendo contra su cuello y oyendo el gemido que se le escapaba a ella—. Si sigo comiéndote la boca, me corro.

—Hazlo —le susurró ella al oído, intentando rodearle las caderas con las piernas—. Quiero que lo hagas.

No era la primera vez que Dominic deseaba no ser tan terco.

—No. —Golpeó la encimera de la cocina con el puño—. Ya te lo he dicho. Dentro de mi mujer o nada.

Rosie soltó un gemido frustrado que él interrumpió con un beso, porque no tenía elección. Volvió a acercar la boca a la suya con tanta ansia que se preguntó cómo había podido verla caminar por la casa sin echársele encima para besarla. Después de separarse brevemente para respirar, sus lenguas y sus labios se enzarzaron de nuevo, y sintió que estaba a punto de correrse. Nada podría impedirle frotarse contra su acogedor cuerpo.

—Por favor —le suplicó contra el cuello—. Por favor.

—¿Confías en mí? —le preguntó ella.

—Sí, sí.

Dominic observó con los ojos entrecerrados que Rosie le ponía las manos en el pecho y empujaba. Permitió que lo apartara un poco, y ella lo empujó de nuevo, hasta que la parte posterior de sus piernas se topó con una de las sillas del comedor.

—Siéntate, marido.

Siempre era él quien dominaba, pero le habían arrebatado ese poder. Lo único que podía hacer era sentarse, moviendo las caderas, haciendo muecas de dolor por lo incómodos que le resultaban los calzoncillos.

—Esposa...

Ella se llevó un dedo a los labios.

—*Shhh*. Confía en mí.

Rosie empezó a desnudarse, allí mismo, en la cocina, como una puta diosa, iluminada solo por

la débil luz de la bombilla de la cocina. Se quitó la camiseta despacio y la dejó caer al suelo, quedándose sin sujetador. Esas tetas con los pezones endurecidos de color rosa oscuro lo dejaron casi sin respiración.

—Tócatelas. Juega con ellas, preciosa calentapollas.

—Pronto...

En ese momento, se dio media vuelta para bajarse despacio los pantalones de deporte, y Dominic no pudo evitar acariciarse por encima del pantalón, aunque eso empeoró la situación.

—Conozco ese tanga —masculló al tiempo que veía cómo quedaba a la vista el tanga rojo entre sus prietas nalgas—. Te he atado al poste de la cama con él, te he penetrado con él mientras lo aferraba con una mano y te lo he metido en la boca para que no gritaras. Me pertenece tanto como a ti, ¿verdad?

Rosie se zafó de los pantalones con un último puntapié y asintió con la cabeza mientras se acercaba a él vestida tan solo con ese triángulo rojo de tela.

—Pues sí —susurró, colocándose entre las piernas extendidas de Dominic y dándole un beso lento e hipnótico. Él le colocó las manos en las caderas y fue ascendiendo hasta acariciarle las tetas, tragándose sus gemidos—. Sabes cómo adueñarte de todo lo que tocas —añadió, chasqueando la lengua contra la suya—. Pero ahora quiero ser yo quien te posea a ti.

El gemido de Dominic rezumaba dolor. Volvió a apretarse el bulto de los pantalones con la mano derecha.

—Dime qué tengo que hacer para dejar de sufrir —pidió.

Manteniendo sus bocas unidas, Rosie se sentó a horcajadas sobre sus muslos. Sin embargo, él tenía las piernas tan separadas que eso afectó su postura, de manera que el tanga rojo no logró ocultar del todo lo que había debajo. No le quedó más remedio que bajarse el pantalón de deporte y empezar a acariciarse con frenesí porque ya estaba a punto de caramelo. No había alternativa con su mujer prácticamente desnuda sentada a horcajadas sobre él y gimiendo de forma tan seductora.

—¿Vamos a infringir las normas? —logró preguntar con los dientes apretados y la respiración agitada—. Di que sí, bombón. Di que sí y te llenaré.

Rosie negó con la cabeza, esbozando una sonrisilla traviesa. En ese momento, empezó a tocarse entre los muslos, por debajo del tanga empapado.

—Estoy casi a punto, solo por haberte besado —dijo con la voz entrecortada—. Avísame cuando no puedas más.

Dominic echó la cabeza hacia atrás y gritó, mirando al techo:

—Joder, te he dicho...

—Que dentro de mí o nada. —Empezó a estremecerse y los pezones se le endurecieron todavía más. Se pegó a su torso, sentándose sobre su regazo y sintió el roce de sus pezones en su sudoroso torso—. ¿Te acuerdas del segundo año de instituto? —murmuró Rosie contra sus labios

casi sin aliento—. Todas aquellas veces en tu dormitorio mientras se suponía que estábamos estudiando.

—No he olvidado ni un solo segundo contigo.

La ternura brilló en los ojos de su mujer antes de que la lujuria se apoderara de ellos de nuevo.

—No tardábamos ni un cuarto de hora en que me quitaras la falda y empezaras a frotarte contra mí...

Dominic gimió.

—¿A estas alturas todavía vamos a fingir que no te colocaste en la cama para que pudiera verte las bragas rojas, empapadas y metidas entre los cachetes?

—Me declaro culpable —respondió ella, que soltó el aire, cerró los ojos, y aumentó el ritmo de sus caricias, haciendo que una gota de semen le humedeciera la punta.

Estaba a punto. A punto. Oírla recordar aquellas tardes sudorosas lo llevaría al límite y no podía hacer nada para evitarlo. Joder.

—Fuimos tan lejos como pudimos sin hacerlo del todo. —Parpadeó varias veces—. Y, al final, decidimos que la punta solo no contaba, ¿verdad?

Dominic se echó hacia delante en la silla y cayó de rodillas al suelo, llevando a Rosie consigo. En cuanto la tuvo de espaldas sobre el suelo de la cocina, le apartó el tanga y le metió solo la punta. No meterla hasta el fondo lo volvía loco, pero sentir la presión de su cuerpo alrededor de la punta era increíble. Perfecta. Se la aferró con una mano y empezó a cascársela entre los muslos de su mujer.

—Qué mojada estás, ¿no? Te has empapado torturándome mientras te abrías de piernas, ¿verdad? —Sintió una repentina presión en la parte baja de la espalda y gimió, consciente de que se acercaba al final. Ya sí—. Sigue acariciándote el clítoris. No pares. Córrete conmigo.

—Sí —gimoteó ella mientras se acariciaba con dos dedos.

Estaba desando acariciarla con la lengua, pero eso sería saltarse las normas, ¿no? Ya no tenía ni idea. Solo sabía que iba a morir si no llegaba al orgasmo.

—Me corro, Dominic. Por favor. Sí.

Se acarició con más fuerza y sintió la descarga en las pelotas, como si fuera una trampa que se abriera de golpe para caer en picado por ella. Acercó la boca a la oreja de su mujer y le dijo entre dientes.

—Escúchame bien. Si pude jugar a meterte «solo la puntita» en ese sexo virgen durante un puto año, aguantaré todo lo que sea necesario para recuperar a mi mujer. Voy a recuperarte. Ten muy claro que soy capaz de matar con tal de recuperarte. —Se tragó el nudo que la creciente emoción le había provocado en la garganta y dejó que el orgasmo se apoderara de él—. Te quiero.

Fue una agonía decir esas palabras sabiendo que no se las devolvería. Le provocó un desgarró en el pecho, y se dejó caer sobre la única ancla que había conocido, besándole el cuello mientras

la tensión abandonaba su cuerpo. Rosie temblaba debajo de él, moviendo las caderas y los talones en el suelo, en busca de apoyo.

Esa vez parecía diferente. Algo había cambiado.

No se sentía exultante por la prueba de haberla satisfecho. Bueno, quizás hasta cierto punto; al fin y al cabo, era un hombre. Sus pensamientos ya no le parecían un misterio total en ese momento, y eso le encantaba. La miró a los ojos, manteniendo el contacto, y por un momento no hubo ningún misterio entre ellos. Solo honestidad. Estaban juntos en esa lucha.

«Honestidad».

La casa. Tenía que hablarle de la casa.

La besó en la frente y la ayudó a incorporarse, sin poder evitar recorrer con una mano la curva de un hombro y subir después por el cuello hasta acariciarle la mejilla.

—Dime que no te arrepientes —carraspeó—. ¿Por favor?

Rosie negó con la cabeza.

—No me arrepiento...

Tuvo la impresión de que quería decir algo más, pero no podía. Aún había demasiadas cosas que la frenaban.

Así que, aunque tenía en la punta de la lengua contarle lo de la casa que había comprado, ese titubeo hizo que reconsiderara la idea. Volvió a guardarse el secreto.

El brillo de los ojos de su mujer se atenuó un poco al percatarse de que él también titubeaba.

En ese momento, sonó el temporizador de la cocina.

Rosie se levantó para sacar las empanadas del horno y él soltó una palabrota. No pudo evitar sentir que había fallado el tiro definitivo. Había tenido a su mujer justo delante, tan vulnerable como hacía mucho que no la veía y había perdido otra oportunidad de llegar a lo más profundo de su mente. De aferrarse a su conexión y tirar con fuerza hasta que no les quedara más remedio que estar juntos de nuevo. Cuando la miró, ella ya había colocado las empanadas en una rejilla para que se enfriaran y había empezado a vestirse.

—En cuanto se enfríen...

—Te debo una cita —le dijo, renuente a oír la incomodidad que destilaba su voz. Quería recuperar ese tono íntimo que había tenido antes, cuando estaban bailando—. Quiero llevarte a algún sitio, Rosie.

Ella se pasó las manos por la parte delantera de la camiseta.

—¿Cuándo?

—Mañana por la noche —contestó mientras se incorporaba y se subía el pantalón de deporte sin dejar de mirarla—. Te recogeré a las seis.

—Me parece bien. —Unió las manos a la altura de la cintura, con los dedos entrelazados. Acto seguido, los separó y echó a andar hacia la puerta—. Nos vemos.

—Espera —dijo Dominic, que colocó la mano en el pomo y esperó hasta que ella lo miró a los

ojos—. Gracias por todo esto. La camioneta, la cena...

—De nada. —Rosie miró hacia la cocina—. Ha sido como retroceder en el tiempo. —Tras decir eso, se puso de puntillas y su voz se redujo a un susurro mientras lo besaba con dulzura en la boca—. Te echaba de menos. Echaba de menos cómo éramos. A partir de ahora..., quédate conmigo, ¿sí?

Dominic le colocó una mano en la nuca y la besó con pasión.

—No voy a irme a ningún sitio.

Seguía en la puerta mucho después de que ella se marchara, deseando haberse sincerado con lo de la casa. Deseando que se hubiera quedado. Pero primero debía ser sincero consigo mismo. Y sabía que esos impulsos de guardarse en su interior tanto los sentimientos como las inseguridades, y la creencia de que debía mantener a su pequeña familia sin comentar nada..., sabía que tenía que enfrentarse a todo eso. Mantener la compostura no había funcionado. Había llegado el momento de demostrarle a Rosie que había dedicado todos y cada uno de los días de su vida a cumplirle el sueño que creía que era lo más importante para ella. Para los dos.

Con razón o sin ella, al día siguiente por la noche la llevaría a la casa.

Al día siguiente, se lo jugaría todo.

Rosie estaba nerviosa. Por una cita con su propio marido.

Ninguna mujer sobre la faz de la Tierra podría culparla, ¿verdad? Hacía tiempo que sabía que su marido estaba muy bueno. Sin embargo, el tiempo y la distancia habían hecho que lo redescubriera. Cuando le quitó la camiseta en la cocina, el festín de músculos y tatuajes estuvo a punto de hacerla llorar de felicidad.

«Tengo un puto diez en casa. ¿Me crees tan tonto como para descuidarme?».

De pie frente al espejo del cuarto de baño, Rosie se abanicó las acaloradas mejillas. Nunca había visto a Dominic tan desesperado como cuando la tiró al suelo. Siempre era brusco, pero en aquel momento había salido su parte animal. Había logrado contenerse por el bien de su matrimonio..., y eso tal vez fuera lo más erótico de todo.

Se hizo con el frasquito de perfume y se puso unas gotas en las muñecas. Algo tan habitual hizo que se sintiera sensual. Tensa en algunas partes del cuerpo y relajada en otras. Por Dios, la noche anterior tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad para dejar a Dominic. No por sus caricias, aunque eso por sí mismo ya era un afrodisíaco bastante potente. No, fue por el esfuerzo que estaba haciendo. Porque su marido lo estaba intentando.

Cerró los ojos y movió el cuerpo con una sonrisa en los labios mientras repetía su baile en la cocina. Ese era el hombre del que se había enamorado. Habría sido facilísimo quedarse a dormir. Volver a casa. Confiar en que todo iría mejor.

En ese momento, abrió los ojos y vio en el espejo que su sonrisa desaparecía.

Porque lo sabía. Había recorrido un camino tortuoso con Dominic y sabía que había mucho más que resolver. Ese hombre todavía guardaba secretos detrás de cada mirada, de cada palabra. Por mucho que sus muros se derrumbaran cuando se besaban y se complacían mutuamente, casi palpaba el dique que se alzaba en su interior y que retenía un montón de cosas importantes. Por Dios, Dominic había mejorado mucho a la hora de expresar sus pensamientos, pero ella estaba luchando por el futuro que habían imaginado. Le sería fiel, libraría una guerra por la supervivencia de su matrimonio, pero estaba obligada —por él, por ella misma, y por los jóvenes que fueron en otra época— a llevar la lucha hasta el final.

Tras echarse una última mirada en el espejo, regresó al dormitorio de invitados y miró el vestido de color magenta intenso. Lo había comprado esa misma tarde en los grandes almacenes, antes de fichar, y todavía tenía la etiqueta colgada de una axila. No era un vestido muy práctico,

tan escotado y con esa tela satinada. ¿Desde cuándo no se compraba algo tan frívolo?

Desde el día que Dominic volvió del extranjero. Su madre aún vivía en aquella época, y fueron juntas de compras, que fue cuando encontró aquel vestido de verano con estrellitas que resaltaba sus pechos, pero que era lo bastante recatado como para ponérselo para ir al aeropuerto en pleno día. Se untó crema hidratante en cada centímetro de piel y se sentó a la mesa de la cocina mientras su madre le hacía dos trenzas y se las colocaba en la coronilla. Llevaba semanas con mariposas en el estómago a la espera de que Dominic volviera a casa para quedarse. Cada vez que volvía de permiso, le parecía más callado, pero hasta el momento lo había atribuido a la certeza de saber que solo eran estancias temporales. En esa ocasión, sería distinto.

Nunca se había sentido tan guapa como cuando Dominic la vio desde lo alto de las escaleras mecánicas del aeropuerto. Sus ojos se abrieron de par en par y pareció quedarse casi sin aliento. Sin embargo, el optimismo que la invadió se fue desvaneciendo a medida que él iba descendiendo. Le resultó imposible aferrarse a esa emoción cuando lo vio endurecerse al reparar en la alegría con la que ella lo recibía. Y ese semblante estoico, esa máscara, nunca había desaparecido del todo.

Se puso el vestido pasándoselo por la cabeza y echó la mano hacia atrás para subirse la cremallera. No era la primera vez que se preguntaba qué habría pasado durante las misiones de Dominic en el extranjero. Por supuesto que se lo había preguntado. Tratar de sonsacarle información a su marido era mucho más fácil en aquellos primeros tiempos. Incluso intentaba hacerle cosquillas. Cuanto más se resistía él, más consciente era de que pensaba llevar solo la carga de esos años. A esas alturas, sin embargo, se preguntaba si debería volver a intentarlo. No sería justo utilizar su separación para sonsacarle información, sobre todo si él no quería compartirla, pero no podía evitar preguntarse si convencerlo de que le hablara sobre esa etapa de su vida sería la clave para que volvieran a acercarse.

Oyó que la puerta de la entrada se cerraba en la planta baja y respiró hondo, disfrutando de las mariposas que sentía su estómago. Sería Bethany, que acababa de volver del trabajo. Sería divertido enseñarle su vestido nuevo a una amiga, ¿verdad? Hacía mucho que no lo hacía.

Al cabo de unos minutos, alguien llamó a la puerta de la habitación de invitados y Rosie se dio media vuelta mientras se enderezaba el bajo del vestido con nerviosismo.

—Ay, por Dios. Muy bien. Pasa.

Bethany tenía el ceño fruncido cuando abrió la puerta, pero al verla la expresión se esfumó.

—¿Qué es esto? —Estampó un pie en el suelo—. Estás buenísima con ese vestido. Me gustas mucho desde ahora mismo. No es broma. Sigue adelante con el divorcio para que podamos casarnos. —Soltó un chillido y empezó a aplaudir—. Perdona, lo he llevado demasiado lejos, pero estás increíble.

—Me siento increíble. —Movi6 las caderas hacia un lado y hacia el otro—. No estaba rebajado. Ha sido un capricho. Y no me arrepiento.

—¡No deberías! Arrepentirse es de tontos. —Bethany la tomó de las muñecas y le apartó los brazos del cuerpo—. ¿Tienes zapatos?

—Iba a ponerme los del trabajo.

—No. —Bethany se dio media vuelta y salió por la puerta—. Ven conmigo.

Estaban sentadas en la lujosa alfombra blanca del vestidor de Bethany cuando Georgie apareció en el marco de la puerta. Vestida con un traje de payaso.

—Hola. ¿No estoy invitada a la fiesta de los zapatos?

—Ha sido algo improvisado. Rosie tiene una cita con su marido.

Georgie se dejó caer en el suelo con las piernas cruzadas.

—¿Dónde?

—No lo sé. —Sintió que los nervios le provocaban un hormigueo en la punta de los dedos—. Solo me dijo que se pasaría a por mí a las seis.

—Oooh, qué misterioso.

Rosie murmuró algo mientras se ponía unos zapatos de tacón de aguja dorados, pero mates.

—¿Estos?

—Por Dios, sí, ese dorado le va de maravilla al color del vestido —susurró Bethany mientras señalaba los zapatos con una mano—. Pero asegúrate de llevar zapatos planos en el bolso. Una vez dejé tirado a un chico con el que quedé en Manhattan y me salieron nueve ampollas en los pies mientras intentaba encontrar un taxi con ellos puestos. No están hechos para andar.

—Ah, sí —replicó Georgie—. El clásico zapato para sentarse. Superpráctico.

Rosie soltó una risilla, se puso en pie, echó a andar hasta salir del vestidor y luego volvió.

—Prácticos o no, están diseñados para hacer que los hombres tengan pensamientos impuros.

—Los hombres tienen pensamientos impuros con cualquier objeto inanimado —replicó Bethany, con cara de asco—. Una caja de cereales. Empalmado. Una cubitera. Empalmado.

Georgie hizo un mohín.

—¿Todavía sigues con tu año sabático masculino, Bethany?

—Pues sí. He resuelto mis necesidades más inmediatas gracias a internet y he vuelto al buen camino. —Señaló a Rosie con la barbilla—. Entonces..., ¿nos interesa que Dominic tenga pensamientos impuros? Pensaba que eso estaba prohibido.

Rosie se cuadró de hombros.

—Es inevitable. Pero acabamos de...

Georgie imitó el sonido de una explosión y lo acompañó haciendo gestos con las manos.

—Sí, exacto —siguió Rosie, que se alisó unas arrugas imaginarias del vestido—. Seguimos respetando las normas, pero es posible que nos hayamos... pasado un pelín de la raya.

Bethany meneó las cejas.

—¿Así es como lo llaman los chicos hoy en día?

—Travis lo llama «la hora de la siesta de los adultos» —dijo Georgie, que ocultó la cara entre

las manos—. Ay, Dios, es que me lo comería entero de lo tierno que es.

Rosie sonrió.

—Parece que habéis resuelto el tema de dónde vais a celebrar la boda.

—Está resuelto del todo. Nos vamos a casar en el jardín trasero de la casa de mis padres. —Se quitó las manos de la cara, que tenía colorada como un tomate—. Dentro de nada estaré rodeada de niños. No me puedo creer que esta sea mi vida.

«Así me sentía yo antes», pensó Rosie. Lo recordaba con total claridad; esa sensación arrebatadora que parecía hacerla flotar porque el futuro se extendía a sus pies como una alfombra roja. La cuestión era que la noche anterior, bailando en la cocina con Dominic, lo había experimentado de nuevo. En realidad, los años de silencio e incertidumbre se desvanecieron y se pasó todo el rato flotando hasta que salió por la puerta. Por Dios, qué ganas tenía de recuperar esa sensación. De recuperarla para siempre.

—Te has quedado muy callada, Rosie —comentó Bethany, dándole un toquecito con la cuña de sus zapatos—. ¿Qué te pasa?

—Nada —contestó al tiempo que se llevaba una mano al abdomen—. Es que estoy nerviosa. Como si fuera la primera vez que quedo con un chico, y esto no me pasaba desde el instituto. Además, creo que en aquel entonces me puse unos pantalones cargo cortados y un pañuelo al cuello. Así que... ¡he mejorado!

—Claro que sí —convino Georgie, que se acercó para chocar los cinco con ella—. ¿Con qué frecuencia salíais Dominic y tú antes de separaros?

Rosie soltó un suspiro.

—Mmm, a ver. ¿Nunca? Adoptamos la costumbre de quedarnos en casa cuando nos casamos y nunca la abandonamos.

—¿A qué crees que se debe?

No necesitó ni un segundo para reflexionar sobre la pregunta, ya que llevaba bastante tiempo dándole vueltas al carácter posesivo de su marido.

—A Dominic le gustaba tenerme para él solo. Y a mí me encantaba estar con él, así que caímos en el hábito de evitar las situaciones sociales. Cuando mi madre murió y me vi necesitada de una amiga, supongo que me pareció demasiado tarde para intentarlo. —Miró a las hermanas—. Durante los dos últimos años, cada vez que hablaba con vosotras en el pícnic anual de Brick y Morty siempre esperaba que pudiéramos pasar más tiempo juntas, pero...

—Me alegro mucho de que por fin lo hayamos hecho —murmuró Bethany.

—Yo también. —Rosie frunció el ceño y se alisó de nuevo el vestido—. Si Dominic y yo conseguimos que esto funcione, tendrá que acostumbrarse a compartirme. Me pregunto si es consciente de ese detalle. —Guardaron silencio un momento, hasta que sintió que empezaba a ponerse nerviosa otra vez y necesitó distraerse para no pensar en la cita—. Cambiemos de tema. ¿Qué tal os ha ido el día a vosotras?

Georgie soltó un resoplido.

—Odio estropear este ambiente tan divertido y femenino, pero... Esta tarde he tenido una fiesta de cumpleaños; no sé si os habréis dado cuenta por cómo voy maquillada. En fin, pues ha habido una discusión en la mesa de los adultos. ¿Conocéis a Becky, la que trabajaba en el supermercado?

—Me traen la compra a casa —canturreó Bethany.

—Sí que la conozco. —Rosie frunció el ceño—. Hace tiempo que no la veo, ahora que lo pienso.

—Sí. —Georgie tragó saliva—. Al parecer, su matrimonio era complicado. Una mañana se largó sin más y dejó a su hija con su marido. Pero... él no estaba interesado en ejercer de padre soltero. Así que el hermano de Becky ha venido al pueblo y se ha hecho cargo de la niña. Aunque no le está resultando fácil. Tiene siete años.

Bethany tenía un zapato colgando de un dedo índice, olvidado, al parecer.

—Por Dios.

—Lo sé.

Rosie sintió un nudo en el estómago al recordar lo unida que había estado a su madre a esa edad, a cualquier edad en realidad. Pero se le ocurrió una idea.

—Deberíamos ayudar. La Liga de las Mujeres Extraordinarias. —Se humedeció los labios—. Podríamos establecer turnos. ¿Comida y canguro? Me resulta imposible creer que nadie quiera colaborar.

Bethany asintió despacio con la cabeza.

—Gran idea. Tenemos como nueve madres con sus hijos ya fuera de casa que estarían encantadas con tal de tener niños correteando por su jardín. Por no hablar de Georgie, que tiene la boca hecha agua por las ganas de poner en funcionamiento sus ovarios...

—Cierto —reconoció la aludida, haciendo un gesto con las manos.

—Rosie, podrías encargarte de establecer los turnos para las comidas..., esa es tu especialidad —añadió Bethany con un resoplido—. Por supuesto, yo intimidaré a todo el mundo para que no se desvíe del plan. Obviamente.

—Esto parece una emergencia, ¿verdad? ¿Empezamos ya? —Georgie se puso en pie de un salto y sacó el móvil, cuya pantalla empezó a toquetear—. He mandado un mensaje al grupo de la Liga. Si el hermano de Becky se parece en algo a papá, probablemente ya esté en posición fetal. Podríamos ir a su casa, dejarle algo para cenar y echarle una mano para que descanse un rato.

Bethany se mordió el labio inferior.

—Rosie ha quedado.

Justo en ese momento sonó el timbre.

Se produjo un silencio momentáneo.

—Lo siento, Rosie. —Georgie bajó la mano con la que sujetaba el teléfono—. No pretendía estropear la noche.

—No seas tonta. Voy a abrir —replicó ella mientras salía del vestidor.

Sentía el aleteo de las mariposas en la boca del estómago mientras bajaba la escalera en dirección a la puerta de entrada. Le resultaba increíble estar tan nerviosa y emocionada por ver al que era su marido desde hacía casi una década, pero así se sentía. Aunque estaba preocupada por la niña y el hombre abrumado que vivían en la otra punta del pueblo, nada podría enfriar el deseo ardiente que la derretió por entero y se concentró entre sus muslos cuando abrió la puerta y Dominic —vestido para no darle tregua— le devolvió la mirada.

El penetrante aroma de su loción para después del afeitado le llegó al instante y asaltó sus sentidos como unos dedos que tocaran un arpa. Se había puesto un jersey negro y unos pantalones chinos grises oscuros que se amoldaban a su cuerpo de forma casi indecente, atrayendo su mirada hacia esos músculos tan trabajados. Los únicos tatuajes que se le veían eran los de los nudillos, algo que le recordó que ese hombre tan elegante también era un marine endurecido hasta la médula de los huesos.

Cuando por fin consiguió clavar los ojos en su cara, se quedó sin respiración al ver cómo la miraba: como si estuviera saboreando cada centímetro que recorría con la vista, empezando por la punta de los zapatos y ascendiendo poco a poco, sin prisas.

—Joder.

—Tú también estás estupendo. —Como no reaccionó, puso en duda que hubiera oído el cumplido.

—No te había visto antes con ese vestido. Es nuevo.

Intentó llevar suficiente oxígeno a sus pulmones, pero le resultaba casi imposible después de oír esa voz tan ronca.

—Mmm... —Se colocó un rizo detrás de una oreja—. ¿Quieres entrar?

En ese momento, la miró por fin a los ojos, y la pasión que vio en ellos la hizo retroceder un paso.

—Claro. —Traspassó el umbral y siguió avanzando, recordándole a una pantera que acecha a su presa, algo que le gustó demasiado—. Antes, cuando me invitabas a entrar en casa, tu madre me ponía delante un plato de alfajores argentinos. Me obligaba a comerme por lo menos nueve antes de darse por satisfecha.

—Lo recuerdo —consiguió decir ella, con un nudo en la garganta a causa de la emoción—. Te quería mucho.

—Es posible —replicó con el asomo de una sonrisa en los labios—. O a lo mejor solo intentaba obstruirme las arterias y matarme para que no me llevara a su niña.

Rosie soltó una carcajada.

—También tenía una vena malvada, sí.

—¿De ahí la has heredado tú? —le preguntó él, tras lo cual se lamió el labio inferior y le miró el escote—. Porque estás intentando matarme con ese vestido.

—Deja de mirar. Ya veo que sigues sabiéndotelas todas. Yo diría que hasta has mejorado —susurró ella.

¿Cuándo habían llegado a la cocina? Ni siquiera era consciente de que se habían movido hasta que se topó con la encimera en la espalda y Dominic plantó las manos en los bordes, inclinándose para aspirar el aire cerca de su cuello.

—Nuestra cama ya no huele a ti.

—Si piensas llevarme allí esta noche para solucionar el problema, vas listo.

—No me subestimes. —Le recorrió una mejilla con los labios y después la besó en la boca, momento en el que ambos gimieron—. Iba a pedirte prestado el perfume para echar un poco en la almohada.

—Ah —murmuró ella—. Sin problemas.

Bethany y Georgie eligieron ese momento para irrumpir en la cocina, hablando animadamente. Saltaba a la vista que habían pensado que ya se habían ido, de manera que dieron un respingo al descubrirlos allí. Georgie intentó volver a subir la escalera, pero se chocó con su hermana y ambas se tropezaron por la sorpresa.

—¡Lo siento! —exclamó Georgie—. No... Pensábamos que os habíais ido.

Bethany los miraba como un gato que hubiera cazado al canario.

—Vaya, vaya. He leído mucho sobre el deseo atávico y visceral en los libros, pero es raro verlo en persona...

—Bethany —Georgie le dio un codazo a su hermana—, ¿estás borracha?

Rosie escondió la cara en el hombro de Dominic, que no hizo el menor intento por liberarla de la trampa que había hecho con su cuerpo.

—¿A qué hora tiene que estar en casa? —preguntó a la vez que les guiñaba un ojo a las hermanas Castle—. Intentaré que vuelva a tiempo.

Antes de que pudieran contestar, alguien llamó a la puerta. Varias personas, en realidad. Se oyeron pasos en el porche y varias voces. Georgie echó a andar hacia la puerta tras torcer el gesto y abrió para permitir la entrada de al menos seis integrantes de la Liga de las Mujeres Extraordinarias, que aparecieron con bandejas cubiertas y cazuelas.

—¿Dónde está la niña?

—¿Dónde está ese pobre hombre?

Esas preguntas, además de otras variaciones de las mismas, flotaron en el aire mientras Georgie, Bethany, Dominic y ella contemplaban la intrusión. Pero la cosa no acabó ahí. Porque antes de que Bethany pudiera hablar, entraron al menos cinco mujeres más, cargadas con aromáticas contribuciones.

—¿En serio, chicas? —soltó Bethany—. Georgie ha enviado el mensaje hace menos de diez

minutos. ¿Cómo es que habéis llegado tan rápido?

—Estábamos todas en una comida de la iglesia, en esta misma calle.

Todas las recién llegadas, algunas jóvenes y otras de edad más avanzada, asintieron con la cabeza.

—En cuanto vimos el mensaje, recogimos los platos y nos subimos a los coches.

—Le he quitado el gratinado de judías verdes al párroco de debajo de las narices —dijo una de ellas, provocando un coro de carcajadas—. El pobre hombre estaba a punto de hincarle el diente.

—Esto es más importante —afirmó Candy, la dueña de la tienda de quesos y vinos artesanales del pueblo, algo que la había convertido en la preferida de... en fin, pues de todo el mundo—. Queremos ayudar.

—Rosie —dijo una mujer mayor con un gorro de lana verde. Melinda, si mal no recordaba—, ¿vas a besar a ese hombre o no?

—Ya lo he... —Cerró los ojos con fuerza—. ¡Ay, por Dios!

—¿Qué pasa? —le preguntó Dominic, y su aliento le hizo cosquillas en la oreja—. Ponme al corriente.

Formar frases coherentes cuando ese cuerpo tan musculoso la calentaba como un horno no era precisamente fácil, pero se obligó a pronunciar las palabras.

—Hay un recién llegado en el pueblo. Su hermana se ha ido de casa, el marido la ha seguido y él ha venido para hacerse cargo de su sobrina.

Dominic frunció el ceño.

—¿Y dices que acaba de llegar? —le preguntó, aunque Rosie no tuvo ocasión de pedirle que le explicara por qué parecía haber atado cabos, ya que él añadió—: Y todas vais a ayudarlo, ¿no?

Ella asintió con la cabeza.

—Tú también.

—No —replicó ella, meneando la cabeza—. Se supone que esta es nuestra noche.

—Por eso voy a acompañarte. —Se inclinó hacia ella y la besó en la frente—. Retrasaré la reserva un par de horas y cenaremos más tarde.

—¿De verdad?

El aliento de Dominic al soltar el aire le acarició la boca.

—No te voy a mentir, te quiero a solas —contestó—. Pero sé que vas a estar distraída. Prefiero esperar a que esto se solucione y estés centrada.

—¿Cómo te atreves a aparecer con tan buen aspecto? Y diciendo estas cosas.

Él abrió la boca para responder, pero acabó cerrándola y frunciendo el ceño.

—¿Mejor me callo?

Rosie se puso de puntillas, lo besó con ternura y sintió que le ardía la cara al oír un grito de júbilo al otro lado de la cocina.

—¿Responde eso a tu pregunta?

—Rosie —dijo Candy, por lo que se volvió para mirarla—, los dos platos que he traído estaban en el congelador. ¿Es seguro volver a congelarlos y calentarlos después?

Rosie examinó las fuentes.

—¿Esa lasaña lleva carne?

—Qué va. Ojalá llevara —respondió la mujer—. Esos dichosos vegetarianos se han infiltrado en la iglesia y...

—Sí, la lasaña se puede congelar de nuevo. Pero el otro plato, que lleva carne de cerdo, no. —Hizo ademán de volverse hacia Dominic, pero Melinda le dio un toquecito en un brazo.

—¿Cómo repartirías esto? Yo diría que hay suficiente para tres noches, si lo estiramos un poco y tal...

—Podemos mezclar algunos platos, pero es mejor consumir antes lo más perecedero. Voy a buscar papel y boli. A ver, chicas, poned los platos en fila. —No sabía si sentirse asombrada por el hecho de que esas mujeres le estuvieran pidiendo consejo o si mejor salía corriendo por la puerta. La habían colocado en una posición de liderazgo. Y para una mujer que llevaba años siendo ninguneada en la perfumería de unos grandes almacenes que la consideraran alguien relevante era como un soplo de aire fresco. Un soplo que no pudo evitar aspirar, dejando que le llegara hasta la punta de los dedos mientras se hacía con papel y boli para escribir—. Necesitaremos comidas aptas para una niña, chicas. ¿Quién hace los mejores macarrones con queso?

Se levantaron varias manos.

Rosie sonrió y preparó el bolígrafo.

Por Dios, qué bien se lo pasaban esas mujeres con la bebida, pensó Dominic. Le habían permitido entrar en una sociedad secreta donde las mujeres despotricaban como marineros y cosificaban a los hombres. Como mínimo, aquello resultaba muy instructivo. De vez en cuando, Rosie le dirigía una mirada de disculpa por encima del hombro, pero era totalmente innecesaria. Podría haberse quedado allí toda la noche y verla dirigir el espectáculo. Sin embargo, aun maravillado por la mujer con la que se había casado, no podía evitar sentirse muy fuera de lugar. No solo porque era el proverbial zorro en el gallinero y destacaba como una mancha de tinta roja en una camisa blanca, sino porque además estaba viendo a su mujer por primera vez con otros ojos y se daba cuenta... de que había crecido como persona. Sin él.

Él no había tenido nada que ver.

Abrió el frigorífico de Bethany y sacó una botella de agua, la destapó y bebió hasta hartarse. Habría preferido una cerveza, pero no bebería alcohol mientras llevara a Rosie en la camioneta. Rosie, que en ese momento estaba escribiendo una receta de pollo a la parmesana con una mano y abriendo una nueva hoja de cálculo con la otra mientras mantenía una conversación. Esa era la misma mujer con la que se había cruzado en su silenciosa casa, día tras día. Durante todo ese tiempo, había tenido unas capacidades asombrosas.

Debería llevar años dirigiendo su restaurante.

Por Dios, tal vez... debería haberse marchado de casa hacía años.

—Hola —le dijo cuando se volvió hacia él con los ojos chispeantes por la alegría—. Oye, en el frigorífico hay un táper grande de carbonada. Ah, y unos alfajores argentinos en una bandeja encima del microondas. ¿Me ayudas a llevarlos a la camioneta?

—Ahora mismo.

—Gracias.

Vio que estaba a punto de decir algo más, pero varias mujeres empezaron a hablarle a la vez, robándole su atención. Mientras salía de la casa con los brazos llenos de comida, no pudo evitar detenerse en el marco de la puerta y contemplar la escena en toda su magnitud. Todas se preparaban para recoger y marcharse, incluida Rosie que, con la ayuda de Bethany y Georgie, se afanaba por guardar servilletas, platos de papel y tenedores de plástico en una bolsa. Se la imaginaba perfectamente haciendo lo mismo en un restaurante bullicioso, sabiendo con exactitud qué necesitaba cada persona para que disfrutara a fondo de la experiencia gastronómica, porque

era algo natural en ella.

Eso. Eso era lo que la hacía feliz. No calentarle el coche por la mañana ni que se partiera la espalda trabajando en una obra. Rosie quería alimentar a la gente. Y al ver que en casa no recibía el respaldo suficiente, lo había buscado en otra parte. Lo peor era que él sabía que su sueño era montar su propio restaurante. Era un tema que había estado presente en sus conversaciones desde que estaban en el instituto. Lo había hablado con su madre. Sin embargo, en vez de comprarle un restaurante, había sido egoísta y se había gastado el dinero en una casa. Una casa que pensó que le gustaría tanto como a él. Una casa cuyo diseño habían planeado durante su juventud como si fuera algodón de azúcar mientras hablaban por teléfono o bajo las estrellas. Si hubiera hablado más con ella de adulto —o más bien si la hubiera escuchado—, no habría enterrado la importancia de que tuviera su propio restaurante bajo su deseo egoísta de sustentarla. Porque, en realidad, el problema era que necesitaba ese papel, y una casa era algo que podía darle él solo. Quizás incluso lo había hecho a propósito, de forma inconsciente, intentando convertirse en el sostén de la familia.

Porque un restaurante... sería solo de Rosie. Él no tendría cabida. No sería algo en común.

Aun así, si hubiera sabido lo feliz que la haría, habría utilizado el dinero que había ahorrado para comprarle un restaurante. Un lugar donde ella pudiera relucir. Pero esa oportunidad ya no existía.

¿De verdad pensaba enseñarle la casa esa noche? ¿Estaba loco?

Salió al frío exterior con un nudo del tamaño de un puño en la garganta. Desde el día que Rosie lo abandonó, no había parado de pedirle que volviera a casa. Ella se había mostrado indecisa y, aunque él sabía que tenían problemas, la había tildado de cabezota. De irracional. Sin embargo, mientras guardaba en la parte trasera de la camioneta la bandeja de alfajores argentinos y el táper de estofado, la carbonada, por fin admitió que necesitaban ir a terapia.

Que Rosie desplegara las alas y volara era un espectáculo bonito de presenciar, pero ¿eso significaba que se alejaría volando de él? ¿Tan egoísta era que se preocupaba por esas cosas?

Cerró la puerta trasera de la camioneta mientras soltaba una palabrota y, al volverse, se encontró cara a cara con Rosie. Le resultaba tan familiar y preciosa con su abrigo rojo que quiso ponerse de rodillas y pedirle perdón por ser un cabrón egoísta.

«Lo siento, bombón».

—¿Estás bien?

—Sí —dijo él tras carraspear, evitando mirarla a los ojos—. ¿Lista para irnos?

Ella asintió despacio con la cabeza y rodeó la camioneta para llegar al lado del acompañante. Dominic la siguió, le abrió la puerta y la ayudó a subirse, momento en el que sintió una punzada de deseo al verle la piel de los muslos cuando se abrochó el cinturón y cruzó esas piernas increíbles. Al parecer, ni siquiera el sentimiento de culpa le impedía ponerse cachondo por su mujer. Ojalá se fueran todos los demás coches para arrastrarla de nuevo al interior de la casa y

echar un polvo rápido contra la puerta con ese vestido ajustado.

Sin embargo, eso no resolvería nada, salvo el incesante deseo que sentía por ella. Al menos, durante un tiempo.

Hizo caso omiso de la mirada curiosa de su mujer mientras cerraba la puerta y rodeaba la camioneta para sentarse al volante y arrancar. Rosie le fue indicando la ruta, pero salvo por eso no hubo conversación alguna. Ansiaba preguntarle cuándo había cocinado la carbonada y si había utilizado la receta de su madre para el rico estofado, pero cualquier cosa le parecía poco sincera después de admitir por fin que había dejado sus sueños en el limbo durante tanto tiempo. Ella se había pasado años suspirando por un restaurante en secreto mientras él se esforzaba por conseguir un objetivo totalmente distinto. Algo que podría haber evitado ¡si hubiera hablado con su mujer! Si la hubiera mantenido cerca en vez de distanciarse de ella, para que nunca sospechara que no era invencible.

—Creo que es aquí —la oyó murmurar, de manera que abandonó sus pensamientos y aparcó junto a la acera. Después, se demoró al lado de Rosie para contemplar la modesta casa de dos plantas. Estaba iluminada como en Navidad.

Ella le colocó una mano en el brazo y sintió que lo recorría una corriente eléctrica.

—Organizaremos a todo el mundo y luego iremos a cenar. ¿De acuerdo?

—Tú serás quien las organice —la corrigió, y después carraspeó con fuerza y le quitó la mano del brazo, aunque echó de menos su tacto en cuanto desapareció—. Has estado increíble, bombón. Antes. Te gusta ejercer el liderazgo, ¿verdad?

Apretó los dientes y esperó su respuesta, aunque ya sabía cuál era. ¿Ese era él de verdad? ¿Un hombre que se había creado la imagen de su mujer que le convenía y que nunca se había dado cuenta de todo lo que ella llevaba en el interior, ansiosa por sacarlo a la luz?

—Creo que... es posible que siempre haya tenido esa capacidad —contestó ella, y cuando Dominic se volvió para mirarla, descubrió que lo miraba con incertidumbre—. ¿Llevo razón?

—Sí. —Quiso tomarle la mano, besarle la palma, pero sentía sus propias manos heladas—. Sí, Rosie. Creo que tienes la capacidad de hacer cualquier cosa.

—Gracias —susurró ella, relajando los hombros.

Al otro lado de las puertas cerradas de la camioneta, las integrantes de la Liga de las Mujeres Extraordinarias empezaban a llegar. Rosie le echó una última mirada curiosa antes de bajarse. Una vez fuera, él llevó el pesado recipiente que contenía el estofado hasta la puerta principal y Rosie se encargó de llevar los productos horneados. Los flanqueaba un nutrido grupo de mujeres que avanzaba con decisión, y se vio obligado a admitir que resultaban impresionantes. La próxima vez que algún compañero de trabajo dijera alguna tontería sobre el club de mujeres del pueblo, le dejaría las cosas claras.

Bethany fue la primera en llegar a la puerta, tras lo cual llamó con energía. Se echó el pelo rubio hacia atrás y se ajustó el cuello del abrigo blanco largo mientras esperaba. Demostraba la

seguridad que Rosie merecía. La que su mujer podría tener si él se hubiera molestado en animarla, en demostrarle que confiaba en ella.

La puerta se abrió y apareció un hombre conocido, confirmando su teoría. Port Jefferson no era un pueblo que atrajera precisamente a muchos solteros. Era demasiada coincidencia que uno hubiera empezado a trabajar para Brick y Morty esa misma semana.

Wes Daniels se quitó el sombrero de vaquero y se lo golpeó contra el muslo, con una expresión consternada en la cara al ver esa horda de gente delante de su puerta. Tras mirarlos con recelo, se centró en Bethany.

—Tú.

—¿Tú? —Bethany suspiró—. ¿Eres tú? ¿Cuidando de una niña?

—Pues sí. —Volvió a colocarse el sombrero en la cabeza—. ¿Quiénes son todas estas mujeres? ¿Tu aquelarre?

—No me lo puedo creer —masculló Bethany, que giró el cuerpo para mirar a las demás—. Que alguien se haga cargo. No puedo ser la embajadora de esta misión. Hay un conflicto de intereses.

—¿Qué pasa? —quiso saber Dominic.

—Nos odiamos —respondió ella con una sonrisa tensa.

—«Odiar» es una palabra muy fuerte —soltó Wes, que apoyó un antebrazo en el marco de la puerta—. A menos que te refieras al hecho evidente de que odias sentirte atraída por mí.

—Madre mía —refunfuñó Bethany—. Me va a estallar la cabeza.

Wes señaló a su cautivado público.

—¿Qué es todo esto?

Bethany suspiró.

—Comida. Hemos traído comida.

—No quiero caridad —dijo Wes al cabo de un momento—. Si es eso, os agradecería que os lo llevéis todo de vuelta a casa.

Rosie se adelantó, y su suave voz fue como un bálsamo en semejante situación. La tensión disminuyó de inmediato en cuanto se acercó a Wes en el escalón del porche y le puso una mano en el brazo.

—Vamos a empezar de nuevo. Soy Rosie. Estas son... todas. —Hubo sonrisas y murmullos. Wes se fijó en ese momento en él entre las mujeres y asintió con la cabeza en señal de reconocimiento—. Somos una comunidad muy unida, y creo que puede que nos hayamos pasado un poco. No hemos venido por caridad, es que nos entusiasma la idea de ser buenas vecinas y hemos aprovechado la oportunidad. Todas las que estamos aquí hemos sido destinatarias de algo parecido en algún momento.

Wes trasladó su atención a Bethany y estaba a punto de decir algo cuando una niña salió corriendo por la puerta, deteniéndose justo delante de ella.

—¡Oh! —exclamó la hermana de Stephen, que se echó hacia atrás el abrigo—. Hola, ahí abajo.

—Soy Laura. Te pareces a Elsa.

Bethany parpadeó.

—¿A quién?

—A Elsa, la de *Frozen* —contestó la niña mientras daba saltitos de puntillas.

—Ah, venga ya. Seguro que la conoces, Bethy —terció Wes, con una sonrisa en los labios—.

Es la princesa de hielo.

Se produjo un silencio momentáneo.

—No me llames «Bethy».

Wes se rio mientras entraba en la casa.

—Adelante, señoras. Y caballero. No hace falta que os quitéis los zapatos.

Dominic y Rosie se miraron al borde de la risa cuando vieron que la niña aferraba a Bethany de la mano y la arrastraba hacia el interior de la casa.

—Ven —le dijo—. Te enseñaré a Elsa. Tengo la muñeca.

—Ah. Mmm..., claro.

Dominic le colocó una mano a Rosie en la parte baja de la espalda y la guio hacia el interior de la casa. El caos invadió el lugar en cuestión de segundos. Las recién llegadas amontonaron los abrigos en el sofá y empezaron a organizar el frigorífico para hacerles hueco a sus recipientes. Una muñeca con un vestido azul cantaba a pleno pulmón «que lo soltara», ahogando la conversación. Y en medio de todo aquello estaba Rosie, que se quitó los zapatos de tacón dorados y empezó a dirigir el tráfico, tras colocar un calendario de comidas en la puerta del frigorífico. Acto seguido, pegó en los recipientes trozos de cinta para etiquetar que había ido cortando y escribió con rotulador la fecha de caducidad de cada uno.

Su talento volvió a dejarlo mudo. Verla moverse con tanta elegancia, mientras respondía preguntas y trabajaba. Una vez que la muñeca chillona acabó de cantar, Laura entró bailando en la cocina y empezó a tocar las fuentes cubiertas de papel de aluminio.

—¿Hay...?

Rosie le dio una galleta.

Dominic se descubrió retrocediendo hacia la puerta. Por más que quisiera quedarse allí y absorber la luz y el calor de su mujer durante toda la noche, no podía. Presenciar la prueba de hasta qué punto había reprimido Rosie su naturaleza generosa era demasiado. Prácticamente, sentía que su corazón iba creciendo para darles cabida a esas nuevas facetas que iba descubriendo. Sin embargo, otra parte de sí mismo le advirtió de que era demasiado tarde. Le había hecho daño a la mujer que amaba y, sin la ayuda de una máquina del tiempo, no sabía cómo reparar el daño que había causado.

Aferró el pomo de la puerta, pero lo detuvo la voz de Georgie.

—¿A dónde vas?

Soltó un quedo suspiro.

—¿Puedes decirle que estoy orgulloso de ella?

—Dominic...

Salió de la casa antes de que Georgie pudiera intentar convencerlo de que se quedara. No podía. No podía permitir que pasara ni un minuto más siendo la barricada que se interponía entre su mujer y lo que más deseaba.

Nada más llegar al otro extremo del porche, marcó el número de Stephen y se llevó el teléfono a la oreja.

—Hola —dijo cuando su amigo contestó—. Oye, la agente inmobiliaria que utilizamos para comprar la casa. Mi casa nueva... y la de Rosie. —Tragó saliva—. ¿Crees que podría ayudarnos a volver a ponerla a la venta? A un precio razonable.

Rosie no tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado desde que entró en casa de Wes hasta que descubrió que Dominic ya no estaba junto a la puerta cuando miró hacia allí. Podían haber pasado veinte minutos o dos horas. ¡Por Dios, ojalá no fueran dos horas! Su intención original solo era guardarlo todo en el frigorífico y etiquetar las fuentes de comida; pero no paraban de hacerle preguntas y, antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, no solo se estaba encargando de hacer el calendario de comidas de la casa, sino que además empezó a compadecerse de las integrantes de la Liga de las Mujeres Extraordinarias por sus desastres en la cocina y ofreciéndoles consejos para evitar futuras catástrofes. Cada vez que pensaba: «Genial, y ahora a la cita con Dominic»..., surgía otra cosa que requería de su atención.

Dominic debía de estar...

¿¡Dónde estaba Dominic!?

Miró a Georgie, que llevaba media hora merodeando cerca de ella, atiborrándose de galletas, como si estuviera nerviosa... ¡Qué curioso!

—Oye —dijo al tiempo que la aferraba por un codo—, ¿has visto por casualidad a dónde ha ido mi marido?

—Ah, pues no sé...

Rosie levantó una ceja y la miró muy seria, haciendo que Georgie claudicara al instante.

—No estoy segura de lo que ha pasado. Parecía un poco incómodo, así que me acerqué para darle conversación y creo que no le gustó. Se fue. Pero me dejó un mensaje. Quiere que sepas que está orgulloso de ti.

Eso le provocó un nudo en la garganta.

—¿Por qué iba a irse?

Georgie suspiró con tristeza y le dio una galleta mientras respondía:

—No lo sé.

Rosie se metió la galleta entera en la boca.

—¿Sabes qué? No quiero ni... —Se dejó llevar por la irritación y el nerviosismo—. No quiero ni analizarlo. De todas formas, los actos dicen más que las palabras, ¿no? —Ella estaba emocionada por la cita, se había comprado un vestido nuevo y... sí, se sentía fatal por haber dejado que la situación de Wes se interpusiera en su noche con Dominic, pero él parecía entenderlo. Incluso se había prestado a ayudar. De manera que, en ese momento, su desaparición era otro elemento más que añadir a la lista de detalles confusos e hirientes que había hecho su marido. En ese preciso instante, ni siquiera le interesaba el porqué, así que obviando el doloroso nudo que tenía en la garganta, sugirió—: ¿Abrimos una botella de vino?

—Ahora mismo.

Sin embargo, a la mañana siguiente la historia cambió muchísimo. Rosie se sentía interesadísima en el porqué de la desaparición de su marido. No dudó ni un segundo en hacerse con el teléfono móvil, que estaba en la mesita de noche, para enviar un mensaje al grupo que tenía con Armie y Dominic.

¿Podemos organizar una sesión esta mañana?

Ambos accedieron con monosílabos, como si intuyeran que una respuesta más complicada pudiese cabrearla, y no se equivocaban mucho. El Dominic que apareció para la sesión era el Dominic que ella conocía bien. Sí, señor.

El que no revelaba nada mientras mantenía la puerta abierta para que ella pudiera entrar en la consulta de Armie. Ya la estaba esperando en el aparcamiento cuando ella llegó y, salvo un brusco «hola», no había dicho ni una palabra. No le explicó por qué se había ido solo de la casa de Wes. Por qué había abandonado la cita. Nada. Había vuelto a ser un muro de hormigón impenetrable.

Ese repentino cambio le arrancó un trozo de corazón. O, al menos, le hizo una herida. Porque tal parecía que ella también sabía cómo desconectarse. Aislarse no era tan fácil como antes, pero pulsó el interruptor hasta conseguir apagar su electricidad interior.

Se dejó caer sobre los cojines donde un Armie demasiado observador la había invitado a sentarse, y se negó a mirar a Dominic cuando él se sentó a su lado.

Habían intentado que funcionara. No había funcionado.

Así de sencillo.

Había pedido esa sesión de urgencia esa mañana porque necesitaba un resultado con desesperación. Bueno o malo. O salía de allí con la pieza que le faltaba al rompecabezas de su marido o terminaban las sesiones y seguían adelante con sus vidas.

Se le secó la boca al pensar que pudiera suceder eso último. ¿Estaba preparada para esa posibilidad? Durante el trayecto en coche, la embargó la frustración y se había creído decidida a hacer progresos o a renunciar. Sin embargo, tal y como siempre sucedía cuando Dominic estaba en la misma habitación, nada era fácil. Incluso en ese momento, pese a las ganas de zarandearlo que tenía, estaba deseando sentarse en su regazo y suplicarle que hablara con ella.

Armie se tumbó de costado frente a ellos.

—Bueno, espero que esto sea importante. Estaba haciendo conservas caseras de moras.

Dominic suspiró y replicó:

—¿Ese es el código secreto para referirse a una orgía en el bosque?

Rosie soltó un grito ahogado y le dio un codazo en el costado.

—¡Dominic!

Armie soltó una sonora carcajada.

—Pues no, pero he pensado compartir las moras en conserva con mis amigas, y siempre existe la posibilidad de que acabemos...

—Siento haber sacado el tema —lo interrumpió un tenso Dominic.

—Es evidente que tenemos un enorme problema, pero no puedo leer el pensamiento, así que alguien debería empezar a hablar. —Los miró con expresión perpleja—. Tenéis las auras muy

turbias y con un borde grisáceo.

—¿De verdad? —preguntó Dominic—. ¿Has esperado hasta la cuarta sesión para empezar a hablar del aura?

—Ah, es verdad —repuso Armie, que no pareció afectado por la continua mala leche de su marido—. Esta es la cuarta y última sesión. —Esa mirada centelleante se clavó en ella—. Has convocado la reunión pronto. ¿Qué quieres contarnos, Rosie?

Tragó saliva porque empezó a replantarse su decisión tras encontrarse de repente bajo la luz de los focos.

—En..., en fin, todo iba bien. Al menos, eso pensaba. Ahora comprendo que yo era parte del problema, así que he tratado de comunicarme con Dominic...

—Díselo a él —la animó Armie con un movimiento de muñeca.

—Ah, de acuerdo. —Rosie se volvió hacia Dominic, y el corazón empezó a latirle más deprisa en cuanto lo miró de verdad por primera vez ese día. No se había afeitado. Tenía ojeras. Llevaba la camiseta arrugada. Su mal aspecto hacía juego con lo mal que se sentía ella. ¿Por qué no la miraba?—. Intenté demostrarte mi aprecio limpiando tu camioneta y preparándote la cena. Y pensé que estábamos... Supongo que pensé que estábamos llegando a algún sitio...

—Tú no formabas parte del problema.

Dominic seguía sin mirarla, así que tardó un momento en darse cuenta de que le estaba hablando.

—¿Cómo?

—He dicho que tú no formabas parte del problema de este matrimonio —contestó él con voz ronca—. No lo digas más.

—Sí que formo parte del problema.

Dominic apretó los dientes y negó con la cabeza.

—Si no he hecho nada malo y soy tan perfectísima —replicó ella, con un nudo en la garganta provocado por la exasperación—, ¿por qué cancelaste la cita?

Armie silbó por lo bajo y exclamó:

—¡Adiós!

—No fue así —le aseguró Dominic.

—¿Cómo fue? —le preguntó el terapeuta.

Dominic abrió la boca y la cerró. No dijo nada.

—Por favor —susurró ella, haciendo que su marido volviera la cabeza para mirarla—. Me dolió mucho.

Dominic se llevó un puño a la boca y emitió un sonido ronco, tras lo cual guardó silencio un rato antes de decir:

—Te vi poner orden entre esas mujeres, Rosie. Haciendo algo para lo que has nacido. Y me quedó claro que llevo mucho tiempo frenándote, joder. —Meneó la cabeza—. Hasta anoche, no

me di cuenta del obstáculo que he sido para ti.

—¿Así que te fuiste porque te sentiste... culpable?

Vio que aparecía un tic nervioso en su mentón.

—Si yo te contara...

Rosie esperó a que dijera algo más y, como no lo hacía, volvió la cabeza para mirarlo, suponiendo que había decidido guardar silencio.

—Dominic, si se trata del restaurante..., fui yo quien dejó que pasaran los años sin intentar alcanzar ese objetivo. Sin perseguir ese sueño. Podría haberme esforzado un poco más. No estamos jugando a ver quién es más culpable.

Él cerró los ojos.

—Pues deberíamos.

Armie se acercó a ellos irradiando impaciencia con todo su cuerpo.

—Dile por qué. Ahora mismo.

Dominic había clavado la mirada en algún punto distante de la pared. Los minutos pasaban, pero de su boca no salía nada, y según se alargaba el silencio el miedo de Rosie se acrecentaba. No iba a darle la menor explicación. La expresión «darse de cabezazos contra una pared» nunca había tenido tanto sentido como en ese momento.

Al final, Armie se levantó y se alejó hacia su mesa mientras Dominic y ella se quedaban sentados en los cojines. Tras anotar algo en un cuaderno, el terapeuta echó a andar hacia la puerta de la consulta, que procedió a abrir.

—Equipo Vega, odio ser portador de malas noticias —anunció con énfasis—, pero hemos llegado al final de nuestra cuarta sesión y me temo que vuestro matrimonio no lo va a conseguir.

Rosie sintió un enorme peso en el estómago y las extremidades se le entumecieron.

Dominic se puso en pie de un salto, con esos hombros tan anchos rígidos por la tensión.

—¿Cómo dices? —Soltó una carcajada amarga, pero Rosie alcanzó a ver el pánico en sus ojos—. Menuda tontería.

—Rara vez me equivoco con estas cosas —replicó Armie, que soltó un suspiro cansado—. Como ya os he dicho, llevo treinta años haciendo terapia de pareja de último recurso, y en la cuarta y última sesión la visión siempre es bastante precisa. —Tamborileó con los dedos en la puerta—. Lo hemos intentado con ahínco, pero es imposible solucionar lo vuestro, amigos míos.

Rosie tomó la que le pareció la primera bocanada de aire en horas. Sentía el cuerpo exhausto, aunque no había movido un solo músculo.

—¿Estás seguro?

Armie asintió con tristeza y los cojines que ella tenía debajo se convirtieron en púas.

—¡Rosie! —exclamó Dominic casi a voz en grito, reclamando su atención—. No vamos a dar por sentada la opinión de una sola persona. Vámonos. —Le tendió una mano, pero ella fue incapaz de levantar el brazo para aceptarla—. Rosie —insistió él con dificultad—. Vámonos, por

favor.

Por Dios, deseaba con todas sus fuerzas aceptar esa mano y olvidar todo lo que Armie había dicho. Dominic tenía razón. Dar por sentada la opinión de una sola persona y hacerle caso no era lo más sensato. Ojalá no lo hubiera visto cerrarse en banda de forma tan categórica. Ojalá no lo hubiera visto negándose a darle una explicación completa de por qué había cancelado la cena. Sí, la había frenado en muchos sentidos sin pretenderlo y se sentía culpable por ello. Si ese era el origen de sus problemas, estaba dispuesta a trabajar para solucionarlo. Pero había más. Había mucho más en el tintero, y él se negaba a hablar. Y por eso no podía irse. Porque no podía confiar en él.

«Ay, Dios, ¿se ha acabado?».

«¿Esta vez de verdad?».

Al ver que no aceptaba su mano, Dominic se quedó inmóvil. Como si fuera de piedra. Al final, tragó saliva y retrocedió hacia la puerta, sin dejar de mirarla hasta desaparecer por ella. La incredulidad y el horror absolutos que había visto en su expresión perduraron mucho después de que oyera la camioneta alejarse del aparcamiento.

Por primera vez en la vida, Rosie estaba planteándose emborracharse en el trabajo.

En el ámbito de la perfumería, había clientas llamadas «princesas del pulverizador». Se recorrían todo el muestrario de frascos, presionando todos los pulverizadores para después oler la fina bruma que caía a su alrededor. Las princesas del pulverizador eran lo peor de lo peor. Ensuciaban todo, acababan apestando el lugar y nunca, jamás de los jamases, compraban nada.

Normalmente se encontraba con un par de esas clientas durante un turno, pero ese día debería inscribirse en los libros de récords, porque había tenido que soportar no menos de doce. Alguien debía de estar gastándole una broma pesada. Ni siquiera era la hora de cenar y ya había perdido el olfato. Podía certificar lo que la ciencia sugería sobre que los sentidos se aguzaban cuando uno de ellos dejaba de funcionar. Porque estaba allí de pie, con los incómodos zapatos de tacón, frasquito en mano, una sonrisa en los labios... y podía contar hasta la última motita gris del suelo de mármol. Oía todas y cada una de las conversaciones que tenían lugar en el laberinto que formaban los expositores de cristal de los productos cosméticos con tanta claridad que los clientes bien podrían estar siseándole al oído. Si apretaba el frasquito verde que tenía en las manos con más fuerza, lo rompería.

Su matrimonio se había acabado.

Por segunda vez.

El cielo de ese viernes empezaba a oscurecerse en el exterior de los grandes almacenes, y ella no sabía nada de su marido desde la desastrosa sesión de terapia del día anterior. Se había pasado todo el día esperando que apareciera y le exigiera que se dejara de tonterías y volviera a casa. Pero no lo había hecho.

No lo iba a hacer, ¿verdad? Por Dios, esa posibilidad la aterraba.

Con el rabillo del ojo, atisbó a Joe, el vigilante de seguridad, mientras hacía su ronda. Sin pensar, soltó el frasquito de perfume y echó a andar en su dirección acompañada por el repiqueteo de sus zapatos de tacón. Su expresión debía de reflejar el estado de ánimo que la embargaba, porque cuando lo llamó por su nombre, Joe se volvió para mirarla con una expresión nerviosa pintada en la arrugada cara.

—Ah, hola, Rosie.

—Hola, Joe. —Se obligó a sonreír, pero le parecía más una mueca—. Tengo curiosidad... ¿Cuándo viste a mi marido por última vez?

Él cambió de postura.

—A ver, Rosie...

Ella cruzó los brazos por delante del pecho y lo miró con una ceja levantada.

—Esta mañana. —Joe se llevó un puño a la boca y tosió—. Se ha pasado esta mañana para dejarme mi sobre. Tenía muy mala cara, la verdad. ¿Os habéis enfadado?

—Algo así —masculló Rosie al tiempo que se daba media vuelta y regresaba a su puesto para descubrir que aparecían de la nada dos princesas del pulverizador con las cabezas tapadas por las capuchas de las sudaderas. Su marido seguía con sus tácticas protectoras encubiertas, pero no la llamaba. Lo último que necesitaba en ese momento, además de un corazón destrozado por segunda vez, era un par de mironas—. Disculpen, señoras. ¿Necesitan...?

Las clientas se volvieron de un salto y se bajaron las capuchas.

—¡Sorpresa!

Eran Bethany y Georgie.

Aunque soltó una carcajada entre dientes, Rosie seguía con los hombros rígidos por la tensión que se negaba a abandonar.

—¿Qué hacéis aquí, chicas?

—Me ha picado el bicho de las compras —contestó Georgie con una mueca al tiempo que soltaba el frasco de perfume con forma de sujetador rosa que tenía en la mano—. Desde que me hice el cambio de imagen, ya no me conformo con petos y gorras de béisbol. Es de lo más inconveniente. Tengo que ponerme los sujetadores adecuados...

—Y lavarte el pelo... —añadió Bethany.

Las hermanas se miraron con la nariz arrugada.

—En fin —dijo Georgie con retintín al tiempo que le daba la espalda a Bethany—. La cosa es que se nos ha ocurrido pasarnos para saludarte. Tenemos una proposición que hacerte.

Rosie estaba encantada de que sus amigas se hubieran presentado en la tienda. Necesitaba ese descanso mental y desde luego que necesitaba las risas para mantener la cordura a la que seguía aferrándose, pero, en cualquier momento, Martha aparecería por la esquina...

—No le pago para socializar, señora Vega.

La presión se le agolpó detrás del ojo derecho, que empezó a latirle. La voz de su supervisora era irritante cualquier día de la semana, pero con el sentido del olfato reducido por la saturación de olores, las sílabas y las vocales de Martha se le clavaron en la piel como si fueran chinchetas.

—Somos clientas —repuso Bethany con dulzura al tiempo que elegía un frasquito al azar sin mirar siquiera y se lo daba a Rosie—. Este, por favor. Hará que todos los hombres se acerquen como moscas.

Georgie enterró la cara en la flexura del codo.

Rosie se mordió el labio inferior en un intento por contener la carcajada, pero se le escapó un resoplido. Y fue entonces cuando se produjo el efecto avalancha. Esa muestra de humor dio paso

a un ataque de histeria. Su prepotente supervisora acababa de reprenderla —de nuevo—; su matrimonio había pasado de estar herido a estar roto; los pies la estaban matando; y había olido tantos perfumes que se había quedado sin olfato.

Por si eso fuera poco, esa mañana había cancelado la cita para ver el local de Cove Street con la agente inmobiliaria. Dominic dijo que la acompañaría, pero al despertarse y no ver llamadas perdidas ni mensajes de texto, le dio miedo averiguar si se presentaría o no. Y ¡por Dios!, eso la cabreaba muchísimo. Era él quien le había pedido una segunda oportunidad. No ella. Ella estaba preparada para pasar página, y él había vuelto en tromba, asegurando que podían arreglar lo que estaba roto. En fin, pues Dominic lo había roto de nuevo, y ella se había hartado.

De hecho, no solo se había hartado de su marido. Se había hartado de ese trabajo.

Odiaba ese trabajo.

La hacía sentirse como parte de un decorado. Y aunque la seguridad en sí misma le flaqueaba —le flaqueaba muchísimo—, tenía que levantarse y pasar página para no regresar al nivel de complacencia en el que estaba sumida antes de dejar a Dominic. Cabía incluso la posibilidad de que se sintiera todavía más cómoda haciendo algo que odiaba, incapaz de imaginarse en una situación mejor. Algo que casi le resultaba imposible de imaginar en ese momento, y eso la asustaba.

Se le escapó una carcajada entrecortada.

—Me voy.

Martha retrocedió con un jadeo.

Bethany y Georgie se quedaron boquiabiertas.

Rosie soltó el aire a toda prisa y se quitó la tarjeta identificativa. Hizo ademán de devolvérsela a Martha, pero esta cruzó los brazos por delante del pecho, levantó la barbilla y se negó a aceptarla. De modo que la dejó caer al suelo y la pisoteó hasta hacerla añicos, desperdigando trocitos de plástico por el suelo de mármol de la sección de perfumería y cosmética.

—Estoy convencida de que no tendrás problemas para encontrar a alguien que me sustituya. Todo el mundo busca dinero extra con las vacaciones —añadió Rosie, que irguió la espalda—. Pero sí te costará conseguir que se queden. Sobre todo si insistes en recalentar pescado en la sala de descanso. Eso debería ser ilegal. Martha, eres la Le Squirt Bon Bon de los jefes. —Se colocó un mechón de pelo que se le había escapado del moño—. ¿Nos vamos, señoras?

Rosie soltó el frasco de perfume que Bethany le había dado y se alejó por el pasillo de expositores de cristal, flanqueada por sus dos amigas. En varias cajas registradoras, sus compañeras de trabajo dejaron lo que estaban haciendo y la aplaudieron o la miraron con un respetuoso gesto de la cabeza. Cuando por fin llegó a la salida, se sentía varios centímetros más alta. La próxima vez que fuera a esos grandes almacenes, sería para dejarse el dinero en otro vestido. Se acabaron los perfumes. Se acabaron las princesas de los pulverizadores.

Por Dios, le asustaba saber que solo iba a recibir un cheque más y que después tendría que

depender de su modesto saldo en el banco, pero que así fuera. No se le podía poner precio a la dignidad, y necesitaba con desesperación recuperar un poco de eso.

El frío aire de octubre se le coló por la ropa al salir a la acera.

—¡Dios mío! —exclamó mientras se tapaba las mejillas con las manos—. No me creo que lo haya hecho.

—Yo sí —repuso Georgie, que le apoyó la mejilla en un hombro a modo de consuelo—. Después de lo que pasó ayer con Dominic, te has ganado el derecho a aplastar una tarjeta identificativa, o diez. Martha tiene suerte de que no fuera su cara en lo que a mí respecta.

Bethany le colocó las manos en los hombros.

—Mira, ha sido increíble, pero también ha sido un gesto enorme que conlleva cambios. ¿Estás bien?

—Sí. —Rosie meneó la cabeza, y los nervios le provocaron un hormigueo en las muñecas y en las puntas de los dedos—. No, tengo la sensación de que no quepo en el cuerpo. Pero mañana será mejor que nunca. Tengo que creerlo. Es que no quiero pensar durante un rato, ¿me entendéis?

—Noche de chicas —sugirió Georgie, que se sopló las manos y se las frotó para hacerlas entrar en calor—. Es la única solución.

Bethany esbozó una sonrisa.

—Daos por avisadas: no doy tregua en las noches de chicas. Si vamos a hacerlo, lo hacemos a lo grande.

Su hermana vitoreó.

—Manhattan, allá vamos —susurró Bethany con un brillo en los ojos.

Rosie sintió que en su interior comenzaba a arder un fuego mientras oía a Bethany hacer planes. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que se soltó el pelo de verdad? Esa noche iba a resarcirse por el tiempo perdido.

Dominic acababa de pedir su segunda cerveza cuando Travis y Stephen entraron como si alguien se hubiera meado en sus cereales del desayuno.

—Sea lo que sea, no quiero saberlo —dijo Dominic antes de darle un buen trago a su Heineken.

Travis resopló y sacó un taburete con el pie al tiempo que le hacía una señal al camarero mientras se sentaba.

—Un chupito. Whisky.

—Y otro para mí —añadió Stephen, que decidió ponerse a caminar de un lado para otro—. Que sea doble.

Eso dejó de piedra a Dominic. Para Stephen, la idea de irse de juerga era añadir otra cucharada de proteína en polvo a su batido matutino. Su mujer, Kristin, lo controlaba todo con puño de

hierro, y como intentaba demostrarle que era un hombre lo bastante formal y familiar como para que ella empezara a tener retoños, no bebía salvo alguna que otra cerveza. El whisky significaba que el mundo se estaba acabando.

Que se lo dijeran a él... Se había emborrachado después de la improvisada sesión de terapia que había acabado en desastre... y esa noche pretendía emborracharse de nuevo. Cada minuto que pasaba sobrio, recordaba a Armie diciéndoles que su matrimonio no iba a funcionar. Que se había acabado de verdad. En lo más hondo, sabía que era imposible. Pero no tenía ni la más remota idea de cómo demostrárselo a su mujer. Y lo peor era que si pudiera viajar en el tiempo y revivir la sesión, no tenía nada claro que se hubiera sincerado sobre la casa. Así que allí estaba. Un fracaso absoluto y echando de menos a su mujer a rabiar.

El camarero dejó dos vasos de chupito en la barra y usó una botella de whisky con dosificador para llenarlos antes de aceptar el billete de veinte que Travis deslizó por la barra. Stephen y Travis bebieron, y el exjugador profesional de béisbol se pasó una mano por la boca.

—Sí que quieres saberlo —le aseguró Travis.

—No, no quiero.

Stephen se apoyó en la barra, con el chupito medio vacío en la mano.

—Permíteme describirte la situación.

Dominic frunció el ceño.

—¿Estás bebiéndote el chupito a sorbos?

—Me gusta saborearlo. —Para recalcar sus palabras, bebió otro sorbito delicado e intentó por todos los medios no atragantarse—. Está bueno.

—Por Dios, pídete un refresco y ya.

—Un refresco no borrará la imagen de mi mujer con zapatos de tacón de aguja y una minifalda alejándose de la casa por el camino de entrada.

—Por Dios. Sabía que tenía que ver con las mujeres. —Dominic se apartó de la barra—. Mirad, tengo mis propios problemas.

—Ya te digo. —Travis apoyó un codo en la barra y lo miró—. Repito: permíteme describirte la escena. Estoy en la cocina, ocupado con mis cosas. Georgie está en el dormitorio, preparándose... Ya sabéis, voy a verla...

Stephen se pasó las manos por la cara con un gemido dramático.

—Eso no puede ser relevante para la historia, imbécil.

—Lo es. —Travis parecía estar conteniendo una sonrisa—. Stephen, le llevaba una copa de vino al dormitorio, a nuestro dormitorio, cuando salió... —Se puso blanco y parecía costarle tragar saliva—. Llevaba un vestido que no había visto en la vida. Es blanco. ¡Blanco! —Se bajó del taburete y les dio la espalda, mirándolos por encima del hombro mientras se señalaba el culo con una mano—. Podía verle la sombra entre las...

—Ya basta. —Stephen lo señaló con gesto serio—. Ni una palabra más.

—Tampoco había visto los zapatos —masculló Travis, que se sentó de nuevo y enterró la cara entre las manos—. No puedo creer que esto esté pasando.

Dominic miró a sus amigos con un mal presentimiento cada vez más acuciante en el pecho.

—Muy bien, así que vuestras mujeres se han arreglado. ¿A dónde van?

—De juerga —contestaron Travis y Stephen con un susurro exagerado y sendas expresiones horrorizadas—. Bethany apareció en la calle asomada al techo de una limusina, bebiendo champán de la botella.

La puerta del Grumpy Tom's se abrió de repente y entró Wes, que saludó al camarero llevándose una mano al sombrero de vaquero y pidió una Budweiser. Al verlos a los tres reunidos en la barra, los saludó con un gesto de la cabeza y se acercó a ellos.

—Tenéis pinta de que vuestras madres os han dicho que dejéis la consola y saquéis la basura.

Travis se dejó caer en el taburete.

—Peor. Nuestras mujeres van de camino a Manhattan con zapatos de tacón dignos de una *stripper*.

Wes golpeó la barra con una mano, pero se le atascó la carcajada en la garganta.

—Un momento, a ver... ¿Bethany va con ellas?

—¡Es la cabecilla, joder! —respondió Stephen—. ¿Sabes qué canción tenía a todo trapo en la limusina cuando apareció? «Like a Virgin». Esta noche voy a oírla en sueños.

Travis resopló.

—Pero ¿quién va a dormir?

Dominic apenas oía a sus amigos por culpa de los acelerados latidos de su corazón. Esos latidos se extendieron por todo su cuerpo hasta que tuvo la impresión de que palpitaba por entero.

—Mi... mi mujer no iba en la limusina. ¿Verdad?

Travis levantó las manos.

—Sí, claro que iba. Eso es lo que estaba intentando decirte.

Wes se interpuso entre ellos con expresión preocupada y el ceño fruncido.

—¿Bethany también llevaba zapatos de tacón de esos?

El ácido brotó del estómago de Dominic como un géiser, y se inclinó hacia delante en el taburete mientras se obligaba a respirar por la nariz. Aquello no le gustaba. No le gustaba ni un pelo. Se suponía que Rosie estaba a salvo en casa de Bethany. No se suponía que iba a salir del pueblo y a irse a un sitio desconocido. Sobre todo cuando habían declarado su matrimonio como insalvable. ¿Eso era un indicio de que estaba preparada para librarse de él como si fuera ropa vieja y pasar página?

Empezó a latirle una vena detrás de un ojo.

Los cuatro se quedaron callados un minuto entero, sin mirar siquiera el partido de béisbol que estaban retransmitiendo en la tele que tenían por encima. El camarero les sirvió un chupito de

parte de la casa y, después, se alejó, momento en el que ellos se lo bebieron de un trago sin titubear y sin contar ni nada.

—En fin, chicos, os dejo tranquilos. Una de las mujeres de la iglesia está cuidando de Laura esta noche —anunció Wes al tiempo que sorbía por la nariz—. Puedo aprovechar para hacer la compra.

Travis resopló.

—Vas a la ciudad, ¿verdad?

Wes asintió con la cabeza unas diez veces y luego suspiró.

—Sí.

—Un momento —repuso Stephen—. ¿Eso se puede hacer? ¿Por qué nadie ha dicho que podemos ir a Manhattan?

—No puedo ir a por Georgie para traerla de vuelta a casa a rastras —dijo Travis con expresión incrédula—. ¿Sabéis lo hipócrita que sería por mi parte? Me he pasado años yendo de juerga antes de encontrarla y sentar cabeza. Ella nunca ha podido soltarse el pelo. Además... —se interrumpió y cruzó los brazos por delante del pecho—. Confío en ella. Incluso me ha dado la dirección del sitio al que van a ir. La ha escrito con caritas sonrientes en cada «o».

—Yo también confío en Rosie. —La voz de Dominic sonó muy ronca—. Pero no me fío de los hombres.

Los cuatro gruñeron. El camarero les sirvió otro chupito.

Wes suspiró mientras se bebía el whisky de un trago.

—Supongo que vamos en taxi.

Dominic estaba sumido en un infierno mental mientras se preguntaba dónde estaba Rosie, qué llevaba puesto, en qué pensaba y si la noche de chicas solo era para pasárselo bien... o si lo necesitaba. No habían hablado desde que él se fue de la consulta de Armie, y la distancia lo estaba matando. ¿Ella lo estaba pasando igual de mal?

Por Dios. Lo único que quería era darle la buena noticia la próxima vez que se vieran. Ya que iba a confesar que había sido un imbécil egoísta, quería tener la solución junto con la disculpa. «Siento haberla fastidiado, bombón. Aquí tienes el dinero que necesitas para el restaurante. Vas a lograr cosas increíbles». Había estado ensayando esas palabras mentalmente desde que puso la casa en venta.

Travis le colocó una mano en un hombro.

—Oye, colega. Ya sabes que tengo información privilegiada de las chicas ahora que voy a casarme con la hermana pequeña de Stephen y hacerle bebés, ¿verdad?

—Que te jodan —masculló Stephen.

—Sí —contestaron los otros dos a la vez.

Dominic tuvo un mal presentimiento, y en consecuencia, el corazón se le subió a la garganta.

—¿Qué?

—Creo que sé por qué están liberando tensión. —Travis soltó el aire—. Rosie dejó el trabajo esta tarde. Vamos, que mandó a tomar viento fresco a la supervisora y pisoteó su tarjeta identificativa hasta destrozarla. Así lo ha dejado.

Dominic era incapaz de respirar con normalidad. El pánico lo atenazó al pensar que Rosie se había sentido acosada o mal.

—¿Ha pasado algo en los grandes almacenes?

—No —se apresuró a contestar Travis—. Bethany y Georgie estaban allí. Salvo por el hecho de que su supervisora se puso pedante, no pasó nada. Está bien. Georgie solo me dijo que necesitaban una noche de chicas. —Se tomó su tiempo para señalarlos uno a uno—. Por eso vamos a dejar que la disfruten.

Wes resopló y apuró la cerveza.

—A la mierda con eso.

Todos dejaron unos billetes en la barra y salieron del bar.

Rosie veía las luces de Manhattan pasar a toda velocidad hasta convertirse en una especie de borrón. Parte de dicho borrón se debía al champán que había bebido de camino a la ciudad en la limusina. Aunque, más que nada, se debía a la naturaleza de esa noche. El vertiginoso ritmo, la novedad de la experiencia. Llevaba un vestido de lentejuelas plateadas —sacado del vestidor de Bethany—, con los rizos sueltos enmarcándole la cara, y la habían maquillado con pintalabios color cereza oscuro. Casi no reconocía a la mujer que le devolvía la mirada desde el reflejo de la ventanilla contraria.

Bien. Esa noche quería ser una Rosie distinta. Una Rosie que corría riesgos y que tomaba decisiones por sí misma, para bien o para mal. A la mañana siguiente, cuando se despertara, quería ser alguien que no temía hacer cosas nuevas. A lo mejor emborracharse y bailar con sus amigas no tenía nada que ver con abrir un restaurante, pero por algún sitio tenía que empezar.

No podía culpar a Dominic por la vida tan protegida que había llevado. Por más que quisiera culparlo por no haber salido de casa, por no haber hecho amistades y por no haber salido a disfrutar, debía aceptar su parte de culpa. En otra época, lo único que quería era estar en casa con él. Los dos solos. Pero hacia el final, estar en casa significaba estar en silencio. Deambular con la sensación de ser un repuesto desconectado.

Se negaba a sentirse así esa noche.

El roce del caro cuero en la parte posterior de los muslos desnudos y los sonidos de la ciudad filtrándose por el techo abierto de la limusina hacían que se sintiera como si estuviese en otro planeta. La falta de familiaridad la emocionaba y la asustaba a partes iguales. Con el mundo ya más inclinado de la cuenta, estaba casi preparada para ponerlo patas arriba. Antes de la noche que se fue a casa de Bethany, nunca habría creído que dejaría a su marido. Esa mañana, nunca habría creído que dejaría el trabajo. Algo estaba cambiando en su interior. Dejar atrás de golpe y porrazo todo lo que le resultaba cómodo cuando todo lo demás ya era un caos le aceleraba el corazón.

Bethany se acercó a ella deslizándose por el asiento de cuero.

—Oye, ¿estás bien?

—Sí. —Pese a la respuesta, Rosie negó con la cabeza—. Nunca he salido a bailar y a beber así. No sin Dominic.

Su amiga bebió un sorbo de la copa de champán y ladeó esa cabeza de pelo rubio con gesto

pensativo.

—¿Qué te preocupa?

—No hemos llegado a la discoteca y ya tengo la sensación de que estoy siendo infiel — admitió al tiempo que se sujetaba las rodillas con las manos—. Estoy en una situación muy rara en la que no sé si me da miedo cabrear a Dominic o si eso es justo lo que quiero hacer. Y nunca miraría a otro hombre mientras estamos casados, no me refiero a eso. A lo mejor..., a lo mejor nunca podré mirar a otro hombre. Pero este vestido y esta situación en la que no puede confirmar mi seguridad bastarán para volverlo loco.

Bethany suspiró.

—Siento que sea tan complicado ahora mismo —dijo—. Tómalo de esta manera: si salir con un vestido sexi basta para que se le vaya la pinza, ya está hecho. Ya se le ha ido. Pero estás aquí. Así que aprovecha, relájate y disfruta. —Las dos miraron hacia la parte posterior de la limusina, donde Kristin estaba intentando arreglarle el pelo a Georgie, que no dejaba de apartarle las manos de mala manera—. No hemos venido para buscar hombres, Rosie. Solo vamos a estar nosotras, bailando y buscándonos una resaca. Eso no tiene nada de malo.

Rosie enderezó la espalda.

—Tienes razón. —Soltó el aire—. Me lo he ganado.

—Y tanto que sí —convino su amiga al tiempo que apuraba el resto de champán.

—Voy a bailar hasta que me salgan ampollas.

—¡Uf, qué dolor! La diversión también tiene su precio, no te creas.

La limusina empezó a traquetear sobre los adoquines que indicaban que habían llegado al Meatpacking District. Su destino apareció en la ventanilla, y la emoción de Rosie aumentó, aplastando su nerviosismo. Mientras se preparaban para esa noche, Bethany le había contado historias de sus noches de juerga en el Gansevoort Hotel. Era un edificio elegante y negro, que se alzaba sobre la bulliciosa noche del viernes. Después de que el chófer las ayudara a bajarse, las cuatro se tomaron de los brazos y se dirigieron taconeando a la entrada.

En cuanto los porteros, que parecían gemelos, abrieron la puerta de doble hoja, la música terrenal y sensual le recorrió la piel desnuda y aspiró la miríada de olores que incluían perfumes caros, colonia y los opulentos olores del vestíbulo del hotel. Dentro estaba más oscuro que en la calle, y el personal casi intimidaba de lo guapo que era, con sus uniformes negros.

Entraron en un ascensor con varios desconocidos y pulsaron el botón marcado como «Lelie Rooftop». Llegaron a la discoteca del ático en tres segundos y cuando la puerta se abrió, Rosie descubrió uno de los lugares más lujosos que había visto en la vida. Al igual que la planta baja, el interior tenía una iluminación tenue procedente de las modernas arañas del techo y de las velas rojas. La discoteca ocupaba todo el ático del edificio y se extendía en todas las direcciones con zonas de asientos y una pista de baile, y con la barra en el centro. Cada extremo de la discoteca ofrecía una panorámica distinta del parpadeante cielo de Nueva York y del río Hudson al fondo.

Era lujoso y mágico.

—¡Madre mía! —susurró Georgie, que salió del ascensor y se puso a su lado—. Y yo que creía que el Waterfront era espectacular —dijo, refiriéndose al bar de copas preferido de Port Jefferson—. Debería haber practicado más el baile antes de venir. Voy a parecer un pollo sin cabeza ahí fuera.

A Rosie se le escapó una risilla que acabó en resoplido.

—De eso nada.

Bethany le hizo un gesto a una camarera que pasaba, intercambió unas palabras con ella y las condujeron a través de la marea en movimiento de personas hacia una puerta de cristal que daba acceso a un rincón acristalado del ático en cuyos sofás bajos de cuero se sentaron. A su alrededor, las avenidas se perdían entre los altos edificios como brazos envueltos en luces de Navidad. Estaban lo bastante altas como para ver la extensión del Lower Manhattan hacia el sur y hacia el norte el Empire State Building, que estaba iluminado en tonos naranjas y amarillos en homenaje al otoño.

—No bromeabas cuando dijiste que iba a ser una noche de chicas a lo grande —susurró Rosie cuando Bethany se colocó a su lado para mirar la ciudad—. Me habría conformado con sushi caro y una comedia romántica.

Su amiga intentaba que no se le notase lo orgullosa que estaba. Y no lo conseguía.

—El dueño de la discoteca me debía un favorcillo. Estábamos metidos en una guerra de pujas por unos apliques luminosos en internet. Le dejé que se los llevara a cambio de recibir tratamiento VIP la próxima vez que viniera a Manhattan. —Extendió los brazos a los costados—. He aquí el botín de una guerra de decoración. —Chocaron los cinco—. Pero espera, que todavía hay más. —Se sacó del bolso de mano algo que parecía una tarjeta de crédito y se la dio—. Me ha proporcionado una habitación gratis en el hotel. Me ha parecido que te vendría bien tener la noche para despejarte la cabeza.

—¿Me voy a quedar aquí? —Rosie miró la tarjetita dorada y la hizo girar en la palma de la mano con una carcajada incrédula—. No he traído pijama.

—¿Todavía no sabes que yo pienso en todo?

Quería pedirle más detalles, pero Bethany la dejó de pie junto a las cristaleras para sentarse. Después de admirar la ciudad una última vez, la siguió.

—No hay muchos sitios como este en Georgia —dijo Kristin mientras todas se sentaban en los mullidos sofás de cuero—. Es la clase de establecimiento contra el que las iglesias piden firmas en mi pueblo. Seguro que mi madre presiente mi proximidad al diablo ahora mismo. Estará echando fuego.

—Así se mantiene el puntito sensual, Kristin —dijo Georgie al tiempo que le daba unas palmaditas a su cuñada en el hombro—. Bueno, ¿pedimos en el bar o...? —Justo en ese momento, dejaron una enorme botella de vodka metida en un cubo con hielo en el centro de la

mesa, junto con la selección de zumos de frutas—. Ah, muy bien. Me puedo acostumbrar a esto.

—Seguro que Stephen está como loco ahora mismo —susurró Kristin con expresión encantada—. Casi le da un infarto cuando le dije que tenía la cena en el microondas. Salí de la casa como un pavo que intenta huir en Acción de Gracias. Su cara. No se me va a olvidar en la vida.

Georgie se volvió hacia su cuñada.

—¿Por qué torturas tanto a mi hermano? —le preguntó—. A ver, no me malinterpretes. Sé que es un objetivo nato porque todo le parece mal. Pero tú parece disfrutar más de la cuenta dándole malos ratos.

—Si hay algo que ha ido pasando entre las mujeres de mi familia de generación en generación, además de la receta para la tarta de batata, es la idea de que a los hombres hay que tenerlos siempre en ascuas. En cuanto se sientan cómodos, se acaba la magia. —Cambió de postura en el sofá al tiempo que sorbía por la nariz—. Estoy decidida a mantenerlo en un tira y afloja hasta que esté en el otro barrio.

—Qué buena idea. —Bethany dio unas palmaditas—. Pienso disfrutar viéndolo desde las gradas.

—Ah, no, de eso nada —replicó Kristin—. A ti también te van a hacer lo mismo.

—¿Quién?

Kristin movió el cuello como una paloma sacando pecho.

—Ya sabes quién.

—Uy, uy —masculló Rosie al tiempo que sacaba la botella de vodka del hielo y empezaba a servir las bebidas—. Al menos deja que se emborrache un poco antes de hablar de Wes.

—¿Wes? —Bethany descruzó las piernas y las volvió a cruzar hacia el otro lado mientras soltaba una carcajada lo bastante alta como para llamar la atención de las personas que las rodeaban—. Venga ya. ¿Crees que Wes va a ir a por mí? Como lo intente, le quito el ego de dos guantadas.

Georgie levantó una ceja.

—Has estado pensando en el tema.

—No he pensado en él. En absoluto.

—Por favor, Bethany —replicó Kristin despacio—, la otra noche saltaban tantas chispas entre vosotros que se podría haber encendido fuego. No me vengas con milongas.

Bethany se quedó boquiabierta antes de cerrar la boca de golpe.

—Kristin, es posible que esa clase de antagonismo entre hombres y mujeres sea normal para ti, teniendo en cuenta que aterrorizas a mi hermano por diversión. Pero no es normal. Wes y yo no nos soportamos.

—El antagonismo es divertido. Hace que se esfuerce más en la cama. —Kristin pasó de los gemidos de todas y le asestó un codazo a Georgie—. Travis y tú tenéis vuestras peleas, y eso hace que él se esfuerce más para conseguir tus favores. Dime que me equivoco.

Georgie sostuvo la bebida en el aire varios segundos.

—Por Dios, tiene razón.

Rosie se percató de que Bethany la miraba fijamente.

—Rosie, devuélvele la cordura necesaria a esta conversación. Dime que no crees que Wes y yo... —Se interrumpió con un estremecimiento—. No puedes creer que haya algo. ¿Verdad?

—Bueno... —Rosie apretó los labios y fingió sopesar la pregunta—. A ver...

Bethany jadeó.

—Escúchame —se apresuró a añadir ella al tiempo que le ponía una mano en el brazo a su amiga—. Tú sabes muy bien lo que quieres y lo que sientes por Wes. Pero... En fin, creo que si decides mantener una relación estable con alguien, dicho alguien tiene que ser de cierta manera. Fuerte. Capaz de...

—¿Aguantar mis mierdas?

—No iba a decir eso.

—Claro que sí —terció Georgie, que se bebió medio cóctel con gusto—. Por Dios, está empezando a ser una noche estupenda.

Bethany miró a su hermana haciendo un mohín.

—Os equivocáis de cabo a rabo. Lo siento. —Meneó los cubitos de hielo de su vaso—. Admito que hay cierto *algo* muy desafortunado y sexual...

—Sinergia —sugirió Georgie.

—¡Ooh! —Kristin dio unos saltitos en el asiento—. Magnetismo.

Rosie ladeó la cabeza.

—¿Conexión?

—Picazón. —Bethany se apartó el pelo rubio por detrás del hombro—. Es una aflicción. Una molestia.

—Solo hay una manera de librarse de eso —canturreó Kristin.

Bethany esbozó una sonrisa muy dulce.

—Como no pares, le digo a Stephen que estás embarazada.

Georgie escupió el sorbo que acababa de beber.

—¿Qué?

Rosie se tapó la boca con las manos e intentó no echarse a reír.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Kristin con un jadeo mientras se cubría el abdomen con las manos—. Si todavía ni se me nota.

—Tu bebida no baja nunca. Solo finges beber. —Bethany meneó la cabeza—. ¿De qué manera vas a usarlo para enloquecer a mi hermano?

—No pienso revelar mis secretos. —Kristin resopló unos segundos—. De verdad que me has aplastado con esto. ¿Es demasiado pedir un anuncio de embarazo y revelación de sexo con temática veneciana?

—Sí —contestaron Bethany y Georgie a la par.

Rosie salió corriendo para no estallar en carcajadas.

—Voy al bar a pedirte un *ginger ale*, Kristin —se excusó—. Todas vamos a guardarte el secreto, ¿verdad?

—Sí —mascullaron las hermanas.

En cuanto entró en la discoteca, más concurrida si cabía que antes, el ambiente oscuro y sensual se la tragó por entero. Desde que se sentaron fuera, la música había aumentado de volumen y las luces se habían atenuado. La barra estaba atestada de personas que intentaban llamar la atención de los camareros, pero no le importaba esperar y empaparse de la atmósfera. A esa hora, la gente parecía dejarse llevar por la pasión. Las parejas bailaban muy pegadas. Mientras ella miraba, vio a uno deslizar la mano por la espalda de su pareja de baile para tocarle el trasero, haciendo que la chica le pegara la boca abierta al cuello. Casi podía oír los jadeos, los gemidos, el susurro de la ropa al frotarse.

Mientras se acercaba a un hueco en la barra, sintió que se le aceleraba el pulso con el ritmo del bajo. Experimentó una sensación cálida en la barriga y cerró bien los muslos. Dominic sabría lo que le pasaba de cintura para abajo con un solo vistazo. ¿Qué haría? Siempre se había esforzado por ocultar su excitación cuando no era martes, pero la noche programada se quitaba el velo gustosamente. Él la desnudaba y la tumbaba boca abajo en el sofá, le provocaba un orgasmo arrollador para calmarla un poco y, después, se lanzaba al segundo asalto, mucho más lento y deliberado.

Se le endurecieron los pezones bajo el vestido, y fue consciente de que respiraba con dificultad.

Por Dios, necesitaba con desesperación que la tocaran. Que la besaran, que la acariciaran, que la abrazaran. Todo. Tal vez Dominic y ella hubieran dependido demasiado del sexo para mantener su matrimonio, pero había sido satisfactorio en el momento. Una conexión pasajera durante la cual sentía la presencia de otra más profunda. Una que habían descuidado durante años. Después de lo sucedido en terapia el día anterior, ya no percibía su segura presencia a su espalda. Le habían arrancado la alfombra bajo los pies y seguía cayendo al vacío sin tocar fondo. A lo mejor estaba cabreada con Dominic por varias cosas, pero jamás dejaría de desear esos brazos a su alrededor. Para que la atraparan.

El camarero apareció delante de ella con una sonrisa tensa.

—¿Qué te pongo?

—Un *ginger ale*, por favor. Gracias —consiguió decir por encima de la música... y en ese momento, se dio cuenta de que se había dejado el bolso fuera—. Ah, vaya —masculló mirando al techo, sin saber si explicarle la situación al camarero o salir corriendo en busca del bolso por si le daba tiempo a regresar a la barra antes de que él volviera...

Dominic vio a Rosie nada más salir del ascensor.

Se detuvo en seco, bloqueándoles el paso a todos los que tenía detrás.

Por Dios. Para él no era una novedad que su mujer estuviera buenísima, pero ese hecho no solía ser tan evidente, joder. Podría salir al escenario de los Grammy a aceptar un premio con todas esas lentejuelas. Y con esas piernas. Y con ese culo.

Incluso en la oscura discoteca, su piel relucía. La poca luz que había se concentraba en ella, resaltando la delicada curva de sus pantorrillas, los voluptuosos pechos..., que no debería estar enseñando. No en ese sitio público con cientos de hombres. Sintió el atávico afán posesivo en las entrañas, en la garganta, en los puños apretados.

«Mi mujer. Nadie puede mirar a mi Rosie, solo yo».

Su ADN le exigía que cargara como un toro y le preguntara si sabía lo que estaba haciendo. Quería quitarse la camisa y envolverla con ella, ocultando así cada centímetro de deliciosa piel a ojos de cualquiera que quisiera saborearla. Llevarse a casa era algo inevitable.

Por Dios, pero lo que más deseaba —más que cualquier otra cosa— era postrarse a sus pies y adorarla. «Mírate, bombón». La más guapa de toda la puta discoteca.

Como si le hubiera hablado en voz alta, Rosie volvió la cabeza y lo miró, y el incesante movimiento a su alrededor se ralentizó. Preciosa. Era preciosa, joder. No solo la cara, el cuerpo o la ropa. Al mirarla con una marea de desconocidos de por medio, los años de su vida estaban allí, entre ellos, pasando como un río. La emoción de enamorarse, la lujuria hormonal de sus años adolescentes, la confianza que habían labrado mientras él estaba fuera, las millones de horas que habían pasado hablando por teléfono o en el patio de su casa, el silencio que se había impuesto cuando dejaron de intentarlo.

Oír que su matrimonio se había acabado.

Soltó una especie de gemido, como si carraspeará o se ahogara al mismo tiempo.

De camino a Manhattan, estaba decidido a ir a por su mujer, y cuantos más kilómetros recorrían, más se le calentaba la cabeza. «Voy a recordarle dónde está su sitio», se había dicho. Con los ojos clavados el uno en el otro y la realidad aplastándole los hombros como si pesara una tonelada, todo eso parecía ridículo. «He perdido a mi mujer. Va a pasar página sin mí a menos que me ocupe de esto y me ponga a trabajar en mis problemas. En nosotros». Sacarla a rastras de la discoteca como un cavernícola no lo ayudaría a recuperarla. Y ya se le habían acabado los intentos. Ya no podía cometer errores. Solo le quedaba una dirección que tomar, y era hacia delante.

Apenas fue consciente de que Travis le preguntaba a un empleado dónde podía encontrar a una chica con «flequillo, pecas, una risa preciosa y un pedrusco en el dedo del tamaño de una pelota de béisbol» mientras él echaba a andar hacia Rosie, que lo seguía mirando como un ciervo atrapado por los faros de un coche.

—Señorita —estaba diciendo el camarero cuando Dominic llegó a la altura de Rosie—, son

seis dólares por el *ginger ale*, por favor.

Sin apartar los ojos de su mujer, Dominic sacó un billete de diez dólares de la cartera y se lo dio al camarero.

—Quédate el cambio. —Una vez cerca de ella, se vio obligado a controlar de nuevo el impulso de llevársela a un rincón oscuro y gruñirle a cualquiera que se atreviese a mirarla siquiera. En cambio, se inclinó hacia delante y le dijo casi al oído—: Soy Dominic. ¿Cómo te llamas?

La oyó jadear y rezó para estar haciendo lo correcto. El pasado siempre estaría allí, pero ella necesitaba saber que podía cambiar. Que podían hacerlo de otra manera. Hacerlo mejor.

—Rosie —contestó ella al final antes de apartar la mirada y clavarla en el *ginger ale*—. Se supone que tengo que llevarle esto a mi amiga.

—¿Me estás diciendo que acabo de pagar seis dólares por un refresco que ni siquiera es para ti?

Ella apretó los labios pintados para contener una sonrisa.

—No has preguntado.

Dominic le quitó la bebida de la mano y la dejó en la barra.

—Deja que los camareros le lleven lo que quiera. Me interesa más lo que quieres tú.

—Intentaba averiguarlo.

—¿Y eso qué quiere decir?

No había espacio en la barra. No había espacio en la dichosa discoteca... y era muy ruidosa, con la música y las voces creando una cacofonía. Para poder hablar, tenía que acercarse ella y Rosie pegarse a él, colándose en su espacio personal y poniéndole las tetas el pecho, despacio, muy despacio; y como necesitaba un ancla, él le colocó una mano en una cadera.

—Quiero decir que no sé si quiero esconderme con mis amigas toda la noche o si quiero bailar. —Encogió un hombro con un gesto elegante—. Soltarme un poco el pelo.

La mano de Dominic subió por su cadera y se deslizó por su espalda..., que estaba muy desnuda, hasta la mismísima curva de su trasero. Apretó los dientes mientras ella lo miraba con expresión desafiante, y le preguntó con voz estrangulada:

—¿Te sueltas el pelo a menudo?

—No. —Su respuesta le acarició los labios—. Nunca.

Rosie le estaba diciendo algo. Lo veía en la repentina seriedad de sus ojos mientras lo miraba fijamente. En la ausencia de sonrisa.

—Si tienes pareja, seguramente... —Tragó saliva con fuerza—. Si tienes pareja, seguramente se haya pasado mucho tiempo suponiendo que necesitas seguridad en vez de emoción. Sueños. A lo mejor siempre ha sabido que eres la mujer más emocionante del mundo, pero no sabe con seguridad si tú sientes lo mismo por él. Así que trabaja y lleva dinero a casa. Porque eso sí lo controla.

Joder. ¿Acababa de decir eso en voz alta? Tenía una herida abierta y supurante en el pecho

después de pronunciar esas palabras. Ya le costaba bastante admitirlo para sus adentros. Pero allí estaba, delante de la mujer de sus sueños y con su futuro pendiendo de un hilo, de modo que si una segunda oportunidad implicaba abrir heridas, que así fuera. Las abriría todas, una a una.

—No sabe con seguridad si ella siente lo mismo por él —susurró Rosie con el ceño fruncido por la confusión—. ¿Cuánto... tiempo lleva dudando de eso? ¿Por qué?

Dominic se obligó a sonreír con naturalidad.

—Le preguntas al hombre equivocado —contestó mientras le acariciaba en círculos la delicada espalda—. Pero si tuviera que decir algo, diría que empezó hace mucho tiempo y empeoró cuando vio otras partes del mundo y conoció a otras personas. Cuando tomó perspectiva. Después de aquello, solo se sentía seguro ofreciendo estabilidad. Tal vez, como le habían inculcado mientras crecía que ese era el papel del hombre, le fue fácil adoptar esa postura. —Joder, menos mal que fingía ser otra persona. Cada vez que daba un tembloroso paso hacia delante, esa farsa le ofrecía algo a lo que agarrarse. Interpretar un papel le facilitaba la tarea de hablar—. Mírate. A ver, eres la mujer más increíble que he visto en la vida. Tan guapa que me duele mirarte. Y tienes un corazón de oro que acompaña el envoltorio. Eres paciente, leal, abnegada y amable. Un hombre que no se preocupara por hacer lo necesario para merecerte... sería un idiota. —El anhelo que sentía en el pecho no le dejó más opción que pegarla contra su cuerpo, tanto que ella arqueó la espalda—. Seguramente hayas venido aquí esta noche para alejarte de él. Cuando he entrado, me he dado cuenta. Has echado de menos esta oportunidad para brillar. Y, por Dios, brillas como una supernova. —Le acarició la oreja con los labios y abrió la boca justo debajo, dándole un mordisquito mientras ella echaba las caderas hacia delante, frotándose contra su creciente erección—. Si estás decidida a tener esta noche para ti..., me iré. Si es lo que necesitas. Pero me encantaría quedarme y descubrir todos los detalles que pueda de ti.

Rosie volvió la cabeza y le besó el mentón.

—Me encantaría. —Sus miradas se encontraron—. Y creo que yo también tengo que descubrir muchas cosas de ti.

Tras decir eso, lo tomó de la mano y lo condujo a la pista de baile.

¿Aquello era un sueño?

Porque lo parecía.

Llevaba a la pista de baile de una discoteca elegante al que era su marido desde hacía casi diez años, con la ciudad a sus pies como la falda de un deslumbrante árbol de Navidad... y él acababa de dejarla boquiabierta por la sorpresa. Podía decir abiertamente que Dominic era un hombre fuerte y callado, pero su carácter había dado un vuelco. Y, sin duda, el detonante había sido el hecho de que ella se hubiera expuesto o estuviera en peligro. Cuando lo vio salir del ascensor, pensó que acabaría echándosela al hombro cual saco de patatas.

Aunque... no lo había hecho. Eso no había pasado, y ella todavía no había recuperado el equilibrio.

Al parecer, Dominic no tenía intención de que eso sucediera en un futuro inmediato.

Ya tenía los nervios a flor de piel por la anticipación de estar pegada a su marido cuando él volvió a sorprenderla. Llegaron a un hueco en el centro de la pista de baile y, pese al ritmo frenético de la música, Rosie supuso que la estrecharía contra él. La reclamaría, tal como siempre hacía cuando bailaban.

Sin embargo, no fue así.

Contuvo el aliento al verlo girarse mientras se mordía el carnoso labio inferior con los dientes. Esbozaba el asomo de una sonrisa, pero no cabía duda de la pasión que relucía en sus ojos mientras le recorrían el cuerpo de arriba abajo y viceversa. El deseo era un ente vivo en su interior a esas alturas, pero Rosie sintió que le ardía todo el cuerpo y que el fuego se concentraba entre sus piernas. Le bajaba por los muslos. Estaba mojada. Tanto que casi no lo podía soportar. El deseo que sentía estaba tan preparado para estallar que cuando Dominic le agarró una mano y le puso el pulgar en la muñeca, gimió y se meció acercándose a él.

Vio que le guiñaba un ojo justo antes de que la hiciera girar por completo y la echara hacia atrás de modo que casi rozó el suelo con las puntas del pelo. Se le escapó una carcajada mientras él la enderezaba de nuevo. Sus frentes se tocaron y sus labios esbozaron una sonrisa.

—¿Te parece que les enseñemos a estos críos cómo se baila?

—Sí —contestó ella sin aliento, con dificultades para hablar porque algo empezaba a despertarse en su interior. Ese momento lo había vivido antes. Con Dominic. Hacía mucho tiempo. Esa faceta de su carácter le resultaba muy familiar. Así que buscó en su interior hasta dar

con la parte equivalente de sí misma. Esa parte de sí misma a la que le encantaba la diversión porque tenía un compinche. La sonrisa de Dominic la animó a insuflarle vida de nuevo, esparciendo confianza y alegría hasta los confines más oscuros de su interior.

Ese cambio debió de reflejarse en la cara, porque Dominic parecía absorto y le sujetó con más fuerza la muñeca sin darse cuenta al parecer.

—Baila para mí —le dijo él mientras le recorría con la mirada cada centímetro de su cara—. Baila para ti.

La excitación le empezó por los tobillos y le subió hasta las caderas, animándola a moverse. Las manos de Dominic la tomaron de la cintura y le dieron un ligero apretón, permitiéndole levantar los brazos y echarse hacia atrás, un poquito, al tiempo que ondulaba el cuerpo y lo observaba con la respiración agitada mientras él disfrutaba del espectáculo. Captó lo desesperado que estaba por pegarla a él, por sentir ese contoneo en su regazo; en cambio, le deslizó las manos por las caderas y la ayudó a trazar ochos con ellas. Despacio, él empezó a hacer lo mismo, hasta que por fin apartó los brazos y los desconectó físicamente, aunque sus miradas seguían entrelazadas.

Se movieron en perfecta sincronía entre ellos y con la música, moviendo la parte inferior del cuerpo hacia la derecha y luego hacia la izquierda. Dominic se echaba hacia atrás y ella hacia delante, imitando los movimientos del acto sexual, de manera que acabó con el cuello y las mejillas acaloradas. Lo vio humedecerse los labios y clavar la mirada en sus pechos mientras aceleraban el ritmo del baile.

¡Uf! Casi se le había olvidado lo bien que se movía su marido. Lo demostró en aquel primer baile del instituto al que fueron y fue mejorando en los años siguientes, pero lo que sucedía en ese momento era distinto. Era un hombre. Ella una mujer. Y había más en juego.

Su matrimonio no había funcionado. ¿Esa era la forma de Dominic de pelear por él?

Tal vez fuera el vodka. O el champán. O el vestido, la discoteca, la frustración sexual o toda la situación en su conjunto. Lo que fuera. Pero la vena rebelde que había aflorado antes apareció de nuevo, y tuvo la repentina necesidad de presionar. Conocía a Dominic mejor que nadie, y esa situación no era fácil para él. Que ella estuviera expuesta. Que la animara a exponerse. ¿Qué haría falta para llevarlo al límite? ¿Un empujoncito? ¿O de verdad había ido a buscarla con el deseo de cambiar?

Empezó a sonar otra canción, y Rosie cerró los ojos. Se pasó los dedos por el pelo y meneó las caderas con gesto provocador. Se soltó el pelo y deslizó los dedos por la parte delantera del vestido, esquivando por poco los pezones antes de continuar hacia los muslos. Entornó los párpados y vio a Dominic observándola con atención, respirando de forma agitada tal como evidenciaba su torso. Sin embargo, no la detuvo cuando ella se apartó el pelo hacia atrás y dio una vuelta completa al tiempo que meneaba las caderas al ritmo de la música..., tras lo cual fue agachándose sin dejar de mover las caderas y luego se enderezó de nuevo.

Dominic apretó los puños y después los relajó. La miró a los ojos, la agarró de una muñeca y tiró de ella para pegarla a su pecho.

«Ya está. Va a sacarme de aquí a rastras».

—Eres increíble conmigo o sin mí —le susurró él con voz ronca al oído—. Puedo esforzarme por vivir con ambas cosas si de esa manera sigo conservando tu corazón. —Le deslizó los labios por un lado del cuello hasta la clavícula, besándola con la boca abierta en ese punto antes de apartarse y hacerla girar de nuevo.

Rosie sintió que la cabeza empezaba a darle vueltas y fue incapaz de recuperar el ritmo. No con las olas de emoción que rompían en su interior. Menos mal que había música, porque ahogaba los sonidos que hacía mientras jadeaba en busca de aire. Y su marido debió de darse cuenta de que estaba preparada para que la abrazasen, para que la anclaran para evitar que cayera al vacío, porque en un abrir y cerrar de ojos la pegó a su fuerte cuerpo y metió un musculoso muslo entre sus piernas, que dejó colocado de forma estratégica.

—¡Dios! —exclamó ella, que le rodeó el cuello con los brazos para mantener el equilibrio. El deseo la abrasaba desde que Dominic se acercó a ella en la barra con ese aspecto tan rudo y preparado entre los elegantes chicos de la discoteca. Vaqueros, botas y una camiseta ancha de manga larga bien usada. Trabajada. Ese era el hombre que la ponía cachonda. Que siempre la pondría. No había dudas al respecto. Con sus palabras resonándole en los oídos y ese cuerpo tan fuerte y sólido contra ella, el deseo aumentó todavía más.

¿Debería estar subida al duro muslo de Dominic cuando habían declarado insalvable su matrimonio? Eso estaba por verse todavía. Pero él le había revelado algo en la barra. Una revelación auténtica, ya que ella sabía que quería reaccionar de forma distinta. Lo había intentado, aunque demostrar debilidad era duro para él. Lo había intentado de verdad. Y eso quería decir algo. No había sido fácil para él —estaba acostumbrado a callárselo todo—, y en ese momento estaba controlando su afán posesivo para dejarla brillar.

¿Qué más quedaba? Si era capaz de esperar conteniendo el aliento otra admisión o más progresos por parte de Dominic, tal vez..., tal vez su matrimonio no había llegado a su fin.

¿Era demasiado esperar?

—Si voy demasiado lejos y demasiado deprisa, dímelo —susurró él con voz ronca mientras le recorría con esa mano curtida la columna hasta justo encima de la curva del trasero—. Pero creo que lo necesitas tanto como yo. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí —contestó ella antes de poder morderse la lengua.

En la penumbra de la discoteca, las líneas se difuminaban. La regla impuesta por un terapeuta parecía infantil y arbitraria en comparación con el calor que desprendían sus cuerpos. Con lo que él había compartido. Con el pasado. Con el futuro que pendía de un hilo. Su atracción era algo elemental y se abalanzaba sobre ellos como un huracán de categoría cinco. Pero ¿tan sorprende era que temiera lanzarse de cabeza? Cada vez que daban un paso hacia delante, algo parecía

desviarlos de su rumbo. Él le había proporcionado la manera de mantener cierta barrera, ¿verdad? De manera que se aferró a ella en ese momento.

—Sé que nos acabamos de conocer, pero... —susurró al tiempo que le enterraba los dedos en la camiseta—. ¿Puedes abrazarme más fuerte?

Sus brazos se convirtieron en bandas de acero mientras le pegaba la nariz al pelo para aspirar con fuerza.

—Haré cualquier cosa que me pidas —respondió él con seriedad—. Menos alejarme de ti.

Se subió más a su muslo y pegó la cadera a su erección mientras lo oía sisear entre dientes.

—Tengo una habitación en el hotel para pasar la noche. —Le recorrió el centro del pecho con una uña y se detuvo justo encima de la hebilla del cinturón, acariciando el cuero con el meñique—. Convénceme de que te lleve conmigo, Dominic.

Él tensó los músculos de los brazos al oír que tenía una habitación en el hotel, pero en vez de decir algo al respecto, se agachó un poco y se levantó justo después de tal forma que se frotó con fuerza entre sus muslos mientras soltaba un juramento contra su oreja. Sentir la fricción justo donde más la necesitaba hizo que Rosie pusiera los ojos en blanco y fue incapaz de seguir conteniéndose, de modo que deslizó la mano entre ellos y se la colocó sobre el paquete.

—Rosie —gruñó él al tiempo que le daba un mordisco en el cuello—. Tengo que penetrarte. Me estoy volviendo loco. Tus movimientos. Tu olor. —Movié las caderas entre sus muslos una vez más, sujetándola por el trasero mientras lo hacía, una, y otra, y otra, y otra vez, respirando cada vez con más dificultad—. Podría correrme solo viéndote bailar. No dejes que lo haga. Llévame a tu habitación y la tendré siempre dura, te seguiré dando hasta que no puedas más. Ya deberías saber que es lo que siempre hago. Nunca acabo hasta que tú dejas de gritar pidiendo más. ¿Te he convencido?

Ella asintió con gesto trémulo de la cabeza asaltada por un torbellino de lujuria.

—La lla-llave. Está en nuestra mesa...

Dominic la interrumpió con un beso. Esas manos la pegaron a su dura erección mientras le metía la lengua hasta el fondo y se la sacaba despacio, con una caricia sensual. Un beso que era pura veneración.

—Me ofrecería a ir a por tu bolso, pero así me la has puesto. —Otro beso apasionado que la obligó a apretar los muslos contra el suyo y le arrancó unos cuantos gemidos que se le atascaron en la garganta—. Ve a por la llave antes de que busque un rincón oscuro, te suba el vestido y haga algo ilegal. —Le apartó la mano derecha del trasero y le rozó la parte posterior del muslo desnudo con los dedos—. Después de verte mover esas caderas, te aseguro que estoy dispuesto a arriesgarme a que me detengan con tal de metértela hasta el fondo la próxima vez que bailes.

Sus músculos internos se contrajeron con tanta intensidad que se dejó caer sobre él y le permitió apoderarse de su boca con otro furioso beso mientras esas manos callosas le recorrían la espalda desnuda y las caderas. Le puso fin al beso por absoluta necesidad y se apartó porque

sentía el inequívoco comienzo de un orgasmo, y no quería que fuera así. Cada centímetro de su cuerpo lo exigía todo. Toda la experiencia, no solo un alivio temporal.

—¿Nos vemos junto al ascensor?

Dominic asintió con la cabeza, y esos ojos verdes oscurecidos por el deseo se detuvieron en sus caderas y en sus pechos. Fue incapaz de apartar la mirada de él, por más que su cerebro le gritase que fuera a por la llave. De modo que respiró aliviada cuando alguien le puso su bolso en la mano, le dio una palmada en el trasero y le dijo:

—Largo de aquí, nos estás poniendo los dientes largos a todas.

—Gracias, Bethany —gritó para hacerse oír por encima de la música—. Te debo una.

Su amiga se dio media vuelta y le hizo un saludo militar tras lo cual se internó en la multitud que rodeaba la barra. Antes de que Rosie pudiera volverse por completo, Dominic la pegó a su costado y empezó a guiarla hacia el ascensor a grandes zancadas.

El pulso de Rosie iba montado en una montaña rusa, pero su vagón parecía haberse detenido en la parte que quedaba boca abajo, donde no paraba de girar, desafiando la gravedad. El hombre que le respiraba en la nuca mientras abría la puerta de la habitación del hotel era su marido. No debería sentirse como una virgen la noche del baile de graduación, pero así se sentía. Por Dios, desde luego que se sentía así.

Dominic había plantado las manos en el marco de la puerta, una a cada lado, mientras ella intentaba sin mucho éxito introducir la tarjeta en la cerradura, ya que en la penumbra del pasillo no veía las flechas que indicaban el extremo correcto.

—¿En este hotel no gustan las luces o qué? —susurró con voz entrecortada.

Su marido le quitó la tarjeta de la mano, la metió en la ranura y la sacó de golpe. Y su vagina reaccionó como si se la hubiera metido y sacado, contrayéndose y humedeciéndose todavía más. El ascensor en el que habían bajado del ático iba atestado de gente; de lo contrario, estaba segurísima de que no habrían llegado a la habitación sin consumir la noche. Su forma de mirarla mientras bajaban le había aflojado las rodillas. Todavía las tenía flojas, y el corazón le dio un vuelco cuando se vio un destello verde en el lector de tarjetas y Dominic abrió la puerta.

Incluso sumida en el caos hormonal, el lujo de la habitación la dejó sin aliento.

—¡Uf, madre mía!

Era grande, incluso para la ciudad de Nueva York. Una cama enorme con un grueso edredón blanco ocupaba toda la parte izquierda de la habitación, y había dos pijamas de seda doblados en la mesa auxiliar cromada, cortesía de Bethany. A la derecha, vio un televisor de pantalla plana y una chimenea moderna. Justo delante se alzaba un ventanal del techo al suelo con vistas al centro de Manhattan a través del cual se veían los edificios más cercanos y los más alejados, conformando una especie de cuadro en tres dimensiones.

Dominic le colocó una mano en la nuca, y ella dejó caer el bolso y gimió en la silenciosa

habitación. En cuanto él le bajó la cremallera del vestido, la pesada tela con lentejuelas cayó hasta quedar arrugada en torno a sus pies, dejándola con un tanga negro, un sujetador sin tirantes a juego y los zapatos de tacón dorados de diez centímetros. No se movió ni el aire. Nada se movió durante unos segundos mientras se quedaba allí de pie, estremecida bajo la intensa mirada de su marido.

Por eso. Por eso les resultaba prácticamente imposible no meterse mano. Porque ella ansiaba que su fuerza la abrumara. Y él necesitaba saciar esa sed y reclamarla a ella en el proceso. Al menos, la pasión que los unía era la relación perfecta.

Siempre llevaría grabada en la memoria una tarde del último año de instituto. Estaban solos en casa de Dominic mientras sus padres visitaban a una tía suya en el Bronx. Ella llevaba toda la semana luchando contra unos extraños impulsos, y él se lo había sonsacado con besos arrolladores en el sofá, unos besos que condujeron a meterse mano bajo los pantalones mientras los gemidos resonaban en el salón. Con la cara oculta en su cuello, le pidió en voz baja que le sujetara las manos por encima de la cabeza..., y el alivio hizo que él se quedara laxo contra ella antes de darle el gusto. El duro bulto bajo la cremallera de los vaqueros se frotó contra su clítoris, y ella tuvo un orgasmo de inmediato.

En ese momento, en la habitación del hotel, Dominic le apartó la mano de la nuca y se la deslizó despacio por la columna hasta la curva del trasero. Le introdujo un dedo bajo el elástico del tanga y se lo bajó por los muslos centímetro a centímetro, a modo de lenta tortura. A continuación, le quitó el sujetador, que le desabrochó en la espalda y cayó, olvidado, al suelo. Ella se esforzó por llenarse los pulmones de aire, y el movimiento le agitó los endurecidos pezones.

—Por favor —susurró.

Dominic la levantó en brazos y cruzó la habitación. Ella frunció el ceño al ver que pasaban junto a la cama, pero la invadió la excitación cuando la dejó sobre la moderna mesa redonda colocada delante del enorme ventanal. Allí sentada, con la espalda desnuda hacia la ciudad, se estremeció por la expectación. ¿Qué iba a suceder? ¿Qué iba a hacer con ella?

Dominic se colocó frente a ella y le rozó los labios con los suyos. Le tocó la lengua con delicadeza, atormentándola, antes de apartarse para quitarse la camisa y tirarla al suelo. Rosie solo atinó a gemir sin disimulo mientras admiraba su escultural físico, iluminado por las luces de la ciudad que bañaban cada recoveco, cada arista y cada línea de tinta. Empezó a mover las caderas sin cesar sobre la mesa mientras él se desabrochaba el cinturón y después se bajaba la cremallera de los pantalones para sacar su miembro por fin y rodeárselo con la mano. Verlo así le arrancó otro gemido.

Él le lamió los labios cerrados.

—Esto te habría convencido de que me trajeras a la habitación sin necesidad de palabras, ¿a que sí?

Rosie cerró los ojos con fuerza y asintió con la cabeza.

—No has parado de frotarte contra mí en público. Estoy seguro de que te mueres por sentirla.

La mesa se volvió resbaladiza bajo su cuerpo, e intentó cerrar los muslos para ocultar la evidencia de lo mucho que lo necesitaba, pero Dominic se lo impidió con las caderas.

—No sabes las ganas que tengo de metértela hasta el fondo. Joder, me muero por mi mu..., por ti.

—Sí —gimoteó Rosie al tiempo que separaba las piernas—. Por favor...

—Ah, no. Todavía no. —La tumbó de espaldas sobre la mesa poniéndole una mano en el centro del pecho—. La ciudad va a verme mientras te lo como entero.

No era una mesa grande ni mucho menos, de modo que acabó con la cabeza colgando hacia el suelo, contemplando una panorámica al revés de Manhattan. Los edificios que estaban al otro lado de la calle, con luces en algunas ventanas y en otras no. Las personas moviéndose en su interior. ¿Podrían verla? No tenía ni idea. ¿Le importaría si fuera así? La excitación que le provocaba pinchazos en la piel decía que no. No, no le importaría en lo más mínimo. Tal como había sucedido en la pista de baile, le abrió los brazos a la rebeldía. Aceptó de buena gana la oportunidad de extender las alas y comprobar hasta dónde llegaba.

Dominic rodeó la mesa con parsimonia. Le deslizó los dedos por los pliegues de su sexo, arrancándole un grito, pero su intención era humedecérselos con su flujo para después dejarle un rastro ascendente hacia el ombligo, y desde allí hasta los pezones. Y cuando llegó a la altura de su cara, le restregó la gruesa punta de su miembro contra la boca.

—Quiero metértela hasta el fondo una vez en esta boca tan bonita. Solo para mojármela y poder acariciármela bien. Creo que no voy a poder contenerme y acabaré cascándomela mientras te chupo el clítoris.

Rosie meneó las caderas sobre la mesa, asaltada por el intenso deseo de que la acariciara justo donde había dicho. Desesperada por encontrar alivio. Ya, ya, ya. Sin embargo, al mismo tiempo se moría por saborearlo, de modo que separó los labios y dejó que se la metiera unos centímetros. Gimió cuando la tuvo entre los labios, y él dejó de avanzar.

—Tranquila. Relájate y métetela más. —Echó las caderas hacia delante, estirándole los labios alrededor de su miembro mientras empezaba a respirar entre jadeos—. ¿Más?

Incapaz de decirle que sí, que deseaba hasta su último centímetro, extendió los brazos y le clavó las uñas en el culo, animándolo a acercarse más, a metérsela más.

—¡Joder! —exclamó él, que se la agarró por la base y se la sacó, dejándola apoyada en sus labios mientras se sacudía por entero—. Me gusta. Joder, eso me gusta mucho. Una vez más. Lo necesito.

Se la metió en la boca con más cuidado, pero más deprisa que la vez anterior, y solo se detuvo cuando encontró resistencia y Rosie sintió su sabor salado en la garganta. Saborear y sentir su placer fueron una adicción instantánea, y la invadió la urgencia de sentir más. Hacía mucho

tiempo que no se complacían el uno al otro como necesitaban hacerlo. Como lo anhelaban.

—Mírate, estás disfrutando de lo lindo, ¿verdad? —masculló él al tiempo que le daba unos golpecitos en los labios con la punta—. Dime que pare, Rosie.

—Otra vez —susurró ella, y la última palabra quedó interrumpida cuando su marido se la metió en la boca con un gemido, ocupándole todo el espacio posible, hasta que el vello de su abdomen le hizo cosquillas en la barbilla.

—Madre del amor hermoso —susurró él entre jadeos, sacándosela de la boca y rodeando la mesa con una zancada. Acto seguido, se postró de rodillas y le sujetó las piernas abiertas para abalanzarse sobre su hinchado clítoris y darle un lametón que le hizo arquear la espalda con un movimiento violento.

—Dominic. Por Dios, sí. ¡Sí!

Él le acarició las piernas con los pulgares desde las rodillas hasta la cara interna de los muslos y siguió subiendo hasta llegar a su sexo. Con cuidado, los usó para acariciarle el clítoris, primero con uno y luego con el otro, tras lo cual tomó el control y empezó a lamérselo sin tregua, hasta que acabó golpeando la mesa con las palmas de las manos y sollozando su nombre.

—Dios, cómemelo. Sí, así, por favor.

Oírlo reír justo antes de que cambiara el ritmo de sus caricias no debería haberla puesto más cachonda, pero así fue. Sus caderas se negaban a quedarse quietas, y una sensación palpitante empezó a extenderse por la parte inferior del abdomen hasta enroscársele en las piernas como tentáculos. Echó la cabeza hacia atrás, por encima del borde de la mesa, y sintió que se alzaba sobre la ciudad, imparable y fuerte... En cuanto Dominic capturó su clítoris con los labios y se lo chupó con la fuerza justa, los edificios estallaron delante de sus ojos, la luz se fragmentó en todas direcciones. Sus muslos le rodearon la cabeza como si tuvieran voluntad propia, y ella gritó.

El grito seguía resonando en la habitación cuando tiró de ella para bajarla de la mesa al suelo, donde la dejó a cuatro patas. Una mano temblorosa la guio para que apoyara la mejilla en la moqueta y le levantó las caderas. Nada habría podido prepararla para la invasión de Dominic. Fue poderosa y magnífica. Se la metió tan deprisa y con tanta fuerza que levantó las rodillas del suelo y cuando las devolvió al suelo, esas manos masculinas se las separaron todavía más. Eran las manos de un hombre trabajador. Las manos de su marido.

—Me ha encantado verte bailar con ese vestido. Verte tan libre. Como si pudieras hacer cualquier cosa. Puedes hacerlo, bombón. —Echó las caderas hacia atrás y la penetró de nuevo con una salvaje embestida mientras le golpeaba la espalda con el pecho para poder hablarle al oído—. Pero sabías que, al final, iba a pasar esto. Sabías lo que te iba a pasar si te plantabas delante de otros hombres vestida para ponerlos cachondos.

¿Estaba diciendo la verdad? Sí. Sí, la emoción por ver la reacción de Dominic formaba parte de la excitación de esa noche. No podía evitarlo. No quería evitarlo. La atracción entre ellos tenía una naturaleza propia. Una de las raras ocasiones en la vida en la que la recompensa superaba

con creces la frustración y los problemas. Acoger a su marido en su interior siempre la ponía a mil, pero, en esa ocasión, no iba a contener su disfrute por la soledad que sentía después. En ese momento, había un acuerdo entre ellos y se habían derribado barreras. Ella había sido sincera con él y, a cambio, su cuerpo hacía lo mismo.

Soltó un gemido entre dientes y agachó la cabeza para ver cómo se le movían las tetas sin parar mientras Dominic la penetraba desde atrás. Vio su largo miembro entre la uve invertida que formaban sus piernas. Podría haberse pasado la vida mirando, sobre todo cuando empezó a masajearle el clítoris con los dedos de la mano izquierda mientras la embestía con más fuerza hasta dar con ese punto secreto en su interior, y comenzó el frenesí. Se desató por completo. La poseyó por completo.

—¿Qué miras ahí abajo? ¿Eh? —susurró Dominic al tiempo que le colocaba el dedo corazón sobre el clítoris y empezaba a moverlo hasta que se le nubló la vista—. Yo te lo digo yo. Estás viendo lo inevitable, Rosie. Que yo esté dentro de ti es inevitable. Que lo hagamos como animales en el suelo es inevitable. Así es como va a ser siempre, porque tú controlas mis instintos. Tú los has creado y tú los satisfaces.

—Sí, sí, sí —coreó ella con la boca abierta casi pegada a la alfombra—. Quiero satisfacerte. Lo necesito.

Él le enterró los dedos en el pelo, aferrándose para echarle la cabeza hacia atrás hasta que la tuvo mirando al techo.

—Vas a satisfacerme demostrando que te penetro bien. —Aminoró el ritmo de sus embestidas, pero no perdió ni un ápice de efectividad mientras seguía penetrándola, llegando hasta el fondo con los fuertes movimientos de sus caderas—. Los dos sabemos que la noche no acaba aquí. A lo mejor aguantas toda una semana sin hacerlo, pero en cuanto te quitas las bragas, eres capaz de montarme hasta el amanecer. ¿A que sí, bombón?

Sus palabras aumentaron el placer de sus caricias, hasta convertirle los muslos en gelatina y sentir el inicio de otro orgasmo que la catapultaría a un tumultuoso mar.

—¿De verdad te preguntas por qué estoy tan trabajado? Tengo que satisfacer el sexo de mi mujer... Y no lo cambiaría por nada del mundo. Así que hago lo que tengo que hacer.

Cuando le soltó el pelo y siguió acariciándole el clítoris con embestidas perfectas, Rosie perdió el control. Ya no pudo aguantar más. Su cuerpo se estremeció y se sacudió; y el aluvión de sensaciones fue en aumento al sentir que Dominic le lamía la columna, enterrado hasta el fondo en ella, ofreciéndole a sus músculos internos una deliciosa carne a la que aferrarse.

—Dominic.

—No te preocupes —gruñó él al tiempo que echaba las caderas hacia atrás y después hacia delante, rodeándole la cintura con un brazo para mantenerla firme—. Ahora me toca a mí.

Sollozando y con la cabeza dándole vueltas, Rosie se las arregló para plantar las manos y las rodillas en el suelo, porque quería ofrecerle la misma satisfacción que ella había experimentado.

Ansiaba la oportunidad de ser el instrumento que lo transportara a ese punto. En cambio, la levantó del suelo y acabó en brazos de su marido un paso, dos, antes de que la lanzase a la cama. Una vez allí, le agarró los tobillos y la obligó a darse media vuelta y... ¡Dios! ¡Dios bendito! Casi experimentó su tercer orgasmo cuando lo vio agarrársela con una mano y colocarse entre sus muslos, jadeante y con la frente sudorosa, antes de inclinarse hacia delante con un juramento y meterle la punta.

—Joder, Rosie, sí, así me gusta. —Se la metió hasta la mitad y luego se la sacó para darle unos golpecitos con ella—. Sabes que me encanta tenerlo bien satisfecho y mojado. Así no tengo que preocuparme para que te entre bien hasta el último centímetro sin que te duela. —La penetró hasta el fondo acompañado por sus gritos y le atrapó las muñecas por encima de la cabeza mientras embestía—. Puedo metérsela a mi mujer y oír cómo la hago gritar todavía más. Porque vas a gritar más, ¿verdad, bombón? No puedes evitarlo después de correrte dos veces. Un par de caricias en ese clítoris tan sensible que tienes y te correrás de maravilla. Una y otra vez.

Ese era el paraíso para ella. No tenía sentido negarlo. Que le sujetaran las manos, que Dominic se la metiera hasta el fondo, que no pudiera moverse. Que no pudiera escapar de la aceleración de su cuerpo. Solo podía separar las piernas y aceptarlo en su interior mientras la penetraba y la aplastaba. Era un barco en el mar, coronando las olas para luego descender otra vez. Subiendo y bajando de golpe. Las caderas de su marido se movían a un ritmo frenético; sus dientes le dejaban marcas en el cuello; sus pulgares le presionaban las muñecas, como si le buscara el pulso por si podía acompañarlo. Y habría jurado que hasta lo conseguía, porque según se le aceleraba el pulso, Dominic se movía con más rapidez. Sin tregua ni tiempo para prepararse, la penetraba una y otra vez mientras soltaba desgarrados gemidos que le brotaban del pecho. Unos gemidos que le acariciaban el cuello y le resonaban por todo el cuerpo, y que multiplicaron el placer físico del momento. Porque, en ese instante, era la pareja de ese hombre, y él la necesitaba, era así de sencillo.

—Dios. ¡Dios! —Dominic le acarició el hombro con los dientes y le aferró con fuerza las rodillas para llevárselas a los hombros, aplastándola con su musculoso cuerpo y provocándole una oleada de euforia—. Han pasado diez años y todavía no me creo lo estrecha que eres, joder. Y este centro es solo mío —jadeó al tiempo que movía las caderas de cierta manera y...

—Ooooh. Sí. —Se le nubló la vista y empezó a ver estrellitas cuando le frotó el clítoris con la base. Le clavó los dedos en la espalda, que Dominic había arqueado—. No pares, Dominic. Justo ahí. Por favor.

—Lo sé. Sé dónde te gusta.

—Por favor.

Embistió de nuevo con las caderas, apretando los dientes, y ella gritó cuando el clímax la atravesó como un rayo, provocándole un placer incontenible.

—¡Dios! ¡Por Dios! ¡Dios!

Dominic apoyó la frente en la suya.

—Mía. Eres mía. Eres mi vida entera, joder.

—Soy tuya —sollozó ella entre lágrimas, con el cuerpo ardiendo y el corazón en peligro—. Tuya, Dominic. Córrete dentro. Demuéstrame que soy tuya.

A Dominic se le escapó un gemido entrecortado y se tensó. Rosie lo aprisionó en su interior todo lo que pudo y gimió por la increíble imagen que tenía sobre ella. Ese hombre maravilloso flotaba en los márgenes de otro plano. Uno al que solo podían acceder cuando se tocaban. Lo sintió estremecerse dentro de ella al tiempo que abría la boca para mascullar su nombre y se estremecía con tanta fuerza como para sacudir la cama.

—Rosie. Rosie. ¡Jodeer! Me encanta, cariño. Tan dulce y tan prieta. —La penetró una vez más y se dejó caer sobre ella, hablándole con voz entrecortada contra el pelo mientras movía las caderas como si no pudiera evitarlo—. Mía. Necesito a mi mujer. La necesito.

Rosie ya casi había perdido la conciencia, y el tumulto de emociones y la satisfacción física la habían dejado como un charco de gelatina. Lo último que recordaba fue que Dominic la besó en las mejillas, en la frente y en la boca antes de colocarla de costado y acurrucarla contra la calidez de su cuerpo.

«¿Qué hacemos por la mañana?».

Eso fue lo último que pensó antes de que todo se quedara en negro.

Dominic se despertó por la vibración del móvil. Abrió los ojos un poco y parpadeó antes de cerrarlos por la luz del amanecer. El teléfono no estaba en la mesita de noche, al lado de la cama del hotel, y detestaba la idea de levantarse para buscarlo, porque por primera vez desde... no recordaba ya cuándo, tenía a su mujer desnuda y pegada a él, respirando profundamente contra su hombro. Se le había dormido el brazo, y si fuera por él así se le podía quedar para siempre.

Hacía mucho que no se abrazaban. Estuvieran conscientes o inconscientes. Cuando se tocaban, era una explosión de lujuria. De avaricia. Una vez que terminaba, volvían a su programación habitual. Rosie se duchaba y él se iba al cobertizo para arreglar cualquier cosa o se echaba a dormir sin más, renuente a admitir que necesitaba consuelo e intimidad después. No se buscaban en la oscuridad y se abrazaban así desde antes de que lo mandaran al extranjero con el ejército.

¿Cómo había sobrevivido tantos años sin eso?

Rosie murmuró algo en sueños, y la vibración de su voz lo atravesó por completo hasta darle vueltas en el estómago. Se le empezó a poner dura entre las sábanas, y echó las caderas hacia atrás, porque no quería despertarla todavía. Estaba demasiado guapa así. Siempre lo estaba, pero que le demostrara la confianza necesaria para sentirse protegida mientras dormía a su lado era una lección de humildad. Esa era la confianza que les había faltado, y ya no podía negarlo. Tal vez Rosie confiara en él para que la sustentara, para serle fiel, para protegerla con su vida, pero había mantenido su corazón bien cerrado.

El arrepentimiento le provocó un nudo en la garganta. ¿Por qué no había reconocido antes que su contribución al matrimonio no bastaba? ¿En qué momento había olvidado instantes como ese? Debería haberlos priorizado por encima de todo lo demás. Mientras la abrazaba en esa cama tan lujosa con los rascacielos recortados en la distancia por la luz del amanecer, descubrió que estaba a punto de sentirse... suficiente. Eso era lo que ella necesitaba. Afecto. Palabras. A lo mejor esa era la única respuesta y ya no tenía que seguir buscando.

Su mujer se pegó más a él, acurrucándose contra su costado y colocándole un puño en el centro del pecho. Por el amor de Dios. Inspiró hondo por la nariz y cerró los ojos. Eso era el cielo en la tierra. La sentía dulce y relajada, y no quería moverse en la vida. Palabras. Ánimos. Si aprendía a darle eso a su mujer de forma regular, todo eso sería suyo. La noche anterior demostraba que podía ganarse su confianza si la dejaba volar, si la apoyaba. Si estaba a su lado para levantarla cuando lo necesitaba. Y Rosie lo necesitaba. Había aprendido del error de su silencio y nunca

permitiría que esa necesidad volviera a quedarse sin cubrir.

Introdujo la mano bajo el grueso edredón y le acarició la curva de la cadera, momento en el que esbozó una sonrisilla al verla separar los labios para murmurar algo. No estaba despierta, pero empezaba a estarlo. Debería despertarla, llevarla a casa y decirle que pronto tendría el resto del dinero para su restaurante. Era sábado, por lo que ninguno de los dos trabajaba. Quizás hasta podría convencerla de que le preparase el asado que pensaba presentar como especial de la casa para probarlo.

Dios, la noche anterior ella misma había reconocido que era suya en voz alta. Algo había cambiado entre ellos. Así que aunque el instinto le gritaba que le contase lo de la casa que había comprado en secreto —cuya venta financiaría el restaurante—, lo último que le apetecía hacer en ese momento, tras sentir que habían renacido de las cenizas, era estropearlo todo de nuevo. Incapaz de respirar bien por culpa del pánico, le enterró la cara en el pelo y aspiró su aroma.

Rosie quería el restaurante. Él se lo daría. Tenía que hacerlo.

La conciencia insistía en que la despertara y se sincerase con ella sin más. Que pusiera todas las cartas sobre la mesa. Que le confesara lo mucho que la quería y lo mucho que deseaba hacerla feliz. Que reconociera que había dejado de lado sus sueños de tener un restaurante y había buscado de forma egoísta hacer realidad el sueño que él creía que compartían: una casa. Que confesara que le habían enseñado a creer que demostrar sus emociones era una debilidad, de modo que la había mantenido alejada en vez de derribar cualquier muro que se levantara entre ellos, tal como hacía cuando era más joven, antes de echar un vistazo a su alrededor y decidir que solo podía ofrecerle el fruto de su trabajo. Seguridad. En vez de confesarle que no se sentía lo bastante bueno para ella, había adoptado el patrón que le habían enseñado toda la vida. Agachar la cabeza, trabajar con ahínco, no revelar ni una sola grieta en la armadura. Si abría la boca en ese preciso momento, podrían salir de esa habitación sin secretos entre ellos.

«Hazlo».

O podría no contarle lo de la casa y mantener el rumbo. Seguir el plan. Arreglar su distanciamiento.

Como necesitaba aclararse las ideas, dejó con cuidado a Rosie entre las almohadas y se levantó de la cama, echando de menos de inmediato sus dulces curvas contra él. Echando de menos su aliento, su olor, sus murmullos.

«Voy a ser mejor marido, bombón. Te lo prometo».

Se pasó una mano por la cabeza rapada y se agachó para sacar el móvil del bolsillo de los vaqueros. Tenía una llamada perdida y un mensaje de texto de Stephen. Dado que básicamente había abandonado a sus amigos la noche anterior, sería buena idea llamarlo y decirle que estaba muy bien. Tras mirar a Rosie por última vez, se vistió a toda prisa, se metió en el bolsillo la tarjeta de la habitación y salió al pasillo. Se dejó caer en un sillón tapizado con terciopelo verde al lado de los ascensores y pulsó para llamar.

—¡Anda, pero si es la amenaza fantasma! Gracias por hacerme saber que estás vivo.

—Dios. —Dominic se pasó una mano por la cara y soltó una carcajada—. Tranquila, mamá.

Se oyó un ruido de fondo, como si se hubiera movido algo, y una puerta que se cerraba.

—Hiciste bien al desaparecer. Menudo espectáculo. Seguro que van a prohibirles la entrada a la discoteca a los de Long Island y van a llamarlo «la Ley Castle».

—Mierda. ¿Qué pasó?

—Wes y Bethany, eso pasó. Algo que cabreó muchísimo a mi mujer, porque le gusta ser el centro de atención. La noche y la mañana han sido estupendas para mí.

—Lo siento —repuso Dominic al darse cuenta de que hacía años que no se sentía tan ligero. ¿Cuánto tiempo llevaba viviendo con un yunque en el pecho?—. ¿A qué te refieres con eso de Wes y Bethany?

—A ver —comenzó Stephen, alargando las palabras—, Bethany entró a la discoteca en busca de Rosie, porque estaba tardando mucho y le dio la llave de una habitación o algo así, ¿no?

—Ajá, puede que yo sepa algo del tema.

—Estupendo para ti. Mi mujer no me dirige la palabra. —Su amigo soltó un suspiro entrecortado—. En fin, la cosa es que después de que os fuerais, mi hermana dejó que uno la invitara a una copa en la barra. Antes de poder darle un sorbo, Wes apareció y se la bebió... Un martini rosa, por cierto, así que recuérdame que me ría de él... Y luego le dio el dinero de la copa al que la había invitado.

—¿Qué hizo Bethany?

—¿Tú qué crees?

—Puso el grito en el cielo.

—Bingo para el caballero. Menos mal que la música estaba muy alta, porque casi le arranca la cabeza. —Stephen soltó una carcajada un pelín confundida—. La verdad, estoy seguro de que él hizo lo mismo. Creo que me cae bien Wes.

—Sí, es buena gente. Tampoco se le da mal el trabajo. —Se levantó para mirar por el pasillo hacia la habitación. La lógica le decía que no podía marcharse sin montarse en un ascensor, pero... el amor lo tenía trastornado. Para qué negar la verdad. Perder de vista a Rosie le estaba provocando un dolor físico—. ¿Qué pasó con Travis y Georgie...?

—No. No saques el tema. Acabo de desayunar.

—Hicieron lo contrario de Wes y Bethany, ¿no?

Stephen resopló con asco.

—Digamos que no sois los únicos que necesitasteis una habitación. Cualquiera diría que llevaban un año sin verse.

—Lo entiendo. —Dominic soltó una risilla. En circunstancias normales, detestaba hablar de relaciones. ¿Por qué? ¿Porque lo obligaba a pensar en sus propios defectos? Sí, esa debía de ser la razón. Se había convencido de que su matrimonio era normal, tal vez incluso perfecto. En

realidad, había tantas cosas que se habían roto que casi no existía pegamento en el mundo para volver a unir las—. Menos mal que vinimos anoche —dijo, y tardó un momento en darse cuenta de que lo había expresado en voz alta.

—Parece que las cosas mejoran, colega. Me alegro. —Stephen carraspeó—. Hablando de Rosie y de ti..., te he llamado por otro motivo.

Dominic volvió a sentarse.

—¿Qué pasa?

—Ha llamado la agente inmobiliaria. Hay una oferta al contado por la casa.

El corazón se le puso a mil por hora en el pecho.

—¿Sí? ¿Una buena?

—Bueno, pusiste un precio para que se vendiera pronto. La oferta está un poco por debajo, pero se acerca bastante a lo que esperabas conseguir. —Hizo una pausa—. He llamado a la agente que lleva el local de Cove Street. Junto con el dinero que Rosie ha recaudado en Kickstarter, es más que suficiente para que pueda quedarse con él. Una venta al contado para el dueño, algo de dinero para ella por si quiere hacerle un lavado de cara...

—Sí, me gustaría que tuviera lo suficiente para hacer lo que quiera. —Nervioso, se inclinó hacia delante y después se levantó para acercarse de nuevo al pasillo y clavar la mirada en la puerta de la habitación. El amor de su vida dormía al otro lado. Estaban a un paso de reconducir la situación. Él tenía todas las respuestas, solo estaba... apesadumbrado por una última pregunta. ¿Bastaría la sinceridad? Tenía en sus manos el poder de darle lo que ella siempre había querido. Con una firma, la compensaría por todo.

—Mmm... —susurró Stephen antes de suspirar—. Sabes que te ayudaré a hacer lo que creas que es mejor. Pero voy a ser la voz de la razón una vez más: habla con Rosie. Tomad la decisión juntos.

Tragó saliva y dio un paso hacia la habitación antes de darse media vuelta. Pensó en la mujer que había bailado la noche anterior con total abandono, en la mujer que había tomado el control de sus amigas en la cocina de Wes y había cubierto necesidades antes de que estas surgieran. En la mujer a quien le gustaba tanto cocinar que bailaba en su cocina. Ella había redescubierto esa pasión por sí sola, sin él, porque había sido descuidado y no le había ofrecido ese apoyo. En ese preciso momento, podría compensarla. Compensarla por todo y verla tener éxito.

—Acepta la oferta.

Rosie clavó la mirada en la mano que tenía apoyada en la almohada mientras oía su respiración acompasada.

Dominic iba a volver.

La noche anterior habían dado un giro de timón, en contra de todas las predicciones, y era imposible que su marido acabara de largarse a hurtadillas de la habitación como si ella fuera el

rollo de una noche. Obligarse a relajarse y a ser paciente no era fácil..., todavía. Se había acostumbrado a separarse de Dominic después del sexo, mental y físicamente. Pero después de la noche anterior, esperaba más. ¿Lo obtendría?

—Sí —susurró al tiempo que se tumbaba de espaldas y estiraba los doloridos músculos, con los brazos por encima de la cabeza y las puntas de los pies estiradas—. Desde luego que sí.

No podía creerlo. A esa hora del día anterior, creía que su matrimonio se había acabado de verdad. *Kaput*. Para siempre. Pero había pasado la noche en brazos de Dominic, y había sido como visitar el paraíso. Había vuelto, y no pensaba dudar de él. El corazón le imploraba que confiase en el único hombre al que amaría... y no le quedaba más remedio que obedecer.

Esbozó una sonrisilla al oír la tarjeta en la ranura. En vez de sucumbir al ataque de pudor y cubrir su desnudez con el grueso edredón, se negó a moverse. Así que cruzó una pierna por encima de la otra y arqueó un poco la espalda, exponiéndose.

Dominic entró y se detuvo en seco nada más verla, moviendo con dificultad los músculos de la garganta mientras tragaba saliva.

—Quieres que nos pasemos de las once para abandonar la habitación —dijo él con voz ronca—. Que no me quejo, ¿eh?

Se le endurecieron los pezones al oír su voz ronca.

—Ya me parecía a mí.

Tras una breve pausa, él señaló la puerta con la barbilla.

—Stephen me ha llamado. No quería despertarte, por eso he salido para hablar.

—¿Cosas del trabajo?

—Sí. —Con la punta de la lengua en el labio inferior, se quitó la camiseta y la sujetó un segundo con los dedos antes de dejarla caer—. Me gusta. Entrar y saber que puedo meterme en la cama contigo. Hablar contigo. Tocarte. —Meneó la cabeza—. No puedo creer que haya pasado todo este tiempo sin hacerlo.

—Será mejor que empecemos a recuperar el tiempo perdido...

Un rugido la interrumpió... procedente de su propio estómago.

Se hizo un breve silencio antes de que los dos estallaran en carcajadas. Dominic se desabrochó los vaqueros y se los quitó sin más, quedándose con unos ceñidos bóxers negros. Rosie solo atisbó un poquito de su musculoso y tatuado esplendor antes de que pusiera una rodilla en el colchón y se metiera bajo el edredón a su lado.

—¿Prefieres...?

Se volvió hacia su marido con una carcajada y le enterró la cara en el pecho.

—Me acuerdo de este juego.

—Deberías. —Le enterró los dedos en el pelo rizado y le tomó la cabeza con las manos—. Antes jugábamos a todas horas.

Rosie soltó un suspiro exagerado.

—Seguro que paramos porque yo siempre ganaba.

—Imagino que sigues medio dormida, porque estás soñando —replicó él con un resoplido.

—Solo hay una manera de resolverlo. —Le dio un mordisquito en un pezón y sintió que se le empezaba a poner dura contra el muslo—. Dispara.

Dominic se apoderó de su boca con un rápido beso que acabó en gemido.

—A ver, una fácil para empezar. ¿Prefieres que pidamos el desayuno al servicio de habitaciones o que nos vistamos y salgamos?

Ella le acarició la cinturilla de los bóxers.

—¿Es una pregunta retórica?

—Servicio de habitaciones —susurró él al tiempo que movía las caderas hacia delante—. Entendido.

—Me toca. —Se lo pensó un momento y esbozó una sonrisa al recordar que antes jugaban a eso durante horas, intentando superar al otro a la hora de imaginarse el escenario más inverosímil—. ¿Preferirías atravesar el vestíbulo del hotel sin pantalones o... con la cara llena de espuma de afeitar?

—La espuma de afeitar.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Mis piernas son un espectáculo, bombón —se burló él contra sus labios—. No quiero ser el responsable de una revuelta.

Rosie le clavó los dedos en las costillas y le hizo cosquillas, lo que provocó que él la tumbara de espaldas y le sujetara las muñecas por encima de la cabeza.

—Te toca —susurró ella con un hilo de voz.

Él le colocó la cabeza en el hueco del cuello y le besó esa piel tan sensible con ardor y la boca abierta.

—¿Preferirías darte un baño con frijoles refritos o... con una iguana?

—¡Por Dios! —Se estremeció al oírlo—. Los frijoles. Segura al cien por cien.

Él esbozó una sonrisa guasona.

—Estaba seguro de que ibas a decir eso.

—Yo aquí intentando ponerme sensual y ahora no puedo pensar en otra cosa que no sea un bicho verde con escamas paseándose nervioso y moviendo los ojos de un lado para otro...

—¡Por Dios! A lo mejor tienes razón y estoy perdiendo facultades.

Rosie soltó un gemido y lo miró de reojo. La verdad, ponerse sensual no era difícil en absoluto. Con las caderas de su marido pegadas entre sus muslos y esa erección más que evidente, se estaba mojando a marchas forzadas. Olía un poco a loción de afeitado, a sexo y a hombre. Pero lo mejor de ese momento era que la familiaridad entre ellos estaba volviendo. El tiempo que habían pasado juntos desde que ella se fue de casa había sido incómodo, pero ese momento no tenía nada de incómodo. Cuando miraba a Dominic a los ojos, veía de nuevo a su marido.

Él le pegó los pulgares al pulso que le latía en las muñecas y la miró con expresión seductora.

—¿Me das otra oportunidad?

Ella se encogió de hombros con gesto estirado, como si tuviera el control y no se encontrara a merced de su poderoso marido.

—Lo permitiré por esta vez.

—Gracias —replicó él con sorna antes de adoptar una expresión pensativa—. ¿Preferirías pasar el día en la ciudad o volver a Port Jeff y llamar a la agente inmobiliaria para que pueda enseñarte el local de Cove Street?

En un abrir y cerrar de ojos, se quedó sin aliento y el corazón empezó a latirle a mil.

—Volver a Port Jeff y ver el local.

Dominic asintió con la cabeza y le recorrió la cara con la mirada.

—Bien. Pues la llamaremos.

Rosie murmuró para darle la razón, convencida de que iba a explotar en un millón de pedacitos. No solo parecía haber recuperado su matrimonio, con una versión mejorada, sino que además el sueño que llevaba persiguiendo tanto tiempo estaba más cerca que nunca. Y con su marido de su parte, tenía la sensación de que podía hacer cualquier cosa.

—Sí, la llamaremos. Después.

Él apoyó la lengua en un carrillo.

—¿Después de qué?

Separó las piernas todo lo que pudo y vio que Dominic se quedaba boquiabierto cuando la gravedad hizo que sus caderas quedaran justo entre sus muslos.

—¿Preferirías... —susurró ella, obligándolo a inclinarse sobre ella para oírla— correrte con mis tobillos en torno a tu cuello o tumbarte de espaldas mientras yo te monto?

Él soltó el aire de golpe y sintió su calor en una mejilla.

—Tienes razón. Siempre ganabas en esto.

La carcajada que soltaron fue cálida, íntima.

—Veo que has recuperado la memoria.

—Por completo.

Ella se zafó de sus manos, que le seguían sujetando los brazos por encima de la cabeza. Le deslizó los dedos por la espalda y se los metió en los bóxers para clavar las uñas en ese culo tan duro.

—¿Cómo quieres que me ponga?

Apenas había acabado de hablar cuando Dominic se movió, llevándola consigo, de modo que su piel oscura y tatuada quedó debajo de ella sobre las prístinas sábanas blancas, creando un contraste maravilloso. Esos ojos verdes tenían las pupilas dilatadas y respiraba con jadeos cortos que brotaban de su enorme torso. Mientras se bajaba los bóxers y se la sacaba, Rosie se enterró los dedos en el pelo, alzando los pechos y arrancándole un gemido que resonó en la silenciosa

habitación de hotel. Al mismo tiempo, empezó a mover las caderas de un lado a otro, bailando de forma seductora a la luz matutina antes de inclinarse hacia delante y apoyar el peso en sus hombros. Pegó la parte inferior de sus cuerpos y empezó a frotarse contra su duro miembro para mojárselo, encantada al ver que apretaba los dientes y tensaba los músculos.

—¡Móntame, Rosie!

Ella le clavó los dedos en los hombros.

—Eso es lo que pensaba hacer. —Extendió un brazo y se la agarró con una mano para ponerla en posición y empezar a metérsela centímetro a centímetro, muy despacio. Disfrutó de la rareza de tener a Dominic bajo ella, saboreó la oportunidad y se lo metió hasta el fondo, tras lo cual movió un poco las caderas y luego se enderezó hasta casi sacársela—. ¿Te gusta?

Dominic soltó una carcajada entrecortada cargada de frustración.

—Sabes que vivo para esto, joder. —Sus miradas se encontraron—. Que vivo para ti.

Una oleada de emoción se apoderó de su pecho, y Rosie levantó los brazos y se agarró al cabecero para empezar a moverse sobre su marido con ganas. Dominic abrió la boca y le colocó las manos en las caderas, sujetándola con fuerza. Dándole tirones, obligándola a subir, a bajar, magullándola. Al cabo de unos minutos, empezaron a arderle los muslos, pero no detuvo los bruscos movimientos que unían sus cuerpos, ni siquiera cuando los húmedos sonidos se convirtieron en una cacofonía y él gritó su nombre al tiempo que se le tensaba el abdomen de manera muy elocuente.

—Córrete conmigo, Rosie.

Estaba muy cerca. Muy cerca. ¡Cerquísima...!

—He cambiado de idea —anunció Dominic con voz ronca al tiempo que la tumbaba de espaldas, con la cabeza en los pies de la cama, y la aplastaba con su sudoroso cuerpo—. Tu marido sabe lo que te hace estallar. Rodéame el cuello con los tobillos.

—¡Sí!

Dominic embistió con brutalidad y Rosie gritó, tras lo cual él se agachó para tragarse el sonido con un beso ardiente sin dejar de embestir una, y otra, y otra vez, hasta que se le demudó la cara y se corrió a la par que ella, penetrándola hasta el fondo y estremeciéndose con violencia.

Después se dejaron caer el uno al lado del otro en la cama y volvieron la cabeza al mismo tiempo, mirándose a los ojos. Deslizaron las manos hasta entrelazar los dedos. Y sonrieron.

21

Rosie comprobó por enésima vez su aspecto en el escaparate. Americana elegante. Botas. Vaqueros negros ajustados. ¿Tenía pinta de dedicarse a la restauración? ¿O incluso de aspirar a hacerlo?

Cuadró los hombros y soltó el aire mientras esbozaba una pequeña sonrisa.

Sí que la tenía.

En fin, estaba a punto de hacer una oferta muy baja por el local comercial, pero había visto bastantes programas de reformas en HGTV como para saber que eso era lo que se acostumbraba a hacer. Lo que se esperaba. Su intención era parecer lo bastante seria como para pasar a la negociación, y lo conseguiría. Estaba allí, no era una impostora, la seguridad en sí misma seguía intacta.

Mientras disfrutaba de ese paseo por las nubes que le ofrecía la confianza, miró la hora en su móvil y se negó a dejarse llevar por el pánico. La agente inmobiliaria llegaba tarde para enseñarle el local, pero eso no significaba que la hubiera considerado poco profesional por teléfono o que no la tomara en serio. Incluso había llegado a temer que fuera compañera de Martha en algún club de mujeres que se reunían para tejer y eso le fastidiara por completo las posibilidades de comprar el local —algo no tan descabellado en un pueblo tan pequeño—, pero siguió siendo optimista.

¡Y qué agradable era serlo!

Ladeó la cabeza y dejó que la fresca brisa de octubre le acariciara el cuello. Era sábado por la tarde y aún sentía la irritación que le había provocado la barba de Dominic en la piel la noche anterior. Sintió un deseo palpitante entre las piernas y se le aceleró la respiración. No era experta en matrimonios ni en sexo. La verdad, no era experta en nada, salvo quizá en la cantidad de ajo que había que poner en la salsa chimichurri. Sin embargo, estaba bastante segura de que las parejas casadas no acostumbraban a disfrutar del mejor sexo de su vida diez años después de la boda. No podía ser normal.

Todavía en ese momento, de pie junto a la puerta del local donde soñaba con abrir su restaurante, las piernas que la mantenían erguida solo eran hologramas. Había dejado las auténticas en el Hotel Gansevoort. Al parecer, también se había dejado allí el cerebro, porque desde hacía unas horas solo tenía serrín en la cabeza. Si se lamía los labios, casi podía sentir el beso de despedida de Dominic.

Después de llamar a la agente inmobiliaria y de desayunar unos *beignets*, Dominic y ella compartieron un Uber con Travis y Georgie desde Manhattan hasta Port Jefferson. Por primera vez, ninguno de los dos se sintió incómodo con las muestras de afecto en público que tenían lugar junto a ellos. Dominic se sentó a su lado en la hilera de asientos del centro y empezó a acariciarle la palma de la mano trazando círculos con el pulgar sin dejar de mirarle los muslos, y eso bastó para que ella se retorciera en el asiento de cuero. Después de dejar a Travis y Georgie, la siguiente parada era la suya. Sintió mariposas en el estómago cuando la acompañó hasta la puerta de Bethany y la besó antes de dejarla entrar. Bueno..., besarla... Decir que la besó era quedarse corta, porque lo que hizo fue reclamar su boca por completo. Un roce más de su lengua y lo habría arrastrado al interior y habría colgado un calcetín en el pomo de la puerta de su dormitorio para indicarle a Bethany que tenía compañía.

«Prohibido el paso. Estoy echando un polvazo con mi marido».

Se desabrochó la americana y agitó una mano para refrescarse un poco el escote y las axilas. Estupendo. La agente inmobiliaria vería que estaba sudando. Muy profesional y digna.

Sin embargo, no podía dejar de recordar cómo habían hecho el amor. Bueno, no solo eso, porque también recordaba muchas cosas de la noche anterior. Lo que él le había dicho. Lo... competente e increíble que se había sentido a su lado.

«Me ha encantado verte bailar con ese vestido. Verte tan libre. Como si pudieras hacer cualquier cosa. Puedes hacerlo, bombón».

Esas afirmaciones eran como ecos del pasado. Del Dominic de antes. Y lo que decía iba en serio. Cada palabra. La intensidad de sus caricias, de su mirada, de sus besos, había bastado para hacerle creer... y allí estaba. Lista para comprar ese local. Dominic y ella eran una roca. Y ella, por sí misma, lo era también.

Su marido y ella estaban muy unidos, y separarse de él le había resultado durísimo. Durante el trayecto desde Manhattan, había decidido volver a casa. En realidad, no se imaginaba pasando otra noche sin él después del gran avance que habían hecho. En ese mismo momento, sentía tanto amor en el pecho que en cualquier momento se pondría a bailar sin darse cuenta siquiera. Eso sí, no se arrepentía de la decisión de haberse marchado. Porque haber seguido su instinto y negarse a continuar con el patrón establecido la había ayudado a descubrir su propia fortaleza. Lo que estaba dispuesta a aceptar. Y en ese momento, mientras esperaba, recordaba la lección.

Mientras las nubes de la tarde avanzaban sobre ella y se alejaban pasando por delante del sol, no pudo evitar recordar las palabras que le dijo Dominic la noche anterior. «Después de aquello, solo se sentía seguro ofreciendo estabilidad. Tal vez, como le habían inculcado mientras crecía que ese era el papel del hombre, le fue fácil adoptar esa postura». Ella había encontrado la seguridad en sí misma, pero ¿la habría encontrado Dominic en lo referente a ser un buen marido?

Si hubieran abordado esas inseguridades durante las sesiones de terapia, no estaba segura de que se hubieran resuelto. No cuando seguía sin tener una idea clara de las preocupaciones que

acosaban a su marido. Solo sabía una cosa con seguridad: él estaba haciendo un esfuerzo real y tangible para darle lo que necesitaba, y ella debía hacer lo mismo. ¿Qué secretos se escondían tras esos preciosos ojos verdes? Se dio unos golpecitos con el móvil en un muslo y luego lo levantó para llamarlo. Le había prometido que iría al local después de hacer unos recados.

—¿Señora Vega? Soy Emma. Hola.

Rosie guardó el móvil en el bolso y se volvió hacia la mujer que se acercaba por la acera. Debía de tener su misma edad. No era del pueblo, pero tenía una sonrisa amigable, como si ya se conocieran. Se estrecharon la mano.

—Por favor, llámame Rosie. Gracias por venir a enseñarme el local.

La agente inmobiliaria sacó un manojo de llaves y miró con el ceño fruncido los llaveros blancos donde estaban escritas las distintas direcciones.

—Gracias por no echarme la bronca por llegar tarde. Menuda mañana he tenido.

—Eso me han dicho. —Rosie se movió, inquieta, aunque intentó disimular lo ansiosa que estaba por ver el espacio vacío e imaginar cómo decoraría ese lienzo en blanco—. En fin... ¿Le has...?

—¿Qué si le he enseñado el local a alguien más? —Emma le guiñó un ojo mientras se adentraban en el oscuro interior—. Hay otras dos personas interesadas, aunque de momento no me han hecho ninguna oferta. Esa es la buena noticia.

Rosie la siguió al interior.

—¿Cuál es la mala?

Emma suspiró y buscó a tientas el interruptor de la luz. Cuando lo pulsó y por fin encendió la luz, Rosie tragó saliva con fuerza y parpadeó con rapidez para disimular las lágrimas que le empañaban los ojos.

«Dios mío, es perfecto».

La última vez que estuvo entre esas cuatro paredes había gente, ruido y una decoración tosca. Sin estorbos que impidieran el proceso creativo, su restaurante tomó forma a su alrededor. Una pared sería de un dorado intenso, con textura. Necesitaría detalles blancos que llamaran la atención, quizá unos apliques antiguos. Bethany podría ayudarla con eso. Nada de manteles en las mesas. Quería que la luz de las velas reluciera en las pulidas superficies de madera e hiciera brillar el oscuro interior como estrellas en el cielo. Dejaría el resto de las paredes en su estado natural de ladrillo visto, y Dominic podría remozarlas hasta dejarlas preciosas. Canela, clavo y naranja: olores que harían que la gente recordara su hogar. ¡No solo comida, una experiencia!

—... un poco quisquilloso, la verdad sea dicha...

Rosie volvió a prestarle atención a Emma.

—Lo siento —se disculpó mientras se desentendía de la preciosa ilusión que tenía en la cabeza—, ¿puedes repetirlo?

La mujer sonrió con complicidad y apartó unos escombros del suelo mientras se acercaba a

ella.

—El local generó cierto interés al principio, pero el primer interesado tuvo problemas para conseguir un préstamo, de lo contrario ya estaría vendido. Sin embargo, después de las primeras visitas, el propietario decidió aumentar el precio. —La miró con gesto compasivo, insinuando que no estaba de acuerdo con la decisión, pero que no podía hacer nada al respecto. Y después le dijo la nueva cifra, que la dejó blanca.

—De acuerdo —replicó ella con voz ronca—. Me temo que eso está fuera de mis...

—Se lo queda —dijo una voz grave desde la puerta principal.

Rosie aspiró y se volvió para ver a Dominic apoyado en la pared, con los brazos cruzados por delante del pecho. Un hombre de aspecto duro escondido entre las sombras, observándola.

—¿Cuándo has llegado? —le preguntó, meneando la cabeza—. ¿Qué quieres decir con eso?

Él se apartó de la pared y se acercó, mirándola con suficiente ardor en los ojos como para rivalizar con la fuerza de mil soles.

—¿Lo quieres?

—Sí —susurró ella, que le dio la espalda a la agente inmobiliaria para poder hablar más o menos en privado—. Es... perfecto. Lo que siempre he soñado. —Al ver que su expresión se suavizaba y que la miraba con una adoración palpable, se acercó más a él, deseosa de sentir el acogedor calor de su abrazo—. Es demasiado caro. Buscaremos otro sitio. Quizá le bajen el precio en algún momento.

Dominic le levantó la barbilla.

—Rosie, mírame.

Lo miró a la cara y se le aceleró el corazón al percatarse de la sonrisilla que esbozaban sus labios.

—No hay problema, ¿de acuerdo? Este sitio es tuyo.

Tal vez pecara de ingenua. O de codiciosa. O de lo que fuera. Pero necesitaba tanto oír esas palabras, vivir esa realidad en ese momento, que no puso en duda a su marido. Si Dominic, un planificador cuidadoso hasta el extremo, le decía que podían permitirse comprar ese local, lo creía sin lugar a dudas.

—¡Ay, por Dios! —exclamó mientras saltaba hacia sus brazos y se echaba a reír entre lágrimas. Al oír que él también se reía, una carcajada sincera y liberadora, se sintió completa—. ¡Ay, Dios! ¿Esto está pasando de verdad?

Dominic le acarició la espalda con una mano y tomó una honda bocanada de aire cerca de su sien.

—Pagaremos al contado. ¿Dónde hay que firmar?

Emma balbuceó un poco.

—Bueno, hay que cumplimentar ciertos documentos previos, pero he comprobado el crédito de la señora Vega antes de venir y puedo decir con seguridad que... En fin, vais a pagar al contado

y su riesgo es nulo, así que llamaré ahora mismo al propietario y...

La puerta del local se abrió de golpe y entró Stephen pisando fuerte y llevando al hombro un largo trozo de madera contrachapada. Travis lo seguía sosteniendo el otro extremo y le guiñó un ojo a Rosie al pasar.

—Vamos a empezar arreglando los tablones del suelo de atrás —le explicó Stephen a la agente inmobiliaria—. Los daños por agua acaban empeorando si no se solucionan de inmediato y, en ese caso, tendríamos que renegociar la venta, ¿no? Nadie quiere comprar una propiedad con ese tipo de problemas.

Antes de que Emma pudiera replicar, entró Bethany rodeada de una nube de motitas de polvo mientras hojeaba un libro de muestras de pintura.

—Veo oro con textura y toques de blanco —murmuró al tiempo que le guiñaba un ojo—. Felicidades, ricachona.

Wes apareció en el vano de la puerta, llenándolo casi por completo. Tras dirigirle una larga mirada a la espalda de Bethany, la miró a ella y la saludó llevándose una mano al sombrero.

—Encantado de devolverle el favor, señora Vega.

Georgie se agachó para pasar por debajo del brazo de Wes y entró con una sonrisa deslumbrante.

—Solo he venido para entretener. ¡Karaoke de la construcción! ¿A quién le apetece?

Rosie sintió tantas emociones —para empezar, incredulidad y gratitud— que tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad para no derrumbarse. Que los brazos de Dominic la rodearan como vigas de acero y no diera señales de querer soltarla pronto ayudó bastante.

—Lo vas a hacer genial, Rosie —le susurró él al oído—. Aunque sean nuestros amigos, no estarían aquí si no supieran de lo que eres capaz.

Se echó un poco hacia atrás, dejando que él le besara las lágrimas de la cara.

—¿Y tú? —le preguntó en voz baja—. Necesito oír de tu boca que me crees capaz de conseguirlo, más que de ninguna otra persona.

Él le acarició una ceja con el pulgar y le recorrió la cara con la mirada.

—Vas a conquistar este mundo, igual que conquistaste el mío.

Su voz transmitía una confianza tan serena que tal vez el nerviosismo que oyó en ella fuese fruto de su imaginación. De todas formas, Rosie empezó a preguntarse si su marido necesitaba hablar, contarle algo, pero de repente empezó a sonar un tema de rock duro, al que se sumó el golpeteo de un martillo, y la rápida sonrisa de Dominic ahuyentó sus preocupaciones.

—Este es mi restaurante —susurró.

Dominic la besó en la frente.

—Este es tu restaurante.

Dominic no podía dejar de mirar a Rosie.

El grupo al completo —Rosie, Travis, Georgie, Bethany, Stephen, Wes y él— se había sentado en círculo en mitad del local vacío para comer *pizza* como si estuvieran muertos de hambre. Rosie había desaparecido veinte minutos antes y había vuelto con vino envasado en una caja, lo que provocó los vítores de los que llevaban trabajando todo el día. Ya estaba ejerciendo de anfitriona y, joder, le sentaba bien. Sentada en el suelo con las piernas cruzadas, el pelo lleno de polvo y sin americana, su presencia iluminaba todo el lugar. Al cuerno con la decoración, ella sería lo que atrajese a la clientela.

Hizo caso omiso del nudo que tenía en el estómago desde la mañana. Desde que volvió a la habitación del hotel debatiéndose entre dos opciones: contarle a Rosie lo de la casa o callárselo. Viéndola tan feliz, le costaba creer que hubiera tomado la decisión errónea, pero su conciencia parecía empeñada en obligarlo a replanteárselo. Apuró el vino barato y dejó el vaso desechable entre Rosie y él. El gesto atrajo la atención de su mujer, que lo miró con una ceja levantada, preguntándole sin palabras si quería más. Negó lentamente con la cabeza y se acercó para entrelazar sus dedos.

—Estás de celebración. Tómate otra —le dijo mientras se inclinaba hacia ella para hablarle al oído y darle un beso en la mejilla—. Me aseguraré de llevarte a casa de Bethany sana y salva.

—Gracias —replicó ella al cabo de un momento, con los párpados entornados..., más entornados que antes.

Aunque a su alrededor mantuvieran una animada conversación, bien podrían ser las dos únicas personas en el lugar. Y por más que agradeciera el apoyo que sus amigos le habían mostrado ese día a su mujer, no le importaría estar a solas con ella. No le importaría en absoluto.

Dentro de poco, tendría que compartirla todas las noches. Esa idea le provocó un sobresalto que le sacudió los hombros, pero disimuló el movimiento rellenando el vaso de Rosie.

Una pausa en la conversación hizo que el grupo se tomara un respiro colectivo.

—En fin, Rosie —dijo Stephen mientras mordisqueaba el borde de la *pizza*—, ¿ya tienes nombre para el local?

Dominic contuvo la respiración mientras su mujer apretaba los labios, y abría y cerraba las manos en el regazo.

—No acabo de decidirme, pero estaba pensando en... *Buena Onda*.² Para transmitir buenas

vibraciones y demás —contestó al tiempo que lo miraba a él casi con timidez, como si no adorara cada palabra que salía de su boca, cada idea que tenía en la cabeza—. Porque eso es justo lo que quiero transmitir.

—*Buena Onda* —repitió él, de forma inconsciente. A lo mejor quería ser el primero en pronunciarlo—. Es perfecto, Rosie.

No rompieron el contacto visual hasta que Bethany habló.

—A mí también me encanta. Suena reconfortante. Acogedor. Como un restaurante familiar de barrio, con chispa. —Hizo girar un dedo en el aire, cerró los ojos y aspiró hondo por la nariz—. Me imagino una «O» mayúscula escrita en el toldo...

Wes clavó los ojos en la rubia y carraspeó mientras se llevaba el vaso desechable a los labios.

—Parece que estás pensando en otra cosa que te haga poner así los labios...

—Qué lástima de criatura —replicó Bethany con voz almibarada—. ¿Necesitas que te explique la diferencia?

—Ni falta que hace.

Se sonrieron apretando los dientes, y todos intentaron no reírse.

Todos menos Stephen, que parecía haber perdido el interés por la *pizza*.

—De repente, me desperté un día y todo el mundo hablaba de mis hermanas como si fueran objetos sexuales.

—Qué feo, Stephen —protestó Georgie desde su lugar, en el regazo de Travis—. Qué feo.

—Ah, que solo está feo cuando yo saco el tema, ¿no?

La carcajada de Travis resonó en las paredes.

—Venga, nena —dijo mientras se ponía en pie y se pegaba a su novia al pecho—. Vámonos para evitarle más sufrimientos a tu hermano.

—Gracias —replicó el susodicho, que se inclinó hacia delante en busca de otra porción de *pizza*.

—Sí —siguió Travis mientras echaba a andar hacia la puerta—. Vámonos a casa para ponernos el pijama. —Le guiñó un ojo al grupo—. Y quitárnoslos después.

Stephen soltó la porción de *pizza* como si estuviera ardiendo.

—Muy bien, ya he llegado al límite. —Se levantó y se sacudió el polvo de los vaqueros, al tiempo que se volvía hacia una sonriente Rosie—. Me alegro por ti. Vas a ofrecerle al pueblo algo muy especial. —Acto seguido, se inclinó y se despidió de él estrechándole la mano—. Dom, te estás convirtiendo en mi favorito, porque eres el único hombre que queda que no se acuesta con una de mis hermanas.

—¡Oye! —protestó Bethany, con la espalda muy tiesa—. Que yo no voy a acostarme con Wes.

—Dale tiempo —murmuró Stephen mientras salía por la puerta.

Y así quedaron cuatro.

Wes parecía tan contento como un cerdo revolcándose en el barro.

—¿Te llevo...? —comenzó hasta hacer una pausa para beber un sorbo de vino—. ¿Te llevo a casa, Bethany?

La aludida se puso en pie conteniendo un grito —o casi— y salió por la puerta. Wes la siguió al cabo de un momento. Rosie se volvió hacia él para mirarlo, y estallaron en carcajadas. Dominic la atrapó mientras se desplomaba hacia un lado y le colocó la cabeza en su torso, mientras el sonido de su risa lo calentaba por dentro. No pudo evitar que la risa muriera en su garganta. No pudo evitar tirar de ella hacia su regazo con desesperación y enterrarle la cara en el cuello.

—Estoy orgulloso de ti, Rosie. —Tomó una honda bocanada de aire repleta de su olor y la dejó salir, confiando en lo que sentía en las entrañas. Eran una sola entidad. Compartían una vida. O avanzaban en la dirección correcta o volverían a perder el rumbo. Y no estaba seguro de poder sobrevivir si lo dejaba por segunda vez—. Estoy orgullísimo. Creo en ti. —Tragó saliva—. Pero también soy egoísta cuando se trata de mi mujer y no me gusta la idea de compartirla con los demás.

Rosie levantó la cabeza y lo miró con el ceño fruncido.

—¿A qué te refieres con eso de «compartirme con los demás»?

—Me refiero a... —Fue consciente de que se le alteraba la respiración como si hubiera estado corriendo y de que recorría con la mirada el local vacío sin detenerse en un punto concreto. Joder, tal vez la terapia no había sido una idea tan ridícula, porque en vez de enterrar las emociones como hacía siempre, las sentía justo en la superficie. Al parecer, se estaba relajando—. A toda esta gente a tu alrededor. Pidiéndote cosas. Estresándote. Todas las cosas buenas que van a conseguir, todo eso que tú quieres darles, felicidad y consuelo..., todo eso lo he recibido yo durante mucho tiempo. Soy avaricioso contigo. Y sé que eso tiene que cambiar para que puedas hacer realidad tu sueño y ser feliz, cariño, lo sé muy bien. Yo también lo deseo. Yo también quiero que tu sueño se haga realidad, joder. Pero eso significa dejarte volar sin mí. Y eso me da miedo.

Rosie le tomó la cara entre las manos, con la respiración entrecortada.

—Dominic...

—Me da miedo que encuentres la felicidad en algo que no tiene nada que ver conmigo. —«A diferencia de la casa que compré para nosotros», pensó—. Eso me convierte en un cabrón, y no sé cómo cambiarlo.

Rosie silenció sus palabras con los labios y siguió besándolo hasta que su respiración se acompañó un poco. En ese momento, se apartó un centímetro de él y lo miró a los ojos.

—Hay partes de mí que nunca compartiré con nadie más. Con nadie más. Solo contigo. Y eso no cambiará nunca. Jamás —dijo. Se incorporó sobre su regazo para sentarse a horcajadas sobre él y empezó a besarlo con ternura en los labios, en las mejillas, destrozándolo. Dejándolo sin aliento de nuevo—. Nadie me verá llorar dentro de estas cuatro paredes, nadie me verá en mis

momentos de debilidad. Eso es algo que siempre reservaré para ti, porque eres el único que puede hacerme más fuerte. Nadie va a excitarme y a cabrearme al mismo tiempo ni a hacer que me sienta protegida. Que me sienta viva. Tú eres el único que puede hacerlo.

Cada palabra que salía de su boca cosía la herida abierta en su interior, ataba nudos, se aseguraba de que estuviera bien cerrada. Quizá su mujer no fuera la única que ansiaba palabras. Y, ¡por Dios!, aunque no había llorado desde que era pequeño, sospechaba que estaba a punto de hacerlo. Tuvo que echar la cabeza hacia atrás y mirar al techo, para librarse de la humedad que tenía en los ojos.

—Dominic, ¿de verdad crees que podría amar a alguien como te amo a ti?

Eso hizo que levantara la cabeza para mirarla y que el corazón se le disparara en el pecho. ¿La había oído bien?

—¿Has vuelto a quererme?

Rosie soltó una especie de gemido y a su cara asomó una mezcla de amor y arrepentimiento.

—Siento haber dicho eso. Es posible que, en aquel momento, estuviera lo bastante enfadada como para convencerme de que lo decía en serio. Pero, Dominic, no podría dejar de quererte aunque me arrancaran el corazón del pecho.

Tras exhalar su nombre con un hilo de voz, se inclinó hacia delante y capturó sus labios con un beso feroz. Por Dios. El corazón le latía tan fuerte como para provocar un terremoto. Rosie lo amaba. Su mujer lo amaba, y lo único importante en la vida era agradecérselo, joder. Si se apartaba de su boca, estaba seguro de que empezaría a recitar poesía, y no había escrito un puto poema en la vida. Para evitarlo, le separó los labios con los suyos, le introdujo la lengua y saboreó el gemido incontenible que se le escapó.

Conocía las señales de su mujer mejor que la palma de su mano, así que cuando sintió el estremecimiento de sus muslos en torno a las caderas, se puso en pie al instante. Antes que hacerlo con esa mujer tan increíble en un suelo lleno de serrín y mugre se helaría en el infierno.

Una vez que estuvo de pie, Rosie afianzó la presión de los muslos en torno a sus caderas y le tomó la cara entre las manos sin dejar de gemir. De manera que solo acertó a avanzar a trompicones hacia el otro extremo de la estancia, hacia la cocina, porque en realidad lo que deseaba hacer era bajarse la cremallera, metérsela hasta el fondo y hacerla llegar al orgasmo. Sin embargo, esa tarde habían arrancado algunos de los papeles que cubrían el escaparate, de manera que cualquiera que pasara por la calle podría verlos, algo que no pensaba permitir.

—Por favor, cariño, por favor —le suplicó ella al oído mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja con fuerza, poniéndosela dura como una piedra—. Ya, métemela ya. Ahora mismo.

Dominic se dirigió hacia la cocina con la palabra «cariño» dándole vueltas en la cabeza.

—Hacía tiempo que no me llamabas así. Dios, Rosie. Lo he echado de menos. No sabía cuánto lo echaba de menos.

—Cariño —repitió ella, frotándose contra la dureza de su erección—. Cariño.

El gemido que brotó de su garganta resonó en la oscura cocina cuando entró dando tumbos y golpeó una estantería metálica, que acabó estrellándose contra la pared opuesta. Claro que ninguno de los dos dejó de besarse el tiempo suficiente como para preocuparse. Tras dar dos pasos, apoyó a Rosie contra la primera superficie plana que encontró. Un frigorífico de acero inoxidable. Notar ese cuerpo tan sensual pegado al suyo lo hizo sentirse como un dios. Apoyó las manos en el frigorífico por encima de la cabeza de su mujer y la obligó a tensar más los muslos. En cuanto la miró fijamente a los ojos y empezó a mover las caderas, Rosie subió un poco más el cuerpo y echó la cabeza hacia atrás, murmurando su nombre.

—Dominic.

En ese momento, él se bajó la cremallera del pantalón y soltó el aire con brusquedad cuando su miembro consiguió por fin el espacio que necesitaba.

—Voy a metértelo ahora mismo, bombón. —Se acarició un par de veces y sintió que se le humedecía la punta—. Quítate los pantalones y dime cómo lo quieres —dijo con voz ronca mientras le mordía la barbilla—. Te gusta que te dé fuerte para que te dure toda la semana, pero esa mierda ya se ha acabado. Se acabaron los juegos. Se acabó lo de aguantar hasta que estemos a punto de estallar. Voy a tener este sexo bien satisfecho todas las noches de la semana.

Rosie lo miró con expresión aturdida y los ojos brillantes, pero más cachonda que nunca. Se inclinó hacia él y le dijo contra los labios, entre traviesos lametones:

—Yo también quiero satisfacer la enorme verga de mi marido.

Dominic gruñó y se frotó contra sus vaqueros sin querer. La humedad que descubrió en ellos acabó de enloquecerlo. Sus bocas se fundieron, inclinaron las cabezas y, joder, Rosie era tan dulce que acabó golpeando el frigorífico con el puño. Estaba a dos segundos de arrancarle los vaqueros para poder metérsela sin tener que separarse de ella y dejar de sentir la presión de sus muslos. Sin embargo, antes de que pudiera hacerlo, ella bajó las piernas y le dio un empujón en los hombros con las manos para que retrocediera. Para apartarlo. Confundido y necesitado, Dominic se negó a moverse, pero en ese momento ella se arrodilló en el suelo y se la lamió.

—Rosie... —Observó desde arriba cómo se la metía en la boca poco a poco, hasta llegar a la mitad, y empezó a acariciarse el resto mientras se inclinaba hacia esos ávidos labios—. Joder, Rosie, vas a llevarte lo que mereces.

Ella lo miró a los ojos y asintió con la cabeza, mientras esa boca carnosa y húmeda se movía arriba y abajo. Estaban tentando a la suerte, porque le faltaba poco para correrse, pero hacerlo con su mujer siempre había sido una mezcla de dolor y perfección. Y lo seguiría siendo hasta el fin de los tiempos. La atracción era demasiado intensa, demasiado candente. Se retaban, se torturaban y se entregaban a fondo. Y no tenían otra alternativa que saborearlo. Se apoyó con una mano en el frigorífico y le agarró el pelo con la otra para empezar a moverse despacio, entrando y saliendo de su boca, deteniéndose cuando encontraba resistencia, consciente de que ella necesitaba un poco más de tiempo antes de recibirlo en la garganta. Deseaba ese momento como

un preso deseaba la liberación. Pero aunque su reina estuviera de rodillas, era él quien suplicaba esa recompensa y no paraba de suplicarle de forma entrecortada y casi sin ser consciente de lo que hacía:

—Así, Rosie. Bombón, ¿puedo, por favor? Por favor. Rosie.

Ella lo miró con expresión burlona mientras se la lamía suavemente de arriba abajo antes de agarrársela con una mano y agachar la cabeza para meterse un testículo en la boca. Se lo chupó con fuerza mientras él soltaba una retahíla de palabrotas en la oscura cocina. Después le tocó al otro, y se vio obligado a presionarse en el punto exacto para no correrse. Su mujer se apiadó de él, pero no había terminado. Se apartó de sus testículos y volvió a metérsela en la boca, en esa ocasión, hasta el fondo.

Dominic se mordió el labio inferior con tanta fuerza que distinguió el regusto de la sangre.

—¡Mierda! —gritó, con los dedos aferrados a su pelo, los muslos temblorosos y las caderas inmóviles pese al irrefrenable impulso de hundirse más en ella—. No puedo. Dios. No puedo más. Levántate —le ordenó con la voz desgarrada, sacándosela de la boca mientras soltaba un juramento.

En cuanto ella se puso en pie con una sonrisa satisfecha, Dominic se despojó de la camisa. Nada más verlo, la sonrisa de Rosie desapareció y su mirada se tornó vidriosa. Dolorido como estaba porque no aguantaba más y tenía los testículos a punto de reventar, les dio un tirón a los vaqueros para bajárselos por las piernas. La brusquedad hizo que el botón saliera por los aires y rebotara al caer al suelo, pero él estaba concentrado en bajarle las bragas con movimientos frenéticos, ansioso por librarse de ellas. Cayeron al suelo y, en ese momento, lo único que se oía en la estancia eran sus respiraciones jadeantes. Dominic se agachó, levantó a Rosie en brazos y le colocó los muslos en torno a sus caderas al tiempo que le mordía el cuello, arrancándole un grito y haciendo que le clavara las uñas en los hombros.

Por fin, por fin, se colocó en la empapada entrada de su cuerpo y la penetró con fuerza, impulsándola hacia arriba por la puerta del frigorífico. Silenció su grito con la palma de la mano en el último segundo, pero no pudo hacer nada para amortiguar el gemido desgarrador que brotó de su propia garganta. Ella lo aprisionó con sus músculos internos y sus gritos aumentaron, dejándolo a punto de caramelo. No entendía cómo se estaba conteniendo con su mujer estremeciéndose en pleno orgasmo mientras le clavaba las rodillas en la cintura.

Sin embargo, logró dominarse y se apoyó sobre uno de sus hombros mientras respiraba por la nariz. Inspiración, espiración. Inspiración, espiración. Rosie seguía arañándole la espalda y estremeciéndose en torno a su dolorido miembro. Un mes antes estaría penetrándola como un loco, casi con rabia, y, en ese momento, se dio cuenta de que lo que buscaba era su antigua conexión. Ese vínculo que sabía que existía, pero que estaba enterrado en lo más profundo. Ya no. Era una llama ardiente entre ellos, más real que cualquier otra cosa que hubiera conocido. Su mujer. Por Dios, la quería tanto que su corazón amenazaba con estallar por la presión.

—Dime que volverás a casa esta noche. A nuestra casa. —Le tomó la barbilla con las manos, le levantó la cara y esperó a que sus ojos aturridos lo miraran. A que lo vieran—. Dame el gusto, Rosie. Di que volverás a casa y te penetraré más fuerte que nunca. Tus gritos seguirán resonando en esta cocina cuando abras el restaurante.

—No sabía que te gustara el juego sucio —murmuró ella con la respiración acelerada.

—Sí que lo sabes. —Le abrió dos botones de la blusa y apartó la tela, lamiéndole el pecho e introduciendo la lengua bajo el encaje del sujetador hasta rozarle el pezón. Sin romper el contacto visual, siguió lamiéndola hasta llegar al otro pecho, que empezó a acariciar con un gruñido—. ¿Quieres un anticipo? ¿Te ayudará a decidirte?

—Me da miedo decir que sí.

Dominic apretó los dientes en torno al encaje que ocultaba sus tetas y empezó a tirar de él hasta que el tejido empezó a desgarrarse. Solo lo soltó cuando lo rompió. Ella exhaló el aire con suavidad y arqueó la espalda, invitándolo a que se las chupara. Algo que él ya había planeado hacer. Su mujer le exigía que le prestara atención sin el menor pudor, con el sexo cada vez más mojado a su alrededor cuanto más le lamía los pezones, metiéndoselos en la boca y lamiéndoselos con la lengua.

Solo cuando empezó a gemir su nombre, le aferró el culo con las manos y la apoyó contra el frigorífico.

—Ha llegado la hora del anticipo. —Echó las caderas hacia atrás, sacando su miembro varios centímetros de ese cuerpo húmedo y caliente, y se lo metió de nuevo con fuerza. Usó la boca para atrapar otra vez su grito—. Calla —le ordenó con la voz ronca mientras le acariciaba el culo—. No hables a menos que sea para decirme que volverás a casa.

—Yo... —dijo ella, que apenas podía respirar—. Yo...

Dominic perdió el control. Tal vez no quería oír un no. O quizá simplemente no podía seguir más tiempo privando a su cuerpo de la perfección de su mujer. Fuera cual fuese la causa, la penetró como un animal contra el frigorífico, sacudiendo el apartado y ahogando los gritos de Rosie con la boca. Ella se aferró a él con los muslos en la medida que se lo permitían los movimientos de sus caderas, pero acabó perdiendo fuerza y empezó a estremecerse con cada una de sus poderosas embestidas. Sentía la sangre que le corría por la espalda porque ella le había clavado las uñas, pero la evidencia del placer de su mujer solo logró hacerlo sonreír contra sus labios.

Rosie empezó a mover la cabeza a derecha e izquierda y le clavó las uñas en el torso.

—Me corro —gimió, y apenas pudo oírla por el sonido de sus cuerpos al moverse uno contra el otro—. Me corro otra vez. Sí. Dios. Dominic.

El frigorífico chirrió y se sacudió con la fuerza de una nueva embestida antes de que Dominic se detuviera por completo. Haciendo caso omiso de las frenéticas protestas de su mujer, le soltó la nalga derecha y la aferró por la nuca para unir sus frentes.

—Eres mía. Dime que solo voy a llevar a casa lo que es mío. —Se la metió hasta el fondo, arrancándole un grito—. Eso es tuyo. Eso es lo que te llevas por pertenecerme. Además de... —Se detuvo para controlar sus emociones, pero le fue imposible—. Además de mi corazón. También es tuyo. Por completo. Te suplico que me lo devuelvas antes de que deje de funcionar. Tú eres mi hogar. Te necesito conmigo, Rosie. Por favor.

—Intentaba decirte... —susurró ella entre jadeos mientras movía las manos por sus hombros y le recorría el cuello hasta aferrarle la cara—, que ya había decidido volver a casa.

Dominic era incapaz de respirar.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Lo besó con tanta ternura, con tanta confianza, que Dominic creyó flotar—. ¿Qué parte de «haces que me sienta protegida y viva» no has entendido? ¿Qué parte de «te quiero» no has entendido? Vuelvo a casa.

—Dios, yo también te quiero —murmuró contra su cuello. El alivio lo liberó. Impulsado por la necesidad atávica de complacerla después de haberse quitado un peso de encima, se la metió de nuevo y empezó a embestir con fuerza al tiempo que la besaba frenéticamente con cada uno de sus bruscos movimientos. Ambos miraron hacia abajo con la respiración acelerada para contemplar la fricción de sus cuerpos. Rosie empezó a tensarse casi de inmediato, a apresarlos con sus húmedas paredes internas mientras se estremecía. Aceleró el ritmo con un gemido gutural y sintió que el orgasmo se acercaba al ver el movimiento de sus tetas por el escote de la blusa, al ver que su expresión se tornaba vidriosa.

—Así, cariño —gimoteó ella, que se llevó el dedo corazón al clítoris para acariciárselo con frenesí. Estaba tan hinchada que cada vez tenía menos espacio para metérsela—. Sí.

En cuanto ella se corrió, Dominic perdió el control. Se dejó caer sobre ella con un gruñido, aprisionándola entre el frigorífico y su cuerpo, sacudiendo el aparato mientras se la metía a su mujer hasta llenarla. Esa mujer a la que amaba con locura. Le tapó la boca con una mano porque estaba gritando su nombre y le enterró los labios en el cuello para ahogar sus gruñidos de placer. Una oleada tras otra de puro éxtasis que lo arrastraba más y más a las profundidades del amor que sentía por esa mujer. No estaba seguro de poder entender jamás la magnitud de lo que sentía por ella.

Ese amor aumentó cuando ella lo besó con dulzura y una sonrisa mientras decía:

—Vámonos a casa.

Dominic no cayó en la cuenta de cómo lo había logrado, del motivo de su triunfo, hasta unos minutos después, cuando salieron del futuro restaurante de su mujer tomados de la mano. El terror le provocó un nudo en el estómago. Sin embargo, lo desterró mientras la levantaba en brazos y la llevaba hasta la camioneta. Por delante solo tenían cielos azules.

[2.](#) En español en el original. (*N. de las T.*)

Rosie llevaba una semana sin dejar de sonreír.

De repente, volvían a aparecer comportamientos que llevaban años desaparecidos. Por ejemplo, había vuelto a cantar en la ducha, y Dominic disfrutaba burlándose de ella.

Siguió avanzando por el pasillo del supermercado mientras se abanicaba la cara al pensar en las burlas de su marido. Tras una sesión de canto en la ducha a voz en grito, la sorprendió de camino al dormitorio con la toalla puesta, la tiró en medio de la cama y le arrancó la toalla haciéndole cosquillas. La sonrisa que hacía tanto tiempo que él no esbozaba —una sonrisa que había echado muchísimo de menos sin ser consciente— la inmovilizó contra el colchón, y él la besó en el abdomen, relajado por la ducha, desde donde fue subiendo hasta llegar a su boca.

Y se liaron. Lo hicieron durante toda la mañana como un par de adolescentes, riendo, gimiendo y acariciándose hasta que Stephen llamó para averiguar por qué Dominic había faltado al trabajo. Le resultó imposible contener la risa mientras veía a su marido, sonrojado y excitado, intentando formar frases coherentes por teléfono... con una erección impresionante.

Mejor no pensaba en el frenético polvo que echaron contra la puerta principal poco después. Ni en el segundo orgasmo que le provocó luego penetrándola desde atrás porque seguía empalmado, mientras le susurraba «Te quiero» sin cesar al oído.

Sí, mejor no pensar en eso en un sitio público.

Soltó un suspiro entrecortado y siguió por el pasillo.

Ese novedoso y reluciente vínculo que estaba forjando con su marido no solo era físico. Mientras que antes solo recibía un gruñido a modo de saludo, Dominic había empezado a comentarlo todo. Sus aportaciones iban de lo innecesario —«Esos tomates parecen maduros», «Creo que hoy me pondré la sudadera verde», «Me he cortado afeitándome»— a lo perfecto y dulce. Pequeños comentarios que delataban que siempre pensaba en ella y que le prestaba atención.

«Cariño, ponte una bufanda. Hace frío».

«Me alegra mucho oír tu coche en el camino de entrada».

«No te vas a creer lo que ha pasado hoy en el trabajo».

Llevaba tanto tiempo sin oír su voz que recuperarla era como recuperar una parte importante de sí misma. Estaba deseando oírla de nuevo. Cada mañana, cada noche. Como si el hecho de pensar en él lo hubiera conjurado, se detuvo en seco con una lata de tomates troceados en la

mano. Un olor conocido.

El de su marido, concretamente.

Antes de que pudiera volverse del todo para buscar la fuente de dicho olor, dos fuertes brazos se deslizaron alrededor de su cintura y sintió el roce de esos labios tan queridos en la nuca.

—Dominic —susurró al tiempo que se daba media vuelta para abrazarlo—, ¿qué haces aquí?

Se movieron al unísono como si estuvieran bailando.

—Como es sábado, he decidido tomarme un descanso largo para el almuerzo. De los que duran hasta el lunes por la mañana —añadió con voz ronca mientras le frotaba la espalda trazando círculos—. Te he echado de menos.

—Yo también te he echado de menos.

Sus bocas se fundieron en un beso. Un beso pausado durante el cual oyó sus corazones latiendo al unísono.

—He caído en la cuenta de que... —dijo Dominic, que se interrumpió para rozarle una sien con los labios—. De que al final no cenamos el día de la cita. Suelta todas estas cosas y déjame llevarte a algún sitio.

Le diría que sí aunque le pidiera que bajara el Everest haciendo rápel.

—¿A dónde?

¿Eran imaginaciones tuyas o se estaba poniendo colorado?

Lo vio llevarse la lengua a un carrillo y apartar la mirada de sus ojos para clavarla a lo lejos, tras lo cual la miró de nuevo.

—Estaba pensando que podríamos ir a patinar sobre hielo. ¿Te apuntas?

Estaba segurísima de que sus pies no tocaban el suelo. Dominic la había llevado a patinar sobre hielo durante su primera cita oficial y no podía pasar por alto lo simbólico del gesto. Allí estaban, aprendiendo a estar juntos de nuevo. Y a juzgar por la repentina gravedad de su expresión mientras la besaba en la frente, él también había pensado en el significado. ¡Por Dios, cuánto amaba a ese hombre!

—Me apunto.

Rinx todavía no había abierto para la temporada invernal, pero las temperaturas habían sido tan frías durante esa semana que la pequeña pista ovalada del puerto estaba abierta al público. Como era un día laborable, los niños tenían clase, así que ellos eran prácticamente los únicos presentes. El viento frío le azotó las mejillas y le alborotó el pelo mientras se deslizaba sobre el hielo. Miró hacia atrás y vio a Dominic a su espalda, patinando de la misma forma que hacía todo lo demás. Sin esfuerzo, con pericia. Su virilidad era evidente en todo lo que hacía. Dada su altura y su corpulencia, si le pusieran un palo de hockey en las manos, habría parecido una estrella de la Liga Nacional de Hockey.

—Hace años que no patinamos —le dijo al tiempo que se tambaleaba, pero logró enderezarse—. ¿Cómo te atreves a estar tan guapo haciendo esto?

Dominic resopló mientras le pasaba un brazo por la cintura para colocarla a su lado.

—¿Estoy guapo? Cariño, justo estaba dándole gracias al Señor por ser el único hombre presente. —Meneó la cabeza—. Dios, eres la mujer más hermosa del mundo.

—Gracias —susurró ella, que tragó saliva, presa de un sofoco—. La última vez, mi padre nos vigilaba, ¿te acuerdas?

—¿Que si me acuerdo? —replicó con sorna—. Mi intención solo era la de mantenerte erguida y él pensó que te estaba metiendo mano.

—Mantenerme erguida... —repitió ella, que levantó una ceja—. Claro.

Dominic le guiñó un ojo.

—Venga ya, si me comporté como un caballero.

Rosie refunfuñó y dejó que Dominic la hiciera girar en círculo sobre el hielo.

—Mi padre se pasó un año llamándote «el Pulpo».

Dominic echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—¡No me digas!

—Pues sí, y te lo ganaste a pulso. —Patinaron en dirección al agua, mientras disfrutaba de los relajantes sonidos: la brisa, las cuchillas sobre el hielo, la voz de su marido—. Desconfió de ti hasta el día de la tormenta de nieve.

Él se estremeció y la pegó más a su costado.

—No me lo recuerdes.

Rosie hizo caso omiso de su brusca petición.

—Fue durante el segundo año de instituto, ¿verdad? Las clases acabaron antes de tiempo debido a la ventisca y no llegué a casa. Nevaba con tanta fuerza que apenas si me veía la mano delante de la cara. Tuve que esperar en la farmacia, pero nos quedamos sin electricidad y no pude llamar por teléfono. —Tiró de él hasta detenerlo junto a la pared de la pista y se acurrucó contra su cuerpo, arrebujándose en su calor—. Me buscaste durante horas. Y acabaste al borde de una hipotermia.

—Pero te encontré, ¿verdad? —replicó él en voz baja, tomándole la cara entre las manos e inclinándose hacia ella para besarla—. Todavía seguiría buscándote si no lo hubiera hecho. Te buscaría durante toda la eternidad. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí. —Ella introdujo las manos bajo su abrigo y lo aferró por la cintura—. Siempre me querrás y me protegerás. Pese a todo lo que ha pasado, nunca lo he puesto en duda. Jamás.

Dominic soltó una especie de murmullo y se echó hacia atrás, como si estuviera emocionado.

—Bien. —En ese momento, hincó una rodilla en el suelo y se sacó un pequeño estuche del bolsillo del abrigo, dejándola al borde del desmayo—. Rosie Vega, cástate conmigo de nuevo —le dijo con una voz tan grave que rivalizaba con la fuerza del agua a su espalda—. Por favor, dame la oportunidad de hacerlo mejor esta vez. No quiero empezar de cero; es imposible hacerlo cuando llevo queriéndote mil años. Solo quiero empezar con más fuerza. —Abrió el estuche y

dejó a la vista el anillo de compromiso de su madre, con la diferencia de que ya no le faltaba ninguna piedra preciosa. Rosie se llevó las manos a la boca y empezó a temblar, abrumada por el amor que sentía por ese hombre. Por su marido—. Joder, ya sabes que en lo que a ti respecta soy egoísta, bombón. Quiero que renueves tus votos de amarme delante de Dios. Quiero hacerlo en serio.

—Es en serio —susurró ella, y sus palabras quedaron amortiguadas por las manos con las que se cubría la cara, aunque las apartó en ese momento—. Ya tienes mi amor, pero te lo prometeré por segunda vez. Sí. Sí, Dominic. Vamos a casarnos de nuevo.

Dominic hizo ademán de levantarse justo cuando ella se agachaba, de manera que chocaron y acabaron cayendo hacia el hielo, aunque él la levantó en brazos antes de que llegara a tocar la pista siquiera. La expresión de pánico de su cara le arrancó una carcajada y, una vez que recuperó el aliento, él se sumó a sus risas. Las carcajadas reverberaron por la pista de hielo durante lo que le parecieron horas. Los ecos del pasado, del futuro. Algo que a Rosie le recordó lo que siempre habían sido.

Lo tenía todo. Había recuperado su alma gemela.

Su sueño se había hecho realidad.

Parecía que nada podía salir mal.

Rosie dio una vuelta completa en mitad del salón, con un montón de ropa recién lavada en la cadera. Estar temporalmente en paro tenía sus ventajas. Esa mañana había dormido hasta tarde y había disfrutado de un baño de burbujas. Después, había quedado con Bethany en un centro comercial de antigüedades de Farmingdale y había encontrado algunas piezas perfectas para Buena Onda. Una araña de techo de estilo *shabby chic* para el comedor, una pizarra vintage para los especiales del día, pomos de estilo español para las puertas de los cuartos de baños. Aunque solo fueran pequeños detalles, llevaba todo el día con mariposas en el estómago, sobre todo porque Dominic, Stephen y Travis aprovechaban sus ratos libres para hacer las reformas y las mejoras que ella quería en el local.

A principios de semana, Dominic la había sorprendido llevándola a la oficina de Brick y Morty, donde se sentó en su regazo mientras Stephen dibujaba un plano. Por Dios. Jamás se había sentido tan especial y, según pasaban los días, se veía cada vez más capaz de gestionar un restaurante. ¡Podía hacerlo! Caminaba de forma diferente. Su voz era más firme, rebosante de convicción. Nadie le estaba haciendo ningún favor. Creían en su sueño de verdad.

Siguió hasta el dormitorio y soltó la ropa limpia sobre la cama, tras lo cual se tumbó a su lado y suspiró mientras miraba el reloj. Faltaba una hora para que Dominic llegara del trabajo. Llegaría sucio y polvoriento. Algo que, por supuesto, significaba que se vería obligada a desnudar a ese pobre hombre y a bañarlo. Esa era la cruz que le había tocado en la vida...

Chilló para sus adentros y miró su nuevo anillo de compromiso por enésima vez. Era imposible

recuperarse de la proposición de Dominic. Habían pasado días y todavía corría el riesgo de acabar flotando hasta llegar a la luna cada vez que lo recordaba. ¿Tan afortunada era? La mayoría de la gente no encontraba su alma gemela en vida. Ella había encontrado a Dominic dos veces.

El temporizador de la cocina sonó, y fue a echarle un vistazo a sus chipás. Llevaba unos días experimentando con distintas recetas, decidida a crear un menú sencillo y sabroso, y Dominic no se quejaba. Iba al gimnasio todas las mañanas para eliminar el exceso de comida que ella le ofrecía por la noche. Después de que le acariciara esos abdominales cubiertos de tatuajes y le dijera que lo querría aunque tuviera barriga cervecera, él resopló, y mientras la empujaba hacia el sofá le dijo:

—Ya te lo he dicho, bombón, no voy a descuidarme cuando tengo un diez en casa. —Tras lo cual se bajó la cremallera de los vaqueros y se humedeció los labios.

Una hora más tarde, tuvo que aplicarle una pomada antibiótica en los arañazos de la espalda para evitar que se le infectara. Él le hizo lo mismo en las rodillas, que se le habían enrojecido por el roce de la moqueta.

Su matrimonio era único.

—No lo cambiaría por nada —murmuró mientras sacaba los chipás del horno, unas bolitas de queso con harina de tapioca, y las colocaba en una rejilla para que se enfriaran. Sacó un cuchillo del cajón, partió una por la mitad y levantó las manos en señal de victoria cuando se la metió en la boca. Estaban perfectas.

Dado que había dominado uno de los platos de la carta, sintió el repentino impulso de echarle un vistazo al plano del restaurante. Solo para recordarse que aquello estaba ocurriendo. Que era real.

Dominic había dejado el enorme plano enrollado encima de uno de los armarios de la cocina, y ella se hizo con él subiéndose a un taburete. Tras apartar el servilletero y algunas facturas, desenrolló el plano y se detuvo.

—¿Qué es esto? —murmuró, mientras pasaba un dedo por la pendiente de un tejado.

Parecía más bien el plano de una casa. Una teoría que se vio reforzada por la dirección escrita a máquina en la parte inferior del papel. Era de una casa del pueblo. Debían de haberse equivocado de plano cuando se lo llevaron de la oficina de Stephen.

Estaba a punto de enrollar de nuevo el papel cuando vio el nombre de Dominic al final, junto al suyo. Propietarios.

Volvió a comprobar la dirección, segura de que nunca había estado allí.

¿Qué era aquello?

Sintió un extraño cambio bajo los pies. Como si hubiera ido a toda velocidad por una escalera mecánica del aeropuerto y, de repente, se hubiera metido de lleno en un charco de melaza. Durante más de una semana todo había avanzado a un ritmo rapidísimo. Tal vez porque

necesitaba con desesperación un poco de felicidad sencilla. Un poco de positividad. Porque, en realidad, no se había parado a pensar en el cómo.

¿Cómo era posible que tuviera un restaurante?

¿Cómo era posible que Dominic hubiera repuesto las piedras preciosas del anillo de su madre?

Los materiales de construcción le parecieron caros, pero supuso que habían sobrado de alguna reforma. O... que alguien los había donado.

Tragó saliva para librarse del creciente nudo que tenía en la garganta. Memorizó la dirección del plano y echó a andar en modo zombi hasta el coche. Tal vez el pavor que se había apoderado de sus entrañas fuera infundado, pero algo le decía que debía ir a ver la casa. Así que sacó las llaves del bolso, se montó en su Honda y arrancó.

Dominic llegó a casa y tuvo que luchar contra la decepción al no ver el coche de Rosie en la entrada. Seguramente había ido al restaurante para comprobar los progresos, y debía acostumbrarse a llegar a casa del trabajo y no encontrarla allí. No era la primera vez desde que Rosie regresó que se encontraba con la casa vacía al volver del trabajo. Y aunque siempre contaba los minutos que pasaban hasta que ella aparecía por el vano de la puerta, descubrió que esperarla no era tan difícil como pensaba. Cada vez que sentía el impulso de subirse de nuevo a la camioneta, conducir hasta el pueblo y llevarla de vuelta a casa a toda velocidad, recordaba la cara que puso cuando se convirtió en la propietaria de su restaurante. Recordaba el brillo que iluminaba sus ojos cada vez que decía «Buena Onda».

Rosie había conseguido algo que llevaba deseando toda la vida. Y aunque en un principio creyó que iba a cabrearse por el tiempo que le dedicaba a esa otra faceta de su vida, en realidad había descubierto que se sentía... afortunado. Muy afortunado. Había recuperado al amor de su vida y le había entregado las llaves de su sueño. Estaban recuperando la confianza entre ellos y Rosie no podía quitarle las manos de encima.

La verdad, no había motivos por los que cabrearse. Salvo quizá por el tiempo que tardaban en desnudarse. Su mujer volvía a sonreírle. Se reía. Habían empezado a hablar de sus días de trabajo, de sus planes de vacaciones, de cosas mundanas y de cosas profundas hasta bien entrada la madrugada. La noche anterior Rosie se había tumbado sobre él mientras le acariciaba la espalda con las yemas de los dedos y la oía recordar el pasado, contarle el presente y dibujar el futuro.

Jamás había estado tan contento.

Así que, ¿por qué no podía dormir?

Cuanto más feliz veía a Rosie, más nervioso se ponía él. Su creciente vínculo era como el hormigón vertido sobre unos cimientos agrietados. Por más que se repitiera que ella nunca se enteraría de lo de la casa, por más que intentara convencerse de que había hecho lo correcto, el sueño lo eludía. Se despertaba de madrugada, cubierto de sudor, tras soñar que Rosie volvía a marcharse. Pero en la pesadilla no lograba encontrarla.

«Debería haberle dicho lo de la casa», se repetía.

Sin embargo, ya era demasiado tarde. ¿Qué sentido tenía si ya estaba vendida?

No se arrepentía de haberlo hecho para darle el restaurante, pero seguía deseando que ella

hubiera tenido la oportunidad de verla.

Entró en la casa con el remordimiento carcomiéndole las entrañas. El aroma a coco de Rosie flotaba en el aire y aspiró una bocanada, suplicándole en silencio al Creador no tener que enfrentarse nunca más a una casa vacía sin que la presencia de su mujer lo envolviera y lo calmara. Ella era su hogar, y eso no cambiaría jamás de los jamases.

Pasó por delante del plano que estaba abierto encima de la mesa y se detuvo, mientras negaba lo que veían sus ojos. Su visión se redujo y el contorno se oscureció, viéndolo todo como una especie de túnel mientras la respiración se le aceleraba y le atronaba los oídos. No quería darse media vuelta. No quería mirar. Pero por lo poco que había visto del plano al pasar... no era el de Buena Onda. No, ese plano estaba enrollado en el salpicadero de la camioneta. Le había echado un vistazo hacía menos de media hora, mientras le decía a Travis por teléfono los metros cuadrados de la zona de la barra.

El hielo le cubrió la columna mientras se daba media vuelta y confirmaba sus peores temores.

Rosie lo había visto. Había estado allí, mirándolo. Uno de los planos descartados de la casa. ¿Habría... ido a verla? Aquello era horrible. Era lo peor que podía pasar. Había comprado y vendido una casa sin que su mujer lo supiera. Eso ya por sí solo era imperdonable. Sin embargo, habían ido a terapia para aprender a sincerarse el uno con el otro. Y había funcionado. Salvo por una cosa. El secreto al que se había aferrado en vez de confesarlo. Y que, a esas alturas, podía joderlo.

Era posible que volviera a perder a su mujer.

—No. No, por Dios —susurró mientras recuperaba las llaves de la camioneta y salía corriendo por la puerta. Le temblaban las manos mientras abría la puerta y se sentaba al volante para arrancar y volver a la calzada. Se conocía el camino de memoria, pero nada le resultaba familiar mientras temía la pérdida de Rosie—. ¿Por qué no se lo he dicho? ¿Por qué no se lo dicho?

En cuanto llegó al camino de entrada, se le cayó el alma a los pies y los dedos se le quedaron helados en el volante.

Rosie estaba sentada en los escalones de la entrada. ¿No era el colmo que pareciera perfecta rodeada por el viejo ladrillo cubierto de hiedra y el porche que se extendía por los cuatro lados de la casa? Se la había imaginado allí muchas veces, pero la imaginación no le había hecho justicia.

Se miraron a través del parabrisas.

«Sal y discúlpate». Eso era lo que debía hacer. Era la única opción. Pero estaba tan cabreado consigo mismo por haber jodido la mejor parte de su vida —otra vez—, que sentía la ira enroscándose entre sus tripas como una serpiente de cascabel.

Abrió de golpe la puerta de la camioneta y bajó. El asco que sentía por sí mismo hizo que salieran de su boca las palabras equivocadas, en vez de una disculpa.

—La vendí para pagar el restaurante, Rosie. Eso es lo que querías.

—No —replicó ella, que se levantó con los puños apretados—. No, no actúes como si yo hubiera tenido algo que ver en esta toma de decisiones. Para empezar, ni siquiera sabía que teníamos una casa.

Pese al frío aire de octubre, el sudor resbalaba por el centro de su espalda mientras se enfrentaba a su mujer.

—Había que hacerlo. Si te hubiera hablado de la casa, no me habrías dejado venderla.

—Nunca lo sabremos, ¿verdad? —Se interrumpió con un sollozo y miró a su alrededor—. Es preciosa. Joder, Dominic.

Al oír su nombre, dio un paso adelante, deseoso de consolarla, pero ella levantó una mano temblorosa.

—¿Durante cuánto tiempo ha sido nuestra?

Dominic apretó los dientes y guardó silencio.

—Dímelo.

—Un año —susurró, incapaz de mirarla—. Quizás un poco más.

El gemido de incredulidad de Rosie hizo que la mirara y descubriera en su preciosa cara lo traicionada que se sentía. Verla así fue como si le hubiera clavado un destornillador en el pecho.

—Rosie, lo único que he querido desde que éramos jóvenes es dártelo todo, pero hasta que maduré no me di cuenta de lo... ¡imposible que es! Solo contaba con mis manos y mi dedicación al trabajo. Nada más. —Era incapaz de retener el aire en los pulmones. Necesitaba abrazarla, pero no podía—. Cuando me destinaron a Afganistán y conocí a mis compañeros... Rosie, por Dios, ¡sus planes! Los lugares que habían visitado, a los que planeaban ir... Hasta entonces, no me había dado cuenta de lo sencilla que sería esta vida. De lo inadecuada que sería para alguien tan increíble como tú. Pero solo me habían enseñado una forma de afrontar esos miedos y seguí el ejemplo que me habían dado. Agachar la cabeza y dejarse la piel. Ganar dinero. Tardé cuatro años en ahorrar lo suficiente para poder permitirme esta casa y, para entonces, llevaba tanto tiempo con la cabeza agachada que me olvidé de levantar la mirada y ver que necesitabas algo más. El restaurante, sí. Pero a mí también. Me necesitabas. Tu amor habría sido lo bastante poderoso para superarlo todo si yo no te hubiera apartado..., si no me hubiera apartado de todo. Pero ahora estoy aquí. Perdóname por haber hecho esto. Por favor. —Después de explicárselo, se mantuvo allí de pie en silencio durante lo que pareció una eternidad, mientras ella digería sus palabras. Llegaban demasiado tarde, eso era evidente. Rosie tenía los ojos empañados por el dolor y una mano apretada contra el pecho.

—Si me hubieras hablado de la casa esta mañana..., creo que lo habría entendido. Podríamos haberlo hablado. Pero saber que ibas a ocultármelo para siempre...

—Lo siento —dijo con la voz desgarrada, aferrándose a la disculpa como si fuera un salvavidas—. Acabo de recuperarte, Rosie. No quería recordarte por qué te fuiste.

Ella cerró los ojos y respiró hondo varias veces.

—Necesito tiempo.

El pánico se apoderó de él.

—No.

—¡Tienes que dejarme que lo asimile! —estalló Rosie—. ¡Joder, Dominic, estoy muy enfadada contigo!

—Ya lo sé. Vamos a sentarnos y a hablarlo.

—Ahora me da la impresión de que estas últimas semanas están manchadas. Supuestamente estábamos haciendo progresos, pero no era así. En realidad, no era así.

Dominic enterró la cabeza entre las manos, presionándose las cuencas de los ojos con los dedos.

—No lo entiendo, joder. No entiendo cómo podemos querernos tanto y no estar unidos. —Se golpeó el pecho con un puño—. Mírame. Te quiero. Lo siento.

Rosie se levantó, se dio media vuelta y miró hacia la casa antes de alejarse a trompicones, deteniéndose delante de él mientras su lenguaje corporal le advertía que no la tocara.

—Yo también te quiero —susurró—. Siento que hayas vivido con tantas inseguridades como para ocultarme algo tan enorme. Ha debido de ser difícil. —Abrió la boca y luego la cerró, mirando a todos lados menos a él—. Es que... no sé si puedo superar esto.

Dominic se quedó allí, paralizado, mientras su mujer se alejaba. Otra vez.

Rosie estaba sentada en el aparcamiento delante de la consulta de Armie, intentando mentalizarse para entrar. O para moverse. O para pensar con claridad. Era incapaz de aferrarse a un pensamiento durante más de unos segundos antes de que saliera volando como una bandada de pájaros asustados.

Había una línea divisoria en el centro de su mente, una especie de lista mental de pros y contras. En un lado, se agolpaban todas las cosas malas. Sufrir en silencio antes de dejar a Dominic. Sentirse sin apoyo. Ir a trabajar a los grandes almacenes todos los días, mientras su sueño de tener un restaurante se iba alejando poco a poco. El otro lado de su cerebro albergaba todos los progresos que habían hecho. Por no hablar de todas las revelaciones que había descubierto desde que Dominic y ella habían vuelto a conectar.

Su marido no había pasado de ella durante todos esos años. Había sido su centro de gravedad, como siempre. Hasta cierto punto.

Sí, lo había descubierto ese mismo día por las malas.

Una casa.

Le había comprado una puta casa en secreto.

¿Quién hacía algo así?

Levantó un mano para masajearse el dolor palpitante que sentía en el centro de la frente. En un momento dado, mientras estaban en la casa que él había comprado en secreto, había ansiado

arrojarse a sus brazos y decirle lo bonita que le parecía. Y que él era un hombre ridículo, romántico y complicado, y que lo quería pese a todo. Pero allí sentada en el porche oyó la voz del terapeuta.

«Me temo que vuestro matrimonio no lo va a conseguir».

¿Podrían tener una unión satisfactoria si él le ocultaba este tipo de cosas? Si Dominic seguía sin sincerarse después de todo lo que habían pasado en las últimas semanas, ¿qué esperanzas tenían de que lo hiciera en el futuro? Había estado segurísima de que habían puesto todas las cartas sobre la mesa, pero él se había guardado media baraja.

Así que necesitaba hablar con alguien. Sus amigas eran una opción increíble, pero sinceramente... casi le daba vergüenza contarles lo de la casa secreta. ¿Cómo era posible que Dominic se lo hubiera ocultado durante tanto tiempo? De manera que allí estaba. Además de desahogarse, necesitaba saber por qué Armie no creía posible que su matrimonio funcionara. ¿Qué había visto?

La ansiedad le revolvió el estómago cuando salió del Honda. Cerró la puerta y se quedó allí unos segundos, controlando la respiración y acariciando con los dedos la correa del bolso. Armie estaba en la consulta, no cabía duda... Olía la marihuana aunque tenía la puerta cerrada. Cuando entró, lo encontró meditando en el centro de la sala de espera.

—Ehh... —dijo ella, incómoda.

Armie abrió los ojos de golpe.

—Rosie Vega. —Sonrió de oreja a oreja—. Hola.

—¡Hola! —replicó ella intentando no hablar con demasiada alegría—. Sé que no tenemos más citas programadas, pero me gustaría poder hablar contigo unos minutos.

Armie se puso en pie, no sin cierto esfuerzo, y se metió la colilla de un porro en el bolsillo de la camisa, dándole unos golpecitos para cerrarlo.

—¿Dominic no está contigo?

—No.

Él observó su expresión.

—Entiendo —replicó mientras asentía en silencio con la cabeza y se daba media vuelta—. Pasa a la consulta. ¿Quieres beber algo?

—Un tequila, por favor.

La carcajada del terapeuta casi la hizo sonreír.

—No eres de las que se presentan a una sesión de terapia espontánea —comentó Armie mientras se apoyaba en el borde delantero de su mesa—. ¿Por qué no me cuentas lo que ha pasado?

Rosie se dejó caer en el sofá y se quedó mirando al terapeuta, aunque en realidad no lo estaba viendo. Ante sus ojos pasaban imágenes de parterres, un patio, y un embarcadero que se extendía a lo lejos, como si fueran diapositivas.

—La última vez que estuvimos aquí, dijiste que nuestro matrimonio no iba a funcionar. Que te dabas cuenta de estas cosas. —Suspiró—. Bueno, supongo que no te creímos, porque... oír tu opinión pareció acercarnos más. Dominic me habló de sus inseguridades y me apoyó en mi sueño de abrir el restaurante. Incluso me propuso matrimonio por segunda vez.

Armie se limitó a apoyar las manos en la barriga mientras asentía con la cabeza.

—Sigue.

Ella tragó saliva.

—Pero me ha estado ocultando algo durante todo este tiempo. He descubierto por casualidad que compró una casa nueva con el dinero que había estado ahorrando desde que volvió de Afganistán. La compró hace un año y nunca me lo dijo.

Armie silbó entre dientes.

—¡Ay, madre!

—Sí. —Arrojó el bolso a un lado—. La ha vendido para comprar el local donde voy a abrir el restaurante.

Se produjo un breve silencio.

—Para ofrecerte tu sueño.

Rosie asintió y lo miró fijamente, con el estómago revuelto por los nervios.

—Según tú, nuestro matrimonio no puede funcionar. ¿Por qué? ¿Es porque no puede ser sincero conmigo?

Armie suspiró y rodeó el escritorio para sentarse en su sillón.

—Rosie, sé que no estás de humor para oír dos veces el mismo día que te han engañado, pero debo confesarte una cosa. —Golpeó el escritorio con los dedos—. Sabía que Dominic y tú ibais a conseguirlo el día que nos conocimos.

—¿Cómo?

Armie tenía toda la pinta de querer encenderse el porro otra vez.

—Nunca había visto a dos personas que se quisieran tanto y cuyas esperanzas, miedos y sexualidades estuvieran tan entrelazadas. Compartís un corazón. —Se rio un poco por lo bajo—. Además, es que es imposible que ese hombre vaya a permitir que lo dejes.

La imagen de Dominic entrando en la cocina de Bethany para pedirle una segunda oportunidad la tomó desprevenida, y tuvo que respirar hondo varias veces para poner en marcha sus pulmones.

—Entonces, ¿por qué nos dijiste que no lo conseguiríamos? —le preguntó con los labios entumecidos.

—Fue una pequeña llamada de atención, para presentaros a ambos la realidad de vivir el uno sin el otro. Para siempre. Una especie de susto ideado para que las parejas espabilen. —La miró con las cejas levantadas—. Dime que funcionó.

—Sí, funcionó —murmuró, pensando en Dominic cuando llegó a la discoteca el sábado por la

noche, con el corazón en los ojos. Cómo la dejó brillar. Cómo la animó.

—No me esperaba lo de la casa secreta.

Rosie echó la cabeza hacia atrás.

—Ya somos dos.

Armie volvió a levantarse, rodeó el escritorio y se sentó a su lado en el sofá con una sonrisa amable.

—Rosie, no ha estado bien que te ocultara lo de la casa. Los dos miembros de la pareja deben participar en las decisiones relativas a la economía doméstica... —Titubeó.

—¿Pero...? —lo animó ella, volviendo la cabeza.

—El cambio en una persona no se produce de la noche a la mañana. Es un trabajo que hay que hacer día a día. Con la ayuda de la pareja —le explicó Armie—. Dominic compró esa casa hace un año, cuando la comunicación entre vosotros se había roto. Es razonable que crea que revelarla en este momento puede causar un daño irreversible.

Rosie se mordió el labio y esperó a que dijera algo más.

—A ver si desenredamos este lío. El miedo a perderte le ganó la partida a la sinceridad en este caso. No es una excusa, es la realidad. Y ambos hemos descubierto que Dominic expresa su amor y aprecio con hechos tangibles. —Se movió en el sofá y levantó las manos como si estuviera palpando su aura—. Cierra los ojos. Vamos a ponerte en el lugar de Dominic. —Rosie lo obedeció—. Imagina el momento cuando tu marido se dio cuenta de que podía ofrecerte tu sueño de abrir un restaurante y así evitar perderte de nuevo. ¿Qué crees que está sintiendo?

—Deber. Amor. Algunas dudas —susurró—. Sobre todo, la necesidad de hacerme feliz.

—Tú necesitas palabras, Rosie. Lo hemos descubierto. ¿Crees que Dominic podría haber dicho algo que te hubiera producido la misma sensación que hacer realidad tu sueño? ¿Que el hecho de que te haya ayudado a hacerlo realidad?

—No —contestó en voz baja, deseando sentir los brazos de su marido a su alrededor—. Entiendo por qué ha tomado esa decisión, aunque no esté de acuerdo con ella. —Dejó que las palabras flotaran en la consulta, pero mantuvo los ojos cerrados.

—Ya tienes el restaurante. ¿Cuál es el sueño de Dominic, Rosie?

El corazón le latía con fuerza en los oídos. ¿Cuándo fue la última vez que le hizo esa pregunta?

—Que no me falte de nada. Vive para eso.

—Para ti.

—Sí —susurró con un hilo de voz.

Se le ocurrió una idea, de repente y con total claridad. Una idea preciosa. Tan acertada que la sangre empezó a latirle por las venas a gran velocidad y estuvo a punto de levantarse del sofá de un salto.

—Tengo que ir a arreglar esto —dijo al tiempo que se ponía en pie y recuperaba el bolso—. Gracias, Armie.

Antes de que pudiera llegar a la puerta, Armie la detuvo.

—Rosie.

Miró hacia atrás por encima del hombro.

—¿Qué?

—Si me permites —dijo, sonriendo—. Recuerda, Dominic necesita hechos. Actos tangibles.

—Lo entiendo. —Regresó de nuevo al sofá para abrazar al terapeuta, mientras su cabeza hacía planes tan rápido que apenas podía retenerlos—. ¿Qué vas a hacer mañana por la tarde?

Salió corriendo de la consulta del terapeuta con determinación. Y con amor. Tanto amor por ese marido tan testarudo, anticuado, complicado y guapísimo que le preocupaba no ser capaz de esperar hasta el día siguiente para llevar a cabo su plan.

Sí, definitivamente estaba flotando.

Hasta que se dio cuenta de que los engaños no habían acabado.

Dominic le asestó un gancho de derecha al saco de boxeo y escuchó el satisfactorio traqueteo de las cadenas. A continuación, lanzó un gancho de izquierda, seguido de una serie de puñetazos rápidos. El sudor le caía por la frente y los ojos, pero siguió castigando el saco. Al final, cuando sintió los brazos agotados, retrocedió y se dobló sobre la cintura, con los costados doloridos por el esfuerzo.

Una vez que pudo volver a enderezarse, miró el reloj. Habían pasado veinticuatro horas desde que Rosie se alejó de él delante de su casa vendida. Cuanto más tiempo pasaba, menos probabilidades había de que ella pudiera superar su mentira por omisión. Y la rabia con la que había estado atacando al saco de boxeo se dirigió hacia sí mismo. No había excusas para haberla fastidiado de esa manera tan lamentable. Había aprendido cuáles eran las herramientas para comunicarse con Rosie y no las había utilizado.

Por Dios, no había peor destino que ese. Perderla dos veces. Era como el Día de la Marmota infernal.

Cuando Rosie lo dejó por primera vez, se quedó destrozado. Su mujer lo había abandonado. Su orgullo masculino se sintió herido, además de sufrir la pérdida de su compañía. La pérdida de la única mujer a la que había amado.

En esa ocasión, era distinto. No era solo la pérdida de su esposa, la mujer a la que había jurado amar y apreciar todos los días de su vida. No era solo perder a la mujer con la que compartía un pasado. Y ambas cosas eran muy importantes. También había perdido a Rosie, la chica de la que se había vuelto a enamorar. Lo suyo era un amor del pasado, un amor comprometido y un amor fresco e insaciable, todo en uno.

La necesitaba tanto que le dolía, joder.

Había pasado demasiado tiempo sin compartir la vida con ella. Sin hablar con ella. Sin escucharla. ¿Cómo había sobrevivido? El sonido de su voz alimentaba su alma. La deseaba sin parar. Cuando ella le sugirió la terapia, pensó que no había nada en el mundo que pudiera aumentar el amor que le profesaba. Resultó que se había equivocado. El cable que los unía se había doblado por la mitad, cortando la corriente, y una vez enderezado de nuevo, la conexión fluía tan libre que le faltaba hasta el puto aire, intentando absorber todos los detalles de su mujer.

Rosie alzaba la barbilla con orgullo cuando hablaba de sus padres. Los primeros recuerdos de ellos dos como pareja la ruborizaban. Si hablaba de algo relacionado con la restauración, ponía

una cara concentradísima y estaba para comérsela.

Esa semana, le había desenredado los auriculares. Dos veces. La había observado a través de la puerta abierta de su dormitorio, conteniendo la respiración, amándola más con cada tirón y cada movimiento de esos dedos tan ágiles. Le había dado un masaje en el cuello después de un día duro en el trabajo e, incluso, le había preparado la ducha. Todos esos detalles que empezaba a hacer demostraban que el progreso había sido mutuo. ¿Cómo se las había arreglado él para joderlo todo?

Echó el brazo derecho hacia atrás y estampó el puño contra el saco de boxeo. Una y otra vez. Era la única manera de no ir a verla. Quedarse sin la energía suficiente para andar.

Habría seguido desahogándose indefinidamente con el saco, pero oyó que alguien exclamaba y vio a Stephen haciendo una mueca de dolor al otro lado.

—Estoy bien —resolló Stephen—. Debería habérmelo pensado mejor antes de pasar por detrás del saco mientras intentabas matarlo.

—Hora de ducharse —dijo otra voz. Travis—. Te necesitamos en la obra.

Sintió que empezaba a palparle el ojo derecho.

—Ya avisé de que hoy no iría.

—Sí —replicó Stephen, que sorbió por la nariz mientras se subía los vaqueros—. Pero soy tu jefe. Así que dúchate y andando.

Dominic hizo todo lo posible por taladrarlo con la mirada. ¿Por qué se interponían ese par de imbéciles en su sufrimiento? La simpatía de sus expresiones le recordaba a Rosie. Todo se lo recordaba. Respirar le recordaba a su mujer.

—Vamos —insistió Travis, que se interpuso entre Stephen y él—. Si no terminamos hoy de colocar la piedra alrededor de la chimenea, no podremos instalar los accesorios. Y si no podemos instalar los accesorios, sufriremos... —Le dio un codazo a Stephen para que hablara.

—Un retraso de dos semanas. Mínimo.

Aquello le parecía ridículo, pero, en ese momento, no tenía cabeza para las matemáticas más básicas, así que, ¿qué sabía él? El sentido de la responsabilidad lo golpeó en las entrañas, hasta que no le quedó más remedio que obsequiar a sus dos amigos con una palabrota antes de echar a andar hacia el vestuario andando a grandes zancadas. Estaba deseando que uno de ellos sufriera problemas con su mujer y estuviera de bajón. Buscaría algún lugar donde se celebrara un desfile y lo obligaría a participar.

La diferencia era que los problemas de pareja de cualquiera de ellos dos serían temporales.

Los suyos probablemente fueran permanentes.

No pudo evitar cabrearse por eso. No pudo evitar cabrearse por el chorro de la ducha, por la toalla con la que se secaba, por la muda de ropa que guardaba en la taquilla. Hicieron el trayecto en silencio, él en el lado del acompañante del monovolumen de Stephen y Travis en el asiento trasero..., callados por fin. En ese momento, cayó en la cuenta de que no estaban discutiendo,

algo muy poco habitual.

Frunció el ceño cuando Stephen giró a la derecha para salir del pueblo, en vez de hacerlo a la izquierda, en dirección a la casa que estaban reformando.

—¿A dónde vamos?

Stephen se frotó la nuca y le pareció que contenía una sonrisa. Muy sospechoso.

—¿Un atajo?

Dominic se volvió en su asiento y miró a Travis, pero su amigo se limitó a señalar el móvil y a reír.

—Georgie está mandándome otra vez memes de perros. Cree que todavía no sé que quiere un cachorro por Navidad.

Allí había gato encerrado. Dominic volvió a mirar al frente, y se le tensaron los músculos cuando Stephen giró de nuevo a la derecha, hacia el agua. Conocía tan bien esa ruta que la llevaba grabada en la cabeza. Conducir hasta allí solía provocarle sentimientos encontrados. Esperanza de que Rosie condujera algún día en la misma dirección al volver del trabajo. Miedo de que no quisiera hacerlo.

—No quiero ir a la casa.

Stephen se acercó a él y le puso una mano en el hombro.

—Confía en nosotros.

Salvo bajarse de un vehículo en marcha, no tenía muchas alternativas. Intentó mantener la respiración tranquila mientras doblaban la última curva y aparecía la casa con vistas al agua. Apenas si se fijó en la cantidad de coches aparcados en las cercanías, porque estaba demasiado ocupado recordando lo que había ocurrido la última vez que estuvieron en ese jardín delantero.

Se quedó inmóvil mientras Travis y Stephen bajaban del monovolumen. Podría haberse quedado allí sentado todo el día si Travis no lo hubiera obligado físicamente a bajar. Acto seguido, se colocaron cada uno a un lado y no le dejaron más remedio que echar a andar hacia la puerta principal. Casi habían llegado al porche cuando le colocaron una chaqueta sobre los hombros. Y, a continuación, una gorra en la cabeza. Miró hacia abajo y reconoció de inmediato su uniforme de gala de los marines. ¿Se podía saber qué estaba pasando allí?

Stephen abrió sin preámbulos la puerta de la casa...

Y lo recibieron con... ¿aplausos?

La verdad, si no hubiera visto a Bethany y a Georgie —por no mencionar a seis o siete integrantes conocidas de la Liga de las Mujeres Extraordinarias, y a su terapeuta, que tenía una sonrisa de imbécil en la cara—, quizá se habría marchado. Ese tipo de atención no era lo suyo. Pero si esas mujeres estaban dentro de la casa, era muy probable que Rosie estuviera entre ellas. Así que, aunque se hubiera abierto un sumidero delante de la casa y la tierra se tragara el jardín delantero, habría seguido a Stephen y Travis al interior sin mirar atrás.

Hacía tanto tiempo que solo había paredes desnudas que se preguntó si estaba en la casa

equivocada. Los techos estaban cubiertos por tela blanca envuelta con guirnaldas de lucecitas. Había flores por todas partes. Sonaba una música suave. Había tanto que asimilar que casi perdió el equilibrio, pero siguió buscando en el mar de rostros al único que necesitaba ver. El único que necesitaba ver todos los días de su vida. Pero no lo encontró.

Antes de que la decepción se apoderara de él, apareció una figura al final del pasillo que conducía al jardín trasero. La figura estaba oscurecida por el contraluz del sol de la tarde, pero en cuanto dio unos pasos, la reconoció.

Dominic retrocedió a trompicones y se cubrió la cara con una mano.

Esa era su única defensa contra Rosie vestida de novia. Llevaba el mismo vestido con el que se casó diez años antes, en el juzgado. Nada más perderla de vista, deseó mirarla de nuevo. Retiró la mano y allí se quedó, mirándola sin más, como si estuviera sumido en un sueño, contemplando cada precioso detalle. Se había recogido el pelo en la coronilla, sujeto por algo reluciente; la piel de su rostro y de sus hombros desnudos brillaba bajo las guirnaldas de luces. Llevaba en la mano un ramo de flores azules que, según se percató tras echar un rápido vistazo, eran iguales que la que él llevaba prendida en la chaqueta.

Y ella le estaba sonriendo.

Por Dios, eso era lo mejor de todo.

Mejor incluso que cuando su padre surgió de entre la multitud y acompañó a Rosie hasta él, mientras la música empezaba a subir de volumen. Apenas pudo apartar los ojos de ella el tiempo suficiente para darse cuenta de que a su lado había un hombre con una Biblia.

Una boda. Aquello era una boda.

Y aunque no acostumbraba a llorar, joder, tuvo que parpadear para contener las lágrimas. ¿Qué había cambiado desde el día anterior? ¿Qué había hecho para merecer eso?

Quería hacerle esas preguntas a su mujer, pero cuando se detuvo frente a él, solo fue capaz de hacérselas con la mirada.

Rosie le entregó el ramo a Bethany, que estaba allí al lado, y se enjugó las lágrimas de los ojos. Después lo tomó de las manos y se las apretó con fuerza, provocándole una presión increíble en el pecho.

—Rosie —susurró.

—Dominic —replicó ella, respirando hondo—. Antes de nada, siento haberte hecho esto. Sé que no te gustan las sorpresas y aquí me tienes, vestida de novia. —Los presentes estallaron en carcajadas—. Pero tú... —Se acercó y bajó la voz para que solo la oyera él—. Me quieres con locura, en silencio (siempre lo has hecho) y has empezado a amarme en voz alta estas últimas semanas. En vez de dejar que un error te quite méritos, vamos a olvidarnos de él, ¿te parece bien? Yo también voy a amarte en voz alta. Y ya que necesitas hechos tangibles..., aquí estoy. Voy a casarme contigo de nuevo delante de todos en la casa donde envejeceremos.

—La casa —consiguió decir, tambaleándose por el afecto que brillaba en los ojos de su mujer

—. Ya no es nuestra.

—En realidad, sí —lo contradijo con una sonrisa tan maravillosa que le dolió todo el cuerpo por la necesidad de abrazarla y no soltarla nunca—. Hay una persona que controla el mercado inmobiliario de Port Jeff. Stephen. Sabía que podría contar con él. Lo que ninguno de los dos sabíamos es que fue Brick y Morty quien compró la casa, la segunda adquisición en secreto de la propiedad. Stephen asegura que iba a venderla, pero creo que estaba esperando a que te dieras cuenta de que querías recuperarla. O... —empezó, y a sus mejillas asomó un sonrojo precioso—, quizás estaba esperando a que yo irrumpiera en su oficina y le exigiera que cancelara la compra. Es posible que también sea por eso.

Dominic meneó la cabeza, a punto de dejarse llevar por el pánico.

—Pero... el restaurante. Necesitas el dinero. No puedes perderlo ahora.

—No voy perderlo. No vamos a perderlo. —Se llevó una de sus manos a una mejilla—. He aceptado vender la casa donde vivimos ahora. A Stephen. Él la va a reformar.

—Puede que incluso salga ganando —terció Stephen, dirigiéndose a la multitud, aunque sus hermanas y su mujer le asestaron tres guantazos en los hombros—. Solo digo que ha sido un buen negocio.

Rosie se rio mientras Dominic hacía todo lo posible por asimilar la información.

—Dominic, nuestro amor no es fácil, pero nuestros corazones no mienten. —El brillo de las luces se reflejó en sus ojos—. Tú me hablarás y yo te ofreceré hechos tangibles. Estoy segurísima. Pero lo que hay entre nosotros a veces es imposible de expresar. Es real y es grande, y a veces su magnitud provoca errores. Y los acepto porque significan que puedo amar al hombre más maravilloso que conozco.

—Te quiero mucho, Rosie —dijo Dominic con voz ronca—. Gracias por amar a un hombre imperfecto.

Ella lo besó en la palma de la mano.

—Gracias por amar a una mujer imperfecta.

—¿Imperfecta? —Tragó saliva y se acercó a ella—. Siento discrepar. —Se obligó a apartar los ojos de su mujer y miró al pastor—. Por favor, hágalo oficial antes de que cambie de opinión.

Todos se rieron. Y luego lo celebraron.

Y esa noche la pasaron acampados en el suelo del salón en sacos de dormir, haciendo planes para su futuro hogar hasta que salió el sol.

Epílogo

Aquello estaba sucediendo de verdad.

Rosie miró la hilera de pedidos pegados al estante plateado de la cocina y sintió que se le aflojaban las rodillas. Había llegado el momento. Era la noche de la inauguración de Buena Onda y, a juzgar por el número de pedidos que se mecían en la brisa, el pueblo entero estaba en su restaurante. Y todos tenían hambre.

Respiró hondo y pasó un dedo por la lista de platos escrita en el pedido más cercano a ella. Su primer pedido. Un entrante de camarones al ajillo, una empanada de ternera y dos pedidos de sus canelones caseros de espinacas y requesón. Buena elección. Estaba preparada. Durante las dos últimas semanas, había abierto en dos ocasiones solo con amigos. Y, al menos, había cocinado ocho veces más solo con Dominic. El pobre había consumido suficiente comida argentina como para alimentar a un pequeño pueblo, pero lo había hecho con una sonrisa en el rostro.

Se apartó un rizo de la cara y le hizo un gesto a Marco, su recién contratado *sous chef* —un padre de tres hijos de la zona con muy buena disposición—, para indicarle que empezara a preparar los platos. Las manos le temblaban un poco porque por fin había llegado el momento, pero se recordó en silencio el ritmo que había logrado dominar con su marido a su lado. Si cerraba los ojos, podía sentirlo de pie detrás de ella, tarareando en su cuello, ayudándola a moldear la masa.

Por Dios, cuánto quería al hombre con el que se había casado. Dos veces.

Cada día juraba que su amor no podía crecer más, pero descubría que seguía creciendo. Más y más. Y si resultaba que era infinito, pues estupendo. Podría seguir nadando eternamente, porque él estaría a su lado en cada paso y a cada tropezón del camino.

Durante las semanas transcurridas desde que renovaron sus votos la vida había sido, cuando menos, agitada. Abrir un restaurante y mudarse de casa era algo que habían conseguido por los pelos, gracias al amor y al apoyo de sus amigos.

¡La casa!

A veces, se quedaba parada en la cocina y sentía como si hubieran estado viviendo allí todo el tiempo. Las paredes la abrazaban, suspiraban cuando ellos se dormían y los saludaban como brazos abiertos por las mañanas. Era el paraíso. Por la noche se sentaban envueltos en mantas en el embarcadero y hacían planes. Iban a ampliar el patio trasero y a construir una pérgola a medida. Organizarían fiestas.

Y habría niños durmiendo en las habitaciones.

Rosie abrió los ojos con una exhalación y trató de concentrarse en el momento. Ya tenía mucha felicidad con la que deleitarse, pero ¿aquello? Esa noche de inauguración era solo para ella, la culminación de sus sueños, y tenía que dar el cien por cien. Marco deslizó el plato preparado delante de ella, y le indicó que se hiciera cargo, pero los nervios empezaron a provocarle un nudo en la garganta y tuvo la sensación de que las manos le pesaban como el plomo...

—Bombón —le dijo Dominic al oído, y sintió una de sus enormes manos en la cadera, para darle un apretón que la tranquilizara—. Lo has conseguido.

—Lo sé —susurró ella, apoyándose contra su pecho—. Creo que tengo un poco de miedo escénico. Era fácil cuando solo estabas tú o Bethany, pero...

—Todas las personas a las que conoces acaban siendo tus amigas. —La besó en el cuello—. Es solo cuestión de tiempo que acabes trabando amistad con todos los que entren por la puerta. Eso es lo que hará que este lugar y tú seáis tan especiales.

—Y te parece bien, ¿verdad? —dijo ella. No porque lo dudara, sino como afirmación.

—Más que bien. —Le rozó una sien con los labios—. Porque tu corazón es solo mío.

Rosie volvió la cabeza y compartieron un prolongado beso. Cuando volvió a abrir los ojos, él ya no estaba. Con una oleada de confianza en sí misma, sacó otro pedido del estante y sonrió al leer las elecciones de sus clientes. Debía de ser la mesa de Kristin, porque había hecho unos nueve cambios y había pedido el aliño aparte para la ensalada. Menos mal que estaba de buen humor. A decir verdad, podría quedarse allí para siempre.

La vida era estupenda.

Dominic siempre había sido el hombre de sus sueños, pero había aprendido a expresarse. Ella había hecho lo mismo, ya que había descubierto lo que hacía que él se sintiera querido. Apreciado. Era como si hubiesen vivido cinco años en la misma casa hablando dialectos distintos. Pero, en ese momento, usaban sus lenguajes del amor para traducir el afecto en algo que el otro pudiera entender.

¿Hasta dónde podían elevarse? El cielo no tenía límites para ellos.

La noche pasó tan deprisa que se sorprendió al descubrir que ya no había más pedidos. Se asomó por detrás de la estantería de acero inoxidable y se quedó con la boca abierta. ¿Las diez? El bar seguiría abierto hasta medianoche, pero el servicio de cocina ya había terminado. Sin poder creérselo... e inmensamente satisfecha, se desató el delantal y echó a andar hacia la salida de la cocina, chocando los cinco con el camarero que entró por la puerta de doble hoja contando sus propinas.

No estaba segura de lo que esperar cuando salió, ya que llevaba horas inmersa por completo en su propio mundo, pero desde luego no se esperaba un comedor lleno de caras conocidas — Bethany, Georgie, Travis, Wes, Stephen, Kristin, los padres de Dominic y Armie— que parecían

estar esperando a que se uniera a ellos. Se oyeron silbidos y vítores que la hicieron retroceder un paso.

Buena Onda se extendía ante ella como una joya reluciente. Había luces colgadas del techo; escenas en blanco y negro de Argentina adornaban las paredes; la madera del suelo brillaba, reflejando la luz roja de las velas. Al frente del grupo estaba su marido, con una feroz expresión de orgullo en la cara, de manera que se llevó una mano al pecho, con la esperanza de que el corazón no le estallara.

—Gracias por venir esta noche —dijo cuando se hizo el silencio—. Todos formáis parte de mi sueño y no habría sido posible sin vosotros. —Se humedeció los labios—. Sobre todo sin mi marido, Dominic. Su confianza en mí..., en fin, es infinita y me gustaría demostrarle, de una forma que él entienda, que siempre ha sido la parte más importante de mi sueño. —Se acercó a la pequeña sección que había tapado para la noche de la inauguración y apartó el tabique provisional. Detrás había una mesita con una solitaria silla. En la pared había tres palabras, escritas en letra dorada.

Reservado para Dominic

Cuando se volvió, lo descubrió de pie a su lado, con una expresión tan rebotante de amor en la cara que le resultó imposible apartar la mirada. Su marido necesitaba actos tangibles para sentir su amor, y ella nunca dejaría de encontrar nuevas formas de demostrárselo, del mismo modo que él lo hacía por ella con las palabras. Seguirían creciendo un poco más cada día hasta llegar al «Para siempre». Eran amigos, almas gemelas... y eran perfectos en su eterna imperfección.

—Me deslumbras —le dijo Dominic con la voz brusca—. Eres deslumbrante.

Rosie entrelazó sus dedos.

—Deslumbramos juntos.

Acerca de la autora

TESSA BAILEY es originaria de Carlsbad, en California. Un día después de graduarse en el instituto, metió en la maleta su anuario, sus vaqueros rotos y su ordenador portátil y atravesó en coche todo el país en dirección a la ciudad de Nueva York, adonde llegó en menos de cuatro días. Sus experiencias vitales más valiosas las aprendió a partir de entonces mientras trabajaba de camarera en el K-Dees, un pub de Manhattan propiedad de su tío. Entre esas cuatro paredes, conoció a su marido y a su mejor amiga, descubrió la magia del rock clásico, y se las arregló para estudiar al mismo tiempo en el Kingsborough Community College y en la Universidad Pace. Tras varios intentos frustrados por entrar en el mundo laboral como periodista, siguió empeñada en escribir novelas románticas. Ahora vive en Long Island, Nueva York, con su marido y su hija. Aunque arrastra una increíble falta de sueño, está contentísima por haber conseguido que su sueño de escribir sobre gente que se enamora se haga realidad.